

Benjamín Martín Sánchez

**Profesor de Sagrada Escritura
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora**

Breve teología

***La Religión
fundamentada en la Biblia***

4ª edición

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA**



Obisado de San Luis

Avda. Pte. Mta 208
Tel.: 02652 - 422415 - Fax: 02652 - 430139
5700 - San Luis - Argentina

San Luis, 17 de agosto de 2000

Prot.n° 120/99

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I.Catedr.
Zamora

Querido amigo Dn.Benjamín:

Me agrada saber que se decide a editar de nuevo su libro: "BREVE TEOLOGIA, Fundamentada en la Biblia", agotado hace tiempo, porque yo lo he tenido en gran estima por la claridad con que expone todo lo referente al dogma y a la moral.

Por ese motivo yo lo recomendé en años pasados se pusiese como texto en los diversos colegios de mi diócesis con carácter obligatorio.

Libros, como éste de sólida doctrina son muy necesarios para que lleguen a manos de la juventud, que adquiera así una verdadera formación cristiana y no sean católicos de nombre.

Lo felicito y rezo para que pueda continuar muy apoyado por el poder del Espíritu Santo en este apostolado tan importante de las publicaciones católicas.

Con ésta mi bendición llegue a usted, a todos los que hacen posible esta edición, y a cada uno de los lectores.

Que la Virgen Madre del Verbo, acoga sus afanes, y los transforme con su intercesión materna en frutos abundantísimos de corazones amantes de su Divino Hijo.

+

+JUAN RODOLFO LAÍSE
Obispo de San Luis
República Argentina

ISBN: 84-7770-478-3 - Impreso en Azahara, S.L.
D.L.: 334-2000 - Impreso en España

PRESENTACION

La carta que he recibido de mi buen amigo Monseñor Juan Rodolfo Laise, Obispo de San Luis (Rep. Argentina), he querido ponerla al comienzo de esta obra, porque ella ya da plena aprobación y autoridad a la misma.

Por mi parte, solamente diré que, este libro que llevaba ya varios años agotado, sale ahora en su 4ª edición con el mismo título de BREVE TEOLOGIA. Y digo «Breve», porque en él expongo con la mayor brevedad posible todos los temas de Religión; y «teología», por contener la doctrina acerca de Dios, y como la doctrina por Él revelada se halla especialmente en la Biblia, de aquí que su exposición vaya fundamentada en los textos sagrados.

Como puede verse esta obra comprende todos los tratados teológicos, que han venido estudiándose en los Seminarios, y que yo mismo estudié en mi juventud, los que ahora van remozados con los documentos del Concilio Vaticano II, y expuestos ya en esta edición conforme al Catecismo de la Iglesia Católica, y por la forma didáctica en que va presentado el mensaje divino, espero resulte una obra verdaderamente profética y pastoral.

La Biblia es un libro divino, cuya interpretación corresponde al Magisterio Supremo de la Iglesia, y en él encontramos las «verdades» que debemos creer (=el **dogma**); las «leyes y deberes» que debemos practicar (=la **Moral**), y el «culto» que debemos dar a Dios, o sea, la vida sobrenatural (**Sacramentos, gracia y oración**). De aquí que la presente obra comprenda tres partes:

- 1º La teología dogmática
- 2ª La teología moral, y
- 3ª Medios de santificación

Toda ella es un verdadero Catecismo de adultos, plenamente bíblico por estar fundamentado en la Biblia, y mi finalidad al escribirla, es poner lo fundamental y más esencial de la teología católica al alcance de todos y en forma clara, concisa y pedagógica para que así todos puedan hallar en esta obra cuanto deben saber y practicar para vivir como buenos católicos, y es de esperar que ella sea, a su vez, muy útil para toda clase de personas que quieran y deseen tener una sólida y verdadera formación cristiana.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 17 de agosto de 1.999

SIGLAS CON LAS QUE SE CITAN LOS DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II

- LG.—Constitución dogmática *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia.
- DV.—Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina Revelación.
- SC.—Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada Liturgia.
- GS.—Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual.
- CD.—Decreto *Christus Dominus*, sobre el oficio pastoral de los Obispos.
- PO.—Decreto *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros.
- AA.—Decreto *Apostolicam Actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos.
- OT.—Decreto *Optatam totius*, sobre la formación sacerdotal.
- AG.—Decreto *Ad Gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia.
- UR.—Decreto *Unitatis Redintegratio*, sobre el ecumenismo.
- DH.—Declaración *Dignitatis Humanae*, sobre la libertad religiosa.
- GE.—Declaración *Gravissimum Educationis*, sobre la educación cristiana.
- NA.—Declaración *Nostra Aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

* * *

Biblia EE.—*Biblia para el estudio y enseñanza de la Religión.*

D. o Dz.—E. Denzinger: *El Magisterio de la Iglesia.*

PRINCIPALES OBRAS CONSULTADAS

- *Teología del Dogma católico*, J. DE ABÁRZUZA, Madrid, 1966. Y entre otras, las conocidas de *Sacrae Theologiae Summa*, de la BAC; el Manual de *Ludwig Ott*, Herder; Muncunill, Beraza, etc.
- *Teología Moral para seglares*, ROYO MARÍN, de la BAC. *Dic. Moral*, K. HÖRMAN, NOLDIN, etc.
- *La Religión demostrada*, A. HILLAIRE.
- *Catecismo popular explicado*, F. SPIRAGO.

LIBRO PRIMERO

EL DOGMA CATOLICO

1. La revelación divina
2. Dios uno y trino
3. Dios creador
4. Dios redentor
5. Dios santificador
6. La Iglesia
7. La Virgen María

Primera parte

LA REVELACION DIVINA

INTRODUCCION ACLARATORIA

- 1.º LA REVELACIÓN DIVINA.
- 2.º LA BIBLIA.
- 3.º LA FE CRISTIANA.
- 4.º LA RELIGIÓN VERDADERA.

He aquí cuatro temas fundamentales.

Lo más trascendental para todos es saber que

- 1.º Dios nos habla.
- 2.º Las verdades reveladas por Dios están en la Biblia.
- 3.º A estas verdades debemos prestar asentimiento, o sea, tener fe o creencia en ellas por la autoridad de Dios que nos las revela y porque la Iglesia nos las enseña.
- 4.º Finalmente dichas verdades nos llevan al conocimiento de Dios y del hombre, y este conocimiento nos obliga a practicar la Religión revelada por Dios, quien nos manda:
 - Creer en sus dogmas.
 - Cumplir sus mandamientos y
 - Practicar su culto.

La Religión, pues, es un deber que el hombre tiene para con Dios, y su necesidad es una consecuencia de los tres temas anteriores enunciados. Porque existe Dios

Creador y existe el hombre hechura suya, éste depende de Dios y a El debe servirle y amarle.

La teología

Antes de exponer estos cuatro temas fundamentales, conviene decir qué entendemos por «teología» y cuál es la verdadera en atención al título del libro.

¿Qué entendemos por «teología»?

Teología es palabra compuesta de estas dos griegas: *Zeos* (Dios) y *logos* (tratado). La teología, pues, es la ciencia que trata de Dios y de las verdades y obras relacionadas con El.

Como veremos, Dios nos ha hablado, y por la revelación conocemos el nombre de Dios, sus atributos o perfecciones divinas, que luego iremos exponiendo.

¿Cuál es la verdadera teología?

La verdadera teología es la que tiene su fundamento en la Escritura y en la Tradición apostólica o interpretación dada por el Magisterio de la Iglesia (DV 24).

Esta es la llamada «Teología de salvación», que es la que trata de Dios y tiene por objeto la investigación científica de Dios mismo: *Dios Creador, Dios Salvador y Dios santificador...*, y es la que vamos a exponer. Los verdaderos teólogos no han hecho más que sistematizarla y desarrollarla con nuevos estudios.

Mientras la «teología de la salvación» centra su pensamiento en Dios, ha surgido una nueva teología que centra más bien el pensamiento en el hombre, amor humanitario, amor hacia el prójimo (plano horizontal) y viene a terminar prescindiendo de Dios, y de ahí que la religión venga a ser antropocéntrica y humanista.

Esta nueva teología es la «teología de liberación», llamada también por algunos de «acontecimiento», por no tratar tanto de iluminar con la fe la problemática real, sino de hacer de los signos de los tiempos —de lo que sucede— criterio e ilumina-

ción de la misma fe. No negamos que los signos de los tiempos puedan ser señal y ayuda de Dios para iluminar y profundizar en esa misma fe; pero es erróneo situarlos por encima o en contra de la fe, como criterio primario.

Algunos que están en contra de las directrices del Papa y de la Iglesia nos hablan de una «liberación» entendida en sentido puramente temporal, y no espiritual o de liberación del pecado y de la miseria espiritual, que es lo que reclama ante todo la verdadera teología de salvación. Esta debe ser fundamental y como consecuencia de la liberación espiritual puede venir la temporal.

También han aparecido algunos que intentan trocar la verdadera teología por una sociología de dudosa procedencia.

La voz de los Papas

Pablo VI dió la voz de alerta a fin de que se vigile para que no prevalezcan las ideologías y corrientes desacralizadoras de la religión católica, porque «acabarían profanando no sólo nuestra fisonomía espiritual y cristiana, sino también la humana».

«No hay que ceder, nos dice, a las insinuantes y arbitrarias ideologías de quienes pretenden dar al cristianismo una nueva interpretación, que prescinda de la enseñanza de la tradición y de la teología de la Iglesia, y que por fuerza de cosas se orienta a la vanificación de la realidad religiosa de nuestra fe».

Ya anteriormente Pío XII, vigilante y siempre atento a todo movimiento de ideas que rozara más o menos de cerca el mundo de la fe, marcó la pauta con extraordinaria claridad frente a la tentativa de hacer una teología dogmática «nueva», o sea, de trasvasar el contenido de la revelación —la Palabra de Dios— a moldes nuevos, y por eso en la encíclica «*Humani Géneris*» salió al paso del revisionismo aplicado a la teología dogmática.

Notemos que no es malo trasvasar el contenido de la revelación a moldes nuevos siempre que no se traicione ese mismo contenido, y esto es lo prohibido por Pío XII y Pablo VI y actualmente por Juan Pablo II.

Nuestra posición

Frente a tal tentativa de hacer una teología «nueva» es necesario, primero: fidelidad absoluta a la revelación y a lo que en teología es sustantivo, incommovible, patrimonio de los siglos; y segundo: apertura y comprensión frente a las nuevas conquistas y formas del pensamiento moderno.

No hay que olvidar que por mucho que se avance en los estudios teológicos, la fe contiene un número de ideas reveladas por Dios, que son ciertas y han de ser creídas con certeza, y cuyo concepto no puede variar a través de los siglos, aunque varíen las palabras que lo expresan, es decir, el dogma católico, su contenido, siempre será el mismo, y lo que puede cambiar es la expresión o modos de esa expresión, la que debe procurarse, en el afán de buscar la verdad, que sea lo más apta posible.

Dios nos ha hablado mediante la Escritura y la predicación oral. Esta predicación está contenida en la enseñanza de la Iglesia, continuada a través de los siglos, siempre en la misma línea, y a la que llamamos tradición. Pero, a su vez, esta tradición está dirigida, aprobada y confirmada por el magisterio de la Iglesia.

En definitiva, el auténtico magisterio de la Iglesia es el que tiene el carisma de la infabilidad para interpretar y fijar el sentido de la revelación; la interpretación de los teólogos, subordinada al dictamen del Magisterio de la Iglesia, ayuda a éste a descubrir el sentido más pleno de la revelación o parte de él para esclarecer teológica, inteligiblemente, los puntos dogmáticos fijados.

La teología, su centro y modo de enseñarla

La teología «se apoya en la Sagrada Escritura unida a la Tradición» (DV 24) y su centro es Dios.

En la teología *dogmática* partimos del Dios personal; es decir, Dios es el punto de arranque y en Él debemos centrar nuestra fe, y en la teología *moral*, Dios es la meta, el centro hacia el que el hombre dirige sus actos.

La teología debe enseñarse «a la luz de la fe, bajo la dirección del Magisterio de la Iglesia» (OT 16) y «bajo el aspecto ecuménico, debe dominarse la teología elaborada, según este criterio, con toda exactitud y sin espíritu polémico» (UR 10).

«Es de todo punto necesario que se exponga claramente toda la doctrina» (UR 11).

1.º LA REVELACION DIVINA: DIOS NOS HABLA

El Concilio Vaticano II dice:

«Dios ha querido revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (*Ef* 1, 9) por Cristo..., y en esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos (*Ex* 33, 11; *Jn* 15, 14-15) y trata con ellos (*Bar* 3, 38)...» (DV 2).

Dios, que en tiempos antiguos habló muchas veces y de muchas maneras a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente en estos días ha hablado a nosotros por su Hijo a quien ha constituido heredero de todo y por quien hizo el mundo (*Heb* 1, 1-2).

La revelación, como vemos, parte de Dios, es de origen divino y es una locución amorosa de Dios a los hombres.

Al hablar de la revelación suponemos, como es natural la existencia de un solo Dios verdadero, que nos habla y que es eterno, omnipotente y Creador de todas las cosas. Si El nos habla es porque existe.

De hecho nos consta que Dios nos ha hablado por los profetas y por el mismo Jesucristo y nos habla por la naturaleza (*Rom* 1, 19-20; *Sab* 13, 1)...

Existencia de Dios

Interesa digamos siquiera unas breves palabras sobre este tema básico y siempre transcendental.

La existencia de Dios, Creador de todas las cosas, es la primera verdad fundamental del orden religioso, de la cual se derivan todos nuestros deberes para con Dios.

La Biblia empieza hablándonos de un Dios único y eterno, omnipotente, personal y creador de todo: *Al principio creó Dios los cielos y la tierra (Gén 1, 1).*

Ya en el monte Sinaí, Dios se nos reveló como el creador de *cielos y tierra, del mar y de cuanto en ellos se contiene (Ex 20, 11)*... La Biblia y la razón nos hablan de Dios. Dios no puede ser ignorado (*Rom 1, 19*). Sólo el insensato niega la existencia de Dios (*Saln 14, 1*).

Dios existe

Todo nos habla de El: 1) *la creación entera* nos hace elevar la vista a El como Creador... 2) *la revelación divina* nos habla también de El a través de todas las páginas de la Biblia; 3) *la misma conciencia* nos habla de Dios (*Rom 2, 15*); 4) Dios no puede ser otro que la *primera causa incausada*, razón de las otras causas; el *Ser perfectísimo y Supremo ordenador* del universo...

Un niño puede demostrar la existencia de Dios

Cuando contemplamos las maravillas de este mundo: el sol, los astros, los ríos, las flores..., bien podemos decir con el profeta Isaías: *Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad, ¿quién los creó? (Is 40, 26)*, y nos veremos precisados a responder con San Pablo: *Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios (Heb 3, 4)*.

Si la casa supone un albañil, si el reloj supone la existencia de un relojero, ¿quién será el Hacedor de este mundo?...

Un principio de Física dice: «Un cuerpo en reposo no puede ponerse en movimiento por sí mismo...». Luego, si no hay movimiento sin motor, ¿quién será el primer motor inmóvil eterno y necesario, que ha puesto los as-

tros en movimiento, si no es Dios?...

¿Qué entendemos por Revelación?

Revelación (de la palabra latina *revelare*) significa «descubrir», «quitar el velo» que impide ver o conocer una cosa.

Revelación, por tanto, es la manifestación de una verdad oculta o desconocida.

Revelación divina es la manifestación de verdades ocultas hecha por Dios a los hombres. Es una *locución de Dios* a los hombres, como tenemos dicho.

Esta revelación divina se llama también *sobrenatural* porque procede de Dios, y para distinguirla de la revelación *natural*, o sea, del conocimiento de Dios que se alcanza por las criaturas.

La revelación se llama *inmediata* cuando se hace directamente por Dios, y *mediata* cuando se hace por un hombre en nombre de Dios.

La revelación es posible: 1) *Por parte de Dios*, porque es *infinitamente sabio y omnipotente* y puede manifestarse o comunicarse del modo que le plazca; 2) *por parte del hombre*, porque tiene entendimiento y voluntad para recibirla, y 3) *por parte de la verdad u objeto revelado*, aunque superen la inteligencia humana, como son los misterios, vg. el de la Santísima Trinidad, pues aunque sean incomprensibles a la razón humana, no son absurdos ni contradictorios, ni ininteligibles...

¿Por qué medios podemos conocer a Dios?

Podemos conocerlo por la razón humana y por la revelación. El Concilio Vaticano II se expresa así:

«Confiesa el Santo Concilio que Dios, principio y fin de todas las cosas,

1) Puede ser conocido con seguridad por la luz natural de la razón humana, partiendo de las criaturas (*Rom. 1, 20*).

2) Pero enseña que hay que atribuir a su revelación el que todo lo divino (como antes dijo el Vaticano I), que por su naturaleza no sea inaccesible a la razón humana lo pueden conocer todos *fácilmente, con certeza y sin error alguno*, incluso en la condición presente del género humano» (DV 6).

La revelación divina existe, y es un hecho histórico, porque nos consta que Dios nos ha hablado. Toda la historia del pueblo judío y cristiano supone la revelación divina. Los judíos afirman que Dios habló al pueblo de Israel por medio de Moisés y de los profetas, y los cristianos sostienen que Dios les ha hablado por medio de Jesucristo.

¿Dónde tenemos ahora las palabras dichas por Dios?

Las que Dios nos dijo por medio de los profetas las tenemos en el Antiguo Testamento, y las dichas por medio de Jesucristo las tenemos en el N. T. especialmente en los Evangelios.

El hecho de la revelación divina abarca tres etapas:
1.^a *La revelación primitiva*, desde el origen del mundo hasta Moisés.

2.^a *La revelación mosaica*, desde Moisés hasta Jesucristo.

3.^a *La revelación cristiana*, desde Jesucristo hasta nuestros días, y el mismo Jesucristo ha mandado predicarla por todo el mundo (Mt 28, 19-20).

— *Cristo, el Verbo, la Palabra de Dios*, es la plenitud y única fuente de la revelación. De ella parten como formando una sola cosa la Biblia y la Tradición Apostólica.

Transmisión de la divina revelación

Jesús dijo (a sus Apóstoles): Me ha sido dado to poder en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 18-20).

Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda

criatura. El que creyere y fuere bautizado, se salvará... (Mc 16, 15-16).

¿Qué mandato dio Jesucristo a sus Apóstoles?

Jesucristo dio a sus Apóstoles el mandato de predicar a todas las gentes las verdades reveladas enseñadas por El, y ellos lo cumplieron fielmente con la predicación oral y luego con la escrita, por cuanto, pasados algunos años, fijaron por escrito la enseñanza oral que habían predicado.

La Revelación pública cristiana acabó cuando murió el último de los Apóstoles.

Conservación del Evangelio

Para conservar de un modo constante el Evangelio íntegro y vivo en la Iglesia, o sea, las Sagradas Escrituras, los Apóstoles dejaron como sucesores suyos a los obispos «entregándoles su mismo cargo de magisterio». De este modo, los obispos transmiten cuanto ellos recibieron de los Apóstoles, lo mismo por la predicación que por la Escritura (DV 7).

2.º LA BIBLIA O SAGRADA ESCRITURA

La teología se apoya, como en cimiento perdurable, en la Sagrada Escritura unida a la Tradición; así se mantiene firme y recobra su juventud, penetrando a la luz de la fe la verdad escondida en el misterio de Cristo.

«La Sagrada Escritura contiene la palabra de Dios, y en cuanto inspirada es realmente palabra de Dios; por eso la Escritura debe ser el alma de la teología» (DV 24).

Creemos todo lo que está contenido en la palabra de Dios escrita o transmitida y que la Iglesia propone para creer, como divinamente revelado, sea por una definición solemne, sea por el Magisterio ordinario y universal (Credo del Pueblo de Dios).

Toda la Escritura está inspirada por Dios, y es útil

para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena (2 Tim 3, 16-17).

Cuantas cosas fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas: para que por la paciencia y por el consuelo de las Escrituras, conservemos la esperanza (Rom 15, 4).

¿Qué es la Biblia?

La Biblia o Sagrada Escritura (que contiene la revelación divina) es la palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo (DV 9).

El Concilio de Trento nos dice que la Biblia «es la palabra de Dios escrita», y San Gregorio Magno: «una carta de Dios omnipotente a su criatura».

La Biblia, que se divide en dos grandes partes Antiguo y Nuevo Testamento, comprende 73 libros: 46 del Antiguo Testamento (los que fueron escritos antes de Jesucristo) y 27 del Nuevo Testamento (que se escribieron en el siglo 1.º después de Jesucristo).

Todos estos libros están inspirados por Dios, esto es, Dios es el autor principal de ellos y están exentos de todo error. (Véase mi libro *Introducción a la Sagrada Escritura*, 5ª ed., Ediciones Palabra, Madrid).

¿Qué entendemos por «inspiración bíblica»

«Inspiración bíblica» es una acción divina o influjo sobrenatural, por el cual Dios «ilumina», el entendimiento del autor, sagrado al escribir un libro, y «mueve» eficazmente su voluntad «para expresar la verdad» que El quiere, resultando así *Dios autor principal del libro y el hombre, autor secundario e instrumental, pero racional. Los libros de la Biblia que hoy tenemos, ¿son los inspirados por Dios?*

Son substancialmente los mismos que Dios inspiró,

pues así nos consta por las traducciones antiguas hechas de los textos originales, por la confrontación de los antiguos códices y por el testimonio de la Iglesia.

La Sagrada Tradición

Hermanos, estad firmes y conservad las enseñanzas que habéis recibido ya de palabra, ya por carta nuestra (2 Tes 2, 14).

La perseverancia en la fe, dice San Pablo, será asegurada por la fidelidad en seguir la tradición o fidelidad a sus enseñanzas, ya sean *orales* o de palabra, ya *escritas*, tales son las cartas del Apóstol contenidas en el N. T., Escritura inspirada, las que San Pedro equipara a las Escrituras inspiradas del A. T. (2 Pd. 3, 16).

¿Qué es la Sagrada Tradición?

Tradición (de la palabra latina *trádere*) significa «entrega», «transmisión» de una cosa o una verdad.

La Sagrada Tradición (que se denomina también «tradición apostólica») es la transmisión de la doctrina de Jesucristo ya oralmente, ya por escrito.

La tradición *objetiva* es el conjunto de verdades reveladas que se transmiten, y la tradición *subjetiva* es el órgano de transmisión de estas verdades, que no es otro que el Magisterio de la Iglesia, el cual es cauce por donde llega a nosotros la Biblia o verdades reveladas por Dios.

— La Tradición, como dice el Concilio Vat. II, recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo, a los Apóstoles y la transmite íntegra a sus sucesores (DV 9).

Mutua relación entre Tradición y Escritura

La Sagrada Escritura y la Tradición están tan íntima-

mente unidas y compenetradas que no podemos concebirlas independientemente una de otra, al igual que no podemos separar las aguas de su cauce (DV. 9).

La Tradición, podemos decir, tiene un contenido más amplio que la misma Escritura, ya que por la Tradición conocemos el canon y la inspiración de los libros sagrados (DV 8).

La Tradición y la Escritura constituyen el depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia (DV 10).

La Tradición propiamente viene a ser el alma de la Escritura Santa por cuanto es una interpretación inspirada y viva de la misma, y ella nos la transmite.

¿Quién puede interpretar la Sagrada Escritura?

El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado únicamente al Magisterio de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo (DV 10).

Este Magisterio reside en el Papa, como Vicario de Jesucristo, y en los obispos sucesores de San Pedro y los apóstoles, pues a ellos es a los que les está prometida la asistencia divina hasta el fin de los siglos (Mt 28, 19-20).

El Magisterio, como nota el Concilio, no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido..., y a su vez hace notar que «la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el plan prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros..., y los tres contribuyen eficazmente a la salvación de las almas» (DV 10).

Transmisores de la Biblia o verdades reveladas

Los transmisores de la Biblia o cauce de las verdades reveladas por Dios, son:

1) *Los apóstoles*, los primeros en recibir la doctrina revelada de labios de Jesucristo.

2) *Los Romanos Pontífices y los obispos*, como sucesores de los apóstoles.

3) *Los Santos Padres de la Iglesia*, los Concilios y escritos litúrgicos.

La Iglesia transmite a todas las generaciones lo que ella misma es y lo que ella cree (DV 7 y 8).

Los Santos Padres merecen un pequeño estudio, porque sus palabras, como dice el Conc. Vaticano II «atestiguan la presencia viva de esta tradición» (DV 8).

Santos Padres de la Iglesia

— En sentido *general* se consideran como Padres de la Iglesia al Papa y a los obispos.

— En sentido *propio* son los Doctores de la Iglesia Católica que vivieron en los primeros siglos del cristianismo, y que reúnen estas condiciones:

1.^a Excelencia de doctrina; 2.^a santidad de vida; 3.^a reconocimiento oficial por parte de la Iglesia, y 4.^a antigüedad.

Aquellos a quienes faltan estas condiciones se llaman *escritores eclesiásticos*, y tales son entre otros: *Orígenes*, director de la escuela catequística de Alejandría (m. 254); *Tertuliano*, presbítero de Cartago (m. 240); *Eusebio de Cesarea* en Palestina, obispo e historiador (m. 340)...

Santos Padres de los primeros siglos

Entre estos tenemos a *San Clemente de Roma* (año 100); *San Justino*, filósofo que enseñó en Roma y mártir (m. 166) *San Ireneo*, Obispo de Lyon (m. 202); *San Cipriano*, obispo de Cartago (m. 258); etc.

Algunos de ellos (7) eran discípulos de los apóstoles, y se llaman *Padres Apostólicos*, como San Ignacio, obispo de Antioquía (m. 107), y San Policarpo, obispo de Esmirna (m. 167); etc...

Doctores de la Iglesia

Así suelen llamarse los Padres que vivieron en tiem-

pos posteriores, de los cuales hay cuatro grandes Doctores latinos y otros tantos griegos.

Los griegos o de la Iglesia de Oriente, son:

- San Atanasio, obispo de Alejandría (m. 373).
- San Basilio el Grande, obispo de Cesarea de Capadocia (m. 378).
- San Gregorio Nazianceno, Obispo de Naziancio, en Capadocia (m. 389), y
- San Juan Crisóstomo (boca de oro), obispo de Constantinopla (m. 407).

Los latinos o de la Iglesia de Occidente, son:

- San Ambrosio, Obispo de Milán (m. 397).
- San Agustín, Obispo de Hipona (Norte de Africa) (m. 430).
- San Jerónimo, traductor de la Biblia (m. 420).
- San Gregorio Magno, Papa (m. 604).

Doctores de la Edad Media:

- San Anselmo, Arzobispo de Canterbury, en Inglaterra (m. 1109).
- San Bernardo de Claraval (m. 1135).
- Santo Tomás de Aquino, dominico (m. 1274).
- San Buenaventura, franciscano (m. 1274).

En los tiempos más cercanos:

- San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra (m. 1622).
- San Alfonso María de Liguori, Obispo de Santa Agueda, cerca de Nápoles, fundador de los Redentoristas (m. 1787).
- ... y les siguen muchos más: San Roberto Belarmino, San Pedro Canisio..., y recientemente dos santas mujeres: Santa Teresa de Jesús y Santa Catalina de Siena, declaradas doctoras de la Iglesia por su sabiduría y santidad y ultimamente Santa Teresa de Lisieux del Niño Jesús.

3.º LA FE CRISTIANA

Jesús les dijo: Id, enseñad a todas las gentes..., enseñadles a observar todo cuanto yo os he mandado (Mt 28, 19-20). Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará, el que no creyere, se condenará (Mc 16, 15-16). Sin la fe es imposible agradar a Dios (Heb 11, 6).

La fe y su fundamento

Fe es la respuesta del hombre a Dios que se le revela.

Fe es creer que no vimos porque Dios lo ha revelado y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña.

Fe es aceptación de Jesús, de su persona y de su mensaje. Creencia en su persona y en las enseñanzas o verdades reveladas; es prestarles asentimiento por la autoridad de Dios, que es el que nos las revela, y porque la Iglesia, que es infalible, nos las enseña.

La fe es un don de Dios (Efes, 2, 8). Cristo vino a traernos su doctrina salvadora, y sólo El con su gracia puede darnos capacidad para creer.

Dios nos manda creer por medio de Jesucristo que nos dice: El que creyere... se salvará. Es menester creer en el Evangelio que El nos enseñó, aceptar sus verdades y, ante todo, aceptarle a El como Dios y Salvador.

La fe es necesaria para salvarnos: Sin la fe es imposible agradar a Dios (Heb 11, 6).

La definición del Concilio Vaticano I

Esta definición de la fe divina nos pone de manifiesto todos los elementos esenciales de la misma:

— *«Dependiendo el hombre totalmente de Dios como de su Creador y Señor, y estando la razón humana enteramente sujeta a la Verdad increada.*

— *Cuando Dios revela estamos obligados a prestarle por la fe plena obediencia de entendimiento y de voluntad.*

— *Ahora bien, esta fe, que es el principio de la humana salvación, la Iglesia católica profesa que*

- *Es una virtud sobrenatural por la que, con la inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por El ha sido revelado; no por la intrínseca verdad de las cosas, percibida por la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, el cual no puede engañarse ni engañarnos» (D. 1789).*

Según esta definición, la fe es una virtud sobrenatural, infundida por Dios, por la que con la gracia de Dios creemos y aceptamos la doctrina revelada, que supone ante todo la «aceptación personal» de Jesús. La salvación y la fe están en aceptarle a El.

El fundamento de nuestra fe es la Biblia o Palabra de Dios interpretada por la Iglesia, la cual ha recibido de Jesucristo el don de infalibilidad.

Muchas ciencias descansan en la fe de los testigos, como la Geografía, la Historia, etc. ¡Cuántas cosas no hemos visto y, sin embargo, las creemos por los testimonios de nuestros padres o maestros! Pues con cuánta más razón hemos de creer en el testimonio de Jesucristo, que siendo Dios no puede engañarse ni engañarnos.

¿A qué cosas se extiende nuestra fe cristiana?

La fe cristiana se extiende a *todas las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia católica*, las que en resumen tenemos en el «Credo».

Las principales que debe saber el cristiano son:

1.^a *Que hay un solo Dios*, que ha de juzgar justísimamente a todos los hombres, premiando a los buenos y castigando a los malos.

2.^a *Que en Dios hay tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo* (misterio de la Santísima Trinidad), y

3.^a *Que la segunda Persona divina se hizo hombre y nos redimió* (misterio de la Encarnación).

Estas verdades las debe saber y creer todo cristiano para salvarse.

El que tiene *oportunidad de instruirse* en la fe cris-

tiana, debe saber además el texto y sentido del *Credo*, los *Mandamientos de Dios* y de la *Iglesia*, el *Padrenuestro* y el *Ave María*.

La fe sobre cosas que no vemos ni comprendemos

La fe cristiana versa sobre cosas que no podemos percibir con los sentidos: tales son Dios, el alma, los ángeles, etc., o sobre otras que no podemos comprender, como la Santísima Trinidad, el Santísimo Sacramento, etcétera, y la causa es porque Dios es infinito y no puede ser comprendido por nuestro débil y limitado entendimiento.

Cristo en la última cena, dijo: «Esto es mi cuerpo», «esta es mi sangre»..., y nosotros ahora, hecha la consagración en la Misa, creemos firmemente en la presencia real de Jesucristo bajo los accidentes de pan, aunque los sentidos no ven otra cosa, ni el entendimiento lo comprende; pero lo creemos porque El lo ha dicho y sus palabras son verdaderas.

San Pablo lo reconoce así al decir que *quien come de ese pan (consagrado) indignamente, se traga y bebe su condenación y es reo del cuerpo y de la sangre del Señor (1 Cor 11, 27-29; 10, 14-16)*.

La fe es un tributo y obsequio que hacemos a Dios.

Hemos de advertir que aunque muchas verdades religiosas superen nuestro entendimiento, no son por eso contrarias a la razón, como nos dice el Vaticano I, pues el mismo Dios que nos ha dado la razón, nos ha dado la doctrina revelada, y El no se puede contradecir.

Motivos de credibilidad: los milagros y las profecías

Nosotros creemos la doctrina predicada por Jesucristo porque El es Dios y porque con su resurrección y otros muchos milagros confirmó la verdad de sus palabras, y porque así nos lo enseña la Iglesia fundada por el mismo Jesucristo, a la que tiene prometida su asistencia hasta el fin de los siglos (*Mt 28, 20*).

Fijémonos ahora en la prueba de los milagros y las profecías.

Los motivos que nos inducen a creer son los milagros y las profecías, porque son como el sello y la firma de Dios, pues con ellos se nos confirma que Dios nos ha hablado y que su doctrina y la religión que profesamos es la verdadera.

El mismo Cristo, para confirmación de la verdad de sus palabras, se remite a los milagros, y así dice:

Si no me creéis a Mí (a mis palabras), creed en mis obras (Jn 10, 38), y El hizo el milagro de la resurrección de Lázaro para confirmar su misión divina (Jn 11, 42).

— Los milagros que hizo indujeron a sus discípulos a creer en El (Jn 2, 11), y prueban que El es el Hijo de Dios (Jn 20, 30-31).

El mayor milagro que hizo Jesucristo y con el que demostró claramente que El era Dios, fue el de su resurrección, apareciendo así como dueño de la vida y de la muerte.

La resurrección de Jesucristo de entre los muertos es la prueba principal de la verdad de su doctrina.

Por eso dice San Pablo que nuestra fe sería vana, si El no hubiera resucitado (1 Cor 15, 17), y por eso los apóstoles se referían continuamente en sus predicaciones a la resurrección de Cristo, como en el día de Pentecostés (Hech 2, 24), y daban con gran fuerza testimonio de dicha resurrección (Hech 4, 33).

¿Qué es un milagro?

Milagro (de la palabra latina *miráculum*, cosa admirable o maravillosa) es un hecho extraordinario y sensible, capaz de ser visto o percibido por los sentidos, que deroga las leyes de la naturaleza y que sólo puede hacerse por una intervención especial de Dios, como la resurrección de un muerto, la curación de un ciego de nacimiento.

Dios puede hacerlos porque es omnipotente y puede derogar las leyes de la naturaleza como autor de ellas. Véanse en los Evangelios los diversos milagros, obrados por Jesucristo, hechos históricos, que pueden comprobarse como realmente ciertos. La historia también nos habla de los milagros obrados en Lourdes y también comprobados como ciertos.

¿Qué es una profecía?

Profecía es la predicción cierta de un suceso futuro, que ninguna criatura puede saber, sino sólo Dios.

La profecía es posible, porque Dios conoce el futuro y puede revelarlo. *Y se comprueba*, porque se puede demostrar que fue hecha y que luego se cumplió.

De hecho tenemos que sólo Dios conoce el porvenir: *Is* 41, 23; 46, 10.

En el Antiguo Testamento vemos que Dios preanunció por los profetas muchas cosas relativas a Jesucristo, que después vemos cumplidas:

- Compárese Miqueas 5, 2 con *Mt* 2, 4-5.
- Salmo 21 (22 hebreo) vers. 19 (profecía hecha mil años antes de Cristo) con *Jn* 19, 24.

Jesucristo anunció de antemano muchas cosas que sólo Dios podía conocer (lo que nos prueba también que El es Dios) y que luego se cumplieron: *Mc* 14, 30-31 y 72; 14, 18 y 43-45. Que del templo de Jerusalén no quedaría piedra sobre piedra: *Mc* 13, 2.

¿Basta la sola fe para la salvación?

No todo el que dice ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre (Mt 7, 21). Como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también es muerta la fe sin obras (Sant 2, 26).

Aunque tuviese tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad no soy nada (1 Cor 13, 2).

Propiedades de la fe

Hay que tener fe, pero la sola fe no basta para la salvación, porque es preciso vivir *conforme a la fe* y confesarla ante los hombres.

1) Nuestra fe ha de ser *viva*, una fe que implica aceptación personal de Jesús y de toda su doctrina revelada, una fe actualizada por la caridad y que produzca buenas obras. Si de la fe no proceden buenas obras, no es verdadera fe.

La fe sin obras se parece a un árbol sin fruto, a una lámpara sin aceite. La fe verdadera ha de ir hermanada con la caridad de Dios y la gracia santificante. La fe que vivifica es la que salva (entiéndase la fe integral completa, que abarca, como diremos, la persona de Jesús y su doctrina revelada).

La *fe viva* ve las cosas no como en pintura, sino como si fueran en realidad, como si viéramos con nuestros propios ojos lo que nos dice Dios.

2) La fe debe ser *constante*, con la voluntad resuelta de no abandonarla jamás, como los mártires (*Mt* 10, 28; *2 Jn* 1, 9).

3) Ha de ser *firme*, porque el fundamento de nuestra creencia es la veracidad de Dios, y no debe admitir vacilación o duda, como la de Abraham (*Rom* 4, 18-19), y

4) Debe ser *universal*, que acepta todas las verdades reveladas por Dios sin excluir ninguna (*Mc* 16, 16; *Mt* 28, 20), no olvidando que Jesús de Nazaret es la primera y gran Verdad que todos debemos aceptar. El es la fuente y plenitud de la revelación.

Jesús nos dice a todos:

Brille vuestra luz delante de los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5, 16).

A los que no profesan exteriormente la fe, les dirá el Señor el día del juicio: *En verdad os digo: no os conozco (Mt 25, 12).*

¿Para qué fin estamos en este mundo?

Interesa hacernos esta pregunta para darnos cuenta de la necesidad de la fe o revelación divina para salvarnos.

El hombre está en este mundo *para ser hijo de Dios* y vivir como tal, y así glorificarle a El como Padre y alcanzar la vida eterna.

El hombre glorifica a Dios con su inteligencia y voluntad, o sea, *cuando le conoce, le ama y le honra*.

En consecuencia: *El fin del hombre* es glorificar a Dios, o sea, conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después gozarle en la eterna.

La Biblia nos dice:

Dios le señaló un número contado de días, y le dio el dominio sobre toda la tierra... Dióle inteligencia, lengua, ojos..., para que viera la grandeza de sus obras, PARA QUE ALABARA SU SANTO NOMBRE y pregonara la grandeza de sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad... (Ecl. 17, 3 ss.).

Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el hombre todo (Ecl. 12, 13), es decir, a esto se reduce el ser del hombre y para esto fue creado.

No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna (Heb 13, 14).

¿Por qué medios alcanzamos la vida eterna?

1) Por el conocimiento de Dios mediante la fe en las verdades que El nos ha revelado.

2) Por el cumplimiento de su voluntad manifestada en sus mandamientos. Esta es una consecuencia del conocimiento de Dios que nos manifiesta su voluntad, al decirnos: *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt 19, 17).*

3) Y como por nuestras propias fuerzas no podemos creer ni observar los mandamientos, síguese que necesitamos *la gracia de Dios* para obtener nuestro fin.

Más brevemente podemos decir: la vida eterna, o sea, nuestro fin, lo alcanzaremos por la práctica de la Religión.

El conocimiento de Dios

San Pablo nos dice: *Creced en el conocimiento de Dios (Col 1, 10)*. Ahora conocemos a Dios como en un oscuro espejo, pero entonces (después de esta vida) le podremos conocer cara a cara (1 Cor 13, 12).

Porque no hay conocimiento de Dios en la tierra, sus habitantes mienten, roban, adulteran, matan y los homicidios se suceden (Os 4, 1-2).

Los males de este mundo van en aumento porque no hay conocimiento de Dios, pues si los hombres lo tuvieran, no le ofenderían.

El conocimiento de Dios es conocimiento de sus perfecciones, de sus obras, de su divina voluntad y cumplirla.

Este conocimiento no debe ser teórico. El verdadero «conocer» bíblico es un conocer más personal, más vital, más consolador.

¿Cómo llegar al conocimiento de Dios?

Llegamos, en parte, como ya hemos dicho:

1) *Por la contemplación de las criaturas* y esto lo conseguimos *por la sola razón*, ya que, como dice el Apóstol, *lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas (Rom 1, 20)*. *Los cielos narran la gloria de Dios (Salm 19, 2)*. Ellos nos hablan de su poder, de su sabiduría, de su bondad...

2) *Mas al conocimiento de Dios llegamos más claramente por la fe en las verdades que El nos ha revelado.*

«Creo para entender», decía San Agustín. La fe es una luz divina (1 Pdr 2, 9) que irradia en nuestra alma (2 Cor 4, 6). La fe se asemeja a un telescopio con el que

se ven muchas cosas que no alcanza la simple vista; con la fe se alcanzan las que no se perciben con la sola razón. Es como un espejo donde vemos reflejada la majestad de Dios.

Jesucristo nos dice: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a Tí, único Dios verdadero, y al que Tú enviaste, Jesucristo (Jn 17, 3).*

El conocimiento de los bienaventurados y el nuestro

El conocimiento que los bienaventurados tienen en el cielo es diferente del que nosotros alcanzamos en la tierra. Ellos gozan de un conocimiento inmediato, que se llama *Visión de Dios*; ven a Dios cara a cara (1 Cor 13, 12).

Nosotros, por el contrario, sólo le vemos mediatamente, por sus obras o por su revelación.

¿Cuál es nuestro deber principal como cristianos?

Nuestro deber es *instruirnos* en la fe, estudiando para ello la Biblia, escuchando la Palabra de Dios, que es la buena semilla que crece en nosotros (Mt 13, 1 ss.) y *vivir la vida de la fe*, practicando el bien, odiando el mal, haciendo buenas obras...

Jesucristo compara al hombre que conoce la palabra de Dios y la sigue, con el que edifica su casa sobre piedra, donde ni los vendavales ni los aguaceros la pueden derribar. Pero al hombre sin religión lo compara con el que edificó su casa sobre arena, la cual se arruina en tiempo de las tormentas (Mt 7, 24).

El hombre que estudia la doctrina de Cristo sabe el valor de la cruz y la lleva con resignación y alegría... El hombre de fe estriba en la palabra de Dios.

La incredulidad proviene las más de las veces de falta de instrucción, de soberbia, de mala vida. La herejía es una fe corrompida...

Pecados contra la fe

1) *La infidelidad* o carencia total de fe en los no bautizados.

2) *La herejía* o negación de una o varias verdades de la fe por quien está bautizado.

3) *La apostasía* o negación de todas las verdades reveladas.

A estos pecados hay que añadir otros modernos contra la fe:

4) *El comunismo materialista*, doctrina atea e impía, revestida de una falsa mística humanitaria, que niega la existencia de Dios y de la otra vida.

5) *La indiferencia*, en la que viven muchos de los que dicen que todas las religiones son buenas y en realidad no practican ninguna.

La pérdida de la fe, que puede tener lugar por un error culpable, se puede recobrar por el arrepentimiento del pecado cometido contra ella.

El adulto, para revivir la fe, es preciso que se prepare con *una vida recta y honrada*, acompañada de humildad de corazón y de súplicas al Señor, y que *se instruya en la fe* mediante la lectura de la Biblia y las enseñanzas de la Iglesia.

4.º LA RELIGION VERDADERA

Hemos hablado del conocimiento de Dios y de los medios que tenemos para alcanzarlo. De este estudio deducimos que a Dios corresponden los derechos de Creador, de Señor y de último fin, y a nosotros como hechura suya nos corresponden los deberes de adoración, respeto, servidumbre y amor.

El conocimiento de Dios nos obliga a practicar la Religión, ya que ésta consiste en esta relación del hombre con Dios, o sea, en la práctica de los deberes que tenemos para con El.

¿Qué es la religión?

La religión la podemos considerar en cuanto al *objeto* o contenido de la misma y en cuanto al *sujeto* que la practica, y así podemos dar estas dos definiciones:

1.ª La religión es el conjunto de verdades y deberes que relacionan al hombre con Dios, nuestro Ser Supremo, Creador y Bienhechor. (Esta relación es como el lazo que une al hombre con Dios).

2.ª La religión (en cuanto al hombre que la practica) es una virtud moral que le inclina a dar a Dios el verdadero culto.

Las verdades y deberes que tenemos para con Dios, o sea, los elementos de la religión son tres:

1.º *El dogma* o verdades que hemos de creer.

2.º *La moral* o mandamientos que debemos observar.

3.º *El culto* que debemos dar a Dios, o sea, *la vida sobrenatural* (sacramentos, gracia y oración, como medios de santificación).

Clases de religión

La religión se divide en natural y sobrenatural.

1) La *natural* se da cuando conocemos las verdades y deberes que tenemos para con Dios con solas las luces de la razón humana.

2) La religión es *sobrenatural* cuando las conocemos con las luces de nuestra razón, ayudada con la luz de la revelación divina. Por esto recibe también el nombre de *religión revelada*.

Necesidad de la religión

1) Es necesaria porque nos consta por el hecho de la revelación que Dios ha hablado a los hombres y ha expresado su voluntad de que el hombre practique la religión.

2) Por la naturaleza de Dios y del hombre. ¿Quién es Dios y quién es el hombre?

- Dios es el Creador, luego el hombre, hechura suya, debe adorarle.
- Dios es el Señor, el hombre debe servirle.
- Dios es el bienhechor, el hombre debe darle gracias.
- Dios es Padre, el hombre debe amarle.
- Dios es el Legislador, el hombre debe cumplir sus leyes.
- Dios es la fuente de todo bien, y el hombre debe dirigirle sus plegarias.

Todos estos deberes del hombre para con Dios son *necesarios y obligatorios*, y el conjunto de todos ellos constituyen la religión. Luego ésta es necesaria (Hillaire).

3) La necesidad de la religión se funda también en las aspiraciones del hombre o tendencia innata a la felicidad, la cual sin Dios y sin religión no es posible alcanzar. Además el testimonio unánime de todos los pueblos que dan culto a Dios nos demuestra la necesidad de la religión.

— Los deberes principales que el hombre tiene para con Dios son estos: 1) Conocerle; 2) observar sus leyes, y 3) rendirle culto.

La existencia de la religión es un hecho cierto

Es una consecuencia de lo dicho: *La religión existe*, porque existe Dios Creador y existe el hombre hechura suya, quien por depender de Dios, a El debe servirle y amarle, y además porque en todos los pueblos de la tierra se le da a Dios culto de alguna manera.

Lo comprueban estos testimonios:

1) *Cicerón*, gran orador y político romano (106-43 antes de Cristo), dijo: «No hay pueblo tan salvaje, ni hombre tan rudo, que no crea en un Dios, aunque desconozca la naturaleza de éste». (*Pro Flav.*).

2) *Plutarco* escritor griego (46-120 d. C.), dijo: «Si recorres la tierra podrás hallar ciudades sin murallas, sin

literatura, sin leyes, sin riquezas..., pero no hallarás ninguna sin templos, sin dioses, sin oraciones...» (*Adv. Celet. Epic.*, 31).

3) *Séneca*, filósofo y escritor romano, que vivió en el siglo I d. C.: «Todo hombre tiene conocimiento de Dios, y jamás ha habido un pueblo fuera de toda ley y moralidad que no crea en El» (*Epist.* 117).

4) *Los misioneros*, al hablar de tribus y pueblos incultos: australianos, los yamanas (estrecho de Magallanes), bosquimanos (sur de Africa), etc., dicen que, aunque han caído en grandes supersticiones y torpe fetichismo, reconocen al Dios, Ser Supremo, Creador de los cielos y del mundo.

Siendo la religión un hecho real y universal, y habiendo tanta clase de religiones, cabe preguntar:

¿Cuál es la verdadera religión?

La verdadera religión es la que nos viene de Dios, o sea, la que El nos ha revelado y que podemos conocer por señales ciertas e infalibles, siendo las principales los milagros y las profecías.

RELIGIONES EXISTENTES EN EL MUNDO

Las grandes religiones modernas las podemos reducir a cuatro:

- EL HINDUISMO Y BUDISMO (*politeístas*, que adoran muchos dioses).
- EL MAHOMETISMO, JUDAISMO, CRISTIANISMO, (*mono-teístas*, que adoran a un solo y único Dios verdadero).

Otros reducen las religiones a estos tres grupos:

1) *El Paganismo*, conjunto de religiones politeístas, que no dejan de tener algunas doctrinas piadosas y hasta morales, pero desfiguradas, como (el Confucionismo), hinduismo, budismo, etc.

2) *El Judaísmo y Mahometismo o Islamismo*, que

son monoteístas y tienen sus puntos de contacto con la Biblia.

3) *El Cristianismo*, monoteísta, con bautismo y fe en Cristo.

Vamos a hablar de todas estas religiones de las que haremos un breve resumen, para darlas a conocer, mas antes diré unas palabras del *Confucionismo* (que otros prefieren decir *Confucianismo*), religión antigua, atendiendo a su influjo, hoy decadente.

RELIGIONES NO CRISTIANAS

«La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres.

Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo que es *el camino, la verdad y la vida* (Jn 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa...» (NA 2).

El Confucionismo

El Confucionismo no es una religión, sino más bien un sistema filosófico o una moral fundada en el amor y en el respeto mutuo, atribuido a *Confucio*, filósofo y gobernante chino (551-478 a. C.), el cual gozó de gran veneración hasta el punto de llegar a ser adorado en templos propios como santo nacional. Su doctrina religiosa ha sido profesada principalmente por chinos y japoneses.

El Confucionismo reconoce al «Dios del cielo» y al «Soberano de la tierra» (son las dos principales divinidades antiguas con sus sacrificios y ritos).

El representante del Dios del cielo en la tierra es el

Emperador. La segunda divinidad tenía a sus órdenes otra serie de dioses regionales y locales.

En el siglo anterior a nuestra era, fue elevado el Confucionismo a religión del Estado (y tuvo que luchar con el *Taoísmo*, otra religión llena de supersticiones, creada por *Lao-Tse*, contemporáneo de Confucio), y persistió como religión oficial hasta 1912, en que tuvo lugar el cambio de régimen político en China, y su enseñanza dejó de ser obligatoria en las escuelas.

Con estas religiones se mezcló, durante el primer siglo de nuestra era, la religión budista, procedente de la India, la que se extendió rápidamente por todo el país.

El hinduismo

El hinduismo es hoy la religión oficial de la India, país eminentemente religioso, como lo prueban sus muchas y grandes pagodas o templos, y porque no conciben la literatura, el arte o la poesía sin que sean religiosos.

Sus libros sagrados

Los más antiguos eran *los Vedas* (*Veda* significa «ciencia», «conocimiento», «doctrina sagrada»). Estas escrituras sagradas constituyen la base de su religión, que procede del *brahmanismo* con incorporaciones de elementos extraños, y por eso hoy algunos lo llaman *neo-brahmanismo*, que se reduce a un sistema oficial y religioso y se remonta a la religión de los Vedas.

Se funda en el culto a Brahma y en el sistema jerárquico, hoy abolido, de las castas hereditarias: *brahmanes* (sacerdotes), *chatrias* (guerreros), *sudras* (artesanos), etc.

El libro más antiguo y sagrado es el *Rig-Veda*, que contiene más de un millar de grandiosos himnos a las múltiples divinidades... Este libro con el *Sama-Veda* y otros más fueron redactados sobre el año 1500 a. C.,

pero su doctrina ya existía más de mil años antes y es admirable saber que se conservó en la memoria de generación en generación.

Libros modernos del hinduismo

Además de los antiguos tienen otros más modernos: La gran epopeya llamada *Mahabharata*, que consta de más de cien mil estrofas, reunidas en 18 libros.

Este libro es de elaboración brahmánica y pertenece al siglo IV a. C. Le sigue el *Ramayana*, poema épico con 24.000 estrofas; las *Puranas*, obra didáctica; las *Agamas* (tradiciones), según las cuales los Vedas fueron dictados por Brahma.

Divinidades del hinduismo

El catálogo de los antiguos dioses indios es inmenso; pero el panteón hindú moderno lo constituye la trinidad india o Trimurti: *Brahma*, *Siva* y *Vishnú*.

— *Brahma* es el creador del mundo, la personificación del *Uno*, del Absoluto. Por su carácter abstracto no es una divinidad popular, pues sólo dos templos le están dedicados con algunos santuarios más en la India meridional.

— *Siva*, por el contrario, es el destructor del mundo. Su figura es horrible. Se presenta con cuatro brazos y adornado con serpientes.

— *Vishnú*. Su figura también es grotesca y en postura ridícula. Lo más notable de este dios son sus encarnaciones: en pez, en tortuga, en león..., en Buda.

En la religión india se admiten también diosas, y son innumerables, tantas como dioses, pues son sus esposas..., y se cuentan entre las principales: *Parvati*, *Saki* y *Kali*... Además de las diosas y de la trinidad india, hay que añadir otras innumerables divinidades, completando el cuadro espíritus, demonios y fetiches de todas clases. Son adorados los animales, las piedras y los ríos, especialmente el *Ganges*, en el que se bañan y hacen sus

abluciones para purificarse de sus pecados. Para ellos, la vaca es un animal sagrado e intangible.

¿Qué juicio hemos de dar del hinduismo?

Hemos de distinguir el pueblo y la religión en sí.

— *Por lo que hace al pueblo indio* podemos decir que es sin duda el más religioso de la tierra, rayando en el fanatismo por sus magnas procesiones, sus abluciones en el Ganges, sus grandes sacrificios de fakires y de sus ascetas.

— *Por lo que hace a la religión en sí misma, repugna su politeísmo* multiforme, pues son millones de dioses los existentes entre ellos..., y es que buscan al verdadero Dios, porque tantos no les satisfacen..., y repugna también la degradación e impurezas de las divinidades mismas.

Los hombres de letras se preocupan del porvenir de su religión, y al parecer son ya varios los sectores que se preocupan por el Evangelio y por el conocimiento de Cristo que cada día los va atrayendo más.

Gandhi, el padre de la independencia del pueblo hindú admiró y ensalzó a Cristo y su moral, y el gran poeta Tagore dijo: «¡Oh, Cristo, ¿por qué no has nacido entre nosotros? Los hindúes te hubiéramos recibido mejor».

El budismo

El budismo es la religión fundada por un príncipe indio llamado *Siddharta Gautama* y que a los treinta y seis años recibió el nombre de *Buda* (= el iluminado), por una *iluminación* que dijo había tenido.

Buda nació en la India sobre el año 560 antes de Cristo. Se casó a los dieciséis años y tuvo varias mujeres, y de la última tuvo un hijo; mas a los veintinueve años, hastiado de la vida disoluta y de placeres sensuales, convencido de la insuficiencia de todo lo terreno para la felicidad perfecta a que aspiraba, impulsado por

los dioses, dejó a su mujer y a su hijo y se fue por el mundo como un mendigo.

Después de seis años de maceraciones halló alguna luz y entró en la India como predicador. Y por defender la igualdad entre los hombres y combatir la diferencia de castas, encontró allí muchos partidarios.

Buda modificó grandemente las doctrinas del brahmanismo, rechazó los Vedas y las castas y fundó órdenes monásticas, o más bien, como otros defienden, las fundaron sus seguidores.

La comunidad de monjes o bonzos son los verdaderos observantes de las enseñanzas de Buda, especialmente de su pobreza, castidad y meditación de su moral. Murió a los ochenta años, y más tarde se le divinizó.

Doctrina de Buda

Se reduce a esto: Toda la vida del hombre, desde su nacimiento hasta la muerte, está sujeta al dolor. La causa del dolor son las pasiones o deseos insaciables de los sentidos que son los que corrompen el cuerpo y la ignorancia entenebreceadora del entendimiento.

¿Cómo librarse del dolor? Mediante la mortificación de las pasiones, y por eso son necesarias las maceraciones del cuerpo y seguir el camino de la moral recta: obrar bien, creer, hablar y pensar bien, abstenerse de bebidas alcohólicas, practicar la continencia.

Todo esto conduce a librarse de la transmigración del alma o de reencarnaciones humanas inferiores (Samsara), y, en definitiva, a alcanzar el *nirvana*.

¿Qué es el nirvana?

El nirvana viene a significar «quietud y bienandanza absoluta», y equivale a la negación del «yo» o liberación de la existencia, pues el autor último de la existencia soy yo mismo. «Yo» me apego a la existencia, «yo» tengo sed de placer y ambiciono la vida... La liberación del yo es el *nirvana*.

Pero, ¿cómo se consigue el nirvana? El nirvana puede ser doble: *terreno* y *ultraterreno*. Si el nirvana es *terreno*, como éste viene a ser un estado de perfección, descanso y de quietud, se consigue con la extinción de todas las pasiones y apetitos desordenados.

Esta es la aspiración de todo buen budista y especialmente de los bonzos, y por eso dejan todo en el mundo y se retiran al cenobio y llevan vida de austerísima pobreza, de castidad y meditación, mas a pesar de esta vida de austeridad son pocos los que pueden conseguir tal quietud y paz anhelada.

Si el nirvana es *ultraterreno* y eterno, la final bienaventuranza se obtiene por la absorción o disolución de nuestro «yo» en el «yo» universal. Esto es una concepción panteísta. De este modo, el hombre es como una emanación del gran ser, que dura poco tiempo y luego desaparece en el gran todo.

¿Opinan hoy así todos los budistas?

No, pues hay quienes no se resignan a ese aniquilamiento personal absoluto, y para ellos no se debe considerar el «nirvana» como la «nada», y si bien la palabra «nirvana» etimológicamente tiene el significado de «expirar, exhalar, extinguirse», en la última etapa, la conciencia *exhala* del mundo de la contingencia para unirse con el Brahman.

Con el «nirvana» cesa el sufrimiento, y tal «nirvana» constituye para muchos de ellos una suerte de felicidad en un lugar remoto e invisible, adonde emigra el santo envuelto en una aureola de llamas, como en magnífica apoteosis.

Código moral de Buda

Este código tiene algunas máximas dignas de la religión cristiana, como es ésta: «Destruid el mal, fomentad el bien, purificad vuestro corazón».

Buda prohibió el homicidio, el hurto, la lujuria, la

mentira, las bebidas alcohólicas, y mandó el amor al prójimo y la liberalidad y no dañar a los animales.

Entre los muchos pensamientos buenos, tiene la nota triste de que todo viene a «acabar con la muerte» y el hombre se resuelve en la nada.

Extensión del budismo

Por espacio de quince siglos estuvo muy extendido en la India, pero luego cayó allí en el abandono y hasta se ha borrado de su memoria. Hoy pertenecen a él, en su mayoría, Tíbet, China, Japón y también Indochina, Corea, Ceilán, Birmania..., pudiendo decir que el budismo tiene el mayor número de adeptos, exceptuando el cristianismo. En conjunto tendrá 500 millones o más.

La antigua religión del Japón se llamó *Shintoísmo* o *Shinto* (camino de los dioses), a la que se le añadió en el siglo VI después de Cristo, por el influjo de los chinos, el *butsudo*, camino de Buda.

En la actualidad conviven allí ambas religiones con sus propios cultos y templos.

Juicio sobre el budismo

No hay que dudar que en el budismo hay cosas buenas y excelentes como son las normas morales dichas, y según dice el Vaticano II: «la Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (NA 2).

Aunque la moral budista cause admiración y merezca encomio, sin embargo, hemos de reconocer que es una religión sin dogmas, sin los más esenciales, como son Dios y el alma inmortal.

La doctrina de Buda se queda en un plano muy natural y meramente filantrópico, y en ella no se halla si-

quiera una palabra que lleve a los hombres a Dios, y para algunos aparece como si fuera ateo, y aunque su doctrina tiene algunos aspectos acertados en la diagnosis del sufrimiento y en su terapia psicológica, como pone en duda la existencia de Dios y de la vida futura, no puede procurar al hombre ninguna verdadera satisfacción.

De aquí que algunos budistas no se resignan, como dijimos, a la desaparición del hombre, del «yo», viéndose movidos por una fuerza interior de la conciencia que los lleva, sin conocerlo, al verdadero Dios, y es como la aspiración de San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descansen en Ti».

El judaísmo o religión mosaica

Esta religión es el conjunto de los dogmas y mandamientos revelados al pueblo hebreo por ministerio de Moisés.

La religión judaica es la misma religión *primitiva* perfeccionada. La revelación primitiva fue la dada por Dios a los patriarcas.

1) *El dogma* o principales verdades reveladas son: la existencia de un solo Dios, su Providencia, su infinita perfección; la creación del mundo, la formación del hombre a imagen de Dios; su destino sobrenatural; la caída del primer hombre y el pecado original; la promesa de un Redentor.

2) *La moral* de esta religión primitiva comprendía la ley natural, formulada más tarde en el Decálogo, y se venía a reducir a los diez mandamientos.

Tenían preceptos *positivos* tales como: los sacrificios ofrecidos como figura de la Redención; la santificación del día séptimo.

3) *El culto* de la religión primitiva consistía en la oración y en el sacrificio.

La religión mosaica hace resaltar de un modo especial la «unidad de Dios» y la «expectación de un Mesías», como puede verse anunciada por los profetas.

La historia del pueblo judío o pueblo de Israel, que empieza con Abraham, su establecimiento en Palestina..., la historia de su hijo Isaac y de Jacob y de José..., su establecimiento en Egipto, su liberación por Moisés, la promulgación del Decálogo, etc., puede verse en *Biblia E. E.* a partir de la página 61.

El islamismo

La religión musulmana recibe los nombres de *Mahometismo* por su fundador, llamado *Mahoma*, y de *Islamismo* (= sometido, entregado a Dios), lo que equivale a monoteísmo.

De *Mahoma*, autor de esta religión, diremos brevemente que nació en la Meca, hacia el año 570 de la era cristiana, pasó su juventud en el comercio, se hizo luego reformador religioso, y se dio por inspirado y profeta del único Dios verdadero.

La era de *Mahoma* comienza el año 622 de la nuestra, o sea, de la era cristiana, en que huyó de la Meca a Medina (la égira o huida) para formar la unidad árabe por medio de la religión.

Prometió a los pueblos rudos, entre quienes vivía, un cielo de deleites carnales, les permitió la poligamia y los llevó a la guerra, para extender a la vez su religión y el poderío. Profesó el *fatalismo*, o sea, la creencia en un destino inevitable, y puso el centro de su religión en la Meca, adonde instituyó peregrinaciones. Murió el año 632.

La doctrina de Mahoma

Esta se recopiló en el *Korán*, el libro sagrado del Islamismo. Consta de 114 suras o capítulos, redactado después de su muerte y es un conjunto de cosas dispares,

mezcla del cristianismo y del judaísmo, y puede reducirse su doctrina a estos puntos:

1) Unicidad de Dios: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta»; 2) la oración, que se practica cinco veces al día, vueltos de cara a la Meca; 3) el ayuno o abstinencia de comer, beber y modernamente, fumar durante las horas de sol de un mes al año (el Ramadán); 4) peregrinación, por lo menos una vez en la vida, a la Meca; 5) zakaat o diezmo, con que todo musulmán ha de contribuir para la guerra santa; también mantuvo antiguas prácticas, como la prohibición de comer carne de cerdo, bebidas alcohólicas y juegos de azar y el mantenimiento de la poligamia.

El Islamismo admite a Moisés, a los profetas, y a Jesucristo superior a ellos, pero por encima de todos, a una altura inasequible, está Mahoma.

Extensión del islamismo

Mahoma, a pesar de ser llamado por muchos pérfido y avaro, profeta sin profecías y haber hecho crueles matanzas de judíos, y además de su índole y carácter sensuales, su sed de venganza y carencia absoluta de prodigios sobrenaturales, supo entusiasmar y unir las pobres y dispersas tribus árabes con la promesa de goces sensuales y le vieron como a un enviado de Dios, y al desaparecer de este mundo, lo supusieron como ascendido al cielo, al igual que Jesucristo.

Los árabes, hoy en las guerras, se muestran fanáticos y crueles, por su idea del destino y por la opinión de que la fe se ha de extender con la espada y el fuego.

Los sucesores de Mahoma se llamaron califas, y emprendieron grandes conquistas, extendiéndose rápidamente por Asia, Africa y Europa. Invadieron muy pronto España y llegaron hasta Francia, donde los detuvo Carlos Martel.

Juicio sobre el islamismo

No se puede negar que Mahoma fue una gran personalidad por el solo hecho de haber podido sacar del ostracismo y de la más profunda abyección a unas tribus míseras, ignorantes e incultas y de haber constituido con ellas un imperio.

Su idea obsesionante fue el culto al único Dios verdadero, y el Korán tiene altos conceptos y alabanzas a la divinidad. Mahoma aparece como genio religioso, pero fue en realidad *un iluso* por tomar por verdaderas visiones y revelaciones lo que habían sido sólo meras imaginaciones, y así las juzgaban sus contemporáneos, y su voluptuosidad y crueldad no están a la altura de la dignidad de un profeta y enviado de Dios.

No tenemos pruebas para demostrar que su religión sea sobrenatural y revelada.

EL CRISTIANISMO

El Cristianismo fue fundado por Jesús de Nazaret el Cristo Mesías, llamado también Jesucristo.

Nació en Belén de Judá, de la Virgen María y conforme a las profecías, hacia el año 750 de la fundación de Roma, durante el imperio de César Augusto, y siendo Cirino gobernador de Siria.

Fue contemporáneo de Séneca, de Lucano, de Filón y de Flavio Josefo. Este nos habla de El en su libro *Antigüedades Judaicas*.

Jesucristo vivió durante su juventud y hasta los treinta años en Nazaret, y luego dedicó tres a predicar su doctrina, demostrando con sus profecías y milagros, especialmente el de su resurrección, que era no solamente un hombre, sino Dios a la vez (pág. 149 y ss.).

En los Evangelios podemos ver su nacimiento milagroso y su doctrina en compendio, su vida, su pasión, muerte y resurrección. También puede verse la fundación de su Iglesia con el fin de agrupar a todas las na-

ciones y salvarlas. El, pues, es verdadero Dios y verdadero hombre, el Redentor y Salvador del mundo.

La doctrina de Jesucristo es la que nos da solución a todos los problemas que el hombre hoy se plantea sobre su origen y su destino..., y esta doctrina que es la de la «religión católica» se halla en el libro sagrado de *la Biblia*, cuya interpretación auténtica corresponde al Magisterio Supremo de la Iglesia por El fundada. Véase el breve resumen de su vida (pág. 137 y ss.).

No hay más que una sola religión verdadera

Algunos dicen: «Todas las religiones son buenas»; pero esto no es cierto. La razón por la cual no puede haber más que una religión buena y verdadera es porque no hay más que un solo Dios y una sola manera de honrarle.

La religión verdadera tiene unos mismos dogmas, una misma moral y un mismo culto establecido por Dios, y si El ha establecido una manera de servirle, no se le puede servir de manera diferente.

Como nota A. Hillaire: «Si dos religiones son igualmente verdaderas, tienen el mismo dogma, la misma moral, el mismo culto; entonces ya no son distintas».

Si son distintas, no pueden serlo sino por enseñar doctrinas diferentes acerca de una de estas materias y, en este caso, ya no son igualmente verdaderas. Por ejemplo, a esta pregunta: ¿Jesucristo es Dios? Sí, dice el católico; puede ser, dice un protestante racionalista; no, contesta un judío y lo mismo afirma el testigo de Jehová; es profeta como Mahoma, añade un musulmán... Estos hombres no pueden tener razón a la vez; evidentemente, uno sólo dice la verdad. Luego las religiones que admiten aunque sólo sea «una sola verdad dogmática diferente» no pueden ser igualmente verdaderas. Y lo que decimos del dogma, hay que decirlo de la moral y aún del culto en sus prácticas esenciales.

Cuando los protestantes dicen: Nosotros servimos al *mismo Dios* que los católicos, luego nuestra religión es tan buena como la suya —contestamos: Indudablemente, vosotros servís al mismo Dios, puesto que no hay más que uno para todos, pero no le servís de la *misma manera*, no le servís *en la forma con que El quiere ser servido*. Ahí está la diferencia... Dios es el Señor, y el hombre debe someterse a su voluntad.

No se diga: «Todas las religiones son buenas». ¿Acaso lo son todas las monedas? ¿No hay que distinguir entre las verdaderas y las falsas? Lo mismo sucede con la religión, y las falsas suponen la verdadera.

Decir que todas las religiones son buenas es tomar a Dios por un ser *indiferente* para la verdad y para el error. Se supone que Dios puede amar con igual amor al cristiano que adora a Jesucristo, que al mahometano que le insulta, o que bendice al católico que adora a Jesucristo presente en la Eucaristía, y sonríe a los que se burlan de ese misterio...

Una religión para ser buena debe agradar a Dios, y como Dios es la Verdad, una religión falsa no podría agradarle. Es evidente que dos cosas contradictorias no pueden ser verdaderas, **porque la verdad es una**, como lo es Dios, y El no se contradice.

Si la Iglesia ha recibido de Jesucristo la misión de interpretar la Biblia y de explicárnosla debidamente, no queda a la voluntad de cada uno el interpretarla a su manera.

También algunos dicen: Un hombre honrado no debe cambiar de religión y debe seguir la de sus padres. A esto diremos: cada uno puede y debe seguir la religión de sus padres, si esta religión es la verdadera; pero si es falsa, debe abandonarla. Si el padre de uno es ignorante, ¿será necesario permanecer en la ignorancia como él? Lo propio es investigar en caso de duda cuál sea la verdadera.

¿Cuál es la verdadera religión?

«Creemos que la única religión verdadera subsiste en la Iglesia católica y apostólica, a la cual el Señor Jesús confió la obligación de difundirla a todos los hombres...» (DH 1).

«La verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante la libre investigación, con ayuda del magisterio o enseñanza, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales los hombres se exponen mutuamente la verdad que han encontrado o juzgan haber encontrado para ayudarse unos a otros en la búsqueda de la verdad; y una vez conocida ésta hay que adherirse a ella con el asentimiento personal» (DH 3).

La verdadera religión es la que nos viene de Dios, la que Dios mismo nos ha revelado.

Nos consta que Dios nos ha hablado, y siendo Dios la *Verdad suma y la autoridad suprema*, tenemos el deber de creer en su palabra y obedecer sus leyes.

Ante Dios no hay libertad de conciencia y todo hombre nace súbdito de la verdad y en la medida de sus conocimientos está obligado a profesarla.

El Concilio Vaticano I nos dice:

«Puesto que el hombre depende todo entero de Dios, su Creador y Señor, y que la razón creada está completamente sujeta a la Verdad increada, cuando Dios revela, *estamos obligados* a someterle plenamente nuestra inteligencia y nuestra voluntad por la fe».

Debemos, por tanto, prestar obediencia a su palabra *a causa de la autoridad de Dios mismo, que revela y que no puede engañarse ni engañarnos*. Además, por las pruebas que ha querido darnos como son *los milagros y las profecías*, que son señales exteriores con las que se ha hecho creíble su palabra o religión revelada, pues son como el *sello o firma de Dios*; por hablarnos de su poder y sabiduría infinitas, son pruebas de la divinidad de la religión católica, o sea, la fundada por El, en favor de la cual los hizo. (En el Evangelio pueden verse verda-

deros milagros y profecías atestiguados y ciertamente comprobados). Ver págs. 33 ss. y 153 ss.

MATERIALISMO Y POSITIVISMO

Existen varios sistemas materialistas y positivistas inventados para explicar el origen de los seres, el movimiento y el orden que reina en el mundo.

1) El marxismo o comunismo

Su fundador fue propiamente un judío alemán, llamado Carlos Marx, el cual, influenciado por la teoría de Hegel, admite el «materialismo filosófico», que quita al hombre la idea de Dios y la esperanza en la otra vida, y también el «materialismo dialéctico» con el que pretende explicar la constitución de la materia.

El comunismo es una doctrina opuesta al cristianismo, por cuanto niega la revelación divina y todo orden sobrenatural. El Papa Pío XI dice de él: «Es por naturaleza antirreligioso y ateo; intrínsecamente malo» (Encíclica *Divini Redemptoris*).

La Iglesia rechaza completamente el ateísmo, pero reconoce que todos los hombres deben colaborar en la edificación de este mundo. Para ello se requiere un prudente y sincero diálogo (GS 21). El comunismo que eleva a sistema la mentira, presenta dificultades casi insuperables para el diálogo. Su intento es quitar al hombre la idea de Dios y la esperanza en la otra vida (*Biblia E. E.*).

Este es un sistema materialista.

2) El existencialismo

Este viene a ser una tendencia del hombre a resol-

ver el problema de su existencia sobre la tierra. Intenta prescindir de Dios, y al obrar así, y sentirse como ser contingente y limitado en su precaria existencia, se angustia y se desespera.

La doctrina de Heidegger y otros existencialistas respira tristeza por cuanto se limita a decir que «el hombre es un ser para la muerte», y naturalmente estos sistemas dejan sin resolver el problema fundamental del hombre.

Para poner fin a tanto mal, sólo una vuelta a Dios y reconocerse hechura suya, puede devolver al hombre la esperanza donde anclar su vida, pues, como dijo San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Tí, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Tí».

3) ¿Qué es el materialismo?

Es el error de los que no admiten más que una cosa: *la materia*, cuyos átomos, primitivamente separados, se han reunido y han formado el mundo, y según sus defensores la materia es eterna y existe por sí misma.

Mas, ¿cómo es posible que una materia inerte, sin vida, sin inteligencia ni razón, haya podido crear seres vivientes y poner este mundo en el orden admirable que lo vemos, con sus estaciones, días y años? ¿Quién puede explicar este mundo sin la existencia de un Dios inteligente, ser increado, necesario y eterno? Por eso el libro de la revelación divina nos dice:

Al principio creó Dios los cielos y la tierra (Gén 1, 1) y antes que los montes existiesen y fuera formada la tierra, eres tú, oh Dios, desde la eternidad a la eternidad (Salm 90, 2).

4) El positivismo

Este sistema viene a ser idéntico al anterior en cuan-

to no admite nada *real y positivo* fuera de la materia. Además no reconoce sino lo que se puede comprobar con la experiencia y rechaza como hipotético todo lo que no cae bajo el dominio de los sentidos. De ahí que *niegue la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma y la vida futura*, y abogue por una moral independiente o moral sin Dios.

Este nuevo o renovado positivismo es para muchos el último progreso de la razón humana, el último término de las evoluciones científicas.

¡Cuántos pretendidos sabios se limitan a negar los dogmas de la fe sin aducir pruebas! Mas, aunque nieguen a Dios, no podrán suprimir su existencia. Por más que el ciego niegue la existencia del sol, el sol no dejará de iluminar. ¿Es que yo no veo a Dios ni al alma y por eso no creo? ¡Cuánto absurdo! ¿Podrá uno negar la existencia del pensamiento o que exista Africa o tal personaje, del que se hable, porque él no lo haya visto?

(Véanse los problemas relativos a la creación del mundo, de la existencia de Dios, del hombre, etc.).

¿Hay realmente ateos?

¿Qué entendemos por «ateos»? Estos son aquellos que niegan la existencia de Dios. Se clasifican en tres categorías:

— *Ateos prácticos*, que se portan como si Dios no existiera.

— *Ateos de corazón*, que desearían que Dios no existiera, a fin de poder entregarse libremente a sus pasiones.

— *Ateos del espíritu*, aquellos que engañados por sofismas, creen que no hay Dios.

Hay por desgracia, un número demasiado crecido de *ateos prácticos*, que viven sin Dios y no le rinden ningún homenaje.

Hay también, para vergüenza del género humano,

ateos de corazón que desean que no haya Dios, que así se atreven a decirlo y a escribirlo en sus libros y en los periódicos, porque temen a un Dios que castiga el mal.

Pero no existen verdaderos ateos que nieguen a sangre fría y con convicción la existencia de Dios.

Solamente el corazón del insensato es el que desea que Dios no exista: «*Dijo el necio en su corazón (no en su inteligencia) ¡Dios no existe! (Salm 14, 1) (Ver A. HILLAIRE, Religión Demostrada).*

Causas del ateísmo

Si investigamos las verdaderas causas del ateísmo, nos vemos precisados a decir que son éstas:

1.^a *El orgullo*, que oscurece la razón; algunos exaltan de tal manera al hombre, que la fe en Dios queda desvirtuada: parecen más inclinados a afirmar al hombre que a negar a Dios. Quienes profesan el ateísmo sostienen que la libertad consiste en que el hombre es fin de sí mismo, artífice único de su propia historia. Este modo de pensar se ve reforzado por el sentimiento de poderío que el progreso técnico actual le da al hombre (cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 20).

Los que no creen o aparentan no creer son, por regla general, *pobres ignorantes*, que no han estudiado bien la religión o no han querido ser consecuentes con sus enseñanzas. Otros no quieren buscar la verdad y así pretenden no plantearse problemas acerca de Dios, ya que parecen no sentir inquietud religiosa y ni siquiera ven por qué se han de preocupar por la religión.

2.^a *La corrupción del corazón*, al que molesta y espanta la existencia de Dios. Se trata de personas acostumbradas a vivir en pecado, interesadas en que Dios no exista para que no los castigue según se lo merecen. «La misma civilización actual —no por sí misma, sino porque está demasiado ligada a las cosas de la tierra—

puede, a menudo, hacer más difícil el acercarse a Dios» (CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 19).

«Entre las formas del ateísmo actual no se puede olvidar la que hace referencia a la liberación del hombre a partir, principalmente, de su emancipación económica y social. Y se pretende que a esta liberación se opone la religión por su misma naturaleza, puesto que, al despertar en el hombre la esperanza en una vida futura e "ilusoria", le aparta de la edificación de la ciudad terrestre. De ahí que los partidarios de esta doctrina, cuando llegan al poder público, combaten violentamente la religión, difundiendo el ateísmo y empleando, principalmente en la educación de los jóvenes, incluso aquellos medios de presión de que dispone el poder público» (CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 20).

Segunda parte

DIOS UNO Y TRINO

EXISTENCIA DE DIOS

«Creemos en un solo Dios... Creemos que este Dios único es absolutamente uno en su esencia infinitamente santa al igual que en todas sus perfecciones, en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y en su amor. El es «el que es», como lo ha revelado a Moisés; y El es «amor», como el apóstol Juan nos lo enseña...» (*Credo del Pueblo de Dios.*)

Los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Salm 19, 2-3). El autor mismo de la belleza fue quien los creó (Sab 13, 3).

Pregunta a las bestias y ellas te enseñarán; a las aves del cielo y te lo dirán; a los reptiles de la tierra, y te instruirán, y te lo harán saber los peces del mar. ¿Quién no ve en todo esto que es la mano de Dios quien lo hace, de Dios, que es el dueño de todo viviente y del espíritu de todos los hombres? (Job 12, 7-10).

La creación nos habla de Dios

Una prueba para demostrar la existencia de Dios nos la da la creación entera, o sea, la razón humana y también la revelación divina a través de todas las páginas de la Biblia.

— Dios no puede ser ignorado. Los seres creados nos hablan de Dios (*Sab 13, 1; Rom 1, 20*).

— El Hacedor de todas las cosas es Dios (*Heb 3, 4*). El es el Creador de cielos y tierra (*Gén 1, 1*).

— Sólo el insensato niega la existencia de Dios (*Salmo 4, 1*).

— La creencia universal de todos los pueblos de la tierra es ya una gran prueba de la existencia de Dios. También la misma conciencia nos habla de Dios (*Rom 2, 15*).

No hay efecto sin causa

El reloj supone la existencia de un relojero, la casa supone la de un albañil..., el mundo supone la existencia de un Ser Omnipotente, Hacedor de todo, Supremo Ordenador del universo, y éste es Dios.

Un principio de Física dice que «un cuerpo en reposo no puede ponerse en movimiento por sí mismo». Luego si no hay movimiento sin motor, ¿quién será el primer motor inmóvil e inteligente, eterno y necesario, que ha puesto los astros en movimiento y orden admirable, si no es Dios?

El maravilloso orden del universo nos habla de Dios

La maravillosa armonía de los cielos nos muestra en primer lugar la existencia de un Ordenador. Cuando un barco navega seguramente por el mar y acierta con el puerto, no dudamos que lo dirige un hábil piloto. Así, del hermoso orden del universo concluimos que todo en él lo rige un ser de infinita sabiduría.

El que afirma que las estrellas del firmamento describen por sí mismas sus cursos, habla tan neciamente como el que dijera que un barco vacío salió de un puerto de Europa, dio vuelta al mundo, y volvió por sí solo al mismo puerto. Por eso dice Cicerón: Cuando contemplamos el cielo estrellado, venimos en conocimiento de que lo rige todo un Ser de infinita inteligencia.

También en la tierra observamos un orden hermosísi-

mo. La sucesión de los días y las noches, de las cuatro estaciones del año, el orden en la estructura del más pequeño insecto, de una florecita y, sobre todo, del cuerpo humano (que es a la vez un pequeño universo), nos hace convenir en que existe un Ordenador de inteligencia maravillosa. Sólo con que observemos la artificiosa disposición de los ojos, de los oídos, del corazón, del sistema nervioso, de los órganos digestivos, etc., nos veremos involuntariamente forzados a decir: ¡Esta artificiosa disposición no puede haberse formado por sí misma! (F. Spirago. Cat. pop.).

En consecuencia:

Este mundo, las estrellas y el sol que vemos no pueden haberse formado por sí mismos.

El astrónomo Atanasio Kircher, como tuviera un amigo que dudaba de la existencia de Dios, mandó construir una hermosa esfera celeste, y preguntado por su amigo, quién la había fabricado, le contestó que ella por sí sola se había hecho. Enfadándose de su respuesta, como de una impertinencia, Kircher le convenció diciéndole: ¿No es más impertinente pensar que pudieron hacerse por sí mismas todas esas estrellas que giran sobre nuestras cabezas?

Una luz no se enciende por sí misma, y luego que la encendéis, se apaga al cabo de unas horas; mas en el cielo brilla la espléndida lumbrera del sol y desde hace siglos no disminuye su esplendor, y en una noche serena vemos en el cielo millares de luces. ¿Quién encendió y quién alimenta todos esos fuegos?

Los cielos pregonan la gloria de Dios. Por eso el astrónomo Newton inclinaba y descubría su cabeza, según es fama, cada vez que oía pronunciar el nombre de Dios.

¿Quién es Dios?

Dios ha hablado a los hombres (Heb 1, 1) y se ha dado a conocer a ellos. Dios dijo a Moisés: Yo soy el que soy. Así responderás a los hijos de Israel: Yo soy, me manda a vosotros... Yahvé, éste es para siempre mi nombre (Ex 3, 14 s.).

¿Quién ha sondeado el espíritu de Yahvé, quién fue

su consejero y le instruyó?... Son las naciones como una gota de agua..., como un polvillo en la balanza... Todos los pueblos son delante de Dios como nada, son ante El nada y vanidad (Is 40, 13 ss.).

¿Qué es lo que sabemos de Dios?

Lo que sabemos de Dios lo conocemos, como hemos dicho, por las cosas creadas y con más claridad por la divina revelación. Sabemos que Dios existe, pero

¿Quién es Dios?

Es difícil contestar a esta pregunta. A un filósofo de la antigüedad que se la hicieron, dijo: «Lo pensaré, volved dentro de ocho días». Pasados éstos, volvieron los comisionados, y oyeron la misma respuesta: «Volved de nuevo dentro de ocho días», y de nuevo lo hicieron y recibieron la misma contestación, y al fin oyeron de él: «cuantas veces me hiciérais la misma pregunta, yo daré la misma respuesta, pues sé muy bien que hay Dios, mas no puedo ni podré jamás decir «lo que es», porque es algo inefable, una cosa muy grande».

El Padre Astete lo reconoció así al decir en su Catecismo: «Dios es una cosa lo más excelente y admirable que se puede decir ni pensar...».

La definición de Dios

Para dar la definición de Dios tenemos antes que estudiar *su naturaleza*. Hablar de la naturaleza o esencia de Dios es lo mismo que decir «qué cosa sea Dios», y para darnos una idea tenemos que ver *qué ha dicho Dios de sí mismo*.

Dios se manifestó a Moisés y le reveló su nombre llamándose «el que es», YO SOY (Ex 3, 14).

La esencia de Dios es el Ser «el que es» (Sab 13, 1). Esta es la cualidad fundamental de Dios, *la aseidad*, como dicen los teólogos, es decir, que existe *por sí mis-*

mo, es el ser por esencia, «el que es, era y será» por la misma fuerza de su ser, independiente de todo otro y del cual reciben el ser que tienen las demás cosas. De esta cualidad de Dios se derivan todas las demás.

En sentido histórico, el nombre de Yahvé significa: el que está con nosotros para asistirnos, defendernos y hacernos felices.

Dios habló a Moisés en primera persona: EHYEH = YO SOY, y nosotros lo denominamos en tercera persona: YAHVE = EL QUE ES. Por este nombre se distingue de todos los demás seres. El ser de las criaturas es un ser limitado, y comparado con el de Dios es «como si no fueran», porque sólo el ser de Dios es inmutable.

Podemos conocer a Dios, pero no comprenderle

San Pablo dice que *lo invisible de Dios se hace cognoscible en las cosas creadas* (Rom 1, 20); pero con todo esto no alcanzamos a *comprender* a fondo qué sea Dios, y esto es debido a que El es infinito y nuestro entendimiento es débil y limitado.

Como no se puede abarcar con un pequeño vaso toda el agua del mar, así tampoco, con limitado entendimiento, podemos comprender la infinita Majestad de Dios, y así dice Job (36, 26): Mira que Dios es grande y sobrepasa nuestra sabiduría. Y San Pablo (1 Cor 2, 11): Nadie sabe lo que hay en Dios sino el Espíritu de Dios. Por tanto, mucho menos podemos nosotros declarar con palabras lo que es Dios.

El Papa Inocencio III dijo: «Sabemos en verdad que Dios es, pero no sabemos *lo que es*». Y San Agustín, dice: Más fácil es decir lo que Dios no es, que declarar lo que es. Ni la tierra, ni el mar, ni el aire, ni sus moradores, ni el sol, ni la luna, ni las estrellas son Dios. Todas estas cosas nos dicen: ¡Dios nos ha hecho!

EXISTE UN SOLO DIOS

No hay más Dios que uno solo (1 Cor 8, 4). Sepan todos los pueblos de la tierra que el Señor es Dios y no hay otro (1 Rey 8, 60). Yo soy Yahvé, tu Dios..., no tendrás otro Dios que a mí (Ex 20, 2-3)... Soy Yahvé, el único (Is 45, 21).

No hay más que un solo Dios verdadero

Dios es un ser único, infinito e inmenso que lo llena todo. El ser perfectísimo no puede ser más que uno.

Si hubiese dos o más dioses, se distinguirían entre sí por alguna perfección o imperfección. Entonces el que careciese de la perfección o tuviese la imperfección ya no sería infinitamente perfecto y por tanto ya no sería Dios.

Además el mismo orden del universo, la armonía y unidad de plan en este mundo, exige la unidad de Autor, de un solo Dios ordenador. No es posible, como decía Lactancio, que haya varios dioses, como en la nave no puede haber varios pilotos, ni en el cuerpo varias almas.

Dios es Padre de todos los hombres

Tú, oh Dios, eres nuestro Padre, y «Redentor nuestro» es tu nombre desde la eternidad (Is 63, 16). El hijo honra a su padre y el siervo teme a su señor. Pues sí, Yo soy Padre, ¿dónde está mi honra? Sí. Yo soy Señor, ¿dónde está mi temor?, dice Yahvé (Mal 1, 6).

Así, pues, habéis de orar vosotros: PADRE NUESTRO que estás en los cielos...» (Mt 6, 9).

¿Qué nos enseñó Jesucristo acerca de Dios?

Jesucristo, al decirnos cómo debíamos de orar, nos enseñó a llamar a Dios «nuestro Padre», y por lo mismo,

cuando rezamos debemos pensar que estamos hablando con Dios, nuestro PADRE. Los cristianos en realidad, somos «hijos de Dios» por la gracia.

Nosotros al llamar a Dios con el nombre de PADRE, debemos pensar todos los hombres del mundo que Dios es nuestro Padre común, y por tanto todos debemos mirarnos como hermanos.

¿Por qué llamamos a Dios nuestro Padre?

Le llamamos Padre porque nos ama, porque nos ha dado *la vida divina* por medio de Jesucristo, su Hijo, y además nos ha dado la vida natural. El es el que *da la vida a todos, el aliento y todas las cosas* (Hech 17, 25).

Dios, como Padre que es, nos ama:

Ved qué amor nos ha manifestado el Padre: que seamos llamados hijos de Dios; y que lo seamos (1 Jn 3, 1).

San Agustín nos lo dice así: «Nosotros existimos, porque Dios es bueno» y nos ama.

Dios es un ser vivo

Es consecuencia de lo dicho, porque *El nos da la vida, el aliento y todas las cosas* (Hech 17, 25). El es la fuente de la vida. Jesús nos dice: *Yo soy La Vida* (Jn 14, 6).

Dios no es como los ídolos que *tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven...*» (Salm 114, 2 ss.). El es *Dios vivo* (Mt 16, 16).

Dios es sumamente feliz

Te mando ante Dios, que da la vida a todas las cosas..., que te conserves sin tacha ni culpa en el mandato hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, a quien hará aparecer a su tiempo EL BIENAVENTURADO y solo Poderoso, Rey de reyes y Señor de los señores (1 Tim 6, 13-15).

Contempla el cielo y mira... Si multiplicas tus peca-

dos, ¿qué perjuicio causas a Dios?, y con ser justo ¿qué le das? ¿Qué recibe El de tu mano? A un hombre como tú perjudica tu mal obrar, a un hijo de hombre aprovecha tu justicia (Job 35, 5-8).

El Dios que hizo el mundo..., siendo Señor del cielo y de la tierra..., no por manos humanas es servido como si necesitase de algo, siendo El mismo quien da a todos la vida... (Hech 17, 24-25).

¿Por qué Dios es eternamente feliz?

Dios es eternamente feliz porque no necesita de nada. Ninguna criatura es capaz de aumentar o disminuir la felicidad de Dios.

Dios, como se colige de las palabras que dijo a Moisés es Yahvé, «el que es», el que existe por sí mismo, y todos los seres reciben el que tienen de Dios, y por eso, si los creó, como diremos, no fue para aumentar su felicidad, sino para hacernos a nosotros felices.

Como el sol no necesita de la luz, porque él la reparte, así Dios no necesita de nosotros, porque cualquiera cosa que le pudiéramos dar, según dice San Agustín, la recibimos de El.

Dios es creador de todo el mundo

Al principio creó Dios los cielos y la tierra (Gén 1, 1). Dios es el que hizo el mundo y cuantas cosas hay en él (Hech 17, 24). El es Dios vivo que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos (Hech 14, 14), las cosas visibles e invisibles, los tronos y las dominaciones, los principados, las potestades... (Col 1, 16).

Dios creó todas las cosas con sabiduría (Salm 104, 24). De El y por El y para El son todas las cosas (Rom 11, 36).

¿Cómo aparece Dios al principio del Génesis?

Dios aparece como un Ser Supremo, distinto del mundo y que está antes que él, y al que crea de la nada, lo que supone un poder omnipotente, y aparece después como un Dios personal, porque vemos que habla y conversa con nuestros primeros padres, con Noé, Abraham, etcétera.

Dios creó el mundo por un acto de su voluntad (*Salm 148, 5*).

NOTA: En el siguiente tratado expondremos estos temas: ¿Por qué creó Dios el mundo? ¿Para qué fin? ¿Qué es glorificar a Dios?...

Dios es invisible

Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad (Jn 4, 24). Es el único inmortal (por esencia), que habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre vio ni pudo ver (1 Tim 6, 16).

¿Por qué no podemos ver a Dios?

Reconocemos que Dios está en todas partes, pero no le podemos ver en esta vida porque es *espíritu puro* (que no tiene cuerpo como nosotros). Es, pues, un ser incorpóreo e inmortal dotado de inteligencia y voluntad libre.

Entre Dios y nuestros ojos, según dice San Juan Crisóstomo, está corrido un denso velo. Las estrellas están en el cielo, y, con todo, no las vemos de día, sino sólo de noche, en caso que ninguna nube se interponga. Así tampoco podemos ver a Dios en el día de esta vida (*Ex 33, 21*); sólo después de la muerte le podremos ver (*1 Jn 3, 2*), con tal que estemos libres de todo pecado.

Nuestro Dios es un Dios escondido (*Is 45, 15*). Habita en una luz inaccesible (*1 Tim 6, 16*).

A veces, dice la Escritura, que Dios ha tomado diferentes aspectos sensibles, como cuando se apareció a

Abraham en forma de caminante..., y en la misma Escritura se nos habla de los ojos, oídos y manos de Dios... Estas maneras de decir es para que mejor entendamos que Dios ve, oye, etc. Dios se acomoda a los hombres muchas veces, ya que por ser sensuales no pueden concebir a Dios sino en forma sensible.

NOTA: Cuando Dios vino a la tierra y se hizo hombre, conversó con los hombres y se dejó tocar y ver de ellos, pero esto fue por razón de su humanidad.

ATRIBUTOS DIVINOS

¿Qué son los atributos divinos?

Son las cualidades o perfecciones que descubrimos en Dios y constituyen su esencia.

Todas las propiedades que a Dios atribuimos, son en El una sola cosa; su bondad es su omnipotencia, su omnipotencia es su sabiduría, su sabiduría es su justicia, etcétera. Así, los atributos de Dios y su perfección son una misma cosa, es decir, no hay distinción real entre ellos, porque Dios es un ser *simplicísimo* (no hay composición de partes en El como la hay en los seres materiales), y es *infinito* (carece de límites), todo se identifica en El; pero por lo limitado de nuestro entendimiento, distinguimos entre esencia o naturaleza y atributos para mejor comprenderlos.

¿Qué más podemos decir de los atributos de Dios?

De los atributos de Dios podemos decir también que son diferentes denominaciones de una sola y simplicísima esencia y perfección divina.

Las obras de Dios, como dice San Francisco de Sales, nos manifiestan esa perfección divina bajo diferentes aspectos. Lo mismo acontece en un paisaje, que mirado de diferentes puntos de vista parece diferente, aunque es el mismo.

Dios es *infinitamente perfecto*, porque posee sin límites todas las perfecciones posibles, y ¿cuáles son éstas?

Las principales son: Dios es eterno, inmutable, inmenso, infinitamente sabio y poderoso, infinitamente santo y justo, infinitamente bueno, misericordioso, veraz y fiel.

Dios es eterno

Dios dijo a Moisés: YO SOY el que soy (Ex 3, 14) (el que es por esencia y no empezó nunca a ser). Tú, oh Dios, eres antes que fuesen los montes y se formara la tierra y el orbe: eres desde la eternidad a la eternidad (Salm 90, 2).

Dios siempre ha existido

Dios posee el ser divino sin principio ni fin, ni sucesión alguna, en un ahora permanente e indiviso. Esta es la doctrina de la Iglesia (Conc. IV de Letrán, Vaticano I y Símbolo *Quicumque*).

El mundo y los hombres antes no existían. Sólo existía Dios y El es el que siempre ha existido y existirá. El es el que no tiene principio ni fin. El es el ser eterno, supremo y creador de cuanto existe, es decir, Dios es de sí y por sí mismo; todo lo demás ha sido creado por El.

Hay algunos seres que son pasajeros, como la planta, que apenas nace y luego se marchita. Otros son permanentes, como los ángeles o las almas humanas. Estos han tenido su origen, pero no podrán naturalmente dejar de existir, porque Dios mismo así lo ha querido.

Dios vivo (*Mt 16, 16*) e inmortal (*1 Tim 1, 17*) existió en todo tiempo y permanecerá por toda la eternidad.

En Dios no hay sucesión de acontecimientos

Para Dios nada hay pasado, como dice San Agustín,

sino *continuo presente*. En la vida de Dios no hay sucesión ninguna de acontecimientos. El creó el tiempo con las cosas, mas para El no hay tiempo alguno.

Un día es para Dios como mil años, y mil años como todo un día (2 Pdr 3, 8). Por eso ni aún el más largo tiempo es una parte de la eternidad.

¿Qué es eternidad?

La eternidad es duración sin principio ni fin, sin antes ni después, un «ahora permanente». La eternidad es ¡siempre! ¡siempre! ¡jamás! Su esencia es la falta absoluta de sucesión.

La eternidad no son miles y miles de años, sino que es ausencia de años, una duración interminable.

Un ejemplo. Puede servir para nuestro limitado entendimiento. Si una montaña se elevara hasta el cielo y un pajarillo, cada mil años, arrancara de ella un granito de arena y se lo llevara, al cabo vendría a llevarse toda la montaña, y con todo, si no fuera más que ese tiempo larguísimo la eternidad, los condenados se llenarían de júbilo porque sus penas habían de tener entonces fin.

San Agustín nos dice: «¿Quieres gozar de las eternas alegrías?, ¡Acógete, pues, al que es eterno!».

Dios es inmutable

Desde el principio fundaste la tierra, y obra de tus manos es el cielo; pero éstos perecerán y Tú permanecerás, mientras todo envejece como un vestido. Los mudarás como se muda una veste, pero tú siempre el mismo, tus días no tienen fin (Salm 102, 26-28). El es uno y el mismo desde la eternidad (Eclo 42, 21). En Dios no cabe mudanza ni sombra de variación (Sant 1, 17).

¿Por qué Dios es inmutable?

Dios es inmutable porque permanece eternamente el mismo sin mudarse jamás en su ser o en sus juicios. El

no envejece ni cambia ni varía, pues no hay en El ninguna mudanza, no se hace mejor o peor, no quebranta su palabra (Núm. 23, 19).

Dios es inmutable como las verdades científicas ($2 \times 2 = 4$), que nunca pueden variar. Si fuera mutable no sería eterno, pues empezaría a ser de otra manera.

Aun por la creación del mundo, no hubo en Dios mudanza; pues El resolvió, desde su eternidad, crear el mundo en el tiempo. Para una nueva obra no necesita Dios un nuevo decreto, sino el eterno, como comenta San Agustín. Dios cambia sus obras, pero no sus decretos.

Por la misma Encarnación, la humanidad se mudó haciéndose mejor, pero la Divinidad no adquirió cosa nueva, porque tiene en sí toda perfección; ni perdió algo, como el sol no pierde, aunque se eclipsa a nuestros ojos por una nube (S. AMBROSIO).

¿No hay cambios en Dios cuando castiga?

Tampoco se muda Dios cuando *castiga a los pecadores*, pues no es Dios quien se muda, sino los hombres. Si uno se mirara a un espejo con la cara tiznada y luego se lavase y volviera a mirarse en él con la cara limpia, el espejo reproduciría su imagen, ¿quién se cambia en este caso? Nosotros, o sea, la cara del que se mira, pero no el espejo. Cosa parecida sucede con Dios. El no cambia, ni varía jamás, somos nosotros.

La Biblia dice que Dios se arrepintió

Cuando dice la Escritura (Gén 6, 6) que *Dios se arrepintió* de haber creado al hombre o cuando habla de su ira, se acomoda a nuestra manera de hablar para que más fácilmente entendamos el sentido de sus palabras, y así comprender que era grande la malicia del pecado y que los hombres se habían hecho indignos de seguir viendo.

Los Concilios IV de Letrán y el Vaticano I enseñan que Dios es inmutable. Lo que pasa de un estado a otro es mudable, y esto que pasa en las criaturas por la limitación de su ser, no se da en Dios. Dios no cambia de parecer, como hemos dicho, ni realiza nada en el tiempo que no tenga decretado en la eternidad.

El decreto de crear el mundo es tan eterno e inmutable como la esencia misma de Dios, con la cual se identifica realmente; lo único temporal y mudable es el efecto de tal decreto, o sea, el mundo creado. Este es el pensamiento de San Agustín (*De civ. Dei*, 12).

«Dios es inmutable e intransformable, por ser eterno» (TERTULIANO, *Adv. Prax*, 27).

Dios es inmenso

¡Oh, Dios! Tú me has examinado y me conoces, no se te oculta nada de mi ser..., te das cuenta de todos mis pensamientos... ¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿A dónde huir de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás Tú; si bajare a los abismos, allí estás presente. Si dijere: Las tinieblas me ocultarán, será la noche mi luz en torno mío, tampoco las tinieblas son densas para Ti, y la noche luciría como el día, pues tinieblas y luz son iguales para Ti (Salm 139, 1, 7-12).

Dice el Señor: ¿Soy Yo, por ventura, Dios sólo de cerca? ¿No lo soy también de lejos? Por mucho que uno se oculte en escondrijos, ¿no lo veré YO? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra? (Jer 23, 23-24). Los ojos de Yahvé están en todas partes, observando a los buenos y a los malos (Prov 15, 3).

¿Por qué Dios es inmenso?

Dios es inmenso porque está en todo lugar y donde haya cosas, pues todas son tuyas. El está por encima de toda medida espacial. El mundo no puede contenerlo.

(Los Conc. IV de Letrán y el Vaticano I aplican a Dios el atributo de «inmenso»).

Dios está en todas partes:

1) *Por esencia*, dando el ser y la vida a todas las cosas, pues *en El vivimos, nos movemos y somos* (Hech 17, 28).

2) *Por potencia*, porque todo está sujeto a su imperio y lo conserva; mas no sólo está presente por su potencia (como el sol está presente en la tierra por el poder de su luz), sino también.

3) *Por presencia especial* en cuanto penetra y llena todo lugar, quedando todo patente ante su vista, aún los pensamientos más ocultos de los hombres, pues *todas las cosas están desnudas y patentes ante sus ojos* (Heb. 4, 13).

Dios nos envuelve con su esencia y nos penetra más que el agua penetra la esponja de los mares. Donde quiera que nos hallamos, estamos sumergidos en la inmensidad de Dios, a la manera que los peces en el mar donde quiera que se hallen.

Dios tiene en su poder nuestra vida, nuestra muerte, nuestro tiempo... De El dependemos como los rayos dependen del sol y la sombra del cuerpo...

¿Se mezcla Dios con las criaturas?

Aunque no hay lugar sin Dios, no por eso se mezcla El con las criaturas; Dios se queda Dios, y las criaturas, criaturas. Dios, como dice el Conc. Vaticano I, es enteramente distinto del mundo.

Dios no está circunscrito por ningún lugar, ni aun por la creación, porque *no tiene límites*.

El rey Salomón dijo al consagrar el Templo: ¡Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contenerte, cuanto menos esta casa, que yo te he dedicado! (1 Rey. 8, 27).

El infinito, como decía Orígenes, no puede ser contenido por un lugar mensurable. Dios no tiene extensión local y está en cada lugar, es decir, no está esparcido

por todos los ámbitos del universo, como comenta San Agustín, ni mitad en el cielo, mitad en la tierra.

Dios está en todas partes y todo en cada una. Todo en la tierra y todo en el cielo. En solo el cielo está todo, y en sola la tierra está todo. También el alma humana por ser espiritual llena todo el cuerpo y está toda en cada una de sus miembros y no se circunscribe por ninguno de ellos.

Dios está presente de una manera particular en el cielo, en el Santísimo Sacramento del altar y en las almas de los justos. En el cielo se deja contemplar, en la Eucaristía está el Hombre-Dios bajo las especies de pan y vino, y en las almas de los justos habita el Espíritu Santo por la gracia (F. SPIRAGO, *Cat. pop.*).

Ventajas de andar en la presencia de Dios

La principal es que excluye todos los pecados, «es un remedio contra todos los vicios» (S. BASILIO).

Estos ejemplos lo comprueban: José en Egipto, la casta Susana, San Efrén, etc., se acuerdan de la presencia de Dios y triunfan. Sólo se peca cuando se pierde de vista a Dios (*Salm 10, 4-5*).

El Señor dijo a Abraham: Anda en mi presencia y sé perfecto (*Gén 17, 1*). La memoria de la presencia de Dios nos da fuerzas en la tentación y nos retrae de pecar.

Dios es infinitamente sabio

Mira Yahvé desde los cielos y ve a todos los hijos de los hombres (Salm 33, 13). Tortuoso es el corazón, impenetrable para el hombre. ¿Quién puede conocerle? Yo, Yahvé, que penetro en los corazones..., para retribuir a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras (Jer 17, 9-10).

El necio dice para sí: «Nadie me ve, ¿qué tengo que temer? El Altísimo no se da cuenta de mis pecados». Sólo temo los ojos de los hombres, y no sabe que los

ojos del Señor son mil veces más claros que el sol, y que ven todos los caminos de los hombres, y penetran hasta los lugares más escondidos (Eclo 23, 25-28).

Entended, necios: El que hizo el oído, ¿no va a oír? El que formó el ojo, ¿no va a ver?... (Salm 94, 8-9).

¿Por qué Dios es omnisciente o infinitamente sabio?

Dios es omnisciente porque lo sabe todo: lo pasado, lo presente y lo futuro, y aun nuestros más secretos pensamientos. *Yahvé es sapientísimo, y no se le ocultan a su vista las maldades (1 Sam 2, 3). El ve las cosas antes de que sucedan (Dan 13, 43). Antes de que fueran creadas todas las cosas ya las conocía El, y lo mismo las conoce después de acabadas (Eclo 23, 29).*

¿Cómo es el conocer de Dios?

El conocer de Dios es absolutamente *actual, exhaustivo e independiente de las cosas creadas*, y a éstas las conoce en su propia divina esencia por ser causa ejemplar y eficiente de todas las realmente existentes. Estas son el término del conocimiento divino.

Algunos ejemplos del conocimiento divino:

Dios supo que Adán y Eva habían comido de la fruta prohibida (*Gén 3, 9*), que Caín había matado a su hermano Abel (*Gén 4, 9-10*)... Cristo previó las negaciones de Pedro, la destrucción de Jerusalén, etc. Conoció los pensamientos del fariseo Simón, el cual se escandalizaba porque el Señor recibía a sus pies a una pública pecadora (*Lc 7, 40*)...

La Divinidad, dice Santa Teresa, es como un espejo de inmensa grandeza y claridad, donde se refleja cuanto hacemos. «Dios ve lo que hago, mucho mejor que yo que lo hago» (S. AGUSTÍN). Dios ve en lo escondido (*Mt 6, 18*). Delante de Dios, lo futuro es como lo ya sucedido (SAN JERÓNIMO).

¿Por qué suceden tantas cosas adversas?

Las cosas suceden no porque Dios ve que son así, pues aunque Dios prevé lo malo, no fuerza al hombre a efectuarlo. Sucede como cuando nosotros vemos de lejos que uno se quita la vida, el cual no lo hace porque lo vemos, sino que lo vemos porque él lo hace.

Como lo pasado, que está en mi memoria, no sucedió porque lo recuerdo, sino que se me acuerda porque pasó; así lo futuro que Dios prevé, no será porque Dios lo previó, sino lo prevé porque sucederá (S. AGUSTÍN).

Aunque Dios prevé la condenación del hombre, no es autor ni responsable de su pérdida. (Véase «Predestinación»).

Muchos de los males que suceden son debidos a la libertad del hombre. La libertad es un don de Dios, que recibimos para hacer el bien y a veces la empleamos para el mal. Esto es un abuso de la libertad.

Dios conoce también lo que *sucedería* en determinadas condiciones, y por eso a veces nos envía penas o castigos para evitar mayores males que nos amenazarían en otro caso (Mt 11, 21; Sab 4, 11). (Véase «Providencia y el mal»).

Dios es Todopoderoso

El Señor ha hecho cuantas cosas quiso así en el cielo como en la tierra (Salm 135, 6). Para Dios todo es posible (Mt 19, 26). ¿Quién podrá contar todo lo que poderosamente hizo, darle toda la alabanza que merece? (Salm 106, 2). ¡Cuántas son tus obras, oh, Yahvé, y cuán sabiamente ordenadas! (Salm 104, 24). Para Dios nada hay imposible (Lc 1, 36).

¿Por qué Dios es todopoderoso?

Dios es todopoderoso porque puede hacer todo lo que quiere, y esto con sólo quererlo. La creación del mundo

de la nada es obra de su voluntad. *El lo dijo y se hizo, mandó y las cosas fueron creadas (Salm 148, 5).*

La creación nos habla del poder infinito de Dios, pues sólo El puede hacer pasar las cosas del no ser al ser. En el Credo apostólico decimos: «Creo en Dios Padre Todopoderoso...».

Dios puede hacerlo todo, aun lo que a nosotros nos parece imposible (con tal que no sea contradictorio o absurdo), como conservar a los tres jóvenes en el horno de Babilonia o librar a San Pedro de la prisión...

Dios lo puede todo, pero no quiere todo lo que puede, es decir, no quiere lo que implique pecado o contradiga a su infinita perfección, por ejemplo, la mentira, el engaño, porque El es infinitamente perfecto y santo.

¿Dónde se manifiesta especialmente el poder de Dios?

La omnipotencia de Dios se manifiesta de un modo especial en la creación del mundo y en los milagros de Jesucristo.

La grandeza y magnificencia infinitas de Dios se nos reflejan claramente en la creación. La Escritura dice: *El firmamento anuncia la obra de sus manos (Salm 19, 2).* ¡Cuán grande no es el globo de la tierra! Este tiene 40.000 kilómetros de circunferencia, 510 millones de kilómetros cuadrados de superficie. Y, sin embargo, el sol es más de un millón de veces mayor que la tierra.

La luz, que recorre por segundo 300.000 kilómetros, necesita millares de años para venir a nosotros desde algunas estrellas. ¿Quién no se asombra ante esa grandeza, ante ese espacio tan incommensurable? Si tan grandiosa es la creación, cuán grandioso no tiene que ser su Creador, que llamó de la nada al ser estos mundos sin columnas ni apoyo y a cada uno le señala su camino!

El cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre. Grande es Yahvé, grande su poderío, y su inteligencia es inenarrable! (Salm 47, 4-5).

Llenos de asombro y reverencia debemos decir: A Ti, gran Dios, te alabamos; a Ti, Señor, a tu gran poder ensalzamos; ante Ti se inclina la tierra y admira tus obras.

Dios es la suma bondad

Dios es amor (1 Jn 4, 8).

— *(La bondad de Dios se extiende a todos, aun a los seres irracionales): Ni uno de los pájaros está en olvido de Dios... (Lc 12, 6).*

— *(El amor que Dios nos tiene no puede compararse con el amor de una madre): ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti..., dice el Señor (Is 49, 14-15).*

— *(He aquí la mayor manifestación de amor de Dios a los hombres): Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo..., para que el mundo sea salvo por El (Jn 3, 16-17).*

— *(Cristo diría después): Nadie tiene amor mayor que éste de dar la vida por sus amigos (Jn 15, 13).*

— *(Dios ama a todos, sin excluir a los pecadores): Hace salir el sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos (Mt 5, 45). ¡Oh, cuán bueno es Dios para los rectos de corazón! (Salm 73, 1).*

¿Cómo es la bondad de Dios?

La bondad o santidad que nosotros podemos tener es por participación de la de Dios, El la tiene por esencia.

Dios no es sólo bueno, sino la bondad misma y el mismo amor. Por eso dijo Jesucristo: *Ninguno es bueno, sino solo Dios (Mt 10, 18).*

La bondad de Dios se diferencia esencialmente de la de sus criaturas, como la blancura de una pared iluminada por el sol se diferencia de la del mismo sol. La pared sólo tiene luz porque la recibe del sol, el cual no sólo tiene luz, sino que es la misma fuente de la luz y claridad. Así las criaturas solamente son buenas porque Dios les comunica su bondad. Dios es el supremo bien.

¡Grande es el amor de Dios!

«Nosotros, como dice San Agustín, existimos, porque Dios es bueno». Mucho ama un padre a sus hijos, pero más nos ama Dios a nosotros. El amor de Dios a sus criaturas equivale a desearles sólo bien y hacerles beneficios.

¿Qué beneficios hemos recibido de Dios?

Los beneficios que hemos recibido de Dios son grandes e innumerables. *En el orden natural*: la existencia, la conservación de la vida, la salud, bienes de la tierra..., y *en el orden sobrenatural*: los dones de la gracia..., y como corona, que nos tiene preparada, la bienaventuranza eterna.

San Francisco de Sales decía: La fuente del amor de Dios está siempre inexhausta, y no mengua aunque saquen de ella millones de hombres.

Al ver que Dios es tan bueno con nosotros, nuestro deber es corresponder a su gran amor, amándole sobre todas las cosas, y debemos amarle, no precisamente porque tiene un mandamiento en el que nos dice: *Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma...*, sino porque El nos amó primero (1 Jn 4, 19).

La religión cristiana se resume en amar a Dios en sí mismo y amarle en el prójimo. En el amor al prójimo entran amigos y enemigos...

Dios es paciente y misericordioso

El Señor, pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia (2 Pdr 3, 9).

Por mi vida, dice el Señor: Yo no me gozo en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos (Ez 33, 11). ¿Desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimitad?

dad, desconociendo que la bondad de Dios te atrae a penitencia? (Rom 2, 4).

(¡Oh, Dios!), tienes piedad de todos porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia; pues amas todo cuanto existe (Sab 11, 24).

De la misericordia del Señor está llena la tierra (Salm 33, 5). Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim 1, 15)...

En Dios resalta su misericordia

En Dios todo es grande, todo es infinito, pero donde parece resaltar más su grandeza es en su misericordia. Yahvé es benigno y misericordioso, magnánimo y grande en clemencia. Yahvé es bueno con todos y su misericordia se derrama sobre todas sus criaturas (Salm 145, 8-9).

En el salmo 136 de acción de gracias, se hace relación de los beneficios del Señor y según se van enumerando, el salmista invita a que todos alaben al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia...

¡Oh, Señor!..., tu misericordia sobrepasa a los cielos (Salm 57, 11)...

Dios está dispuesto a perdonar

Dios, dice San Agustín, se muestra más dispuesto a perdonar al pecador que éste a recibir el perdón.

Dios se alegra de la conversión del pecador, pues dice Jesucristo: En el cielo habrá más gozo sobre un pecador que hace penitencia, que por 99 justos que no necesitan de ella (Lc 17, 7). La causa de este gozo está en que el pecador arrepentido suele empezar a servir a Dios con más celo, y a amarle con más fervor. (S. GREGORIO MAGNO).

Grandes ejemplos tenemos en el Evangelio sobre la misericordia de Dios:

— El hijo pródigo amorosamente recibido por su pa-

dre. Este padre benigno es Dios, que recibe amorosamente al pecador arrepentido (*Lc 15*).

— La mujer adúltera, que llevaron los fariseos ante Jesús para apedrearla (*Jn 8*).

— El ladrón a la diestra de la cruz (*Lc 23*) y las mismas palabras de Jesús desde la cruz: *Padre, perdónales...*

La paciencia de Dios

Dios es paciente con los pecadores, y a muchos aprovechó esta paciencia, para convertirse y hacerse grandes santos. Tales fueron la Magdalena, San Pablo, San Agustín, etc... Estos, dice el mismo San Agustín, hicieron, después de su conversión, mayores obras de virtud, que pecados antes de ella.

A veces sucede que muchos pecadores no se convierten, a pesar de la paciencia de Dios, sin duda debido a su presunción, y así vemos que mientras unos se convierten, otros se obstinan en la maldad.

Efectos de la bondad divina

Esta bondad produce siempre dos efectos diferentes en los pecadores. Es como ocurre con el calor del sol, que produce diferentes efectos, según la materia sobre la que recae: ablanda la cera y endurece el barro.

La misericordia de Dios desalienta y desanima a unos, porque han abusado demasiado de ella, y a otros parece darles ánimos a seguir pecando, porque siempre es bueno y creen que no les castigará. Debemos pensar que Dios perdona siempre al pecador arrepentido, como vemos en los ejemplos citados. El no castiga de pronto, como hacen los hombres. Si Dios no fuera paciente, casi nadie podría salvarse, pues todos somos pecadores. La bondad de Dios es paciente, lloró sobre Jerusalén..., y al fin castigó. No hay que diferir la conversión. La higuera estéril... (Véanse los 9 primeros versículos del capítulo 13 del Evangelio de San Lucas).

Dios es infinitamente santo

Santo, Santo, Santo, es el Señor, Dios del universo. Toda la tierra está llena de su gloria (Is 6, 3). ¡Oh, Dios, santos son tus caminos! (Salm 77, 14). Amas la justicia y aborreces la iniquidad (Salm 45, 8). (Tú sólo eres santo).

Aborrece Yahvé el camino del impío, pero ama al que va por el camino de la santidad (Prov 15, 9). Sed santos como Yo soy santo (Lev 11, 44)...

¿Por qué Dios es santo?

Decimos que Dios es santo, porque El ama solamente el bien y aborrece todo lo malo.

La santidad es carencia o ausencia de toda mancha de pecado. La pureza o santidad de Dios es, a la de los ángeles y los santos, como la luz del sol a la de una lamparilla. ¡Cuán puro es el cielo azul! ¡Cuán limpio un campo cubierto de blanca nieve! Pero no tienen que ver con la limpieza y santidad de Dios, que es lo más excelso y puro. ¡Aún en sus ángeles halló maldad! (*Job 4, 18*). Toda nuestra santidad es, delante de Dios, como un paño manchado (*Is 64, 6*). Por eso, los ángeles en el cielo alaban la santidad de Dios (*Is 6, 3*), y la Iglesia dice: ¡Tú sólo eres santo!

Dios quiere también que nosotros, criaturas suyas, estemos exentos de toda mancha, y nos exhorta a que seamos santos: Sed santos... Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (esto es, en la medida que nos es posible) (*Mt 5, 48*).

Estamos llamados a la santidad

El Conc. Vaticano II nos lo dice así: En la Iglesia todos están llamados a la santidad, ya pertenezcan a la jerarquía o a los simples fieles, porque Cristo es santo (El con el Padre y el Espíritu Santo, es «el solo santo». *Tu solus sanctus*), el santo por excelencia... El es nues-

tro modelo. *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* (Así nos lo dice el apóstol San Pablo (1 Tes, 4, 3) y nos dice también que *Dios nos eligió ya desde la eternidad, antes de la creación del mundo, nos tuvo presentes* (Efe 1, 4).

La santidad equivale a «perfección» = Sed perfectos... y se manifiesta en los frutos de la gracia, específicamente en la caridad para todos los hombres y, para los llamados al estado religioso, en la práctica de los consejos evangélicos. La esencia de la perfección está en la caridad, en la conformidad con la voluntad de Dios. La santidad radical o vida nueva que se recibe en el bautismo, se desarrolla y perfecciona mediante la gracia de Dios y el esfuerzo personal, y está en seguir a Cristo e imitarle..., imitar a Cristo pobre, casto, humilde y cargado con la cruz, o sea, conformarse a su imagen (Rom 9, 29).

Dios es infinitamente justo

Justo es Yahvé y ama lo justo (Salm 11, 7). *Justo eres, oh, Yahvé, y justos son tus juicios* (Salm 119, 137). *Dios dará a cada uno según sus obras...; en Dios no hay acepción de personas* (Rom 2, 6, 11). *No ve Dios como el hombre; el hombre se fija en las apariencias, pero Dios mira el corazón* (1 Sam 16, 7).

¿Por qué decimos que Dios es infinitamente justo?

Dios es infinitamente justo porque premia las acciones buenas y castiga toda culpa.

La justicia de Dios no es otra cosa que su bondad. Dios castiga en esta vida sólo para corregir al hombre y hacerle feliz. Dios es justo porque es bueno. (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA).

El Conc. Vaticano I dice que «Dios es infinito en toda perfección», luego también en su justicia. Dios no es aceptador de personas.

Como Dios es Creador y Señor del universo, por ser el Hacedor de todas las cosas, no existe norma jurídica que esté por encima de El, antes bien, Dios es para Sí mismo ley y norma suprema (SANTO TOMÁS I, 21, I ad 2).

Dios premia y castiga

Dios premia aun las menores acciones humanas, y así vemos que Jesús en el Evangelio promete premiar un vaso de agua dado a los suyos en atención a Dios (Mc 9, 40). Y Santa Teresa dice que Dios no deja sin premio ni una mirada que levantemos hacia El.

También castiga las menores faltas: *Y yo os digo que de toda palabra ociosa que hablaben los hombres habrán de dar cuenta el día del juicio* (Mt 12, 36).

Dios o premia o castiga a los hombres, atendiendo a las circunstancias, a la intención y a los talentos concedidos. Los hombres juzgan por las apariencias, pero Dios mira el corazón (1 Sam 16, 7), y así vemos que la pobre viuda que echó dos céntimos en el tesoro del templo, tuvo delante de Dios mayor mérito que todos los ricos que echaron mucho más (Lc 21)...

Teme a Dios y guarda sus mandamientos (Ecl 12, 7).

A Dios le debemos temer porque es justo. Jesucristo nos avisa al decirnos: *Temed al que puede arrojar cuerpo y alma en el infierno* (Mt 10, 28); pero este nuestro temor no ha de ser servil, sino filial (Rom 8, 12); esto es, hemos de temer, no tanto los castigos de Dios como las ofensas que le hacemos.

San Gregorio Magno dice: El que sólo por temor del castigo obra el bien, no ha dejado enteramente el pecado. Más sólo el que ama a Dios, le profesa un temor filial, pues la caridad perfecta echa fuera el temor servil (1 Jn 4, 18).

En el Eclesiástico leemos que el temor de Dios echa fuera el pecado (1, 27), y este temor es el que contuvo al anciano Eleazar de comer carnes prohibidas por la

Ley de Dios, y así dijo: Aunque ahora escape a los tormentos de los hombres, no podré evitar ni vivo ni muerto la mano del Todopoderoso (2 Mac 6, 26). El temor de Dios es el principio de la sabiduría (Salm 111, 10) y un don del Espíritu Santo (Jer 32, 40)...

Dios es absolutamente veraz

Dios no miente (Tit 1, 2). Es imposible que Dios mienta (Heb 6, 18). No es Dios un hombre para que mienta (Jn 8, 26).

¿Por qué Dios es veraz?

Dios es veraz porque manifiesta y dice sólo la verdad, y como dice el Vaticano I «Dios no puede engañar». El es infinito en toda perfección. No puede errar ni engañarse porque es sapientísimo; ni puede mentir, porque es infinitamente sabio. «Quien ha prohibido la mentira, está muy lejos de mentir» (SAN CLEMENTE ROMANO).

La veracidad de Dios es el fundamento en que estriba nuestra fe; y como la veracidad de Dios es infinita, nuestra fe también es enteramente indefectible.

Debemos, pues, creer todo lo que Dios ha dicho, aun lo que no puede comprender nuestro flaco entendimiento, como los misterios de la religión cristiana: La Trinidad, la Encarnación, la Eucaristía.

Dios es infinitamente fiel

Es fiel Yahvé en todas sus palabras (Salm 145, 13). Si le fuéramos infieles, El permanecería fiel, que no puede negarse a sí mismo (2 Tim 2, 13). El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mt 24, 35).

¿Por qué Dios es infinitamente fiel?

Dios es infinitamente fiel porque Dios cumple siempre sus promesas y sus amenazas.

La fidelidad de Dios aparece en la veracidad de sus promesas. Recordemos que se cumplieron las amenazas en el Paraíso (*Gén 2, 17; 3, 17*), y la promesa del Salvador (*Gén 3, 15*), y las amenazas de Cristo sobre la destrucción de Jerusalén y de su Templo (*Mt 24*).

Si Dios se sirve con frecuencia de promesas y amenazas es para fortalecer nuestra débil voluntad. Cuando se nos dice ¡cuidado!, es para que no tropecemos. Dios amenaza por su bondad.

Motivo de la esperanza cristiana

La fidelidad de Dios es el motivo principal de la esperanza cristiana. Lo que predijeron Cristo y los profetas que está por cumplir, se cumplirá: la Iglesia católica permanecerá hasta el fin de los siglos (*Mt 16, 18; 28, 20*); los judíos se convertirán al fin de los tiempos (*Os 3, 5*); precederán al último juicio terribles señales y Cristo nos resucitará un día de entre los muertos y nos juzgará (*Mt 24, 26; 25, 32; Jn 5, 28*)...

Si, pues, nos fiamos de nuestro prójimo, que escribe su promesa en un pliego de papel, ¡cuánto más hemos de fiarnos, como dice San Pedro Crisólogo, de Dios que ha llenado con sus promesas libros enteros, esto es, la Sagrada Escritura!

¿Quién es Dios?

Después de cuanto hemos dicho de Dios, podemos dar de El esta definición:

Dios es nuestro Padre, el Ser Supremo, Todopoderoso, Creador de cielos y tierra.

Además, Dios es eterno, inmenso, infinitamente bue-

no, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas, premiador de buenos y castigador de malos.

LA SANTISIMA TRINIDAD

«Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo... Los lazos mutuos que constituyen eternamente las Tres Personas, siendo cada una el solo y el mismo ser divino, son la bienaventurada vida íntima del Dios tres veces santo, infinitamente superior a lo que podemos concebir con la capacidad humana.

«Creemos, pues, en el Padre que engendra al Hijo desde la eternidad; en el Hijo Verbo de Dios, que es eternamente engendrado; en el Espíritu Santo, Persona increada, que procede del Padre y del Hijo, como eterno amor de ellos». (Credo del Pueblo de Dios).

La Santísima Trinidad es el misterio de un solo Dios en tres Personas¹.

Hay, pues, un solo y único Dios; pero en Dios hay tres Personas que se llaman: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Padre es Dios, el Hijo también es Dios, y el Espíritu Santo es a su vez Dios; pero no hay tres dioses; sólo hay un Dios, porque las tres Personas divinas, realmente distintas, tienen una sola esencia o una misma naturaleza.

Este misterio también se expresa con el nombre de DIOS UNO Y TRINO; uno en la esencia o naturaleza divina, y trino en las Personas.

¿Qué más podemos decir de este misterio?

Este misterio es el más grande del cristianismo. Lo conocemos porque Dios nos lo ha revelado, pero no podremos comprenderlo jamás.

El Concilio IV de Letrán nos dice que la Santísima Trinidad es un misterio incomprensible e inefable.

Mas, aunque no lo comprendamos (ya que lo infinito

no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento), es una doctrina clara en la Biblia y que precisamente debemos creer porque Dios nos lo ha revelado y la Iglesia nos lo enseña.

Quien no quisiera creer este misterio, porque no lo entiende, se asemejaría a un ciego que no quisiera creer la existencia del sol porque no lo ve. (Recuérdese el ejemplo de San Agustín).

Testimonios bíblicos

1.º En general podemos decir que todo el Antiguo Testamento nos habla *de Dios* Creador Omnipotente, que se nos presenta *como PADRE* misericordioso...; el Nuevo Testamento nos habla *del Verbo o Hijo de Dios*, especialmente los Evangelios..., y *del Espíritu Santo* los Hechos de los Apóstoles, el Evangelio y Carta 1.ª de San Juan y las Cartas de San Pablo.

2.º Jesucristo nos reveló este misterio al decir a sus discípulos: *Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19).*

En este texto, aunque se enuncian tres Personas, se dice, sin embargo, «en el nombre» (en singular) y no «en los nombres», porque el nombre denota el ser, y en Dios no hay más que *una esencia*, que es común a las tres Personas, que aquí aparecen distintas.

3.º En el bautismo de Jesús se nos dice:

He aquí que se abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre El, mientras una voz del cielo decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias (Mt 3, 16-17).

Aquí se nos revela claramente la Trinidad: *el Padre*, en la voz; *el Hijo* amado es el Hijo de Dios, su Hijo único, que se bautiza, y *el Espíritu Santo* que se manifiesta en forma de paloma.

4.º «Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado que estará con vosotros para siempre...; pero el Abo-

gado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo...» (Jn 14, 16 y 26).

Aquí se distinguen con claridad el *Espíritu Santo* que es enviado, *del Padre* y *del Hijo*, que lo envían y las actividades del Espíritu Santo que son «enseñar» y «dar testimonio» nos indican que son propiedades personales, y por tanto el Espíritu Santo es Persona como lo es el Padre y el Hijo.

(En las Cartas de los Apóstoles aparecen también varias fórmulas trinitarias: 2 Cor 13, 13; 1 Pdr, 1, 1-2; ...).

5.º En el *Antiguo Testamento* sólo hay algunas alusiones veladas a este misterio según las interpretaciones dadas por los Santos Padres:

— Isaías dice que los serafines en el cielo dicen: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios...* (6, 3).

— En la creación del hombre dice Dios: *Hagamos al hombre...* (Gén 1, 26).

— El profeta David en el Salmo 110 dice: *Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha.*

— El mismo Isaías dice: *Viene el mismo* (Dios) y *El nos salvará* (35, 4). *Emmanuel* (Dios con nosotros) (7, 14).

— Los libros sapienciales hablan de la *Sabiduría divina* que procede de Dios desde toda la eternidad (Prov 8).

— En los profetas, sobre todo Isaías y Ezequiel, se anuncia la efusión del Espíritu en la era mesiánica que transformará a todos los hombres. *Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo.* (Ez 36, 26-28; Is 32, 15-18; 44, 3).

Esta doctrina no repugna a la razón

Sería absurda esta doctrina si dijéramos (como algunos herejes nos achacan) que las tres personas son una persona, o que hay tres esencias en una sola esencia. En esto habría contradicción.

Mas lo que decimos nosotros es que hay tres Perso-

nas distintas en una sola esencia o naturaleza, y que las tres son un solo Dios.

— El Padre es Dios (*1 Cor 8, 6*).

— El Hijo o Verbo es Dios (*Jn 1, 1; 10, 30*).

— El Espíritu Santo es Dios (*Hech 5, 3-4*).

(Notemos que en este último texto se aplican indistintamente los nombres de «Espíritu Santo» y de «Dios», y así, al decir que «mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios», claramente se nos revela que el Espíritu Santo es Dios).

¿Son absurdas las cosas que no comprendemos?

De que uno no entienda una cosa, no se sigue que ella sea absurda. A muchos les parecerá increíble que en una gotita de agua haya centenares de seres vivientes, y sin embargo, es un hecho real que el microscopio nos certifica de que es así. ¿Quién entiende o comprende el crecimiento de las plantas y de los animales, la naturaleza de la electricidad o del magnetismo? ¡Cuántas cosas no nos caben en la mente!, y ¿nos va a extrañar que no podamos entender las cosas de Dios?

Nunca llegará a comprender lo que es Dios, sino el que fuere Dios.

Analogías para entender algo este misterio

Algunas semejanzas, aunque imperfectas, nos dejan rastrear algo el misterio de la Santísima Trinidad: vg.:

— Una misma es el agua en la fuente, en el arroyo y en el río, aunque lleva diferentes nombres (SAN DIONISIO DE ALEJANDRÍA).

— El disco del sol, su luz y su calor, son tres y en cierto modo uno (SAN CIRILO).

— Nuestra alma ofrece una imagen de la Santísima Trinidad con sus tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad en una sola esencia del alma.

— Un solo pensamiento puede hallarse en la mente de tres hombres.

— Un ramito de trébol. San Patricio se valió para de-

clarar este misterio a los irlandeses, del trébol que tiene tres hojitas en un solo ramito; y así dicha planta es símbolo de la Santísima Trinidad y emblema de los católicos irlandeses.

¿Qué tienen de común las tres divinas Personas?

Las tres divinas Personas tienen comunes *la esencia, los atributos o perfecciones y las obras.*

1) *En cuanto a la esencia o naturaleza.* Esta es común a las tres Personas, y es como si dijéramos a nuestro modo de hablar, que así como tres personas diferentes pueden poseer una misma casa donde habitan u otro objeto cualquiera en común, así las tres divinas Personas tienen común la esencia o naturaleza, y por esto no son tres dioses, sino un solo Dios.

El Concilio IV de Letrán enseña que las tres divinas Personas constituyen un único principio de todas las cosas. Las tres se diferencian entre sí, como luego diremos, pero no por la esencia por tener todas la misma.

Una Persona es igualmente eterna, sapientísima, omnipotente y perfecta que las otras; mas alguno podrá replicar: Pues, ¿cómo Cristo dijo una vez: *Mi Padre es mayor que yo?* (Jn 14, 28). A esto diremos: Cristo en aquella ocasión hablaba como hombre, pues hablaba de salir de esta vida, y como nos dice el Credo del Pueblo de Dios, repitiendo una frase del *Símbolo Atanasiano*: «Cristo es igual al Padre, según la divinidad, y es inferior al Padre según la humanidad».

2) *En cuanto a los atributos o propiedades:* eternidad, omnipotencia, bondad, etc., también son iguales, y así decimos que el Padre es omnipotente y eterno, y el Hijo igualmente omnipotente y eterno, y lo mismo el Espíritu Santo; pero no son tres omnipotentes, ni tres eternos, sino un solo omnipotente, un solo eterno y un solo Señor. Esta es la doctrina del símbolo siguiente: (1).

(1) SIMBOLO «QUICUMQUE», LLAMADO
«ATANASIANO»

«La fe católica es que veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas, ni separar las sustancias. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra (también) la del Espíritu Santo; pero el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen una *sola divinidad*, gloria igual y coeterna majestad.

Cual el Padre, tal Hijo, tal (también) el Espíritu Santo; increado el Padre, increado el Hijo, increado (también) el Espíritu Santo; inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso (también) el Espíritu Santo; eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno (también) el Espíritu Santo.

Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno, como no son tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado... un solo eterno, un solo Dios y Señor.

Así Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es (también) el Espíritu Santo, y, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.

San Agustín se expresaba así: «Bueno es el Padre, bueno es el Hijo y bueno es el Espíritu Santo; sin embargo, no son tres los buenos, sino uno solo de quien se dijo: *Nadie es bueno sino sólo Dios* (Lc. 18,4).

3) *En cuanto a las obras: La creación, la redención y la santificación*, tenemos que decir que son una obra común a las tres divinas Personas; y esto se deduce de la unidad de esencia y potencia.

No obstante, solemos decir que, por apropiación, o sea, por la afinidad o cierta semejanza con las propiedades de las Personas, debidas a su origen, se le atribuye al Padre de un modo especial la *creación* del mundo; al Hijo, la *redención de los hombres*, y al Espíritu Santo, la *santificación*...

Advertencia muy importante.

«Al decir común a las Tres divinas Personas, no quiere decir que las Tres tienen que obrar del mismo modo y manera. Las tres actúan en estas operaciones *ad extra*, pero *sin despersonalizarse*, como ellas son. *Actúan en lo mismo, pero de modo distinto*: el Padre, siempre como Padre y principio fontal de todo; el Hijo siempre como engendrado del Padre; el Espíritu como vivificador y el amor que les une».

~«En el misterio, por ejemplo, de nuestra filiación divina, somos hijos de sólo el Padre, no de los Tres. Pero para ser hijos del Padre, los Tres actúan, y necesariamente los Tres (en esa llamémosle única operación *ad extra*): El Padre, engendrándonos; el Hijo, haciéndonos participar de su filiación, y el Espíritu Santo, siendo nuestra vida. O mejor y de otro modo: El Padre nos engendra, haciéndonos participar en la filiación de su único Hijo, comunicándonos su vida y la de tal Hijo: el Espíritu (Dr. ABEL MORA).

¿Cómo se distinguen las tres divinas Personas?

Aunque las tres tengan una misma esencia y una misma perfección, sin embargo, se distinguen entre ellas por su origen o procedencia.

En las divinas Personas acontece algo semejante a lo que vemos en un árbol: vg. de la *raíz* de éste nace el *tronco* y de ambos sale el *fruto* (tronco, raíz y fruto se distinguen aunque forman un solo árbol).

Origen o procedencia

Las tres divinas Personas se distinguen entre sí por su origen:

— *El Padre es la 1.ª Persona* porque no tiene origen ni procede de otra.

— *El Hijo es la 2.ª Persona* porque procede del entendimiento del Padre o por vía de *generación*. Esta palabra «generación» que usamos, es porque en la Biblia se designa al Padre como «propio Padre» y al Hijo como «propio Hijo», y así vemos que Jesús llamaba a Dios «su Padre», *haciéndose igual a El (Jn 5, 18). Dios no perdonó a su propio Hijo (Rom 8, 32).*

La generación del Hijo por el Padre hay que concebirla como puramente intelectual. Pues así como nuestra mente, al conocerse a sí misma, produce una imagen de sí misma que los teólogos han denominado «verbo», de una manera algo parecida, Dios, al conocerse a Sí mismo, engendra el Verbo eterno. De hecho la Escritura llama *Verbo de Dios* a la segunda Persona. El Hijo es el Verbo = la Palabra del Padre, producto de su conocimiento, como luego diremos.

— *El Espíritu Santo es la 3.ª Persona* porque procede por amor del Padre y del Hijo como de un solo principio, y así la Escritura dice que el Espíritu Santo es el *Espíritu del Padre (Mt Lo, 20)*, y es también *el Espíritu del Hijo (Gál 4, 6)*. Estas expresiones indican relación de origen respecto al Padre y al Hijo, relaciones realmente distintas entre sí, las cuales se identifican con la esencia divina.

¿Cómo explicar que una Persona divina no sea mayor que otra y que las tres sean eternas e iguales?

Entre los hombres sucede que un hijo al nacer es inferior a su padre, y por eso algunos se admiran de que no haya inferioridad en el Hijo de Dios respecto del Padre, y en el Espíritu Santo respecto del Padre y del Hijo.

No hay inferioridad, antes bien, las Tres divinas Personas son iguales en perfección, porque es una y misma la naturaleza divina que tienen los Tres: *el Padre* la tiene comunicándola, dándosela al Hijo; *el Hijo*, recibíendola, y *el Espíritu Santo*, siéndole comunicada por el amor del Padre y del Hijo.

Las tres divinas Personas son eternas, porque en la procedencia de una Persona de otra se excluye la sucesión de tiempo, y así resulta que el Hijo de Dios es eterno como el Padre, y existe desde que tiene existencia el Padre, y por tanto las Tres son eternas.

Generación del Hijo

El Hijo procede *eternamente* del Padre (y el Espíritu Santo eternamente del Padre y del Hijo), es decir, este proceder no es temporal, sino eterno; pues si en el tiempo se añadiera algo a Dios, dejaría de ser «inmutable» y no sería Dios.

El Hijo fue engendrado de la eterna esencia del Padre ante toda criatura (*Salm* 110, 4) de la manera siguiente: Dios Padre, como espíritu infinitamente perfecto, es infinitamente inteligente, y conociéndose, produce un concepto o verbo infinito de sí mismo, esto es, una imagen substancial y perfectísima suya; al modo de nuestra inteligencia, conociendo un objeto, produce en sí una imagen de él.

Ejemplos aclaratorios:

«El fuego produce su resplandor, el cual existe desde el mismo instante en que existe el fuego. Si hubiera un fuego eterno, eterno sería su resplandor» (S. AGUSTÍN).

Ahora bien, en la Biblia se nos dice que el Hijo es como el brillo de la luz eterna (*Sab* 7, 26), el resplandor de la gloria del Padre y la imagen de su substancia (*Heb.* 1, 3). Luego la imagen perfectísima de Dios existe desde que existe Dios, o sea, eternamente.

2) Si el discípulo llegara a apropiarse toda la ciencia del maestro, los dos tendrían una misma ciencia, con la diferencia que la del discípulo procedería de la del maestro. Así Dios Padre y Dios Hijo tienen una misma esencia, pero el Hijo la recibe del Padre eternamente (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA).

3) Como una antorcha encendida puede encender otra sin perder nada de su llama, así el Hijo procede del Padre sin disminuir nada de él (TACIANO).

Procedencia del Espíritu Santo

El Espíritu Santo, que se llama *Consolador, Amor...*, procede del Padre y del Hijo por la *voluntad o vía de amor*.

(Esta Tercera Persona no es Hijo, porque no procede por el entendimiento o razón de semejanza, pues mientras el Hijo es engendrado por el Padre mediante un acto cognoscitivo, el Espíritu Santo solamente procede de la voluntad o amor recíproco del Padre y del Hijo, y no es Hijo de Dios el Espíritu Santo porque la Escritura no habla más que de un único Hijo o Unigénito de Dios).

— El mismo Jesucristo expresa que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pues dice una vez que el Padre lo enviará (*Jn 14, 26*), y otra vez que lo enviará él mismo (*Jn 15, 7; 15, 26*).

— El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como el calor procede del sol y de su luz (**SANTO TOMÁS**).

Como el fruto procede a la vez del árbol y de su raíz, así se origina el Espíritu Santo del Padre y del Hijo (**TERTULIANO**).

Un ejemplo gráfico

Cuando uno se mira en un espejo, forma en él su fiel imagen y, viendo la belleza de esa imagen, experimenta amor hacia ella y hacia sí, por ser causa de la misma.

Así el Padre, mirándose en el espejo de su divinidad produce o engendra al Hijo, su imagen consustancial (*Heb 1, 3*), y el amor mutuo del Padre y del Hijo originan el Espíritu Santo (**SAN AGUSTÍN** y **SAN ANSELMO**).

Por este diferente origen se atribuyen, como hemos dicho: al Padre las obras de la *Omnipotencia*, al Hijo las de la *Sabiduría*, y al Espíritu Santo las del *Amor*.

Creemos en un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo

Con estas palabras empieza el «Credo del Pueblo de Dios». En él atestiguamos y confesamos el misterio de

la Santísima Trinidad. El «Credo» lo venimos a dividir en tres partes, al decir:

- Creo en Dios Padre Todopoderoso...
- Creo en Jesucristo, su único Hijo...
- Creo en el Espíritu Santo...

1) A Dios le damos el nombre de PADRE por ser nuestro Padre invisible en los cielos, y porque en Dios hay tres personas, de las cuales la primera se llama PADRE.

2) Jesucristo es el único HIJO DE DIOS por naturaleza y Dios verdadero como el Padre.

(La divinidad de Jesucristo se definió en el Concilio de Nicea en el año 325 contra Arrio.)

3) El *Espíritu Santo* es Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo y con ellos juntamente es adorado y glorificado, es decir, es también Dios.

(La divinidad del Espíritu Santo se definió en el Concilio I de Constantinopla, el año 381, contra Macedonio).

¿Cuándo recordamos este misterio de la Trinidad?

- Al santiguarnos: «En el nombre del Padre...
- Al decir el «Gloria Patri...
- Al recitar el «Credo»: Creo en Dios Padre...
- Al administrar el bautismo y en los demás sacramentos y bendiciones de la Iglesia...

El misterio de la Santísima Trinidad es el fundamento de nuestra Religión, pues sin él no se entiende el misterio de la Encarnación y la Redención por el Hijo de Dios.

Nuestro deber: Adorar a Dios en este misterio, y pensar que por la gracia o vida de amistad con Dios somos templos del Espíritu Santo y templos de la Santísima Trinidad:

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?... (1 Cor 3, 16-17).

Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él (¿Quiénes? Las tres divinas Personas) y en él haremos morada (Jn 14, 23).

Tercera parte

DIOS CREADOR

Creemos en un solo Dios..., creador de las cosas visibles como es este mundo en el que transcurre nuestra vida pasajera, de las cosas invisibles como los espíritus puros que reciben también el nombre de ángeles y creador en cada hombre de su alma espiritual e inmortal (Credo del Pueblo de Dios).

Al principio creó Dios los cielos y la tierra (Gén 1, 1). Por El (por Cristo) fueron hechas todas las cosas (Jn 1, 2), las del cielo y las de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos y las dominaciones, los principados, las potestades... (Col 1, 16.)

Dios creó el mundo por un acto de su voluntad (Salm 148, 5). Yo soy Yahvé, el que lo ha hecho todo (Is 44, 24).

Te suplico, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra, y veas cuanto hay en ellos, y entiendas que de la nada lo hizo todo Dios (Mac 7, 28). El creó todas las cosas para la existencia (Sab 1, 14)...

HISTORIA DE LA CREACIÓN

Esta se nos refiere al principio del Génesis:

«Al principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gén 1, 1).

1) *Al principio del tiempo, cuando no existía nada fuera de Dios. El tiempo, como dice San Agustín, co-*

menzó con el mundo, pues no podía transcurrir cuando sólo existía Dios *inmutable*.

La Escritura nos da testimonio de que el mundo no es eterno, pues alguna vez no existió y comenzó a existir: «Nos eligió en El (en Cristo) antes de la constitución del mundo» (*Efes 1, 4*). «Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de Tí mismo con la gloria que tuve cerca de Tí, antes de que el mundo existiese» (*Jn 17, 5*).

2) *Creó*. ¿Qué es crear? Es sacar una cosa de la nada sin materia alguna preexistente. Los hombres nada podemos hacer, sino de una materia ya existente, creada por Dios de la nada.

Los hombres necesitan, para hacer una cosa, instrumentos; se fatigan y gastan tiempo para perfeccionarla. A Dios le bastó querer, y las cosas fueron hechas (*Salm 148, 5*), y no tuvo necesidad de pronunciar una palabra exteriormente, le bastó un acto de su voluntad.

Se ha dicho: «De nada, nada se hace», y si esto quiere decir que la nada, nada puede hacer, lo concedemos, y así diremos: el mundo no salió de la nada, sino que Dios lo creó de la nada, sin que existiera antes materia alguna de que hacerlo.

3) *Dios* es el creador. La acción de crear es exclusiva de Dios, pues el hacer pasar las cosas del no ser al ser supone un poder infinito. En el primer versículo del Génesis aparece Dios como un ser eterno, sin principio, distinto del mundo y con esto caen por tierra el panteísmo y otros errores (*La Biblia E. E.*, pág. 33).

4) *Los cielos y la tierra*, esto es, el universo entero, todas las cosas distintas de Dios, las visibles y las invisibles. Antes que el mundo existiera, existía ya Dios, al que vemos luego ordenar, hablar y gobernar...

El mundo espiritual y el corporal

El Concilio Vaticano I dice: Al principio «creó Dios el mundo espiritual y corporal».

Por *mundo espiritual* entendemos los ángeles, y el lugar de su morada, el cielo. Según se desprende del texto sagrado (*Ex 20, 11*) Dios creó al principio los ángeles, juntamente con los cielos y la tierra.

El *mundo corpóreo* son todas las cosas que se hallan en el universo visible. Este mundo aparece en un principio desierto e informe, la tierra yerma y vacía, sin plantas, ni hombres, ni luz..., y luego en seis días le dio la forma actual. (Véase *La Biblia E. E.*, págs. 35 y 36).

¿Es posible la creación?

La creación es *posible*, porque no repugna de parte de Dios, que es Omnipotente, ni de parte de las cosas creadas, porque éstas son *contingentes*, es decir, que así como existen, pueden no existir. De hecho la creación existe.

MOTIVO Y FIN DE LA CREACIÓN

1.^a *¿Qué es lo que movió a Dios a crear el mundo?*

Si Dios es eternamente feliz y dichoso en sí mismo, al no necesitar de nada, ¿qué pudo moverle a crear el mundo?

Lo que movió a Dios a crear el mundo fue sólo su amor, su gran bondad y con el designio de hacer felices a las criaturas racionales.

Los Padres de la Iglesia nos lo dicen así:

— «Nosotros existimos, porque Dios es bueno» (SAN AGUSTÍN).

— Dios ha creado las cosas de este mundo, no porque tuviese necesidad de ellas, sino para «verter sobre ellas sus beneficios» (SAN IRENEO, *Adv. haer.* IV).

— «Dios no obra en provecho suyo, sino únicamente por su bondad» (SANTO TOMÁS, I, 44, 4).

Todas las cosas terrenas, dice San Bernardo, son para

nuestro bien: unas para sustento del hombre, como la tierra, las plantas, los animales; otras para su doctrina o enseñanza, como los astros; otras para su recreación y contento, como los colores, cantos, etc.; y otras para ponerlo a prueba, como la pobreza, enfermedad, desdichas, animales dañinos, etc.

San Agustín también decía: Dios mío y Señor mío, todo cuanto veo en la tierra me dice que Tú me hiciste por mi amor, y me mueve a que te ame.

2.º *¿Para qué fin ha sido creado el mundo?*

Dios era enteramente libre en crear un mundo o no crearlo, en crear este mundo u otro cualquiera, entonces cabe preguntar: ¿para qué lo creó? Lo creó para su propia honra y gloria y para el bien de las criaturas, es decir, *el fin de Dios*, al crear el mundo, es la manifestación de sus perfecciones divinas, o sea, su glorificación, y *el fin de la obra* es la felicidad de las criaturas.

La gloria que dan las criaturas a Dios es una gloria externa, y se la dan por el mero hecho de existir y en cuanto las perfecciones de las criaturas reflejan las perfecciones de Dios: su omnipotencia, su bondad, etc.: «Los cielos pregonan la gloria de Dios...» (*Salm 19, 2*).

La verdadera gloria de Dios la tributan únicamente las criaturas racionales con su entendimiento y voluntad por el hecho de que ellas conocen y reconocen la perfección de Dios.

La creación tiene además otro fin secundario y es derramar beneficios sobre las criaturas y hacer felices a las que son racionales.

El Concilio Vaticano I nos enseña que «Dios, por su bondad y virtud omnipotente creó de la nada este mundo no para aumentar su bienaventuranza o adquirirla, sino para manifestar su perfección por los bienes que reparte a la criatura...», o sea, según hemos dicho, para comunicarnos a nosotros sus bienes y hacernos felices.

Glorifiquemos a Dios

San Jerónimo nos dice: «El hombre ha nacido para que conociendo a su Creador, le glorifique con temor y homenaje cumpliendo sus mandamientos», y así pueda ser eternamente feliz.

¿Qué entendemos, pues, por dar gloria a Dios? ¿Qué es *gloria*? La gloria de que hablamos, diremos primeramente con San Agustín, es «*clara cum laude notitia*», esto es, el *conocimiento claro* de las buenas cualidades que posee un ser, y como consecuencia *la alabanza* que de este conocimiento brota.

Por tanto, *la gloria de Dios* es el conocimiento de sus cualidades o perfecciones: de su divinidad, de su poder, de su sabiduría, inmensidad, bondad..., y como consecuencia alabarle por tanta magnificencia y a su vez por tantos beneficios que ha derramado sobre nosotros.

En resumen: Glorificar a Dios es *conocerlo*, o sea, reconocer su excelencia y la necesidad que de El tenemos, y luego *amarle, alabarle y servirle* en todo momento, y *darle gracias*, como dice San Agustín, por los grandes beneficios de naturaleza y de gracia que de El hemos recibido.

¿Cómo glorificamos a Dios?

A Dios le glorificamos «proclamándolo, no haciéndolo», pues El es eternamente feliz, y no necesita nada de nosotros. Es cierto que a Dios no le añade nada nuestra alabanza, y en sí, ¿qué le puede importar a Dios que le demos gloria? En sí ciertamente a Dios no le importa nada pero nos importa a nosotros y nos interesa para nuestro bien.

«Dios, dice San Juan Crisóstomo, quiere ser glorificado para nuestro bien, porque El no necesita ser glorificado. ¿Cuánta diferencia crees que hay entre Dios y los hombres? ¿Quizá la que hay entre los hombres y los guisanos? Poco he dicho señalando esta diferencia. Porque ni siquiera se puede expresar la diferencia que hay.

¿Acaso querrías ser tú altamente glorificado por los gusanos? De ninguna manera. Por tanto, si tú, que amas la gloria no quieres tal cosa, aquel que se ve libre de tal pasión y está muy por encima de ella, ¿cómo puede necesitar que tú le glorifiques?».

Y San Agustín nos dice: «Te sugiero un medio para loar, si quieres todo el día a Dios. Haz bien cualquier cosa que hagas, y habrás alabado a Dios... La gloria de Dios, hermanos, es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas, ni peor si le vituperas; pero tú alabándole a El que es bueno, te vuelves mejor; y vituperándole, te vuelves peor. El seguirá siendo bueno como lo es ahora».

Todas las criaturas glorifican a Dios

— Los hombres, al ver la variedad de seres vivientes e inanimados de la tierra y el número incontable de estrellas (*Salm* 19, 1), no podrán menos de admirar la Majestad de Dios, y tanto los ángeles como ellos, no han sido creados para otro fin, sino para que conozcan y alaben esa Majestad infinita de Dios que se refleja en todas las criaturas.

Los ángeles santos sabemos que contemplan y alaban incesantemente a Dios y entonan, según leemos en el profeta Isaías el trisagio: Santo, Santo, Santo es el Señor... (6, 3).

Y San Agustín dice de *los hombres*: «Nos hiciste, Señor, para Tí, y nuestro corazón no está tranquilo mientras no descansa en Tí».

— Hasta *los demonios* glorifican a Dios en cuanto manifiestan en el infierno cuán grande es su justicia y santidad; y, por otra parte, sirviendo de instrumentos a Dios, para ejercitar a los santos con sus tentaciones. Mientras los escogidos glorifican la misericordia de Dios, ellos glorificarán eternamente su justicia.

— Toda la creación existe para la glorificación de

Dios. Las criaturas son un espejo donde se muestra la imagen del Creador. Las plantas, los animales, etc., son mensajeros de Dios que nos anuncian su sabiduría, bondad y poder, etc. Quien esto observa no debe destruir de propósito la hermosura de la naturaleza, ni será cruel con los pajarillos y otros vivientes ni aún los seres sin sentido estropeará sin causa razonable.

Habiendo sido creados nosotros para glorificar a Dios, hemos de tener *intención*, en todas nuestras acciones, de darle gloria.

Por eso nos manda San Pablo: Ya comáis o bebáis o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios (1 Cor 10, 13).

San Ignacio de Loyola tuvo siempre por divisa: A MAYOR GLORIA DE DIOS.

Bien podemos nosotros con el salmista alabar al Señor e invitar a todos que le alaben: *Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...*

Dios creó un mundo bueno y lo conserva

Dios «con libérrima decisión y con voluntad libre de toda coacción» creó este mundo (*Salm* 135, 6), y lo hizo bueno, pues leemos en el *Génesis* (1, 31: Todas las cosas creadas *eran buenas*).

El mismo Dios, dice San Juan Crisóstomo, alabó sus obras porque nosotros y todas las criaturas no bastábamos para alabarlas.

Si Dios todo lo hizo bien ¿de dónde proviene el pecado?

Todo lo malo que vemos proviene del abuso que la criatura hace de su libertad (*Eccl* 15, 11, 14-21).

Ninguna de las cosas que existen es mala en cuanto a su esencia. Todo lo que tiene ser, dice San Agustín, es bueno, por lo menos cuanto a su ser.

¿Por qué no pudo Dios crear un mundo moralmente malo? Porque su santidad absoluta le impide ser causa del mal moral o del pecado.

Este mundo creado por Dios, El lo conserva

«Dios protege con su providencia todas las cosas que ha creado» (Vat. I), es decir, las preserva de caer en la nada. Las Escrituras nos hablan de la acción conservadora de Dios *¿Cómo podría subsistir nada si tú no quisieras o cómo podría conservarse sin ti? (Sab 11, 26). Todo subsiste por El (Col 1, 17). Con su poderosa palabra sustenta todas las cosas (Heb 1, 3).*

El que Dios conserve en la existencia todas las cosas creadas es muy conforme con su sabiduría y su bondad, ya que las criaturas son vestigio de las perfecciones divinas, y ellas nos mueven a glorificarla.

LA PROVIDENCIA DIVINA

El Señor ha hecho al pequeño y al grande, e igualmente cuida de todos (Sab 6, 7). Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad: ¿Quién los creó? El que hace marchar su bien contado ejército (de astros), y a cada uno llama por su nombre, y ninguno falta, tal es su inmenso poder y su gran fuerza (Is 40, 26), púsoles ley y no la traspasarán (Salm 148, 6). Dios cuida de las aves del cielo, y de los lirios del campo... ¡cuánto más de nosotros (Mt 6, 25-30).

¿Qué es la Providencia divina?

La Providencia Divina es el cuidado que Dios tiene por conservar y gobernar el mundo.

La Providencia de Dios se extiende hasta los acontecimientos más insignificantes de nuestra vida (Mt 10, 30). Aun en las cosas que nos parecen adversas. Dios interviene, y así vemos que José dice a sus hermanos, que le habían vendido: *No por vuestra traición vine yo aquí, sino por la voluntad de Dios (Gén 45, 8).*

Nada acontece en el mundo por *casualidad*... Dios

permite como veremos, algunos males debido a la libertad del hombre.

Como un piloto rige su barco, para que alcance el término de la navegación, así rige Dios el mundo, para que consiga su fin, que es la glorificación de Dios en el bien de las criaturas.

Dios gobierna mediante leyes físicas y morales

Ordinariamente, Dios obra detrás del velo de las *causas segundas*, o sea, de leyes por El establecidas.

1) Los seres privados de razón Dios los rige por medio de *leyes físicas* e inflexibles que jamás deroga sin especiales razones, aunque deban resultar algunos desórdenes parciales, y así vemos que Dios rige especialmente a las estrellas con leyes fijas (*Is 40, 26*), y por esas leyes cada día el sol nos alumbra, la tierra nos sostiene, el fuego nos calienta...

Según estas leyes, la tierra ha de girar en torno del sol 365/4 días, y sobre su eje en veinticuatro horas. La luna ha de describir en 27 1/3 días su órbita en torno a la tierra. Y los cuerpos celestes observan con tal exactitud esas leyes, que, con muchos años de anticipación, se pueden predecir los eclipses y otros fenómenos celestes.

2) A los hombres, seres racionales y libres, Dios los dirige por medio de *leyes morales*, y así les impone la *obligación* o el deber de observar sus leyes o mandamientos, pero no los fuerza a ello, por respeto a su voluntad libre, es decir, por gozar de libertad, pueden traspasarlos, y por esa transgresión Dios puede castigarlos, según les advierte.

La Providencia divina y el mal

1) *¿Qué decir del mal en el mundo?* Todo lo bueno se hace por orden de Dios, y *permite* el mal, el dolor... y esto no se opone a su Providencia.

Dios todo lo hizo bien (*Gén 1, 31*), por tanto el origen

del mal no viene del Creador, El no es el autor del pecado (*Eclo* 15, 11, 20). Dios no hizo el dolor ni la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original: *Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte...* (Rom 5, 12) (*Gén* 3, 17; *Sáb* 1, 13).

Los males físicos, nuestros sufrimientos, especialmente los males del cuerpo son, generalmente, debidos a nuestros pecados personales, a nuestras propias faltas.

Tendríamos menos que sufrir, si fuéramos más moderados en nuestros deseos, más sobrios y templados en nuestra vida. ¡Cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia!

Dios permite que suframos muchas veces para nuestro mayor bien, y así las causas de nuestro dolor pueden ser: los males que Dios nos manda como *castigos* por faltas cometidas, como *pruebas* para hacernos adquirir méritos; como *medios* de que Dios se sirve para convertirnos y desprendernos de los bienes de la tierra y pensar en el cielo.

Dios, pues, permite el dolor para expiar nuestros pecados, para probar la fidelidad de los justos, y a veces para dar ocasión a Dios de manifestar su poder al librarnos del sufrimiento, como en las curaciones milagrosas (*Lc* 23, 41; *Gén* 42, 21; *2 Mac* 6, 12-16; *Jn* 9).

¿De dónde nace la permisión del mal moral o pecado?

No podemos decir que Dios *quiere* todo lo que acontece. ¿Cómo podría Dios, sumamente bueno y santo, querer que alguno nos mate, nos robe, nos injurie, etc.? Dios *permite* algunos males, esto es, no los impide aunque pudiera; mas esta permisión no es consentimiento, ya que lo que se consiente se aprueba.

Entonces, ¿de dónde nace la permisión del mal? Nace de que Dios ha concedido al hombre la libertad. Dios se la respeta y de ahí el mérito o el demérito. Dios le ha dado la libertad para el bien, y si el hombre la emplea para el mal, él es el culpable. La libertad, pues, viene

de Dios, pero el abuso de la libertad o el mal viene del hombre.

El mal que Dios permite, como las desgracias, tentaciones y aun los pecados de los hombres los convierte en provecho nuestro. Basta recordar la historia de José.

Dios permite que sea vendido por sus hermanos, y de este mal vino la exaltación de José, la enmienda de los culpables y la prosperidad de la familia de Jacob (*Gén* 37; 39; 40; 50, 20); pero nunca hay que hacer el mal, porque el mal como mal que es, siempre es pecado y Dios lo detesta.

¿Qué debe hacer el cristiano ante la desgracia?

El verdadero cristiano en las desgracias debe abandonarse a la voluntad de Dios. Orar como Cristo nos enseñó: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo». San Pedro nos amonesta: *Echad todas vuestras solicitudes en el Señor, porque El tiene cuidado de vosotros* (1 *Pdr* 5, 7).

El que tiene la conciencia limpia, puede decir con David: *Aunque se levante contra mí un ejército, no temerá mi corazón* (*Salm* 27, 3).

Es hermoso acostumbrarse a llevar con paz y sin turbación las pequeñas contrariedades, por ejemplo, los tiempos desagradables.

Kempis dice: «Desgraciadamente son muchos los que siguen a Jesús hasta la fracción del pan, mas cuando han de beber con El el caliz de la pasión, le abandonan, como los apóstoles en Getsemaní».

Para comprender mejor el dolor

Hemos de reconocer que el dolor en el mundo sólo se esclarece a la luz de los sufrimientos de Cristo Redentor. A la luz de la revelación vemos que El siendo inocente y santo, padeció grandes tormentos y *murió por nuestros pecados según las Escrituras* (1 *Cor* 15, 13), y el

profeta Isaías hace ver cómo nuestros pecados son la causa de sus dolores y de su muerte (*Is* 53).

— Jesucristo llama dichosos a los que sufren (*Mt* 5, 10 s.).

— El sufrimiento es herencia de los justos (*Jn* 15, 20; *2 Tim* 3, 12). El oro y la plata se prueban en el fuego, y los amados de Dios en el horno de la tribulación (*Eclo* 2, 5) Todos los santos han sufrido...

— Dios prueba a los justos y castiga al que ama (*Dt* 13, 3; *Sab* 3, 4-6; *Heb* 12, 6). «Las penas son regalos de nuestro Padre celestial» (STA. TERESA). «Es por sí mismo un premio muy grande, que pueda el hombre padecer algo por Dios. Quien ama a Dios, entiende lo que digo» (S. J. DE LA CRUZ).

— Los que sufren con Cristo serán glorificados juntamente con El (*Rom* 8, 17). Sin padecer no se puede llegar a la eterna felicidad, pues ninguno será coronado, sino el que pelear legítimamente (*2 Tim* 2, 5).

Los padecimientos son el camino del cielo. Así lo dijo Cristo a los discípulos de Emaús: *¿Por ventura no debía Cristo padecer, y así entrar en su gloria? (Lc 24, 26). Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos (Hech 14, 21).*

Aprendamos a sufrir

El que sabe sufrir va por el camino de la santidad. Hemos de tener presente el ejemplo de Cristo, que *padeció por nosotros (1 Pdr 2, 21)* y nos dijo: *Quien no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo (Lc 14, 27).* Esto nos da a entender por qué los santos se gloriaban en el sufrimiento (*Gál* 6, 14; *1 Pdr* 4, 13; *Rom* 5, 2-5).

A la luz de estos textos sagrados se explica el por qué dijera San Juan de la Cruz: «Padecer o morir», Santa Magdalena de Pazzis: «Padecer, no morir», y el mismo San Pablo: «Lejos de mí gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de Cristo»...

Hermoso es saber que los sufrimientos de esta vida son insignificantes con relación a la gloria que nos espera (Rom 8, 18, 28).

Y, ¿cómo debemos sufrir? Con alegría, uniendo nuestros dolores a los de Cristo Redentor, y a su vez con amor, porque Dios nos manda precisamente el dolor en prueba de su amor, y el amor debe ser correspondido. Tengamos muy presente esta lección de Juan XXIII al morir: «Sufro mucho, mucho, pero sufro con amor».

LOS ANGELES

¿Qué sabemos de los ángeles?

Sabemos por la revelación divina que existen, y tanto en el A. como en el N. T. se nos habla de sus muchas apariciones y acciones. Recordemos algunas:

En el Antiguo Testamento:

- 1) En el paraíso terrenal aparece uno custodiándolo (Gén 3, 24).
- 2) En el sacrificio de Isaac (Gén 22, 11-12).
- 3) La escala de Jacob (Gén 28, 12).
- 4) La historia de Tobías (12, 15).
- 5) El ángel que fue contra los asirios (Is 37, 36).

En el Nuevo Testamento:

- 1) La aparición a Zacarías (Lc 1, 11).
- 2) A la Virgen María (Lc 1, 26).
- 3) A San José (Mt 1, 20).
- 4) A los pastores y sobre el portal de Belén (Lc 2, 9 y 14).
- 5) En el Huerto de los Olivos (Lc 22, 43).

¿Qué son los ángeles?

Los ángeles son «mensajeros de Dios», seres llenos de poder, que tienen inteligencia y libre voluntad, y son sustancias espirituales, que carecen de cuerpo.

De los ángeles podemos decir:

1.º La palabra «ángel» (del griego «anguelos») es lo mismo que *mensajero* o *enviado*, y por tanto no significa la naturaleza del ángel, sino su oficio.

2.º Los ángeles son *espíritus* (*Heb* 1, 14), aunque a veces toman figura visible o aparente como el ángel Rafael cuando acompañó a *Tobías* (5, 18), y en el sepulcro de Cristo en figura de jóvenes (*Mc* 16, 5), y en la Ascensión en forma de dos varones (*Hech* 1, 10), etc.

3.º Los ángeles son seres *creados* (*Col* 1, 16), *inmortales* y *espirituales*, y así lo afirma Jesucristo al decir de los resucitados que «ya no pueden morir, pues son semejantes a los ángeles» (*Lc* 20, 36), y con toda claridad al decir a los réprobos: «*Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles*» (*Mt* 25, 41).

Los Concilios IV de Letrán y el Vaticano I dicen que Dios al principio del tiempo creó de la nada unas substancias espirituales, que son llamadas ángeles, y del *Exodo* (20, 11) parece desprenderse que fueron creados juntamente con los cielos y la tierra.

4.º El número de los ángeles es de millones y millones (*Dan* 7, 10; *Apoc* 5, 11).

5.º No todos los ángeles son iguales, pues la Escritura enumera hasta nueve coros u órdenes: serafines, querubines y tronos; dominaciones, virtudes y potestades; principados, arcángeles y ángeles (*Col* 16, *Efe* 1, 21; *Is* 6, 2-3; *Gén* 3, 24; *1 Tes* 4, 16, etc.). (Entre los ángeles, pues, existe una jerarquía).

6.º Sólo de tres sabemos su nombre, porque se nos revela en la Sagrada Escritura: *Miguel* (quién como Dios); *Gabriel* (fortaleza de Dios) y *Rafael* (medicina de Dios).

7.º El poder de los ángeles es extraordinario. Un solo ángel quitó en una noche la vida a 185.000 asirios del ejército del rey Senaquerib (*Is* 37, 36). Son superiores a los hombres en poder y fuerza (2 *Pdr* 2, 11), pero carecen del poder de crear de la nada y de otros poderes que competen únicamente a Dios.

¿Para qué creó Dios a los ángeles?

Dios los creó para que eternamente le alaben y bendigan (*Is* 6, 3; *Salm* 103, 20) y para que cumplan sus mandamientos y guarden a los hombres (*Heb* 1, 14).

La Sagrada Escritura invita a los ángeles a que alaben a Dios, y por esta alabanza Dios es glorificado, y redundante en beneficio de los que le alaban: Alabadle vosotros, sus ángeles... (*Salm* 48, 2; *Dan* 3, 58; *Apoc* 4, 8; etc.).

¿Qué decir de los ángeles custodios?

Es doctrina católica que cada hombre tiene un ángel custodio o de la guarda. Tal creencia tiene su fundamento en las palabras de Jesús al referirse a los niños, pues habla de «sus ángeles» (*Mt* 18, 10).

En *Heb.* 1, 14 leemos que los ángeles, «son enviados por Dios para servicio de los que han de heredar la salvación», y como todos estamos destinados a ser herederos de ellos, parece ser que todos tenemos un ángel que nos sirve y nos guarda.

Algunos Santos Padres de la Iglesia como San Basilio y San Jerónimo (y también Orígenes) nos hablan claramente de esta doctrina de los ángeles custodios. «Cada uno de los fieles, dice San Basilio, tiene a su lado un ángel como educador y pastor que dirige su vida», y San Jerónimo en el comentario de *Mt* 18, 10: «¡Cuán grande es la dignidad de las almas, que cada una de ellas, desde el día de su nacimiento tiene asignado un ángel para que la proteja!».

En *Hechos* 12, 15, se lee: «Será su ángel». (Así decían de San Pedro al ser librado de la cárcel).

La prueba de los ángeles

Todos los ángeles fueron creados en estado de gracia o amistad divina, y antes de gozar de la visión beatí-

fica fueron sometidos a una prueba moral para merecerla.

Los que hicieron buen uso de los dones concedidos por Dios y salieron airosos de la prueba recibieron como recompensa la eterna felicidad del cielo (*Mt 18, 10; Tob 12, 15; Heb 12, 22; Apoc 5, 11; 7, 11*).

Los que se rebelaron contra Dios fueron lanzados al infierno, pues *Dios no perdonó a los ángeles que pecaron* (*2 Pdr 2, 4; Judas 6; Mt 25, 45*).

¿Cuál fue esta prueba? Parece ser que consistió en que debían adorar todos al Verbo encarnado (*Heb 1, 6*); mas creyéndole como hombre inferior a ellos, le negaron la adoración. De aquí que podamos decir que el pecado de los ángeles fue de *soberbia*, bien por este motivo dicho, bien por el engreimiento de sus dones naturales y sobrenaturales, por los que se creyeron más que Dios.

Hay, pues, ángeles buenos, confirmados en gracia, y ángeles malos o demonios, que tientan a los hombres. Su capitán es Satán o Lucifer (el que lleva la luz, porque, al parecer, era uno de los ángeles más encumbrados). Jesucristo parece indicar este capitán al decir: *Id al fuego eterno, preparado para el demonio y sus ángeles o emisarios* (*Mt 25, 11*).

Los ángeles malos o demonios «fueron creados buenos por Dios, pero se hicieron malos por su propia culpa» (Conc. IV de Letrán).

¿Qué hemos de decir del demonio?

La Biblia nos habla de él a cada paso, y le da los nombres de diablo, Satanás (que significan *adversario, calumniador*). El es un ángel malo o caído del estado de gracia con que Dios le había adornado; el tentador, el enemigo que siembra el mal (*Mt 13, 28*).

El demonio, como dice San Juan, es *homicida desde el principio* (pues lo fue del primer hombre al inducir a Caín a matar a su hermano Abel), y *no se mantuvo en la verdad...*, es mentiroso y padre de la mentira (*Jn 8, 44*).

Los demonios o espíritus del mal procuran hacer daño moral y a veces físico a los hombres.

Véanse los ejemplos de nuestros primeros padres (*Gén 3, 1 ss.*), *por envidia del diablo entró la muerte en el mundo* (*Sab 2, 24*). Recuérdense el fratricidio de Caín (*Gén 4, 1 s.; Jn 8, 44*); la traición de Judas (*Jn 13, 2 y 27*); la mentira de Ananías (*Hech 5, 3*)...

Sobre los males físicos véanse: *Tob 3, 8; Job 1, 12; 2, 6; 1 Cor 5, 5*.

Casos de posesión del demonio y expulsión de estos: *Mt 8, 16 y 28; Mc 1, 23 ss.; 5, 6, ss.*

— «El demonio, dice Pablo VI, es el número uno, es el tentador por excelencia. Sabemos también que este ser oscuro y perturbador existe de verdad, y que con alevosa astucia actúa todavía; es el enemigo oculto que siembra errores e infortunios en la historia humana»..., y es el causante de los grandes males que azotan al mundo.

Estemos prevenidos.—Estad alerta y velad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quien devorar (*1 Pdr 5, 8*).

Resistid al demonio y huirá de vosotros (*Sant 4, 7*).

El demonio no puede dañar realmente al que guarda los mandamientos de Dios y no quiere pecar. El es «el príncipe de este mundo», o sea de los hombres perversos. El demonio, dice San Agustín, es «como el perro encadenado, que puede ladrar, pero no puede morder más que al imprudente que se pone a su alcance». San Antonio Abad, Santa Teresa de Jesús, el Santo Cura de Ars y otros muchos Santos han sufrido grandes tentaciones del demonio. Las armas para vencer son la oración, hacer la señal de la cruz...

LA CREACIÓN DEL HOMBRE

La Biblia, después de la descripción del mundo material, nos habla del origen del hombre, y nos dice que procede de Dios.

Díjose entonces Dios: Hagamos al hombre a nuestra

imagen y nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella. Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó y los creó varón y hembra (Gén 1, 26, 27).

Formó Yahvé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado (Gén 2, 7).

Y de la costilla que de Adán tomara, formó el Señor a la mujer (Gén 2, 22).

Primeros hombres creados por Dios

Los primeros hombres que Dios creó fueron Adán y Eva. Del relato del Génesis sacaríamos:

1.º *Que Dios formó de la tierra al cuerpo del hombre, e inspiró en él un alma (Gén 2, 7).*

2.º *Que la mujer fue formada de una costilla de Adán sobre el que el Señor mandó un sueño profundo (Gén 2, 21 s.).*

Dios creó a los primeros hombres: Adán de la tierra, la mujer del hombre y su alma por creación directa.

El hombre, pues, según la Biblia procede de Dios y en su formación El interviene de un modo *directo e inmediato*.

El evolucionismo o transformismo.

Según la Biblia, después de haber creado Dios toda clase de animales, «formó de la tierra el cuerpo del hombre» (Gén 2, 7).

Algunos opinan que el cuerpo humano procede *por evolución* de una especie del reino animal, vg. del mono.

Hay dos clases de transformismo: *el absoluto*, que dice que *cuerpo y alma* proceden por evolución del hombre; mas este *evolucionismo materialista* no se puede

admitir de modo alguno, porque el alma es espiritual y lo espiritual no puede originarse de la materia.

Otra clase de transformismo es *el moderado*, que afirma que el *cuerpo* humano es resultado de formas anteriores, o sea, que procede por evolución del mono. Esta afirmación no pasa de ser una hipótesis. La Iglesia deja en libertad a los investigadores de esta teoría. Hasta ahora la ciencia no ha demostrado la evolución de una especie en otra. Hasta la fecha no hay un argumento decisivo a favor de esta teoría.

Los santos Padres de la Iglesia enseñan unánimemente que Dios creó directamente a todo el hombre en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma, y parece ser lo más noble y digno, por haber sido creado a imagen de Dios como ser inteligente y libre, y en el modo de la creación de Eva ven figurada la igualdad esencial de la mujer con el hombre, la institución divina del matrimonio... Del mismo texto ya aparece clara la enseñanza de que la mujer es de la misma naturaleza que el hombre.

Testimonios en contra de la evolución de una especie en otra. (La evolución admitida es dentro de la misma especie. vg. en la rana del renacuajo o ejemplos parecidos).

- *El Dr. Jordi Cervos Navarro*, catedrático y director del Instituto de Neuropatología en la Universidad Libre de Berlín, en octubre de 1982, dijo: «La teoría evolucionista ha quedado sin demostrar, y casi ningún hombre de ciencia la sostiene ya».

- Y *Pierre-P. Grassé*, profesor durante treinta y tres años en la Cátedra de Evolución de Sorbona, en su libro: «L'Evolution du Vivant» declara fracasadas las teorías explicativas del evolucionismo (París 1973).

Sean todos que la Iglesia no coarta la libertad de investigación, pero deben aducir pruebas.

Unidad del género humano. El poligenismo.

La Biblia nos da estos testimonios explícitos:

No había hombres que labrasen la tierra... Adán llamó

Eva a su mujer por ser la madre de todos los vivientes (Gén 2, 5; 3, 20). Dios hizo de uno todo el linaje humano para poblar toda la superficie de la tierra (Hech 17, 26).

La doctrina del poligenismo se admite hoy como hipótesis de trabajo; pero conviene tener presente que en contra del poligenismo tenemos:

1) La doctrina bíblica. Según el *Génesis* (2, 5; 3, 20) y los *Hechos* (17, 26), todos procedemos de Adán y Eva, y no de Adán y Eva y otras parejas.

2) La Comisión Bíblica dijo: «La unidad del género humano es uno de aquellos hechos que afectan a los fundamentos de la religión cristiana» (Dz 2123).

3) Pío XII en la *Humani generis* rechaza el poligenismo por no ver cómo pueda compaginarse con la doctrina revelada acerca del pecado original (Dz 2028).

4) El doctor Díez-Macho, gran biblista, en su *Historia de la salvación* dice: «Adán y Eva fueron los primeros hombres. Todos los hombres, después de Adán proceden de ellos; no de Adán y Eva y otras parejas. No hay poligenismo. Los científicos no ven razones que obliguen a suponerlo. Y no hubo otras parejas porque esto se deduce de la narración del *Gén* 1 y 2, y también del *Gén* 3, capítulo que narra el pecado de los primeros padres —pecado original—.

»Todos los hombres han pecado en Adán como enseña San Pablo en *Rom* 5 y como enseña la Iglesia».

Esta doctrina queda clara en la Biblia, y en contra del poligenismo tenemos las dos genealogías que parten del primer hombre, Adán: *1 Cr* 1, 1; *Lc.* 3, 38; no obstante en atención a los que tengan otra teoría, dire con el Cardenal Bea: «la cuestión de saber si podría haber formas de poligenismo compatibles con la doctrina de la Iglesia queda abierta».

El hombre consta de cuerpo y alma

La Escritura nos dice que el hombre es un compuesto de dos partes esenciales: de cuerpo y alma.

«El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su rostro el aliento de vida (= principio vital del alma), y así el hombre vino a ser un ser viviente» (Gén 2, 7).

(«Acuérdate de tu Hacedor) antes de que el polvo se vuelva a la tierra de donde salió y el espíritu retorne a Dios que le dio el ser (Ecl 12, 7).

Del Génesis (2, 7), deducimos claramente que Dios formó de la tierra el cuerpo del hombre e inspiró en él un alma. Por los movimientos vitales del cuerpo echamos de ver que hay en el hombre un alma, «una sola racional e intelectual», como dice el Conc. IV de Constantinopla.

Los hombres ahora, sólo en cuanto al cuerpo, procedemos de Adán, pues el alma de cada hombre es creada por Dios y El es el que la comunica a los cuerpos. Estos son animados y vivificados por el alma. Con ella Adán fue un ser viviente (Gén 2, 7). El cuerpo sin el alma está muerto (Sant 2, 26).

¿Qué es el alma?

El alma es una *substancia espiritual*, y por ella somos *imagen de Dios*, porque Dios es espíritu.

El alma es espiritual, inmortal y libre.

1) *El alma es espiritual*, porque no depende de la materia en su ser ni en sus operaciones. Ella tiene *inteligencia y libre voluntad* y por estas facultades conoce lo bello y lo bueno y tiene también capacidad de amarlo y de dominar el mundo externo. Si el alma conoce lo verdadero y lo bello, y lo justo, es que conoce objetos invisibles, incorpóreos y eternos. Estos son actos u operaciones espirituales. Luego, si el alma tiene operaciones espirituales es porque ella es espiritual, de lo contrario las operaciones (efecto) serían superiores a ella (o sea la causa).

2) *El alma es libre*, porque puede elegir entre diversos males y bienes, obrar el bien u obrar el mal. Nues-

tra conciencia es testigo, y nos sentimos responsables, y somos conocedores del vicio y de la virtud, del premio y del castigo, sanciones en las que descansa la ley moral.

3) *El alma es inmortal*, porque es espiritual, y porque Dios infinitamente justo nos ha revelado una vida futura con dicha y castigo eterno. La vida del alma no depende de la vida del cuerpo, y sobrevive a éste.

La Biblia nos habla de la inmortalidad del alma.

Cristo nos dice: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma...* (Mt 10, 28). Al buen ladrón le dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43). La historia del rico epulón y del pobre Lázaro nos habla también de la inmortalidad del alma (Lc 16, 19).

Además en Mt 22, 32, leemos: que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, no es Dios de muertos, sino de vivos. Como estos patriarcas ya habían muerto varios siglos antes de Cristo, al decir que El es Dios de vivos, es que sus almas siguen viviendo, y por tanto, son inmortales.

El alma del hombre no puede dejar de existir, es imperecedera por su naturaleza, aunque Dios puede aniquilarla si quisiere.

San Agustín dice: El alma puede morir y no morir. No puede morir, porque nunca puede perder la conciencia de sí, pero puede morir, porque puede perder a Dios, es decir, deja de vivir vida sobrenatural cuando, por el pecado mortal, *pierde la gracia*.

El alma tiene dos modos de vida: natural y sobrenatural. La vida natural la conserva, mientras la sobrenatural, que es la vida de la gracia, la puede perder por el pecado mortal.

Finalmente, tenemos como prueba de la inmortalidad del alma, la creencia en ella de todos los pueblos de la tierra, y por eso veneran los muertos y ofrecen oraciones y sacrificios.

Presentamos esta doctrina a todos tal como nos la enseña el Magisterio de la Iglesia. Nuestros primeros padres, Adán y Eva, vivían como los ángeles en el paraíso, según dice San Juan Crisóstomo, y bien podemos decir con el Salmista lo que dice David al Señor: *Hiciste al hombre poco inferior a los ángeles, le coronaste de gloria y honor (Salm 8, 6).*

Las tradiciones antiguas de griegos y romanos llaman al primitivo estado del hombre Edad de oro, y Hesíodo, poeta griego del siglo VIII a. C. dice que la primera raza humana vivía como los dioses, en una perfecta felicidad.

Adán y Eva, según la Biblia, fueron creados por Dios adultos y en un estado de felicidad privilegiada.

Ellos estaban dotados de gracia santificante. Así nos lo dice el Concilio de Trento (Dz 788) y de hecho San Pablo nos lo enseña así al decirnos que Cristo, el segundo Adán, ha restaurado lo que el primero había echado a perder, a saber: el estado de santidad y justicia, y si Adán lo perdió, tuvo que poseerlo antes (*Rom 5, 11 ss.; Efes 1, 10; 1 Cor 6, 11; etc.*).

Además gozaban de estos dones: ciencia infusa, integridad o inmunidad de concupiscencia, inmortalidad...

Los dones primitivos eran hereditarios

Adán no sólo recibió la gracia santificante y demás dones para sí, sino para transmitirlos a sus descendientes. Así lo afirma el Conc. de Trento al enseñarnos que no sólo perdió para sí la santidad y justicia o gracia santificante, que había recibido de Dios, sino que la perdió también para nosotros (Dz 789).

Los santos Padres comentan que recibimos nosotros como descendientes de Adán la gracia de Dios y la perdimos por el pecado.

El pecado original

«Creemos que en Adán todos pecaron, lo cual quiere decir que la falta original cometida por él hizo caer a la naturaleza humana, común a todos los hombres, en un estado en que experimenta las consecuencias de esta falta y que no es aquel en que se hallaba la naturaleza al principio en nuestros padres, creados en santidad y justicia y en el que el hombre no conocía ni el mal ni la muerte.

Esta naturaleza humana caída, despojada de la vestidura de la gracia, herida en sus propias fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte se transmite a todos los hombres y en este sentido todo hombre nace en pecado.

Sostenemos, pues, con el Concilio de Trento que el pecado original se transmite con la naturaleza humana «no por imitación, sino por propagación», y que, por tanto, «es propio de cada uno». (*Credo del Pueblo de Dios*).

La historia del pecado original se nos refiere en la Biblia. Sometidos a una prueba, fueron tentados y pasaron el mandato de Dios. El demonio se apareció a Eva en figura de serpiente y la tentó, comió de la fruta prohibida y ésta sedujo a Adán y pecaron: *Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo* (Sab 2, 23).

El pecado de nuestros primeros padres pasa, con todas sus malas consecuencias (Gén 3, 17 ss.) a todos sus descendientes (Conc. Trento 5, 2), quedando sujetos por el pecado al dolor y a la muerte.

Adán era cabeza moral y jurídica del género humano, y por eso su pecado pasó a sus descendientes con todos sus malos efectos. *Todos pecaron en Adán* (Rom 5, 12).

La esencia de este pecado consiste en la privación de la gracia santificante (y no en la concupiscencia como algunos han dicho). Y se llama *original* para indicar que no lo cometimos personalmente, sino que lo heredamos de Adán, origen del género humano.

Una excepción. Sólo la Virgen María quedó preservada del pecado original, para darnos el Redentor. Ella es LA INMACULADA.

Cuarta parte

DIOS REDENTOR

CAÍDA Y RECONCILIACIÓN DEL HOMBRE

«Creemos en Nuestro Señor Jesucristo, que es el Hijo de Dios... Se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre... Habitó entre nosotros, con plenitud de gracia y de verdad... Padebió en tiempos de Poncio Pilato, como Cordero de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo, y murió por nosotros en la cruz, salvándonos con su sangre redentora...» (*Credo del Pueblo de Dios*).

Idea general preliminar

El primer hombre, Adán, perdió, por el pecado, para sí y para sus descendientes la primera santidad y justicia o sea la gracia santificante y los bienes con ella unidos.

Por la pérdida de la gracia, que es la vida sobrenatural del alma, el hombre quedó debilitado y dejado a sus propias fuerzas, ya no podía conseguir el fin sobrenatural al que estaba destinado.

Si el hombre *caído* no puede por sí mismo recuperar la vida de la gracia y ponerse así en amistad con Dios, ¿quién podrá ayudarle a recuperarla?

Reconciliación del hombre con Dios

Mientras la iniciativa del pecado partió del hombre, la

iniciativa de la reconciliación partió de Dios misericordioso, de Dios Padre, que quiso reconciliarnos por medio de su Hijo Jesucristo, en el que estaba anunciado que *serían benditas todas las naciones de la tierra* (Gál 3, 16), y para esto vino a la tierra.

La encarnación del Hijo, es decir, el que El tomara carne pasible y mortal, para dar así a Dios una satisfacción conveniente por la caída de Adán, y con su pasión y muerte dar a su Padre una compensación infinita por la injuria que le había inferido el pecado, es un gran misterio que no tiene otra explicación que el amor:

Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que el que crea en El no perezca..., sino que sea salvo por El (Jn 3, 16-17).

El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados (Col 1, 13-14).

Jesucristo es nuestro Salvador y reconciliador

Jesucristo, el Redentor prometido en el paraíso a nuestros primeros padres, *vino a este mundo a salvar a los pecadores* (1 Tim 1, 15).

Isaías profetizó su venida diciendo: *El mismo* (Dios) *vendrá y os salvará* (35, 4).

El símbolo Nicenoconstantinopolitano nos lo dice así: «Por nosotros y por nuestra salvación, descendió de los cielos y se encarnó» (Dz 86).

Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom 5, 10).

¿CÓMO REALIZÓ JESUCRISTO NUESTRA REDENCIÓN?

Jesucristo realizó nuestra redención o liberación de las consecuencias del pecado original:

1) *Con su doctrina*, o sea, con la luz del Evangelio iluminando nuestro entendimiento.

2) *Con sus mandamientos y promesas*, inclinando nuestra voluntad hacia el bien, y

3) *Con el sacrificio de la cruz*, ganándonos los medios por los que alcanzamos la gracia santificante, que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo.

Antes de hablar de *la Encarnación* y del nacimiento eterno y temporal del Hijo de Dios, hablaremos brevemente:

1.º De la promesa del Redentor.

2.º De la preparación para su venida.

3.º Cuándo y dónde vivió el Salvador.

4.º Jesús de Nazaret es el Mesías y Salvador.

5.º Resumen de su vida.

1.º Promesa del Redentor

Dios que no perdonó a los ángeles que pecaron (2 Pdr 2, 4), quiso perdonar al hombre caído, sin duda porque no era tan digno de castigo como los ángeles, por no tener tan perfecto conocimiento como ellos, y porque uno de ellos le había seducido.

El Protoevangelio o primera promesa de redención

El «protoevangelio» es el anuncio de la «primera buena nueva» al hombre caído, o sea, la promesa de redención o triunfo sobre los poderes del mal.

Inmediatamente *después del primer pecado*, Dios se compadece y anuncia que el diablo sería vencido y vendría un Redentor, y así dijo a la serpiente (la que servía de máscara al diablo tentador):

Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, éste te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañal (Gén 3, 15).

En este pasaje mesiánico confirmado por la tradición cristiana y la exégesis judía, se nos habla de una «enemistad perpetua» «entre ti y la mujer», esto es, entre el

demonio con sus seguidores y la mujer con su descendencia.

La Iglesia ha visto en esta mujer a una hija de Eva, la Virgen María, «la Inmaculada»; entre el diablo y ella existía una verdadera enemistad, pues no estuvo jamás sujeta al pecado, como lo estuvo Eva.

El descendiente de la Virgen María es Cristo «en el que serían benditas todas las naciones de la tierra» (Gál 3, 16), y quien al fin de los tiempos aplastará o destruirá totalmente el imperio de Satanás. María es «la Inmaculada», la exenta de pecado original.

Otras promesas

Muchos siglos antes de Jesucristo existió un libro, la Biblia, en el que había vaticinios o predicciones acerca de Jesucristo, hechas por diversos profetas y se cumplieron en El con todos los detalles.

1) Casi 2.000 años antes de Cristo, Dios prometió a Abraham que el Salvador nacería de su descendencia (Gén 3, 1-3; Gál 3, 16).

2) La promesa hecha a Abraham, la hizo Dios de nuevo a su hijo Isaac (Gén 26, 2-4) y luego a Jacob (28, 12-14).

3) El mismo Jacob profetizó que la casa de Judá perdería el cetro cuando llegase el Mesías (Gén 49, 10).

4) El profeta Miqueas anunció que nacería en Belén de Judá (5, 2), lo que quedó confirmado (Mt 2, 5).

5) Isaías dijo 800 años antes que nacería de una Virgen (7, 14) y luego se cumplió (Mt 1, 22-23).

6) Sería a un mismo tiempo Dios y Hombre y además gran obrador de milagros: *Su nombre será: Admirable, Consejero, Dios* (Is 9, 6). *El mismo Dios vendrá y nos salvará* (Is 35, 4-6)...

7) Al Mesías precedería un Precursor (Is 40, 3-4) y este Precursor fue Juan Bautista (Mt 3, 1).

8) Zacarías profetizó acerca de su pasión y dijo que entraría sentado en un asnillo y vendido por treinta monedas de plata (Zac 9, 9; 11, 12-13; Mt 27, 5-7).

9) El Mesías sería burlado, sobre su vestidura echarían suertes, sus pies y manos serían taladradas (*Salm* 22).

10) Sería abofeteado y escupido y moriría entre malhechores, sería manso como un cordero y rogaría por sus enemigos y moriría en satisfacción por nuestros pecados (*Is* 53). Y le darían a beber hiel y vinagre (*Salm* 69, 22). Y todo se cumplió (*Mc* 15; *Mt* 27, 34, 67).

11) Su cuerpo no conocería la corrupción (*Salm* 16, 10).

12) En todas las partes del mundo se le ofrecería un sacrificio limpio y puro (*Mal* 1, 11)...

Estas y otras muchas profecías que vemos en el A. T. se ven luego cumplidas en el Nuevo, y todas ellas son una gran prueba de que Jesucristo es el Mesías esperado y que El es Dios.

2.º Preparación para la venida del Salvador

Dios escogió para sí un pueblo peculiar y lo fue preparando para recibir al verdadero Mesías, Salvador de los hombres. Este pueblo escogido fue la descendencia de Abraham y se llama el pueblo de Israel o judío.

Dios lo preparó, exponiéndole a duras pruebas, dándole severas leyes, haciendo ante ellos muchos milagros y enseñándole por sus profetas. He aquí un breve resumen de la historia del pueblo judío:

1) LA HISTORIA DE ISRAEL, el pueblo escogido, empieza con la vocación de Abraham

Hacia el año 1850, Dios llamó a Abraham y le condujo a Palestina. Tuvo un hijo, Isaac, y de éste nació Jacob, llamado también «Israel», el cual tuvo doce hijos, cabeza de las doce tribus; José, uno de ellos, fue gobernador o virrey de Egipto, a donde llamó más tarde a su padre y hermanos y les dio la fértil tierra de Gessén.

Allí se multiplicaron rápidamente los hebreos o israelitas y tuvieron mucho que padecer de los reyes de Egipto.

2) Bajo el mando de *Moisés* salieron los israelitas de Egipto y peregrinaron cuarenta años por el desierto de Arabia. Allí los sustentó Dios con el maná y recibieron en el Sinaí *los diez Mandamientos de Dios*...

3) A Moisés le sucedió *Josué*, que introdujo a Israel en la Tierra de Promisión, la que fue distribuida entre las doce tribus; pero aún tuvieron que pelear durante más de doscientos años contra sus enemigos, acaudillados por *los jueces*, hombres de valor, que Dios suscitó, destacándose entre otros: Gedeón, Sansón y Samuel, el último de ellos.

4) Después de los Jueces, los israelitas fueron gobernados por reyes, a saber: *Saúl, David y Salomón* (1070-1030 a. C.).

5) A la muerte de Salomón, el reino se dividió en dos: el de *Israel*, al Norte (930-722), y el de *Judá*, al Sur (930-586). A Salomón le sucedió su hijo Roboam, al que le fueron fieles sólo las tribus de Judá y Benjamín. Las otras diez tuvieron por rey a Jeroboam.

6) Los reyes de ambos reinos, así como el pueblo, se fueron apartando progresivamente de Dios para entregarse a la idolatría, y Dios hizo que ambos fueran destruidos, y sus habitantes llevados al *cautiverio*. Las tribus del Norte fueron llevadas a Nínive, y las dos del Sur a Babilonia.

7) El año 538 a. C. el rey persa *Ciro* conquistó Babilonia y permitió a los judíos que volvieran a su patria y reedificaran su templo en Jerusalén. Y al mando de *Zorobabel* regresaron unos 50.000, como puede leerse en el libro de Esdras.

8) Después de la cautividad de Babilonia, los judíos repatriados en Palestina vivieron casi siempre en paz durante unos doscientos años bajo el dominio de los sucesores de *Ciro*, o sea, de los persas. Después, en el año 322 cayeron bajo el poder de *Alejandro Magno*, rey

de Macedonia, y más tarde, en 198, fueron sometidos por Antioco Epifanes IV. Este persiguió a los judíos por su religión e hizo varios mártires.

9) *Guerra de la independencia judía.*—Un grupo de valientes y fervorosos judíos formó una organización de resistencia ante las profanaciones de Antioco, al frente de los cuales fue puesta una familia, la de los «Macabeos», y así recobraron los judíos la libertad y fueron regidos unos ochenta años por reyes de su nación (143 al 63 a. C.), cayendo después bajo el poder de los romanos.

10) El año 39 a. C. los romanos pusieron por rey de Judea a Herodes el Grande. Así «faltó el cetro de Judá», en cuyo tiempo vino el Mesías, que nace en Belén.

Herodes mandó matar a los niños inocentes y murió el año 3 antes de nuestra era (750 de la fundación de Roma). Le sucedió su hijo Herodes Antipas, el que degolló a San Juan Bautista y burló al Señor. A éste le siguió un nieto de Herodes el Grande, Herodes Agripa, el que mandó cortar la cabeza a Santiago Apóstol y encarcelar a San Pedro, y fue en vida comido de gusanos.

El año 70 de nuestra era, Jerusalén fue destruida por los romanos mandados por Tito, siendo después los judíos dispersos por toda la tierra (los que Dios volverá a juntar al fin de los tiempos y los convertirá, según los dichos de los profetas).

Esperanza de un Salvador

Antes de que viviese el Salvador, Dios permitió que todos los pueblos de la tierra llegasen a un estado miserable, que les hiciera desear con más anhelo al Redentor.

De esta esperanza se hallan vestigios en poetas latinos, como Virgilio y Horacio, que hablan del Hijo de la Virgen, y, entre los griegos, ya Sócrates expresó la esperanza de un Mediador, que viniera del cielo y nos enseñara claramente nuestros deberes para con Dios y los hombres, y al fin vino a la tierra por medio de la Virgen María y nació sobre unos cuatro años antes de nuestra Era.

3.ª ¿Cuándo y dónde vivió el Salvador?

La era cristiana

La era cristiana es el período histórico que empieza con el nacimiento de Cristo, a partir del cual se cuentan los años.

La era cristiana se llamó también «era dionisiana», porque un monje escita, llamado Dionisio el Exiguo (que murió en el año 556) tuvo la idea feliz de poner en el centro de la historia universal la fecha del nacimiento de Cristo, porque en realidad El es el centro de todos los tiempos, pues vino *en la plenitud de ellos* (Gál 4, 4).

Según los estudios que se han hecho, y teniendo en cuenta que Jesucristo nació al final del reinado de Herodes el Grande (Mt 2, 1 ss.), y que este rey murió como lo atestigua Flavio Josefo (*Antigüedades Judaicas* XVII) el año 750 de la fundación de Roma..., parece ser que la fecha más exacta del nacimiento de Cristo es el año 748 de la fundación de Roma, y por tanto unos cuatro años o cinco antes de la era dionisiana, o sea, de nuestra era cristiana.

Diversos pueblos han partido de otras fechas reales o hipotéticas, para el cómputo de los años. Así, el año 1975 de la Era Cristiana corresponde al año 5736 de la *Era Judaica* (creación del mundo)...

Según lo dicho, hace poco más de 1970 años que vivió el Salvador en la tierra.

¿Cómo se llama el tiempo anterior y posterior a Cristo?

El tiempo anterior a Cristo se llama, de ordinario, el «Antiguo Testamento» o Antigua Alianza, y el posterior a Cristo, «Nuevo Testamento» o Nueva Alianza.

Testamento viene a ser como declaración de la voluntad, disposición de una herencia, para caso de muerte, porque en uno y otro tiempo declaró Dios su voluntad a los hombres, y les señaló una herencia para el caso de la muerte del Salvador, herencia que se les daría en

virtud de su muerte: a los judíos se les aseguraba la herencia de la Tierra prometida, y a los cristianos la herencia del cielo.

1) *El tiempo anterior a Cristo* llamamos «Antigua Alianza», por los pactos que Dios hizo con varios patriarcas, como Noé, Abraham y con todo el pueblo en el Sinaí, por medio de Moisés, donde el pueblo prometió cumplir la Ley, y Dios le prometió su protección y bendiciones. Este pacto se confirmó con la sangre de animales.

2) *El tiempo después de Cristo* llamamos «Nueva Alianza», porque Dios, por medio de su Hijo, prometió a los hombres que vivimos en él, la santificación y vida eterna, si cumplimos con los dos mandamientos del amor. Este pacto se selló con la sangre de Cristo.

También se llaman «Antiguo Testamento», los libros sagrados escritos antes de Cristo, y «Nuevo Testamento», los que se escribieron después de El, y se llaman así propiamente, porque en ellos se contiene la voluntad de Dios y se nos habla de esta alianza y se nos certifica nuestra herencia.

El Salvador vivió en Palestina

Acerca del nombre de «Palestina» hay que notar: que se llamó al principio «Cánan», y más adelante «Judea», y también «Tierra de Promisión», o sea, prometida por Dios a Abraham y a su descendencia. Además se llama «Tierra Santa» por haber sido santificada por la vida de Cristo, ya que en ella nació, vivió, murió y resucitado subió al cielo. Hoy está allí formado el «Estado de Israel».

Situación de Palestina

Palestina está situada en la costa oriental del Mediterráneo y se extiende a una y otra orilla del río Jordán, y comprendía cuatro provincias: Al Oeste del Jordán:

Judea al Sur, Samaría en el centro y Galilea al Norte; al Este del Jordán, la Perea con Iturea y Traconitis.

La ciudad más importante de Palestina era *Jerusalén* y también lo es en la actualidad, la cual está asentada sobre el monte *Sión*, donde se levantó majestuosa la ciudadela de David y donde tuvo lugar la última Cena del Señor. Este monte es el más alto. También está asentada sobre el llamado monte *Moria*, donde iba a ser sacrificado Isaac y donde luego se emplazó el Templo. Al Oeste del *Moria* está el *Calvario* o Gólgota, donde el Señor fue crucificado (en tiempo de Jesús estaba fuera de la ciudad y hoy queda como en el centro, y no pasa de ser una colina cubierta por la Basílica y otras construcciones. En la parte oriental está el monte de los Olivos con el Huerto de Getsemaní...

Además de Jerusalén, son dignas de atención *Nazaret* y *Belén* y otras ciudades (se pueden señalar en el mapa).

4.º Jesús de Nazaret es el Salvador o el Cristo

El nombre de «Jesús»

JESÚS es el Salvador esperado, el Redentor del género humano, el que Dios había prometido a Adán en el paraíso..., y el que anunció por los profetas...

JESÚS significa SALVADOR. *Le pondrás por nombre «Jesús», porque salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 12, 1). María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre CRISTO (Mt 1, 16).*

CRISTO significa «ungido» (en hebreo MESSIAS, y en griego CHRISTOS), unidos los dos nombres «Jesús» y «Cristo» lo llamamos también JESUCRISTO, y así una vez lo llamamos «Jesús», otras veces «Cristo», otras Jesucristo, y otras simplemente «el Señor» (que en el A. T. equivale a «Dios»).

Jesús de Nazaret es el Mesías

1.º Jesús es el Mesías porque El fue el anunciado por medio de los profetas en el A. T. y en El se cumplieron las profecías: Compárense las siguientes:

— *Miqueas* (5, 2) (escrita 7 siglos antes) con *Mt* 2, 5-6.

— *Isaías* (7, 17) (escrita ocho siglos antes) con *Mt* 1, 22-23.

— *David* (mil años antes) *Salm* 22, 19 con *Jn* 19, 24.

— *Zacarías* (9, 9) (5 siglos antes) con *Mt* 21, 4-5).

San Mateo muestra en su Evangelio que en Cristo se cumplen las profecías del A. T. y se vale de la expresión: *Esto sucedió para que se cumpliera lo que estaba escrito, etc.* (Véase *Mt* 1, 22-23...).

2.º Jesús hizo notar varias veces que las Escrituras hablaban de El (*Jn* 5, 39; *Lc* 18, 31; 24, 26).

3.º El mismo Jesús se llamó a sí mismo Mesías, v. g. en el coloquio con la Samaritana (*Jn* 4, 25) y ante el tribunal del sumo sacerdote Caifás (*Mt* 26, 64).

4.º También los «ángeles» en su nacimiento lo anunciaron como Salvador (*Lc* 2, 10). Además, es el Mesías por la duración del reino fundado por El en la tierra, o sea, su Iglesia (*Hech* 5, 38).

5.º Resumen de la vida de N. S. Jesucristo

Jesucristo vino a este mundo por medio de la Virgen María y conforme a las profecías del A. T., y por lo mismo, de El podemos decir que ya estaba escrita su vida antes de nacer.

1) El nacimiento de Cristo *fue anunciado* en Nazaret a la Virgen María por el arcángel San Gabriel (*Lc* 1, 25) y se encarnó de modo milagroso (*Mt* 1, 18 ss.; *Lc* 1, 26 ss.).

2) Nació en Belén de Judá, como estaba anunciado (*Mt* 2, 5-6) y con motivo de haber ido sus padres a empadronarse allí según el edicto dado por el emperador Augusto (*Lc* 2, 1-7).

3) Y nació de una Virgen, según lo tenía dicho 800 años antes el profeta Isaías, y dicha Virgen fue María (*Is* 7, 14; *Mt* 16; 1, 22-23).

4) *A unos pastores* fue anunciado este nacimiento por un ángel..., y luego a unos *magos*, hombres ilustres del Oriente que venían guiados por una estrella... A los ocho días de nacer fue circuncidado, según prescribía la Ley de Moisés, y se le puso por nombre Jesús, que significa «Salvador».

5) *Matanza de los inocentes*. El rey Herodes mandó dar muerte a todos los niños menores de dos años que hubiese en Belén y sus cercanías, porque quería matar al Niño Jesús, al saber que era llamado por los magos «rey de los judíos» y temía ser destronado; pero un ángel avisó a San José, padre virginal y adoptivo de Jesús, para que huyese a Egipto y allí estuvo con la Santísima Virgen y el Niño un año o dos hasta que murió Herodes, y luego regresó a Nazaret.

6) *Vida oculta de Jesús*. En Nazaret pasó casi treinta años (*Lc* 3, 23), y cuando tenía doce subió al Templo con sus padres, y al tercer día lo hallaron en el mismo Templo disputando con los doctores de la Ley, admirados todos de sus respuestas y de su doctrina. «Jesús estuvo sujeto a sus padres (en estos años) y crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres», es decir, cada día daba más muestras al exterior de la ciencia y virtud que poseía. El fue modelo en la obediencia, en el trabajo, vida oculta y se ejercitó en el oficio de carpintero.

7) *Vida pública*. Duró poco más de tres años y recorrió Judea, Samaría y Galilea. Reunió 72 discípulos, de entre los cuales escogió a 12 a los que llamó «apóstoles» y con ellos fundó su Iglesia, poniendo por Jefe supremo a Pedro.

Dio enseñanzas admirables sobre Dios y su Providencia, sobre el amor a Dios y al prójimo, y habló del amor a los enemigos, del perdón de las injurias, de la oración y exhortó a todos a la perfección...

Expuso parábolas sublimes ante el reino de Dios, y de la misericordia: hijo pródigo..., buen samaritano...

Jesús obró muchísimos milagros: Conversión del agua en vino en las bodas de Caná, pesca milagrosa, multiplicación de panes, curación de paralíticos, cojos y ciegos. Resucitó al hijo de la viuda de Naín, a la hija de Jairo, a Lázaro.

8) Apareció como un gran profeta, anunciando de antemano su pasión, su muerte y su resurrección..., la dispersión de Israel y la destrucción de Jerusalén...

Sufrió una pasión ignominiosa pero quiso padecer por todos los hombres y expiar nuestros pecados, y resucitó para nunca más morir, demostrando en todo momento que El era Dios, y así al dejarse apresar en el Huerto de Getsemaní cuando estaba orando, les dijo a los que le iban a prender y preguntaron por El: «Yo soy», y al decir estas palabras cayeron todos en tierra, como diciéndoles, si quisiera podíais quedar aquí muertos, pero les añadió: «Esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas...», convenía que se cumplieran las Escrituras...

Cristo murió crucificado y al tercer día de su muerte, resucitó.

9) Después de su resurrección vivió unos cuarenta días entre los hombres y desde el Monte de los Olivos, una vez que bendijo a sus apóstoles y les dio el mandato de predicar el Evangelio a todas las gentes, subió al cielo.

10) A los diez días de su Ascensión envió el Espíritu Santo, según lo tenía prometido, y les dijo que estaría con ellos hasta el fin del mundo, y que desde el cielo volvería para juzgar a todos los hombres.

(Para conocer con detalle la VIDA DE JESUCRISTO leamos frecuentemente los Evangelios).

¿Quién es Jesucristo?

JESUCRISTO es el Salvador del mundo, nuestro Redentor, el Hijo de Dios hecho hombre y, por tanto, Dios.

— JESUCRISTO es una persona histórica, de la que nos hablan los cuatro Evangelios y todos los libros del Nuevo Testamento (e incluso los del Antiguo), y multitud de escritores, no sólo cristianos, sino también paganos, como Tácito, Suetonio, Plinio el Joven, el historiador judío Flavio Josefo, contemporáneo de Jesucristo y otros más.

Las principales cuestiones que vamos a exponer primeramente son éstas:

- 1.º La Encarnación del Hijo de Dios.
- 2.º Verdades que se infieren de este misterio.
- 3.º Jesucristo es el Hijo de Dios.
- 4.º Jesucristo es Dios.

1.º La encarnación del Hijo de Dios

Al principio era el Verbo y el Verbo era Dios... y el Verbo se hizo carne (Jn 1, 1, 14). El ángel Gabriel fue enviado de parte de Dios... y le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo... El Espíritu Santo vendrá sobre ti... (Lc 1, 26 ss. después) se halló haber concebido María del Espíritu Santo (Mt 1, 18).

¿Qué es la Encarnación?

La Encarnación es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre.

El profeta Isaías tenía anunciado que el mismo Dios

en persona *vendrá y os salvará* (35, 4), y de hecho nos dice San Pablo: *Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores* (1 Tim 1, 15).

Jesucristo, pues, ha bajado en realidad a la tierra y ha tratado con los hombres. El, el Hijo de Dios, que es la segunda Persona de la Santísima Trinidad es la que se hizo hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.

¿Cuándo se verificó la Encarnación?

La Encarnación tuvo lugar en el instante en que la Virgen respondió al ángel: *Hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). «Esta palabra de María, dice San Bernardo, es la que hizo bajar del cielo a la tierra la Palabra de Dios». Entonces *el Verbo* (la Palabra del Padre) *se hizo hombre y habitó entre nosotros* (Jn 1, 14).

«El Hijo de Dios tomó cuerpo y alma humanos, como *visitiéndose* de nuestra naturaleza, para poderse nos manifestar en la tierra a la manera que nosotros nos vestimos de una conveniente vestidura, cuando queremos salir de casa y tratar con las gentes.

En su encarnación hizo Dios como el sol, que se rodea de nubes para que puedan contemplarle los ojos mortales, los cuales de otra suerte quedarían deslumbrados. Dios se rodeó con la nube de nuestra carne para poder ser considerado por nuestros flacos ojos carnales» (Cat. F. SPIRAGO).

¿Tuvo Jesucristo cuerpo aparente?

No tuvo cuerpo aparente como lo tomaron algunas veces los ángeles, sino real, pues lo recibió de la Virgen María, y así San Pablo dice: *fue formado de una mujer* (Gál 4, 4, y es, según la carne, descendiente de David (Rom 1, 3). Cristo mismo confirmó la realidad de su cuerpo al resucitar con estas palabras:

Palpad y ved; que un espíritu no tiene carne ni huesos como véis que yo tengo (Lc 24, 3, 9).

El cuerpo de Jesucristo estuvo sujeto como el nuestro al dolor y a la muerte, y así vemos que tuvo hambre, sed, cansancio, sufrió y murió. Si hubiera tenido sólo

cuerpo aparente no hubiera podido padecer ni redimirnos.

Sólo el Hijo de Dios se hizo hombre

En Dios hay tres Personas y una esencia común a las tres divinas Personas. No se encarnó la divina esencia porque entonces las tres divinas Personas se hubieran encarnado. Ni se cambió o inmutó por la unión la divina esencia, porque es inmutable.

Dios (una divina Persona, el Hijo) es hombre, no la Divinidad, se hizo humanidad. Con todo, la naturaleza divina quedó íntimamente unida con la humana, en la Persona divina del Hijo, de manera que una misma Persona es hombre y Dios.

El Espíritu Santo, ¿es Padre de Jesucristo?

Alguno ha dicho que por ser Jesucristo concebido por obra del Espíritu Santo, se debiera decir que el Espíritu Santo es el Padre de Jesucristo en cuanto hombre.

Más no es así, porque para ser padre, no basta hacer una cosa, sino que es menester hacerla de su propia substancia; y por eso nosotros no decimos que el albañil sea padre de la casa que hace, porque la hace de ladrillos, y no de su propia carne; de manera, que si bien es verdad que el Espíritu Santo hizo el cuerpo del Hijo de Dios, no obstante le hizo de la carne de la Virgen, y no de su propia substancia; y así el Hijo de Dios no es Hijo del Espíritu Santo, *mas es Hijo de Dios Padre en cuanto Dios*, porque de El tiene la divinidad y la tiene desde la eternidad, o sea, desde siempre, y *es Hijo de la Virgen en cuanto hombre*, porque de ella quiso nacer en el tiempo y de ella tiene su carne.

La Encarnación es obra de las tres divinas Personas

Aunque se diga que esta obra de la Encarnación se hizo por obra del Espíritu Santo, es menester reconocer

que todas las obras exteriores de Dios se hacen por la divina Omnipotencia, que es común a las tres Personas, y siendo todas las obras de Dios comunes a las tres Personas divinas, también lo es la Encarnación.

Las tres Personas formaron el cuerpo humano de Cristo y su alma y los unieron entre sí y con la segunda Persona divina. Como si tres hermanos vistieran a uno de ellos con una preciosa vestidura, así las tres Personas divinas vistieron a una de ellas con la vestidura de la naturaleza humana.

Conviene recordemos aquí la doctrina de la apropiación. Los Tres colaboran. Es obra de los Tres, pero de distinto modo: El Padre decretando y enviando, el Hijo asumiendo una carne y el Espíritu vivificando, realizando la Unión, al vivificar con Vida divina una carne.

El Padre de Jesús es, pues, Dios en el cielo; José, el esposo de María, es sólo padre adoptivo o nutricio de Cristo.

Como dice San Gregorio Magno: Cristo es Hijo de Dios, no sólo por ser la segunda Persona de la Santísima Trinidad, sino también porque Dios mismo formó su humanidad santísima.

2.º Verdades que se infieren de este misterio

1.ª *Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre*

Cristo es a la vez verdadero hombre y verdadero Dios, y por eso se llama *el Hombre-Dios*.

Cristo es verdadero Dios (como luego demostraremos), y es a la vez *verdadero hombre*, que tiene su genealogía (Mt 1, 1 ss.), y desciende de David según la carne (Rom 1, 3), y tiene verdadero cuerpo humano (Lc 24, 39) y hambre y sed y sufre, etc.

Todo ser recibe la naturaleza o esencia de quien tiene el origen. El niño recibe la naturaleza humana del hombre de quien nace. Así Cristo, por su divina generación, recibió del Padre en la eternidad la naturaleza divina, y por su origen de María recibió en el tiempo la naturaleza humana.

Dios obró siempre, como dice San Agustín, de suerte, que se le hubiera de tener por Dios y por hombre.

2.^a *En Cristo hay dos naturalezas*

En Cristo hay dos naturalezas, una divina y otra humana que se unen «en una sola Persona» (Conc. Calc. a. 451).

Por eso decimos que «la Encarnación es la unión de la naturaleza humana con la divina en la Persona del Verbo».

Debido a la unión tan íntima, indisoluble y personal (*hipostática*, la llaman los teólogos) de ambas naturalezas en el único Cristo o Verbo encarnado, podemos decir de El que es *pasible y temporal* por razón de su naturaleza humana, y que es *impasible y eterno* a la vez por razón de su naturaleza divina.

A Cristo se le atribuyen ya cualidades humanas, ya cualidades divinas, y El mismo se las atribuye:

El dice: *El Padre es mayor que yo* (Jn 14, 28); y en otro lugar: *El Padre y yo somos uno* (Jn 10, 30), esto es, por razón de la naturaleza humana es inferior al Padre, y por su naturaleza divina es igual al Padre.

También dijo: *Antes que Abraham fuera, existo yo* (Jn 8, 58). Por razón de la naturaleza divina, o como Dios que es, es anterior a Abraham (que había vivido casi unos 2.000 años antes que El), y por razón de la naturaleza humana, o como hombre, es posterior a Abraham y a la Virgen, de la cual quiso nacer.

Las dos naturalezas permanecen unidas sin mezclarse

Según dice la Escritura, Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, lo que quiere decir que es poseedor de una naturaleza divina y otra humana (Jn 1, 14; Filip 2, 6 ss.).

Mas estas dos naturalezas de Cristo, después de su unión, continúan poseyendo íntegro su modo propio de

ser sin transformarse ni mezclarse (Conc. IV de Calcedonia, a. 451; Dz. 143).

A la manera que una barra de oro y otra de hierro se pueden soldar, formando una sola barra sin que con todo el hierro se confunda con el oro, así se juntan las dos naturalezas en Cristo. No se transforma, pues, la naturaleza humana en divina, como el agua en vino en las bodas de Caná, porque lo finito (mudable) no puede convertirse en algo infinito (inmutable). Ni se confunde la Humanidad con la Divinidad, como una gota de miel se diluye en el mar, o un poco de cera se volatiliza en el fuego. (Este fue el error de Eutiques, abad de Constantinopla, condenado en el Conc. dicho de Calcedonia).

Por esto tiene Cristo *dos entendimientos*, uno divino y otro humano, y *dos voluntades*, una divina y otra humana, aunque la humana está enteramente sometida a la divina (Conc. III Constantinopla, a. 680).

Esta doctrina está clara en la Biblia donde aparece que Cristo tiene voluntad humana por lo que dice en la oración del Huerto: *Padre no se haga mi voluntad, sino la tuya (Lc 22, 42)*, y aparece la voluntad humana sometida a la divina, al decir: *Yo no busco mi voluntad, sino la del que me envió (Jn 5, 30)*.

En Cristo no hay más que una memoria humana, porque en cuanto Dios no tiene memoria, ya que todo lo tiene presente.

3.^a *En Cristo no hay más que una Persona*

El dogma cristiano nos dice que la naturaleza divina y la naturaleza humana se hallan en Cristo unidas en unidad de persona, y por lo mismo las propiedades humanas y divinas de que nos habla la Escritura, se refieren al único Cristo o Verbo encarnado.

El Conc. de Calcedonia, como ya hemos dicho, es el que definió que las dos naturalezas de Cristo se unen «en una sola Persona y una sola hipóstasis» o unión substancial (Dz 148).

Pruebas de Sagrada Escritura:

1.^o *Por el texto de Jn. 1, 1, 14*: Aquí vemos que el Verbo o Hijo de Dios, que «era Dios» se hizo carne, lo

que equivale a decir que sin dejar de ser Dios se hizo hombre, y por tanto, después de la encarnación, el Verbo posee la naturaleza humana y a la vez divina, y así del mismo supuesto o Persona se dice es verdadero Dios y verdadero hombre.

2.º Por el texto: *Antes que Abraham fuera existo yo* (Jn 8, 58). Esto nos dice que en Cristo hay una sola Persona divina y dos naturalezas. Por razón de la naturaleza divina o como Dios, existió antes que Abraham y antes de todos los siglos, y por razón de la naturaleza humana es posterior a él.

3.º En *Filip 2, 6*: Cristo que era en forma de Dios e igual a Dios, fue el mismo que tomó forma de siervo o naturaleza humana, haciéndose semejante a los hombres.

4.º En *Mt 3, 17*: *ESTE es mi Hijo amado...*

Como podemos notar en estos textos, de uno y un mismo supuesto o persona se dice que es verdadero Dios y verdadero hombre, y que las dos naturalezas de Cristo después de la unión continúan poseyendo íntegro su modo propio de ser sin transformarse ni mezclarse, pues la inmutabilidad de Dios excluye que la naturaleza divina pueda transformarse en naturaleza humana, y por eso decimos que Dios, sin dejar de ser Dios quedó hecho hombre.

Objeción:

Si el Hijo de Dios al hacerse hombre tomó un cuerpo y un alma como los demás hombres, ¿por qué no hay dos personas en Cristo, una divina y otra humana, siendo así que la persona humana consta de cuerpo y alma?

Respondemos:

Un cuerpo y un alma forman una naturaleza completa, y si hubieran existido un momento por sí mismas separadas del Verbo, hubieran constituido una persona humana; pero como en el momento de ser creados el cuerpo y el alma no subsistieron con derechos personales en sí y por sí separadas del Verbo, sino en el Verbo y por el Verbo, del cual nunca estuvo separada tal naturaleza completa, por eso en Jesucristo hay una sola Per-

sona, la del Verbo, con dos naturalezas perfectas, la divina y la humana, y por tanto dos voluntades, una divina y otra humana, como queda dicho.

Conclusiones

De la unión inseparable de la Persona divina con las naturaleza divina y humana de Cristo, se infieren estas verdades:

1) Cristo, también en cuanto hombre, es *verdadero Hijo de Dios*. Y así lo dice San Pablo: «Dios no perdonó a su propio Hijo, sino lo entregó por todos nosotros» (Rom 8, 32).

2) *María*, Madre de Cristo, es verdaderamente *Madre de Dios*. Al ser ella escogida por Dios para ser Madre de su Hijo, como este Hijo de María es Dios verdadero, síguese que ella es la Madre de Dios (Conc. Efeso. a. 431).

En Gál 4, 4, aparece Jesucristo como Dios y como hombre, y la Virgen como Madre de este Dios hombre desde el momento de su concepción. Si Jesucristo es Dios, ¿cómo no iba a ser la Virgen Madre de Dios?

3) *Cristo en cuanto hombre, no pudo pecar* (1 Pdr 2, 22). El tuvo desde su encarnación toda sabiduría y santidad (Col 2, 3) y en ellas no pudo crecer. Las palabras: *Jesús crecía en sabiduría, etc.* (Lc 2, 52) significan: A medida que Jesús crecía en edad, mostraba más en sus palabras y obras la sabiduría y gracia de Dios.

Cristo estuvo libre de todo pecado original y personal. Del original, porque éste se transmite por la generación paterna, y Cristo fue concebido de manera sobrenatural por virtud del Espíritu Santo. La *unión hipostática* y la *visión beatífica* o intuitiva de Dios nos hablan de su impecabilidad física y moral, por serle imposible apartarse del Padre.

4) La Humanidad de Cristo es *digna de adoración*. La adoración se refiere a la Persona divina. El niño que besa la mano de su padre, no honra precisamente la mano, sino a la persona de su padre. Nosotros adoramos

en Cristo la humanidad unida con la Divinidad, porque la una no puede separarse de la otra.

Así como la naturaleza humana de Cristo, toda entera, es objeto de culto latreútico, así también cada una de sus partes, especialmente su sacratísimo Corazón, es objeto parcial del mismo.

El fundamento teológico de la adoración está en la unión hipostática o personal, esto es, en que el Corazón de Jesús es adorado, no separadamente o desligado de la humanidad, sino «como el Corazón de la Persona del Verbo, con el cual se halla inseparablemente unido».

3.º Jesucristo es el Hijo de Dios

A la luz de la revelación divina, especialmente de los Evangelios, vemos que Jesucristo es el Hijo de Dios vivo (Mt 16, 16), que se hizo hombre por nosotros, para anunciarnos el reino de Dios, para redimirnos y hacernos hijos de Dios.

Jesucristo se llama ordinariamente, el «Unigénito Hijo de Dios», y El mismo se dio este nombre (Jn 3, 16). La Escritura no llama jamás al hombre Cristo hijo adoptivo de Dios, sino *hijo propio y unigénito de Dios* (Rom 8, 32). De esta manera se distingue de los ángeles y hombres en gracia, que también son hijos de Dios (no naturales, sino adoptivos). A ellos no les ha comunicado Dios su esencia (Filip 2, 6), y sólo por gracia los ha tomado en lugar de hijos (Gál 4, 5).

1) *Jesucristo es Hijo de Dios*, porque así lo atestiguó con juramento o ante el sumo sacerdote Caifás (Mt 26, 64), y San Pablo lo llama *Hijo propio de Dios* (Rom 8, 32).

2) *Dios Padre llamó a Jesucristo, Hijo suyo*, en el bautismo y en la transfiguración del Señor: *Este es mi Hijo amado* (Mt 3, 17; 17, 15).

3) *Hijo del Altísimo*, lo llamó el arcángel San Ga-

briel cuando anunció a la Virgen la Encarnación (Lc 1, 32).

4) *Hijo de Dios vivo*, fue llamado por San Pedro, y por esto fue alabado por Jesucristo (Mt 16, 16).

5) «¡Jesús, hijo de Dios! ¿Qué tienes con nosotros?» (Mt 8, 29). Así llamaron los mismos demonios a Jesucristo desde los posesos.

Si Jesucristo es «el Hijo de Dios», naturalmente es Dios, pues el *Hijo natural de Dios*, por recibir de El su esencia, es Dios, como el hijo natural de un hombre, es hombre.

4.º Jesucristo es Dios

Hubo un hereje en el siglo IV, llamado Arrio, que se atrevió a negar la divinidad de Jesucristo; mas su error fue condenado en el Concilio de Nicea (a. 325), el cual declaró que Jesucristo es consubstancial al Padre, es decir, que tiene la misma sustancia o esencia con El, y por tanto es Dios (Dz 54).

Arrio, sacerdote alejandrino, murió de repente, cuando se dirigía en triunfo a tomar posesión de la Iglesia de Constantinopla, reventando su cuerpo como el de Judas, a. 336.

Actualmente han surgido otros herejes en nuestros días que como Arrio niegan la divinidad de Jesucristo, y son los llamados «testigos de Jehová».

Importa mucho que tengamos ideas claras y una firme persuasión de la divinidad de Jesucristo, pues en esta convicción descansa nuestra fe.

Si tuviéramos a Jesucristo sólo por el más sabio de los hombres, la religión cristiana quedaría reducida a una humana invención. Mas si El es Dios, su religión es divina y sus doctrinas no pueden ponerse en duda. Por eso, cuando el joven rico dijo a Jesús: ¡Maestro bueno! El le contestó: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno, sino sólo Dios (Lc 18, 19), dándole a entender que ante todo le debía tener por Dios, sin lo cual nada le podría aprovechar.

Pruebas para demostrar que Jesucristo es Dios

1.º Por el anuncio de los Profetas.

— Isaías predice que el Mesías sería Dios: *El mismo Dios vendrá y os salvará* (35, 4).

— El Niño que había de nacer para la redención de los hombres sería el mismo Dios.

Los siguientes títulos aluden a su dignidad divina: «*Emmanuel*» = Dios con nosotros (*Is 7, 14*), *será llamado Admirable, Consejero, Dios, Príncipe de la paz...* (*Is 9, 6*).

— Daniel le aplica el atributo de la eternidad: *Su dominio es dominio eterno... Su imperio no tendrá fin* (7, 14).

2.º Por las mismas palabras de Jesucristo

1) Jesucristo se identifica con el Padre al decir:

— *Quien me ve a Mí, ve al Padre* (*Jn 14, 9*).

— *Yo y el Padre somos uno* = una misma cosa (*Jn 10, 30*), y según el contexto no se trata de una unidad moral, sino de una unidad física y de substancia, no de Persona, pues dice claramente: *Yo y el Padre* (Personas distintas) *somos una sola cosa*. Así lo entendieron los judíos, y por eso quisieron apedrearle (*Jn 10, 33*).

Se dirá: También la Escritura dice: *El Padre es mayor que yo* (*Jn 14, 28*); mas esto lo dijo por razón de su naturaleza humana, y así decimos: «Igual al Padre según la divinidad, y menor que el Padre según la humanidad» (Credo del Pueblo de Dios). Notemos que Cristo apareció como hombre entre los hombres, siendo Dios, y por razón de su naturaleza humana, como representante de los hombres, es Mediador ante el Padre.

2) Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad, exclusiva de solo Dios, y así dice:

a) *Padre..., con la gloria que tuve junto a ti antes que el mundo existiese* (*Jn 17, 5*). El, pues, existió antes que el mundo.

Jesucristo, dice San Pablo, es «el primogénito de toda

criatura». Muchos interpretan mal esta frase, pero el mismo apóstol nos la explica al decirnos que equivale a ésta: *El es antes que todas las cosas, pues todas fueron creadas por El y todas subsisten en El (Col 1, 15-17).*

Primogénito de toda criatura señala una autoridad sobre todas las criaturas, y no implica que haya sido creado, sino todo lo contrario, como *anterior a toda la creación*.

Nota:

Se dice de Jesucristo también *el primogénito de entre los muertos*, no porque haya sido el primero en morir, sino todo lo contrario: el primero en resucitar (1 Cor 15, 20), como convenía a quien, siendo «Cabeza del cuerpo que es la Iglesia» es menester que «*en todo tenga el primado*»... A Dios mismo se le llama también el «primogénito del mundo» porque El es antes de toda creatura y de toda creación, pues todo fue hecho por El.

Los mismos judíos reconocieron en las afirmaciones de Jesús que se proclamaba igual a Dios y por eso querían matarle (Jn 5, 18). «Hijo de Dios» era sinónimo de deidad, y de hecho el *Hijo natural de Dios*, es Dios, participa de su misma esencia, como el hijo natural de un hombre es hombre... Y Jesús dirá también a sus apóstoles: *Mi Padre y vuestro Padre...*, pero no dirá *nuestro Padre y nuestro Dios...* La expresión *Mi Padre y mi Dios* está dicha en sentido propio y único, porque sólo El con el Padre y no nosotros compartimos su esencia o naturaleza divina.

Como nota muy bien E. Danyans, Jesús dice «Mi Dios» como nosotros podemos decir «mi alma, mi espíritu, mi cuerpo», y mi alma y yo no somos cosas distintas, lo mismo que mi espíritu y yo, o yo y mi cuerpo, por formar una sola y misma naturaleza. La relación de Cristo con el Padre es única, exclusiva. Su naturaleza humana es la compartida por los apóstoles, pero no su naturaleza divina (Cfr. *Proceso a la «biblia» de los testigos de Jehová*, p. 160). La inferioridad del Hijo respecto del Padre es siempre por razón de su naturaleza humana.

b) *Antes que Abraham fuera, YO SOY (Jn 8, 58).*

He aquí otro texto en el que Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad.

Notemos que Abraham vivió unos 2.000 años antes de Jesucristo, y al decir El: *Antes que Abraham YO SOY*,

demostró que era Dios, pues por razón de su divinidad o como Dios que es, es anterior a Abraham y al mundo creado por El, y por razón de su naturaleza humana o como hombre es posterior a ellos.

Conviene notar que estas palabras YO SOY, son las mismas del *Exodo* (3, 14), o sea, el nombre de Dios revelado a Moisés en el A. T.: (El que se nombra) YO SOY, *me manda a vosotros*. Al aplicarse Jesucristo estas palabras, tenemos que se identifica con *Yahvé* = el que es, el ser por esencia, del cual dependen todos los seres creados, y por tanto El es Dios.

— Notemos que el nombre de Dios es propiamente EHYEH = YO SOY, como tenemos dicho, pues Dios habló a Moisés en Primera persona, y nosotros lo llamamos en tercera persona: YAHVE (o Jehová) = EL QUE ES. Los «testigos de Jehová» cambian la versión diciendo: «Yo resultaré ser», y lo mismo hacen en *Jn* 10, 30.

3.º *Por la misma manera de hablar de Jesucristo*

— Jesucristo habla como Dios, al decir: *El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere, se condenará* (*Mc* 16, 16). Esta manera de hablar es propia solamente de una autoridad suprema y divina, o sea, de Dios. Además Jesucristo es Dios:

— Porque se proclama *Autor de la vida* (*Jn* 11, 27; *Hech* 3, 15); el Juez universal (*Mt* 25, 31); el perdonador de los pecados (*Mc* 2, 5-7);... el que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (*Mt* 28, 18)...

Ahora bien, estas propiedades convienen solamente a Dios. Luego Jesucristo es Dios.

4.º *Por las palabras de San Juan (Jn 1, 1).*

En este texto leemos: *Al principio* (como en el *Gén* 1, 1: al principio de la creación) era (existía) *el Verbo* (= Palabra del Padre), Y EL VERBO ERA DIOS... y *el Verbo se hizo carne* (= hombre).

Aquí tenemos claramente que el Verbo (que existe desde la eternidad y que se encarna) es Dios y hombre

a la vez. Antes de la encarnación se llamaba *el Verbo*, y después de la encarnación se llamó Jesús porque vino a salvarnos.

Notemos que el Verbo es Dios, y como el Verbo hecho carne se llama Jesucristo, tenemos que Jesucristo es Dios.

Los testigos de Jehová para desvirtuar el texto, y así negar la divinidad de Jesucristo, lo traducen: «y la palabra era *un dios*». Notemos que *un* no existe en el original, y que *dios* lo ponen con letra minúscula, con lo que quieren decir que es un dios inferior y creado por el Padre... (y así no son consecuentes porque dicen que hay un solo Dios Jehová, y luego admiten otro dios a su manera).

5.º *Por sus milagros*

Los muchos milagros que hizo Jesucristo en su propio nombre, demuestran su omnipotencia y su divinidad:

— Milagros en la naturaleza inanimada (multiplicación de los panes, andar sobre las aguas, calmar la tempestad, etc.).

— Curación de enfermedades, de ciegos, mudos, leprosos, etc. (Mt 11).

— Resurrecciones de muertos, y así dijo al difunto hijo de la viuda de Naín, en su propio nombre: *Joven, levántate, que yo te lo mando* (Lc 7, 14); al leproso: *Quiero, ¡sé limpio!* (Mt 8, 3); al mar: «¡Calla, enmudece!» (Mc 4, 39)...

— Su propia resurrección es el sello claro de su divinidad, pues aparece como dueño de la vida y de la muerte... El poder de hacer milagros es propio de Dios. Luego Jesucristo es Dios.

6.º *Por sus profecías*

Jesucristo predijo su muerte en Jerusalén (Lc 13, 32), y que sería azotado, crucificado y al tercer día resucitaría (Mt 20, 17); predijo también la traición de Judas (Jn 13, 26) y que Pedro le negaría tres veces (Mt 26, 34)...

También vaticinó que Jerusalén sería sitiada por los enemigos, destruida y los judíos dispersos (Lc 21, 24...). Y todas las profecías se cumplieron.

Ahora bien, sólo Dios conoce el porvenir (Is 41, 23). Luego Jesucristo es Dios.

7.º *Por el testimonio de los Apóstoles*

He aquí unos testimonios que designan a Cristo como Dios:

a) *De los israelitas según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos (Rom 9, 5).*

b) *Aguardamos la feliz esperanza de nuestro Dios y Redentor Jesucristo (Tit 2, 13).*

c) *A los que han alcanzado la misma preciosa fe por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo (2 Pdr 2, 1).*

En estos textos la denominación de Dios se refiere claramente a Cristo y no a Dios Padre. Esta es sentencia unánime de los Santos Padres, pues todos refieren estos pasajes a Cristo.

Los testigos de Jehová desvirtúan estos textos en su Biblia, y así cambian sus palabras:

1) *De quienes provino Cristo según la carne: Dice que está sobre todos sea bendito...* Poniendo un *sea* que no existe en el griego pretenden así negar que Cristo es Dios bendito por los siglos.

El texto original nos revela la identidad de naturaleza de Dios y de Cristo, es decir, que Cristo (como vemos también claramente en los dos textos siguientes) es nuestro Dios y Redentor o Salvador.

2) *Estos dos últimos textos los desvirtúan poniendo un del, que no existe en el griego, antes en esta forma: «de nuestro Dios y del Salvador Jesucristo».*

Donde no se han dado cuenta cambiar el texto es en 1 Jn 5, 20, donde han dejado claro, y así se puede leer en su Biblia: *Este (Jesucristo) es el Dios verdadero.*

Los Apóstoles aparecen convencidos de la divinidad de Jesucristo:

— San Pedro le dijo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt 16, 16).

— Tomás le llamó: *¡Señor mío y Dios mío!* (Jn 20, 28). A este propósito comenta San Agustín: «Veía la Humanidad y confesaba la Divinidad de Jesús».

— San Pablo: *En Cristo habita la plenitud de la divinidad corporalmente* (Col 2, 9). *Por El han sido creadas todas las cosas... Y El es ante todo y todo subsiste en El* (Col 1, 16-17).

8.º *Jesucristo es Yahvé (o Jehová) = Dios*

Contra los testigos de Jehová que lo niegan, tenemos:

a) *Is 42, 5* (y *Gén 1, 1*), en el original hebreo leemos que Jehová es el creador de cielos y tierra, o sea, de todas las cosas, y en *Jn 1, 3* vemos que *por El (por Cristo) fueron hechas todas las cosas*. Luego Cristo y Jehová es el mismo.

b) En *Is 40, 3* se dice que Jehová tendrá un precursor y como luego Jesucristo tuvo como tal a Juan Bautista (*Mt 3, 3; Mc 1, 3*), resulta que El es Jehová = Dios.

c) En *Zac 12, 10* leemos: *Mirarán a Mí, a quien traspasaron*. Notemos que quien habla aquí es Jehová. Ahora bien, en *Jn 19, 33-37*, el traspasado es Cristo. Luego El es Jehová y por tanto es Dios.

* * *

Otras señales a favor de la divinidad de Jesucristo se muestran en sus grandes virtudes confesadas aún por sus enemigos y en la dilatación de su doctrina:

— Judas dijo: *He entregado la sangre inocente* (Mt 37, 4); Pilato: *Este ningún mal ha hecho... Yo no hallo en él culpa alguna* (Jn 18, 38)...

Sólo Cristo pudo hacer este reto a sus enemigos:

¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Jn 8, 46).

El *pasó haciendo bien* (*Hech 10, 38*), y en El resplandeció la humildad, la mortificación, la caridad, el perdón.

¿Qué decir de la doctrina de Jesús?

Esta responde a todas las necesidades del corazón humano, manifiesta con claridad cuál es nuestro último fin y el de todas las cosas... Por ella se transforma y ennoblece la vida humana.

También es admirable la dilatación de su doctrina a pesar de tantos obstáculos, como fueron las persecuciones, calumnias, etc., y cómo ha sido impuesta por los apóstoles sencillos, sin armas, etc.

Jesucristo también es *nuestro Señor*, por ser nuestro Creador, Salvador, Legislador, Maestro y Juez.

Consecuencia: Por ser Jesucristo Dios, todas sus enseñanzas, la religión por El establecida es la divina, y, por tanto, no puede ser destruida. Por esto Gamaliel aconsejó que no persiguieran los judíos a los apóstoles, diciéndoles: *Si esta obra es de hombres, ella caerá; más si es de Dios no la podréis destruir (Hech 5, 38).*

LA OBRA DEL REDENTOR

Cuestiones que interesa tratar

- 1.^a ¿Fue necesaria la Encarnación del Hijo de Dios?
- 2.^a ¿Para qué se hizo hombre el Hijo de Dios?
- 3.^a ¿Cómo fue llevada a cabo la obra de la redención?

1.^a ¿Fue necesaria la Encarnación?

1) *No es necesaria en sí misma*, porque Dios, según lo definió el Concilio Vaticano I, es completamente libre para crear al mundo (D 1805), y, por tanto, si fuera necesaria la Encarnación, Dios se hubiera visto obligado a crear antes el mundo y el hombre.

Ni tampoco es necesaria en el caso de que Dios quisiera reparar al hombre, porque tal reparación podía hacerse de muchas maneras, vg. ya perdonando gratuitamente la injuria, ya exigiendo alguna satisfacción...

2) *Solamente es necesaria en el caso que Dios exigiese una satisfacción condigna por el pecado, porque como la ofensa se mide por la persona que es ofendida, al ser Dios la persona ofendida, la ofensa o injuria contra El sería en cierto modo infinita, y al no poder hacer el hombre esta reparación, síguese que es absolutamente necesaria la Encarnación del Verbo o Hijo de Dios, pues sólo El, por ser Dios y hombre, persona de valor infinito podía hacer tal reparación. Como hombre pudo sufrir por nosotros, y como Dios dar a las acciones de la naturaleza humana un valor infinito de expiación.*

2.ª *¿Para qué se hizo hombre el Hijo de Dios?*

Hay dos sentencias:

1) *Los seguidores de Santo Tomás dicen que la razón primaria y única de la Encarnación fue la reparación del género humano, y se apoyan en diversos textos de la Sagrada Escritura, la cual nos dice que «Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores» (1 Tim 1, 15), vino «para que el mundo sea salvo por El» (Jn 3, 17).*

El nombre de «Jesús» indica su condición de Salvador: *Le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1, 21).*

También San Agustín dijo que el Hijo de Dios se hizo hombre para redimir al hombre: «Si el hombre, dice, no hubiera perecido, el Hijo de Dios no hubiera venido... ¿Para qué vino al mundo? Para salvar a los pecadores... No había otra razón para que viniera al mundo» (*Serm 174*).

El Símbolo a su vez nos dice: «Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos y se encarnó» (*Nic.-Const. D. 86*).

2) *Los seguidores del teólogo Escoto sostienen que la causa primaria y única de la Encarnación fue el mismo Cristo, o sea, la excelencia de este misterio y la gloria de Cristo, de tal manera que, aun cuando Adán no hubiese pecado, el Verbo de Dios se habría encarnado,*

y la razón que dan es porque Cristo en cuanto hombre es *el centro y el fin de toda la creación*:

El «es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra... Todo fue creado por El y para El. El es antes que todo, y todo subsiste en El. El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia..., para que tenga primacía sobre todas las cosas...».

Cristo parece tener prioridad en la mente divina en cuanto hombre y como tal es la causa ejemplar y final de todo el universo. El es *el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin* (Apoc 22, 13).



Bien estudiada esta cuestión, creo podemos bien compaginar ambas sentencias. Si «todo fue creado por El y para El y El es antes que todo», Cristo siempre hubiera venido al mundo como fin de toda la creación, aunque el hombre no hubiera pecado; pero previsto el pecado, quiso venir a su vez como Redentor. De todos modos, si Dios quería hacernos hijos suyos y salvarnos ¿no tenía *necesariamente* que venir?

3.^a *¿Cómo fue llevada a cabo la obra de la Redención?*

Ya lo indicamos anteriormente, pero de un modo especial hemos de decir que Jesucristo la llevó a cabo con su pasión y muerte expiatoria en la cruz, y con su sangre ofreció a Dios una satisfacción condigna por el pecado.

Jesucristo aparece en esta obra de la redención como verdadero mediador entre Dios y los hombres. Conviene fijarnos en esta cuestión y ver cómo El nos rescató y reconcilió con Dios.

Cristo es Mediador entre Dios y los hombres

Cristo, en cuanto que es hombre, es el verdadero me-

diador y, como tal, el único entre Dios y los hombres (1 Tim 2, 5-6), y ejerce su labor de mediación por medio de las acciones de su naturaleza humana. La distinción real que existe entre las dos naturalezas divina y humana permite que Cristo, como hombre, realice actos de mediación y que Dios los acepte.

A este propósito dice San Agustín:

«Estando los hombres apartados de Dios por el pecado original..., les era necesario un mediador, esto es, un reconciliador, que aplacara la ira de Dios con la oblación de su sacrificio singularísimo.

«Jesucristo es mediador de Dios y de los hombres, porque es Dios con el Padre y hombre con los hombres. No hombre sin la divinidad, ni Dios sin la humanidad...».

De hecho, Cristo ejerció el oficio de Redentor y satisfizo por nuestros pecados:

Tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores...; traspasado por nuestras iniquidades... Yahvé cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros (Is 53, 2-8).

Cristo nos rescató y reconcilió con Dios

Esta reconciliación la hizo por el sacrificio de su muerte en la cruz, y así nos lo dice la Escritura:

— *Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom 5, 10).*

— *Le plugo por Cristo reconciliar consigo todas las cosas, pacificándolas por medio de su sangre derramada en la cruz (Col 1, 20).*

— *El efecto de la muerte de Cristo fue nuestra redención: El se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad (Tit 2, 14).*

— *De la virtud reconciliadora del sacrificio de su muerte se nos habla en la institución de la Eucaristía: Esta es mi sangre del Testamento, que se derrama por muchos para remisión de los pecados (Mt 26, 28).*

La satisfacción de Cristo fue universal respecto de todos los pecados, pues la sangre de Jesús su Hijo nos ha purificado de todo pecado (1 Jn 1, 7), y El es la propiación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Jn 2, 2)...

La satisfacción de Cristo fue condigna, como diremos a continuación, y porque en realidad Cristo considera la entrega de su vida como precio del rescate de los hombres: El cual se dio a sí mismo en precio del rescate por todos (1 Tim 2, 6). Habéis sido comprados a precio (1 Cor 6, 20). En quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados (Ef 1, 7)...

La satisfacción vicaria de Cristo

La satisfacción vicaria de Cristo es adecuada y condigna, y esto debido a su valor intrínseco.

Satisfacción es la reparación de una injuria u ofensa personal. Es *condigna* cuando se da una compensación igual o equivalente a la ofensa inferida.

La satisfacción ofrecida por Cristo es condigna o adecuada por razón de la unión personal (hipostática), pues sólo las acciones de Cristo poseen un valor intrínseco infinito, porque el principio responsable de las mismas es la Persona del Verbo.

En la carta a los Hebreos (10, 4-5) leemos:

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos borre los pecados. Por lo cual, entrando en este mundo dice: «No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo» para el sacrificio.

De este texto se deduce la necesidad de la satisfacción condigna de Cristo, porque los sacrificios de la Antigua Ley no tenían valor para poder borrar los pecados. Por consiguiente, si la oblación de Cristo no hubiera tenido valor *por sí misma*, entonces los sacrificios de la Ley

Antigua, también habrían podido ser condignos por la aceptación de Dios.

La satisfacción vicaria de Cristo fue *sobreabundante*, ya que «una pequeñísima gota de sangre (por la unión hipostática con el Verbo) hubiera bastado para redimir a todo el linaje humano» (Dz 550).

Notemos que, aunque la satisfacción de Cristo fue condigna objetivamente, nuestras satisfacciones no son ahora superfluas, pues tienen un valor satisfactorio proveniente de las satisfacciones de Cristo, es decir, nuestras satisfacciones no son más que aplicación de la satisfacción de Cristo a nosotros. Los frutos, pues, de la redención están vinculados al cumplimiento de ciertas condiciones: a la fe (Mc 16, 16) y a la guarda de los mandamientos (2 Pdr 1, 10; Mt 19, 17).

RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Jesucristo resucitó. Este es el mayor de los milagros, el dogma fundamental del cristianismo. Si éste fuese falso, serían falsos los demás y vana sería nuestra fe, como dice San Pablo (1 Cor., 15, 14). Mas es menester confesar que la resurrección de Cristo, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento, y a favor de este hecho real, tenemos los mismos Evangelios, que son *históricos, íntegros y verídicos*.

Además el sepulcro sellado y luego vacío, las múltiples apariciones y los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, son hechos realmente comprobados por la historia..

Jesucristo resucitó «por su propia virtud», demostrando que es dueño de la vida y de la muerte. Si a veces dice la Escritura que *fue resucitado por Dios* (Hech 2, 24), esta afirmación hay que entenderla en razón de su naturaleza humana o creada.

Pruebas en favor de la resurrección de Cristo

1) *Profecía del A. T.: No dejarás que tu justo experimente la corrupción* (en el sepulcro) (*Salm 16, 10*).

Aquí se anuncia la resurrección de Cristo según la interpretación de los apóstoles Pedro y Pablo. (Véase *Hech 2, 24 ss.; 13, 35 s.*).

2) *Profecía del mismo Jesucristo*: El anunció varias veces, según los textos siguientes, que padecería mucho, sería maltratado y escupido, le darían muerte y al tercer día resucitaría (*Mt 16, 21; 17, 22; 20, 19; Jn 2, 19, etcétera.*). Esta profecía se cumplió, y de hecho resucitó para nunca más morir (*Rom 6, 9*).

3) *Testimonio de los cuatro evangelistas*. Para demostrar que uno ha resucitado, hay que demostrar primero que ha muerto, y los cuatro evangelistas dicen: «expiró». (Véase la Pasión en los últimos capítulos de los Evangelios). Además, tenemos las circunstancias del sepulcro sellado y luego vacío, el testimonio de los guardias, la afirmación del ángel: *Resucitó, no está aquí* (*Mc 16, 6*).

4) *Las diversas apariciones del Resucitado*:

Por ellas vemos que los apóstoles lo vieron con sus propios ojos, lo tocaron y hablaron con Él.

— Se apareció a María Magdalena (*Mc 16, 9*),

— Luego a Pedro (*Lc 24, 34; 1 Cor 15, 5*).

— A las piadosas mujeres en el camino (*Mt 28, 9*).

— A los discípulos de Emaús (*Lc 25, 13-32*).

— A los discípulos en presencia de Tomás (*Jn 20, 26 s.*).

— A más de 500 discípulos de una vez (*1 Cor 15, 6-8*).

5) *Testimonio de los Apóstoles*: Los Apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesús con gran denuedo (*Hech 1, 22; 2, 24; 3, 15; etc.*).

6) JESUCRISTO SUBIÓ A LOS CIELOS y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

A los cuarenta días de haber resucitado, Jesús subió al cielo. El sube victorioso como vencedor de la muerte y del infierno y sube para abrirnos las puertas del cielo, prepararnos allí un lugar, y desde él volverá al fin del mundo. (Véanse: *Lc 24, 50-53; Hech 1, 3-11; Jn 14, 2-3; 1 Cor 15, 24; 2 Cor 5, 10*).

Conclusión

«Cristo resucitó, no está aquí». Este fue el anuncio del ángel, y que hoy puede verse puesto sobre el mismo sepulcro de Cristo en Jerusalén. ¡Epitafio único en el mundo! Su resurrección es el fundamento firme de la fe de los cristianos. Cristo resucitó y nosotros también resucitaremos (*2 Cor 2, 14*).

Por un hombre vino la muerte; por un hombre vino la resurrección de los muertos. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo seremos todos vivificados (1 Cor 15, 21-22).

La Ascensión del Señor nos debe hacer gritar: «¡Arriba los corazones!» y hacernos pensar más en el cielo (Col 3, 1), pues no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna (Heb 13, 14).

LA PASCUA DE RESURRECCIÓN

Esta fiesta debía caer en un día fijo del año, si no hubiera un año bisiesto cada cuatro años, y como la fiesta de la Pascua es la más importante del Cristianismo y la mayor de las fiestas, para saber en que día de cada año se celebra, conviene saber que el Domingo de Pascua es el primer domingo después de la primera luna llena posterior al 21 de marzo.

Por esto la fecha más temprana posible para la Pascua es el 22 de marzo, y la más tarde el 25 de abril. Esta fecha fue fijada desde el Concilio de Nicea el año 325.

Quinta parte

DIOS SANTIFICADOR

LA OBRA DE NUESTRA SANTIFICACIÓN

Hemos hablado de Dios Creador y de Dios Redentor, y ahora en este tratado hablaremos de Dios Santificador.

Palabras del Vaticano II:

«Una vez consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra, *fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente a la Iglesia*, y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu» (LG 4).

«Lo que ha sido predicado una vez por el Señor, o lo que en El se ha obrado para salvación del género humano, debe ser proclamado y difundido hasta los últimos confines de la tierra...

Para que esto se realizara plenamente, Cristo envió de parte del Padre al Espíritu Santo, para que llevara a cabo interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a extenderse a sí misma...» (AG 3 y 4).

¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO?

El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Posee la misma naturaleza divina totalmente como el Padre y el Hijo, de los cuales procede como de un solo principio, es decir, El es Dios verdadero

como lo es el Padre y el Hijo, y por ser Dios como ellos es digno de «igual adoración y gloria».

«Creemos en el Espíritu Santo, que es Señor y da la Vida, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria» (*Credo del Pueblo de Dios*).

Promesa de Jesucristo a los Apóstoles

Jesucristo prometió a sus Apóstoles en la última Cena que no les abandonaría, sino que les enviaría el Espíritu Santo, y como Espíritu de Verdad les enseñaría todo (*Jn 14, 16-26*), y poco antes de subir al cielo, les volvió a hablar de esta promesa y les dijo:

«Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra».

El cumplimiento de esta promesa tuvo lugar el día de Pentecostés, diez días después de la Ascensión. Entonces descendió visiblemente sobre los apóstoles, bajo la forma de lenguas de fuego; transformó a aquellos hombres débiles, ignorantes y tímidos; los iluminó, los fortaleció y los hizo capaces de anunciar el Evangelio y de propagar la Iglesia.

El Espíritu Santo ha sido enviado por el Padre y el Hijo para vivificar y fecundar la Iglesia. Al final de este tratado hablaremos algo de esta su misión.

DOCTRINA DE LA GRACIA

Reconciliación de los hombres con Dios

Jesucristo, con su pasión y muerte nos redimió del pecado y nos reconcilió con Dios, mereciéndonos la gracia y la dignidad de hijos de Dios y el derecho a la gloria.

Así nos lo dice San Pablo:

Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con El por la muerte de su Hijo (Rom 5, 10).

El es el que quita los pecados del mundo (Jn 1, 29).

La reconciliación con Dios proporciona gracia y paz al alma, pues rehace la amistad con Dios perdida por el pecado. La verdadera reconciliación trae ruptura con el pecado, que es la causa de enemistad entre Dios y los hombres.

Cuando San Pablo dejó de ser blasfemo y perseguidor de la Iglesia, dijo:

Por la gracia de Dios soy lo que soy... (1 Cor 15, 10).

Antes de exponer qué es la gracia, diremos unas palabras de la necesidad que tenemos de la gracia o auxilio del Espíritu Santo.

La gracia del Espíritu Santo nos es necesaria

1) *El Espíritu Santo reparte las gracias* que Cristo nos mereció por el sacrificio de la cruz.

La caridad o amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5, 5).

La verdadera caridad no existe en nosotros más que por el principio sobrenatural de la gracia, la cual nos es necesaria, por ser sobrenatural el fin a que Dios nos ha ordenado.

2) Por eso *necesitamos el auxilio del Espíritu Santo* para alcanzar la bienaventuranza.

Como los méritos del Salvador no se nos comunican, sino por el Espíritu Santo, síguese de ahí que sin el auxilio de éste no podemos alcanzar los frutos del sacrificio de la cruz, ni por consiguiente la felicidad eterna. Por eso dice Cristo: *El que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos (Jn 3, 5).*

«Sin luz no es posible la vida; sin bajel no es posible atravesar el mar; sin el Espíritu Santo no se puede llegar al puerto celestial» (SAN MACARIO).

— Las fuerzas naturales del hombre no son suficientes para obtener la eterna felicidad, lo cual nos declaran las siguientes comparaciones:

— En un huerto hay un árbol alto. El niño levanta sus manos para coger las frutas, pero no llega a ellas. Entonces viene el padre, toma al niño en sus brazos y lo levanta hasta que las alcanza. Lo propio acontece al hombre: por medio de sus fuerzas naturales no puede alcanzar la felicidad sobrenatural; es menester que el Espíritu Santo le preste su gracia.

— Como nuestros ojos no pueden divisar objetos muy lejanos sin el auxilio del telescopio, así mis débiles fuerzas naturales, mi inteligencia y mi voluntad, necesitan un auxilio sobrenatural para alcanzar la bienaventuranza. Este auxilio es la gracia del Espíritu Santo, la cual es, para el alma, lo que el telescopio para el ojo (*Cat Expl.*, F. SPIRAGO).

3) Sin el auxilio del Espíritu Santo *no podemos hacer obra alguna meritoria* para la vida eterna.

Nada podemos sin la ayuda de Dios. Nuestra suficiencia es de Dios (2 Cor 3, 5). Santo Tomás dice que nos parecemos, después del pecado original, a un enfermo, que sin ajeno auxilio no puede levantarse de la cama.

Sin el auxilio del Espíritu Santo nos acaece, a pesar de todos nuestros esfuerzos, lo que a los apóstoles la noche de la pesca milagrosa (*Lc 5, 5*).

Como la luna no puede alumbrar si no recibe la luz del sol, así el hombre no puede hacer nada meritorio sin la luz del Espíritu Santo (SAN BUENAVENTURA).

Necesitamos cooperar

Toda obra buena se hace, por tanto, *juntamente* por el Espíritu Santo y nuestra voluntad libre (*1 Cor 15, 10*). Es como cuando el maestro que enseña a escribir a un niño, le toma la mano con la suya y ambos a una forman las letras.

Por eso no hemos de atribuirnos el mérito de nuestras buenas obras. No es la tierra sola la que produce las plantas, sino el sol con la tierra. Como los movimientos de nuestro cuerpo se atribuyen al alma, que lo vivifica, así hemos de atribuir nuestras buenas obras a Dios, que nos vivifica con su gracia (P. RODRÍGUEZ).

4) Con el auxilio del Espíritu Santo podemos llevar a cabo *las obras más difíciles*.

Por eso decía San Pablo: *Todo lo puedo en el que me conforta (Filip 4, 13)*. ¿Tenían acaso los apóstoles en sí mismos las cualidades necesarias para enseñar al mundo? No por cierto, sino que cuando la virtud del Espíritu Santo vino sobre ellos quedaron cambiados en otros hombres y capacitados para ser verdaderos testigos de Cristo en todos los ámbitos de la tierra (*Hech 1, 8*).

EL ESPÍRITU SANTO DISPENSADOR DE LAS GRACIAS

- 1.º Da a todos los hombres *gracias actuales*.
- 2.º Da a muchos *la gracia habitual o santificante*.
- 3.º Comúnmente da a los justos *siete dones*...
- 4.º Conserva y *guía a la Iglesia católica*.

Nos interesa ante todo saber qué entendemos por gracia y las diversas clases de gracia.

La gracia

Gracia es un beneficio que se hace a alguno, sin tener por ningún título derecho a él. El rey concede el indulto a un condenado a muerte, y con esto le otorga una gracia, porque el indulto no le era debido. Así hace Dios con nosotros, hombres miserables, dispensándonos muchos beneficios que no tenemos merecidos, por sola su misericordia (*Rom 2, 23*).

La gracia o beneficio de Dios puede servir para *nuestra felicidad terrena*: la creación, la salud, la hacienda, etcétera, o *para nuestra felicidad eterna*, como el perdón de los pecados.

De esta última gracia hablamos ahora, la cual ha de ser *sobrenatural*, porque sobrenatural es el fin al que Dios nos ha destinado, el cual no es otro que llegar a participar de su bienaventuranza divina. Esta gracia es la que especialmente Cristo nos mereció en la cruz.

La gracia divina es, pues, un beneficio o don sobrenatural, gratuitamente concedido por Dios a la criatura

racional en orden a la consecución de la vida eterna, en consideración a los méritos de Jesucristo, para que cooperando con él, consigamos la salvación.

Clases de gracia

1) *Gracia increada y gracia creada.* *Increada* es el mismo Dios en cuanto se comunica a las criaturas, por ejemplo, en la visión beatífica, en la Encarnación, en cuanto mora en las almas de los justos; y *gracia creada* es cualquier otro don sobrenatural producido por Dios y distinto de El.

2) *Gracia externa e interna.* La *externa* es todo beneficio de Dios externo al hombre e influye sólo moralmente en él, vg.: la revelación, el ejemplo de Cristo y de los santos, los sermones, etc. La *interna* obra directa e inmediatamente en el entendimiento y voluntad, iluminando e impulsando intrínsecamente a estas facultades.

3) *Gracia gratis data*, la que se da a algunas personas para la salvación de otras, vg.: el sacerdocio, el don de profecía, etc., y *gratum faciens* o gracia de santificación, que se da a todos los hombres y es conferida para la santificación personal, vg. la gracia santificante.

4) *Gracia actual y habitual*, según que sea una acción pasajera o transitoria del Espíritu Santo o algo permanente a modo de cualidad o de hábito inherente al alma.

¿Podemos realizar todas obras buenas?

Todos las podemos realizar, y es más, el hombre *en pecado mortal* o sin gracia santificante, puede realizar algunas obras moralmente buenas, o sea, conformes con la razón y la naturaleza humana como tal.

Esto lo niegan los protestantes. Según ellos, la naturaleza humana fue de tal manera corrompida por el pecado original, que cuanto haga el hombre en el orden moral es siempre y necesariamente pecado, ya que dimana de una raíz mala y viciosa. La voluntad del hom-

bre dicen que carece de libertad y, por sí misma, no puede hacer otra cosa que pecar.

Mas contra esta doctrina hablan los siguientes textos, en los que podemos ver que Dios exhorta a los pecadores a obrar bien y alaba las obras una vez hechas. Luego el pecador puede hacer algunas obras buenas.

Veamos algunos ejemplos.

- Dios exhorta a los pecadores a que oren: *Eclo* 21, 1.
- Les recomienda que hagan penitencia y den limosnas: *Ez* 18, 30; *Dan* 4, 24.
- Una vez hechas las obras, las alaba: la oración de Manasés, rey impío: *2 Cr* 33, 11-13.
- La oración del publicano: *Lc* 18, 13 ss.

LA GRACIA ACTUAL

¿Qué es la gracia actual? Es un don o auxilio sobrenatural, transitorio, por el cual Dios ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad para evitar el mal y obrar el bien.

La gracia actual interna es la que influye intrínsecamente en nosotros y obra físicamente en las potencias del alma. Esta gracia nos es sumamente necesaria en orden a la salvación, como luego diremos. (La *gracia externa* se ordena a la interna como a su fin).

1) *El Espíritu Santo influye a menudo en nuestra vida, ilustrando nuestro entendimiento y fortaleciendo nuestra voluntad.* Esta operación pasajera del Espíritu Santo en nosotros es lo que llamamos *gracia actual*, o bien *gracia preveniente o cooperante*.

El día de Pentecostés actuó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles; ilustró sus entendimientos y fortaleció sus voluntades. Antes eran ignorantes (Cristo los había llamado poco antes, tardos en creer y necios: *Lc* 24, 25); mas el día de Pentecostés lo sabían todo perfectamente; antes eran tímidos (se estaban con las puertas cerradas),

mas entonces se hicieron como leones y salieron intrépidos (recuérdese cómo Pedro, que le había negado ante la acusación de una mujerzuela, se enfrenta al pueblo judío con toda valentía diciéndoles: *Vosotros matasteis al Autor de la Vida... Hech 2*).

Con la luz del sol se ve la verdadera figura de las cosas, la suciedad que hay en nosotros, y el camino por donde andamos hasta muchas leguas de distancia. (Con la luz del Espíritu Santo conocemos claramente el verdadero valor de las cosas terrestres, nuestros pecados y el fin para que fuimos criados). El Espíritu Santo es una luz que procede del Padre de las luces (*Sant 1, 17*).

La gracia actual es una luz que ilumina y conmueve al pecador (S. Agustín). Esta gracia se llama *excitante* o *preveniente* en cuanto nos mueve a obrar el bien, previniendo nuestras buenas acciones; y *cooperante*, en cuanto nos ayuda a ponerlas en efecto. Cristo la simbolizó en la parábola del buen Pastor, el cual busca la oveja perdida (previniéndola) y hallada la pone sobre sus hombros (cooperando con ella para llevarla al redil: *Lc 15*).

¿Cómo obra el Espíritu Santo sobre nosotros?

El Espíritu Santo obra *con diferentes ocasiones* sobre nosotros: principalmente por la predicación, la lectura de la Biblia y de los buenos libros, en las enfermedades, muertes de personas conocidas, con la vista de los buenos ejemplos y otros muchos casos. Estas son gracias que nos incitan y mueven a obrar el bien y a salir del pecado.

San Antonio Abad (m. 356) oyó predicar el Evangelio, movido por estas palabras de Cristo: *Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme*, distribuyó sus riquezas entre los pobres y se retiró al desierto, llevando vida pobre y sacrificada.

San Francisco de Borja (m. 1572) ante el cadáver de la emperatriz Isabel, una vez descubierta la caja donde iba su cuerpo, al verlo tan feo, desfigurado y maloliente, una luz divina trocó su corazón y dijo: «Nunca más servir a señor que se pueda morir», y poco después abrazó el estado religioso, entrando en la Compañía de Jesús.

Otros, debido a enfermedades y diversos padecimientos

o lectura de buenos libros, cambiaron de vida y llegaron a ser santos como San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, etc.

2) *El influjo del Espíritu Santo* se ha hecho a veces, por modo extraordinario, visible o perceptible. Ejemplos:

— En el bautismo de Cristo se vio la paloma y se oyó la voz del cielo: *Este es mi Hijo amado...* (Mt 3, 16-17).

— El día de Pentecostés se vieron lenguas de fuego y percibió el ruido del viento vehemente... (Hech 2).

— En la conversión de San Pablo (Hech 9).

— También Cristo estableció en los Sacramentos, signos sensibles de la infusión de la gracia.

3) El Espíritu Santo *no nos violenta*, sino que nos deja entera nuestra libertad, es decir, *el hombre es libre bajo la acción de la gracia*.

El Espíritu Santo nos dice: *Bienaventurado el que pudo traspasar la ley y no la traspasó, que pudo hacer el mal y no lo hizo* (Eccl 31, 10). Los siguientes textos nos confirman cómo los justos que viven en gracia son libres bajo su influjo: 1 Cor 15, 10; Hech 7, 51; Mt 23, 37; etc.

— El Espíritu Santo hace con el pecador, como quien echa una escalera al que cayó en un foso; el cual puede subir por ella o quedarse abajo. Es como un guía, a quien se puede seguir o dejar de seguir.

— El Espíritu Santo es una luz que procede de Dios, y a la cual podemos cerrar los ojos. Responder o no al llamamiento de Dios, es negocio de la propia voluntad (SAN AGUSTÍN).

— Dios respeta mucho la libertad humana, y no la destruye aun cuando el hombre la emplee en el crimen (KETTELER).

Podemos cooperar con la gracia o resistir a ella.—Saulo se convirtió en el apóstol Pablo, cooperando con la gracia (Hech 9; 1 Cor 15, 10); el joven rico la resistió (Lc 18).

El que constantemente rechaza el don de la gracia actual, incurre en un grave *pecado contra el Espíritu Santo*, el cual no puede ser perdonado. El tal se asemeja a Satanás, que contradice constantemente la verdad. Por eso la Escritura nos amonesta: *Hoy, si oís la voz de Dios* (que os llama a penitencia o un cambio de vida) *no endurezcáis vuestros corazones en la maldad* (Salm 95, 8).

Una auténtica conversión no se verifica sin la libre cooperación del hombre: Mt 7, 21; 19, 17.

El que coopera con la gracia, alcanza otras gracias mayores; mas el que la resiste, pierde otras gracias y queda sujeto a un severo juicio.

¡Dichoso aquel que *coopera* con la gracia! El que aprovecha la primera gracia, será colmado de nuevas gracias. La gracia recibida se parece a un grano de semilla que brota. El siervo que usó bien de los cinco talentos, recibió otros en premio (Mt 25, 28).

¡Ay de aquel que *resiste a la gracia*! ¡Cuán terrible juicio vino sobre Jerusalén el año 70 después de Cristo, por no haber conocido el día de su visitación, esto es, de la gracia! (Lc 19, 41).

«Teme a Jesús que pasa», dice San Agustín. Los ciegos de Jericó clamaron a Jesús que pasaba, y si lo dejan pasar sin llamar a El, hubieran permanecido ciegos junto al camino.

Hemos de hacer como el herrero, que forja el hierro cuando lo tiene candente. Si descuidamos el usar y prontamente de las gracias actuales, Dios nos las retira.

4) *El Espíritu Santo obra en cada hombre particular*; así en los pecadores como en los justos; así en los católicos cristianos como en los herejes y gentiles o incrédulos, porque *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tim 2, 4). En consecuencia: Dios da a todos la gracia actual. (Véase «*Voluntad salvífica de Dios*», p. 177).

Pero el Espíritu Santo no reparte sus gracias por igual a todos los hombres. Así vemos que uno de los siervos recibió cinco talentos, otro dos y otro uno (Mt 25, 15). El pueblo judío recibió mayores gracias que los

gentiles, la Madre de Dios más que los otros hombres. Las ciudades de Corozán y Betsaida recibieron más beneficios que Tiro y Sidón; Cafarnaúm más que Sodoma (Mt 11, 31).

Hay gracias comunes, de las que participan sin diferencia todos los hombres. Las hay particulares, que Dios otorga a algunas almas que destina a ministerios especiales... Cuanto más gracia ha recibido uno, tanto será mayor *su responsabilidad* (San Gregorio Magno). El Espíritu Santo no obra constantemente de la misma manera, sino a sus tiempos: «Ahora es el tiempo saludable...», tiempos de Cuaresma, del jubileo, de misiones o ejercicios..., son tiempos de mayores gracias...

5) *Las gracias actuales se alcanzan fácilmente haciendo buenas obras*, como orar, ayunar o dar limosna; además, por el uso de *los medios de santificación* de la Iglesia, vg., recibiendo dignamente los Sacramentos, oyendo la Santa Misa con devoción y oyendo la palabra de Dios.

— La gracia de Dios no podemos propiamente merecerla con nuestras obras, pues entonces ya dejaría de ser gracia (Rom 11, 6); pero las obras buenas son necesarias para que se nos conceda, porque, como dice San Agustín: «Dios que te crió sin ti, no te salvará sin ti».

Cuando el mendigo extiende la mano para implorar una limosna, esta acción no le da derecho a ella, pero es necesaria para que la reciba. Lo mismo sucede con la gracia de Dios. No por las obras que nosotros hicimos, sino por su misericordia nos salvó (Tit 3, 5). Con todo, cuando hacemos muchas obras buenas alcanzamos más fácilmente la gracia. El Espíritu Santo reparte a cada uno como quiere (1 Cor 12, 11); pero también según la preparación y cooperación de cada uno (Conc. Trento 6, 7).

En particular, sabemos que es muy eficaz la «oración al Espíritu Santo», pues el Padre celestial da su buen Espíritu a los que se lo piden (Lc 11, 13). Igualmente es muy eficaz la «oración a la Madre de Dios» pues María es «la llena de gracia» y la Dispensadora de las gracias divinas.

Asimismo el retraimiento del mundo y la soledad, en la cual Dios habla a nuestro corazón (Os 2, 14) y la mortificación de

los sentidos exteriores (represión de la curiosidad, cuidado de evitar palabras ociosas) son medios principales para obtener las gracias actuales.

Los Apóstoles nos dan ejemplo de esto cuando, antes de Pentecostés, esperaban el Espíritu Santo.

NECESIDAD DE LA GRACIA ACTUAL

La gracia actual *interna* nos es tan necesaria que sin ella no podemos empezar ni llevar a cabo ninguna obra buena. Como el pájaro no puede volar sin alas, así nosotros no podemos hacer actos sobrenaturales ni hacer nada en orden a nuestra salvación sin el auxilio de la gracia actual interna.

El hombre pecador no puede con solas sus fuerzas hacer ningún acto saludable o meritorio de la vida eterna, sino que necesita la gracia interna de Dios.

Esta doctrina es de fe definida en los Concilios de Orange y Trento, en los que se nos dice que «para todos los actos saludables es necesaria la gracia interna». Y es tan necesaria que sin ella no podemos empezar ni llevar a cabo ninguna obra buena.

La iluminación *mediata* del entendimiento que se realiza naturalmente por *medios externos*, cuales son: la doctrina revelada, las lecturas, sermones, etc., no basta para hacer actos saludables o buenos y meritorios de vida eterna, sino que es necesaria una *iluminación in-mediata e intrínseca* del entendimiento y también fortalecimiento o impulso de la voluntad, pues «el hombre, por la fuerza de la naturaleza, sin iluminación o moción del Espíritu Santo, no puede pensar como conviene algo bueno que se refiera a la eterna salvación, ni puede escogerlo ni puede asentir a la predicación del Evangelio» (Conc. II de Orange).

Los textos siguientes comprueban lo dicho:

— *No es que nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios (2 Cor 3, 5).*

— *Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar (Filip 2, 13).*

— *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos... Sin MÍ NADA podéis hacer (Jn 15, 5).*

En este último texto se nos dice que aun el justo para realizar actos saludables necesita el auxilio interno de la gracia actual.

Bajo la imagen de la vid y de los sarmientos se nos enseña que sin Cristo nada podemos hacer en orden a la salvación. Aquí se establece comparación entre la vid y los sarmientos, entre Cristo y los hombres. Ahora bien, los sarmientos sin la vid no pueden físicamente tener actividad alguna, y esto mismo hemos de decir del hombre que no esté unido a Cristo, que es Vid en orden de salvación, pues de El parte el influjo sobrenatural de la gracia, sin la cual no es posible «llevar o hacer fruto», o sea, hacer actos meritorios ni saludables, pues «sin MÍ nada podéis hacer».

Se necesita, pues, la gracia interna de Dios. Los elementos externos nada aprovechan al sarmiento, si éste no está unido con la vid y su savia vital. Así nada aprovecha al hombre si éste no permanece internamente unido a Cristo. Sin el auxilio divino de la gracia no podemos creer, ni esperar, ni amar, ni orar, ni arrepentirnos, ni hacer la menor obra buena (1 Cor 12, 3; Conc. Trento).

VOLUNTAD SALVÍFICA DE DIOS

Distribución de la gracia actual

Dios la distribuye gratuitamente. El Concilio II de Orange enseña que no hay méritos que precedan a la gracia. San Agustín, defendiendo el carácter gratuito de la gracia contra los pelagianos, dice: «¿Por qué (es llamada) gracia? Porque se concede gratuitamente. Porque no precedieron tus méritos». «Es gracia, y por tanto no halló previamente tus merecimientos, sino que los produjo».

La iniciativa en la obra salvadora parte de Dios y la oración obradora de salvación sólo es posible con la ayuda de la gracia preveniente de Dios (*Rom 8, 26*).

Esta gracia *preveniente* es una primera gracia que nadie puede merecer. Es puro don de Dios (*Rom 3, 24; 11, 26*).

Universalidad de la gracia o voluntad salvífica de Dios

Es una verdad de fe que Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (*1 Tim 1, 15*). Y es más:

— Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (*Ez 23, 11*).

— Quiere que todos vengan a penitencia (*2 Pdr 3, 9*).

— Se compadece de todos porque de todos es Señor y Creador (*Sab 24, 27*).

— El ilumina a todo hombre que viene a este mundo (*Jn 1, 9*).

— Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a Sí mismo por redención de todos (*1 Tim 2, 1-7*).

Según estos textos, Dios quiere sinceramente la salvación de todos los hombres. Su voluntad salvífica abarca a todos, sin distinción, y a todos llegan los beneficios de la redención. Siendo esto así, también Dios da la gracia necesaria para que consigan la salvación.

Es evidente que si Dios no quiere la muerte del pecador, si exhorta a la conversión, tiene que darles la gracia suficiente y necesaria para que puedan ser salvos.

¿Por qué unos se salvan y otros se condenan?

Esta cuestión, que ofrece sus dificultades, se suele tratar en Teología bajo el nombre de predestinación y de reprobación; mas es menester tener muy presente que todo hombre ha recibido de Dios el don de la libertad y la ha recibido para obrar el bien. Dios ve el bien y el mal y por ellos premia o castiga.

¿Puede de antemano destinar a unos el cielo y a otros el infierno?

Asentemos principios para resolver dificultades:

¿Qué es predestinación?

Santo Tomás dice: «es el designio eterno de la voluntad de Dios de admitir a cierto número determinado de criaturas racionales en el cielo», o sea, ordenar de antemano a los hombres a la vida eterna, señalándoles los medios con los que han de conseguirla.

San Agustín llama a la predestinación «una presciencia con la que Dios ha previsto lo que haría».

La predestinación existe

De hecho sabemos que Dios, por un designio eterno de su voluntad, ha predestinado a determinados hombres a la eterna bienaventuranza: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo...* (Mt 25, 34).

En Dios, pues, hay predestinación de los justos.

Hay un proceso de predestinación

A los que de antes conoció, a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo..., y a los que predestinó, a esos también llamó, y a los que llamó, a esos los justificó, y a los que justificó, a esos también los glorificó (Rom 8, 29-30).

Otros principios ya expuestos:

- Dios quiere que todos se salven (1 Tim 2, 4).
- Universalidad de la redención (2 Cor 5, 15).
- Dios no nos da el cielo gratis (2 Pdr 1, 10).
- Hay que trabajar con temor y temblor por nuestra salvación y guardar los mandamientos (Filip 2, 12; Mt 19, 17).
- El cielo (preparado desde la eternidad) lo da por la práctica de las obras de misericordia (Mt 25, 34 ss.).
- Dios reprende por no corresponder a sus gracias (Is 5, 4; Os 13, 9; Mt 11, 20-21).

¿Existe la reprobación?

La reprobación existe, pues reprobar es lo mismo que rechazar, y Dios rechaza a algunos hombres de la gloria eterna: *Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus mensajeros* (Mt 25, 41).

Conforme a estos principios decimos:

1) Si Dios quiere que todos se salven y, por lo mismo, da las gracias suficientes para que se salven (y de hecho reprende a los que no corresponden a ellas), es porque a nadie quiere condenar positivamente antes de la previsión de sus culpas.

2) Dios, como dueño de todas las gracias, puede dar más a unos que a otros, pero a nadie condena sin su culpa.

«Bueno es Dios, dice San Agustín, justo es Dios; puede salvar a algunos sin méritos porque es bueno; pero no puede condenar a nadie sin su culpa, porque es justo».

3) «Dios supo absolutamente de antemano que los buenos habían de ser buenos por su gracia y que por la misma habían de recibir los premios eternos, y previó que los malos habían de ser malos por su propia malicia... Los que se pierden no es porque no pudieran ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos» (C. Valent. 321).

4) *¿Es que Dios ya lo ve y lo sabe todo?* Esto es cierto, pero no porque lo sabe o lo ve suceden las cosas, sino porque las cosas suceden, Dios las ve...

En Dios no hay futuro, sino que todo es presente, El no prevé como nosotros, sino que lo ve..., mas la visión de Dios no presiona la voluntad del hombre...

Preguntaron a un niño de escuela: ¿Quién creó los demonios? y él contestó rectamente: «Dios los creó ángeles, pero ellos se hicieron demonios».

Alguno dirá: Si Dios sabe que algunas personas se condenan, ¿por qué las creó?. Dios ha creado un mundo del cual se derivan males, pero también muchos bienes, y mejor es existir o ser que no ser...

Dios nos hizo un bien al crearnos, y si nos condenamos es por el mal uso de la libertad, que nos fue dada para hacer buenas obras y merecer.

LA GRACIA HABITUAL O SANTIFICANTE

Importancia de este tema

El tema de la «gracia» y su valor es uno de los más importantes, porque Jesucristo vino a la tierra para que las almas tuvieran vida (*Jn 10, 10*), la vida sobrenatural o vida de la gracia.

Esta vida se opone al *pecado mortal*, el cual se llama así porque acarrea males innumerables, y el mayor es dar *muerte al alma*.

Por el bautismo se nos quita el pecado original y los que uno tuviera al bautizarse, y quitado todo pecado el alma queda embellecida con la gracia santificante; por esta gracia queda unida a Cristo como el sarmiento a la vid. De este modo podrá circular por el que la recibe la savia divina, la gracia santificante que nos hace hijos de Dios y vivir en amistad con El.

La gracia santificante es, pues, una *savia divina* que viene de Jesucristo a través de los sacramentos. La primera gracia nos viene por el bautismo.

Nombres de la gracia habitual

La gracia «habitual» es aquella por la que el hombre se «santifica» y se «justifica»; de ahí que reciba tres nombres:

- 1) *Habitual* porque permanece en el alma como un «hábito».
- 2) *Justificante*, porque borra los pecados que nos hacían enemigos de Dios, y

3) *Santificante*, porque nos comunica una nueva vida sobrenatural y nos hace santos y gratos a Dios.

¿Qué es la gracia santificante?

Es un don sobrenatural, interior y permanente, que Dios nos concede —por mediación de Jesucristo—, para nuestra salvación.

1) *Es un don sobrenatural.*

Sobre-natural quiere decir que por encima de la naturaleza humana, que excede las exigencias y méritos de la misma.

«*Un cuerpo y un alma*: he ahí al hombre en el orden natural; *un cuerpo y un alma, y además la gracia santificante*: he ahí al hombre en el orden sobrenatural. El cristiano que vive en gracia, posee no sólo la vida vegetativa, sensitiva e intelectual, sino la vida sobrenatural. Esta vida «sobrenatural» es algo añadido a la vida natural» (ARAMI). El siguiente ejemplo nos lo aclara:

La borriquilla de Balám habló (Núm 22; 2 Pdr G 2, 16). Lo natural es que sintiese los palos del profeta, porque la sensibilidad le es propia. Pero, ¿que un animal empiece a hablar! El lenguaje es algo añadido a su naturaleza, un algo *sobrenatural*. Así también la gracia santificante es algo añadido a nuestra naturaleza, algo *sobre-natural* que comunica al alma una vida divina.

Este don de la gracia nos hace ángeles y nos asemeja a Dios. Ella aventaja a todos los bienes naturales de hermosura, riquezas y placeres (Sab 7, 8-9).

2) *La gracia es un don interior e invisible.*

No está en el exterior del hombre o en su rostro o modo de vestir. Un hombre puede estar vestido de harapos y tener un alma bella, y al contrario, vestir elegantemente y tener un alma negra por el pecado.

3) *La gracia es un don permanente (1 Jn 3, 9).*

Reside en el alma mientras no se cometa un pecado mortal. Al morir desaparece la hermosura corporal, las

dignidades, los honores, mas lo que tiene valor permanente ante Dios es el alma en gracia, y por ésta se salvará y será premiada.

4) *La gracia santificante nos es otorgada para conseguir nuestra propia salvación.*

Esta gracia difiere de los carismas: don de milagros, de profecía y de lenguas, concedidos para realizar la salvación del prójimo. La gracia supera todos estos dones, porque éstos pueden subsistir con el pecado mortal, y la gracia es incompatible con él.

5) *La gracia santificante nos es dada por medio de Jesucristo.*

El para enriquecernos de ella, se encarnó y nació en un pesebre y pasó la vida oculta en Nazaret, y predicó el Evangelio, y padeció pasión ignominiosa aceptando el suplicio cruel de la cruz: ¡Cuánto sufrió!... ,y todo por mí, porque viviese en estado de gracia o amistad divina, porque tuviese vida sobrenatural.

Preguntemos ahora: ¿Cuánto vale mi alma en estado de gracia? ¡Los sufrimientos, la sangre, la vida del Hijo de Dios!... *Jesucristo ha lavado nuestros pecados con su sangre (Apoc 1, 5).*

La gracia vida del alma

En nosotros hay dos vidas: una *natural* y otra *sobrenatural*. El principio interno de la vida natural es el alma, es decir, el alma anima al cuerpo, y éste sin el alma es un cadáver.

El principio de la vida sobrenatural *es la gracia*, esto es, la gracia es alma de nuestra alma. Por tanto, la gracia habitual es la propia vida del alma, y sin ella ésta sería un cadáver. Hay, pues, quien vive y en realidad está muerto, es como un cadáver ambulante (*Apoc 3, 1*).

Si se nos preguntase: en qué consiste la gracia santificante, nos veríamos precisados a decir que no es tan fácil precisarlo, así como no lo es el decir en qué consiste la luz eléctrica y tantas otras cosas. De ahí que intenemos darla a conocer por sus efectos:

1.º La gracia nos justifica

En el momento en que la gracia santificante entra en nuestra alma, ésta queda *justificada*, esto es, purificada de todo pecado, renovada y embellecida.

Para comprender debidamente en qué consiste esta gracia, conviene precisemos el concepto de la justificación según la doctrina protestante y la católica.

1) *Concepto de justificación en el protestantismo*

«El punto de partida de la doctrina de Lutero sobre la justificación es la persuasión de que la naturaleza humana quedó completamente corrompida por el pecado de Adán y de que el pecado original consiste formalmente en la concupiscencia.

La justificación la concibe Lutero como un acto judicial o forense por el cual Dios declara justo al pecador, aun cuando éste siga siendo en su interior injusto y pecador. La justificación, según su faceta negativa, no es una verdadera remisión de los pecados, sino una simple no-imputación o encubrimiento de los mismos.

Según su faceta positiva, no es una renovación o santificación internas, sino una mera imputación externa de la justicia de Cristo.

La condición subjetiva de la justificación es la fe fiducial, es decir, la confianza del hombre, que va unida con la certidumbre de su salvación, en que Dios misericordioso le perdona los pecados por amor a Cristo» (L. OTT, *Manual de Teología*).

Esta doctrina sobre el mero cubrimiento o no imputación de los pecados y de la imputación externa de la

justicia de Cristo, fue condenada como herética en el Concilio de Trento.

2) *Concepto de justificación en el catolicismo*

La «justificación» según la doctrina católica es el paso o traslado del estado de pecado en que nacen los hijos de Adán al estado de gracia y de adopción entre los hijos de Dios por medio de Jesucristo, Salvador nuestro (Dz 796).

— Es traslación de muerte a vida (1 Jn 3, 13), del estado de tinieblas al estado de luz (Col 1, 3; Ef 5, 8).

— Es, como dice el Conc. de Trento, una «santificación o renovación del hombre interior», y por ella el hombre se convierte «de injusto en justo y de enemigo en amigo de Dios».

— Es, pues, una renovación interior del alma mediante la infusión de la gracia santificante, la cual nos purifica y nos santifica (1 Cor 6, 11). Con ella se verifica en nosotros una regeneración, una renovación (Efe 4, 23), un nuevo nacimiento (Jn 3, 3).

La gracia de la justificación es gratuita.

San Pablo nos dice que la justificación no se alcanza ni por las obras de la ley del A. T. ni por la observancia de la ley natural, sino que es puro don del amor de Dios.

Rom 3, 24: Son justificados gratuitamente por la gracia.

Rom 11, 26: Pero si por gracia, ya no es por las obras, porque entonces la gracia ya no sería gracia.

Preguntemos:

¿Por qué pasa el hombre del estado de pecado al estado de gracia? Porque la gracia de Dios nos previene. Hay una gracia primera que nadie puede merecer. «Se llama «gracia» dice San Agustín, porque se concede gratuitamente, y se concede gratuitamente, porque no precedieron tus méritos».

¿Es necesaria la cooperación de nuestra parte?

Ya lo hemos dicho. No basta que confiemos en que el Señor lo hará todo, pues *no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial (Mt 7, 21)*. Y ¿cuál es la voluntad de Dios? Jesucristo nos lo dice: *Si quieres entrar en la vida (en el cielo) guarda los Mandamientos (Mat 19, 17)*.

Reconozcamos que la redención es obra de Dios y que el llamamiento que nos hace a la fe parte primeramente de Dios, pues es un don suyo. Por tanto entendamos bien estos textos de la Escritura Santa. Cuando nos dice: *Volveos a mí y yo me volveré a vosotros (Zac 1, 3); pedid y recibiréis (Mt 7, 7); cree en el Señor Jesús, y serás salvo (Hech 16, 31); Despierta, y Cristo te iluminará (Efes 5, 14);...* es una previa conversión que Dios pide al hombre y al pedírsela ya se encuentra éste bajo el influjo de la gracia actual. Y por lo mismo las exhortaciones, que dirige a los pecadores (*Ez 33, 11*) para que se conviertan, presuponen, como es natural, la posibilidad de convertirse con la ayuda de la gracia divina.

Por consiguiente, si el hombre coopera o corresponde a ese llamamiento divino (pues es libre bajo el influjo de la gracia), se le darán ulteriores gracias.

La Biblia concibe la remisión de los pecados como verdadera y completa supresión de los mismos, y emplea las expresiones de *borrar, lavar, quitar de en medio, purificar*, etc. (*Salm 51, 3-4; Hech 3, 19; 22, 16; Miq 7, 18; Jn 20, 23*).

Por la gracia santificante quedan, pues, borrados, suprimidos y aniquilados todos los pecados mortales, el original y los actuales, sean crímenes horribles o delitos de la clase que sean. Dios no vuelve a acordarse de nuestros pecados (*Ez 18, 22*). *Nada habrá digno de condenación en el pecado (Rom 8, 1)*. La gracia y el pecado mortal son incompatibles en el alma.

La Biblia presenta además la justificación como un

nuevo nacimiento de Dios y una regeneración o nueva vida sobrenatural (*Jn* 3, 5; *Tit* 3, 5 s.), como nueva creación y santificación, etc...

¿Cómo nos justificamos?

Hemos de reconocer que todos nacemos en pecado y para justificarnos o salir del estado de pecado tenemos el «sacramento del bautismo», pues él es la causa instrumental de la primera justificación.

Los niños reciben la gracia de la justificación o gracia santificante en el bautismo sin cooperación alguna personal.

Y en los adultos, ¿cuál es el proceso de justificación?

Los adultos para obtenerla deben:

1) *Cooperar con la gracia actual* o primer llamamiento a la conversión, la que Dios da a todos *ordinariamente* por la predicación del Evangelio. Esta siempre nos previene y se nos da gratuitamente, sin mérito alguno de nuestra parte.

2) *Disponerse* a hacer lo que Dios quiere, o sea, *recibir el bautismo* (o el de la penitencia, si ya estuviere bautizado).

3) *Conocer a Jesucristo y tener fe en El*. Para recibir el bautismo, instituido por Jesucristo, el adulto deberá conocerle antes y tener fe en El, o sea, creer en su persona y en su doctrina, y por eso dice el Conc. de Trento que «la fe es fundamento y raíz de la justificación».

Pero, ¿qué clase de fe ha de ser ésta? La *fe teológica* o *dogmática*, que consiste en aceptar la persona de Jesús y creerla y aceptarla por la autoridad de Dios que la revela.

Notemos que los protestantes dicen que basta creer en Dios, en el sentido de *tener confianza en su misericordia*, que ya satisfizo por todos, esto es, no es necesaria la *fe dogmática*, sino que basta la *fe fiducial*. Ellos aducen estos textos: *Rom* 4, 3 ss.; *Mt* 9, 2; *Lc* 7, 50; 17, 19, etc.; pero estos textos no excluyen la *fe dogmática*, que es indispensable para salvarse (*Mc* 16, 16; *Rom* 10, 17). La confianza en la misericordia divina es conse-

cuencia necesaria de la fe en la verdad del Evangelio o revelación divina.

Además de la fe la Escritura nos habla de otros actos dispositivos de fe, tales como el *arrepentimiento y la penitencia* (Ez 18, 30; 33, 11; *Hech* 2, 38; *Mc* 1, 15), el temor y el amor de Dios y la esperanza, etc.

Confiemos mucho en Jesucristo, pero *después de creer y practicar* lo que nos dice en su Evangelio. «Cuando Dios revela, dice el Vaticano II, hay que prestarle la obediencia de la fe, asintiendo a la revelación hecha por El».

Advertencia.—La gracia borra el pecado, nos purifica de toda mancha grave, pero hemos de saber que, aunque la gracia de Dios sana el espíritu del hombre, no por eso sana su carne en la que queda el estímulo del pecado, o sea, la concupiscencia. Por eso, aun en los grandes santos queda la inclinación a lo malo contra la cual hay que luchar hasta la muerte.

La concupiscencia, como dice San Agustín, puede disminuirse en esta vida, pero no aniquilarse. Esta se nos deja, para que conozcamos cuán pernicioso es el pecado y para que tengamos ocasión de ganar nuevos méritos para el cielo, en la lucha contra nuestra naturaleza corrompida.

2.º La gracia nos hace partícipes de la divina naturaleza.

Por la gracia santificante nos hacemos «partícipes de la divina naturaleza» (2 *Pdr* 1, 4) o del ser divino, entrando así en una inefable comunicación con El, comunicación misteriosa, pero cierta y real.

Por la gracia se comunica a nuestra alma una vida sobrenatural, la vida divina, quedando como divinizados, según la expresión de Santo Tomás.

3.º La gracia nos comunica luz y belleza

Por dicha participación o unión íntima con Dios, el alma se hace más bella y resplandeciente. Como dice el Concilio de Trento, la gracia santificante es como una luz cuyo resplandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza.

Si se deja que el fuego obre libremente sobre el hierro, penetra en él y le comunica cualidades del fuego;

lo hace resplandeciente y encendido y lo pone como un oro. Así es nuestra alma cuando penetra el Espíritu Santo en ella por la gracia, pues se vuelve más hermosa con cierta luz y resplandor.

— El que ha obtenido la gracia santificante, se parece a un hombre que se ha puesto un vestido nuevo y hermosísimo. Por eso vemos en los Evangelios comparada la gracia santificante con el vestido nupcial, como en la parábola del convite (Mt 22) y en la del hijo pródigo (Lc 15).

— San Juan Crisóstomo dice que el que recibe la gracia santificante se cambia espiritualmente, como si un hombre estropeado y desfigurado por la enfermedad y la vejez, por un repentino milagro, recobrara el aspecto de su juventud y hermosura, y quedara adornado con la púrpura real y el cetro. Así proveyó y adornó Dios nuestra alma, y la hizo hermosa, atractiva y amable. Los mismos ángeles y arcángeles y todas las demás virtudes y potestades angélicas desean contemplar tal alma.

— *San Bernardino de Sena*: «Aunque hubiese tantos cielos creados como gotas en el océano, toda su hermosura reunida no sería nada, comparada a la de un alma en estado de gracia».

— *Santo Tomás de Aquino*: «El bien de la gracia de un solo hombre vale más que todos los bienes naturales de todo el universo».

4.º La gracia nos hace hijos de Dios

Todos los que son movidos por el Espíritu divino son hijos de Dios. Ser contados entre los *hijos de Dios* es el más alto honor. No hemos recibido el espíritu de servidumbre, sino el de hijos, con que clamamos: *Abba!* (¡Padre!) (Rom 8, 14-15). Mas si somos hijos de Dios, también sus herederos: *herederos* de Dios y *coherederos* de Cristo (Rom 8, 17).

Los hijos tienen derecho a pretender la herencia de su padre. Sabemos que cuando se disuelva esta habita-

ción terrena, tenemos otro edificio de Dios, una casa no hecha con manos, sino eterna, en el cielo (2 Cor 5, 1).

Ved cuán grande es el amor que Dios nos tiene, puesto que ha querido no sólo que seamos llamados hijos, sino que lo seamos (1 Jn 3, 1).

Por la gracia recibida en el bautismo nos hacemos *hijos adoptivos*... Y así con toda razón podemos llamar a Dios «Padre nuestro».

La gracia es semilla de vida eterna. «La gracia y la gloria, dice Santo Tomás, son del mismo género, porque la gracia no es otra cosa que el comienzo de la gloria en nosotros..., y la gracia que nosotros poseemos aquí abajo contiene un germen todo lo que es necesario para la gloria, como la semilla del árbol contiene todo lo que es necesario para que llegue a ser árbol perfecto».

5.º La gracia nos hace amigos y hermanos de Cristo

— Entre Cristo y nuestra alma en gracia se establece una amistad sobrenatural e íntima, no pasajera, sino permanente mientras detestemos el pecado y éste no anide en nuestras almas.

Vosotros, dice el Señor, sois mis amigos si hacéis lo que os mando (y lo que nos manda es que guardemos sus mandamientos para vivir en gracia)... Ya no os llamaré siervos, sino amigos (Jn 15, 14-15).

Por la justificación, dice el Conc. de Trento, «el hombre se convierte de enemigo en amigo de Dios» (Dz 799).

El mismo Cristo nos llama «hermanos suyos», y así dice San Pablo: *A los que son santificados, Jesucristo no desdeñó llamarlos hermanos (Heb 11, 11) y a la Magdalena dijo: Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre (Jn 20, 17).* El es el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8, 29).

6.º Por la gracia somos templos de Dios

1) *Somos templos del Espíritu Santo.* San Agustín nos dice: «El Espíritu Santo mora, en primer lugar, en el alma del justo y le da la verdadera vida; mas como el alma está en el cuerpo, también él se hace habitación del Espíritu Santo».

El Espíritu Santo mora en toda alma en estado de gracia y en ella permanece mientras no se expulse por el pecado mortal y así dice el apóstol:

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en vosotros (1 Cor 3, 16).

La Iglesia nos dice que El es el «dulce huésped de nuestra alma». La Escritura nos exhorta a que no apaguemos el Espíritu (1 Tes 4, 19), por el pecado mortal, y a que *no le entristezcamos* por el pecado venial.

2) *Somos templos de la Santísima Trinidad.* San Juan hace esta afirmación: *Si alguien me ama* (esto es, si cumple mis mandamientos y está en gracia), *vendremos a él* (¿quiénes?, las tres divinas Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que sólo hacen un Dios), *y estableceremos nuestra morada dentro de él (Jn 14, 23).*

Y ¿cómo está en nosotros? Está como *Creador*, al igual que está en todas las cosas, dándonos el ser, y está como *Conservador*, porque nos comunica la conservación de la existencia..., y especialmente como *Santificador*. ¡Bello pensamiento para nosotros en las horas de tentación, de abandono, de soledad! ¡*Nunca estamos solos!*

En el Padrenuestro decimos: «Que estés en los cielos; los cielos son en la tierra, dice San Agustín, los justos, porque Dios mora en ellos».

EL SÉQUITO DE LA GRACIA SANTIFICANTE

Con la gracia santificante se infunden en el alma:

1) Las virtudes teologales, 2) las morales y 3) los dones del Espíritu Santo.

Las virtudes teologales

Es de fe que con la gracia santificante se infunden en el alma las tres virtudes teologales o divinas de la fe, la esperanza y la caridad.

El Concilio de Trento nos lo dice así: «En la justificación, el hombre, por hallarse incorporado a Cristo, recibe, junto con la remisión de los pecados, la fe, la esperanza y la caridad» (*Dz* 800). Estas quedan en el alma como hábito o disposiciones, no como actos. Esto indica la expresión «infundir», comunicación de un hábito.

Estas virtudes son un estado permanente del alma justa, pues con la caridad que *se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos da* (*Rom* 5, 5), *permanecen la fe y la esperanza* (*1 Cor* 13, 13).

Las virtudes morales

Es sentencia común que con la gracia santificante se infunden también las virtudes morales, pues son como dote de la sabiduría divina (*Sab* 8, 7).

De las cuatro virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza, a las que se reducen todas las demás virtudes morales) dice San Agustín: «Estas virtudes se nos dan al presente, en este valle de lágrimas, por la gracia de Dios» (*Enarr. in Ps.* 83, 11).

Los dones del Espíritu Santo

También es sentencia común que con la gracia santificante se nos infunden a la vez los dones del Espíritu Santo. Estos son siete: El don de sabiduría, el de inteligencia, el de ciencia, de consejo, de fortaleza, de piedad y de temor de Dios.

Los cuatro primeros iluminan la inteligencia y los otros tres fortalecen la voluntad.

El profeta *Isaías* (11, 3), los enumera, refiriéndose al futuro Mesías en el que estarían en grado sumo:

Sobre El reposa el Espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Dios.

En la versión griega y de la Vulgata, por la diversa traducción aparecen enumerados los siete dones, mientras que el hebreo se enumeran seis con el Espíritu de Yahvé.

Los dones del Espíritu Santo «se distinguen de las virtudes infusas porque el principio motor en éstas son las potencias del alma dotadas sobrenaturalmente, mientras que el principio motor de los dones es inmediatamente el Espíritu Santo. Las virtudes nos capacitan para los actos extraordinarios y heroicos. Los dones se distinguen de los carismas porque aquellos se conceden para salvación del que los recibe y se infunden siempre con la justificación, cosa que no ocurre con los carismas» (L. OTT, *Teol. Dogmática*; cf. SANTO TOMÁS I-II, 68).

Estos dones son siete aptitudes del alma, en virtud de las cuales puede ser fácilmente iluminada y movida por el Espíritu de Dios. Ellos mueven nuestra alma hacia Dios, y perfeccionan o ilustran nuestras potencias espirituales, para que el Espíritu Santo pueda fácilmente obrar en ellas (alumbrando claramente nuestro entendimiento, y moviendo suavemente nuestra voluntad).

Más altas que estos dones, son las virtudes teológicas; pues los dones sólo mueven el alma hacia Dios, y las virtudes la unen con El.

En cuanto uno tiene el Espíritu Santo, tiene también estos siete dones, y los pierde cuando pierde el Espíritu Santo por el pecado mortal.

Cuanto más uno adelanta en la perfección, en tanto mayor grado recibe estos dones (los que ya recibe el cristiano por el *bautismo*) y luego se aumentan por el sacramento de la *Confirmación*.

1) *El don de sabiduría*. Este don hace que conozcamos la fragilidad de los bienes terrenos, y miremos a

solo Dios como supremo bien. San Bernardo nos dice que «es el disgusto de las cosas del mundo y el gusto de las cosas de Dios».

— San Pablo tenía por estiércol todo lo que el mundo ama y admira (*Filip 3, 8*).

— Salomón, que había gozado del mundo, llamó, próximo a la muerte, a todos los bienes y placeres de la tierra, vanidades (*Ecl 1, 2*).

— San Ignacio de Loyola exclamaba: «¡Cuán despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo!».

— San Francisco de Asís ponía todo su corazón en solo Dios, diciendo muchas veces: «¡Dios mío y mi todo!»...

2) *El don de entendimiento o de inteligencia (intelligere = intus legere)* es una luz sobrenatural con que el Espíritu Santo enriquece al alma para hacerla conocer mejor a Dios, en sus perfecciones, en su palabra contenida en la Sagrada Escritura, en su Providencia...

Este don nos hace distinguir la verdadera doctrina católica de todas las demás y nos da facilidad para fundarla en argumentos sólidos.

— Santa Catalina (m. 307) redujo al silencio a cincuenta filósofos gentiles de Alejandría y los convirtió al cristianismo. El Salvador prometió a los suyos. *Yo os daré elocuencia y sabiduría a la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios (Lc 21, 15)*.

3) *El don de ciencia* nos enseña a conocer las criaturas o todas las cosas creadas en su verdadero aspecto, o sea, el valor de las riquezas, honores y placeres y de todo en orden a Dios, y hace que comprendamos claramente la doctrina católica, sin particular estudio.

— San Juan María Vianney, Cura de Ars (m. 1859) había estudiado poco y con poco aprovechamiento, y no obstante predicaba tan bien, que hasta sabios como el P. Lacordaire y obispos iban a oír sus sermones y se admiraban de sus conocimientos.

— Los apóstoles, después de la venida del Espíritu

Santo, se hallaron vestidos de fortaleza y de un claro conocimiento de Dios (Lc 24, 49).

— Todos los doctores de la Iglesia escribieron libros en los que expusieron admirablemente la doctrina católica, y es porque tuvieron el don de ciencia. Santo Tomás de Aquino (m. 1274) declaraba muchas veces que había aprendido más en las gradas del altar que en los libros.

— El anciano Simeón, en el templo, fue movido por el Espíritu a tomar el Niño Jesús en sus brazos y reconocerlo como Mesías (Lc 2, 26).

4) *El don de consejo* hace que, en las circunstancias difíciles, conozcamos con certeza cuál es la voluntad de Dios, y por lo mismo nos enseña lo que no debemos y lo que debemos hacer, lo que hemos de decir o callar, según las personas, tiempo y lugar.

Este don es en el orden sobrenatural lo que la prudencia en el orden natural.

— Recuérdese la sabia respuesta de Cristo a la pregunta, si era lícito pagar tributo al César (Mt 22, 15), y el juicio de Salomón (I Rey 3, 3). El don de consejo nos induce a saber dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, y así no apartarnos de lo que es recto a los ojos de Dios.

— Preguntado San Atanasio, cuando huía, por los soldados de Juliano, dónde estaba Atanasio, contestó: «No está lejos de aquí». ¿Quién le inspiró tan oportuna y veraz respuesta, por la que se libró de la muerte?... El Espíritu de Dios estaba con él.

Ya el Señor había dicho a los apóstoles, mirando a las futuras persecuciones: *No os preocupéis de cómo o qué habéis de responder o decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que habéis de decir* (Lc 12, 11 s.).

5) *El don de fortaleza* es una energía sobrenatural que nos arma contra la pusilanimidad o la cobardía en el servicio de Dios, contra los obstáculos, tentaciones,

dificultades..., que hallaríamos en el cumplimiento de nuestros deberes.

Este don nos hace sufrir animosamente todo lo que es menester, para cumplir la voluntad de Dios.

— San Juan Nepomuceno (m. 1393) se dejó encarcelar, atormentar por hierros candentes y echar al río Moldava, por no quebrantar el sigilo sacramental.

— Job no perdió la paciencia en la pérdida de toda su hacienda, de sus hijos y salud, a pesar de las burlas de su mujer y las acusaciones de sus amigos.

— Abraham estuvo preparado a sacrificar a su único amadísimo hijo, porque lo mandaba Dios.

Este don lo poseyeron en alto grado los mártires, los confesores y penitentes, y en grado el más alto lo poseyó la Madre de Dios, Reina de los mártires.

6) *El don de piedad* hace que nos esforcemos en amar y reverenciar a Dios como Padre lo más íntimamente que podamos, y en cumplir exactamente su voluntad. También nos enseña a amar a los hombres como hijos suyos.

— San Luis Gonzaga estaba tan unido con Dios en continua oración, que habiéndole mandado se distrajera de El para no perjudicar a su salud, se le tuvo que levantar este precepto, por la gran dificultad que sentía en no pensar en Dios.

— Los santos prorrumpen en lágrimas y encendidos afectos en su oración.

— Santa Teresa había hecho voto de seguir siempre en todo, lo más perfecto.

— San Alfonso María de Ligorio, en no perder parte alguna de tiempo.

7) *El don de temor de Dios* hace que sintamos, por el solo hecho de amar a Dios, el temor filial de ofenderle, o de hacer algo que pueda desagradarle en pensamientos, palabras y obras. Este don nos hace temer sobre todos los males temporales, la más mínima ofensa de Dios.

— Este don, podemos decir, que lo tuvieron los tres

jóvenes de Babilonia, que por no adorar la estatua de Nabucodonosor se dejaron echar en el horno encendido.

— San Francisco Javier decía en sus peligrosos viajes: Nada temo sino ofender al Dios omnipotente.

— José, en Egipto, y la casta Susana y otros santos por el temor de poder ofender a Dios, se apartaron del pecado.

Otros dones extraordinarios

El Espíritu Santo también otorga a algunos hombres *extraordinarios dones gratuitos*, como el don de lenguas, el de hacer milagros, de anunciar las cosas futuras, discreción de espíritus, visiones, etc.

Estos bienes los concede generalmente para la salvación de los demás y provecho de la Iglesia; por sí mismos, no hacen mejor al que los posee, el cual debe hacer buen uso de ellos.

— Los apóstoles recibieron el día de Pentecostés el don de lenguas, y esto se dice también de San Francisco Javier, apóstol de las Indias.

— Los antiguos Profetas conocieron los sucesos por venir. El patriarca José conoció lo futuro por los sueños y San Pedro entendió los pensamientos de Ananías y Safira, etc. Tales dones los reparte el Espíritu Santo como él quiere (*1 Cor 12, 11*).

Los dones del Espíritu Santo los tuvieron en grande escala: Jesucristo (*Hech 10, 38*), la Santísima Virgen María, los apóstoles, los patriarcas y profetas de la antigua ley y todos los santos de la Iglesia católica.

Propiedades del estado de gracia

Estas son: 1) Incertidumbre, 2) Desigualdad y 3) Posibilidad de perderla.

1) *Incertidumbre*

El justo no posee certidumbre del estado de gracia sin una revelación particular de Dios. Así lo dice el Concilio de Trento:

«Si alguien considera su propia debilidad y su deficiente disposición, puede abrigar temor y recelo respecto de su estado de gracia, puesto que nadie es capaz de saber con certeza de fe no sujeta a error si ha alcanzado la gracia de Dios» (Dz. 802).

La Escritura también nos da estos testimonios: Trabajad por vuestra salvación con temor y temblor (Filip 2, 12). Ciertamente que de nada me arguye la conciencia, mas no por eso me creo justificado (1 Cor 4, 4). Nadie sabe si es digno de amor o de odio (Ecl 9, 1).

Dios quiere esta incertidumbre para mantenernos en la humildad y hacernos trabajar con empeño en nuestra salvación.

Sin embargo, podemos tener *la seguridad moral* de poseer la gracia, si nuestra conciencia no nos reprocha nada, si amamos a Dios, a la santa Iglesia, al prójimo, y si observamos fielmente los mandamientos.

2) *Desigualdad*

Por el mismo Concilio de Trento sabemos que la medida de la gracia de la justificación que los justos reciben es distinta en todos ellos según la medida de la libre adjudicación que Dios les haya hecho y de la propia disposición y cooperación de cada uno (Dz 799). La gracia recibida la podemos acrecentar por medio de buenas obras.

Los testimonios de la Escritura a nuestro favor: A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo (Ef 4, 7). Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere (1 Cor 12, 11).

— *Creced en la gracia (2 Pdr 3, 18). El que es justo*

practique más la justicia, y el que es santo santifíquese más aún (Apoc 22, 11).

3) *Posibilidad de perderla*

Contra la doctrina protestante que niega las tres propiedades dichas, y que la justicia sólo se pierde por el pecado de incredulidad o cese de la fe fiducial, decimos con el Conc. de Trento que el estado de gracia no se pierde tan sólo por el pecado de incredulidad, sino también por todo otro pecado grave (Dz 808). El pecado venial no lo destruye ni lo aminora.

La Escritura enseña con palabras y ejemplos (los ángeles caídos, el pecado de Adán y Eva, el de Judas, el de Pedro...) que es posible perder la gracia de la justificación: *Vigilad y orad para que no caigáis en la tentación (Mt 26, 41). El que cree estar en pie, mire no caiga (1 Cor 10, 12).* Y San Pablo, además de la incredulidad, enumera otros muchos pecados que excluyen a los que los cometen del reino de los cielos, porque traen la pérdida de la gracia justificante (1 Cor 6, 9-10).

El dogma de la posibilidad de perder la gracia se prueba porque el hombre goza de libertad y puede pecar, y porque todo pecado grave aparta de Dios.

Con la gracia santificante se pierde siempre la virtud teologal de la caridad, pero no se pierde siempre la fe. La fe que queda, ya no es fe verdadera o viva. La virtud de la fe es la que se pierde únicamente por el pecado de incredulidad.

Resumen de lo dicho:

— La gracia santificante se adquiere por primera vez mediante el bautismo, o por la caridad perfecta con el deseo de recibirlo.

— Se aumenta por la oración, la recepción de los sacramentos y todas las buenas obras.

— Se conserva por la fiel observancia de la ley de Dios.

— Se pierde por el pecado mortal, pues por él se

aparta el alma totalmente de Dios, ya que causa la muerte al alma.

— *Se recobra la gracia santificante* mediante una buena confesión o por un acto de contrición perfecta con el deseo de confesarse.

Todo hombre que hace un acto de *caridad perfecta* con el deseo, por lo menos *implícito*, de recibir los sacramentos, queda justificado en el mismo instante, como lo fue el buen ladrón en la cruz. (*La religión demostrada*, A. HILLAIRE).

Doctrina acerca del mérito

¿Puede el hombre justo merecer ante Dios?

Obra meritoria es aquella que es digna de una recompensa. Es doctrina de la Iglesia que todo hombre con la gracia de Dios puede adquirir méritos para el cielo.

Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa (Mt 5, 12).

Toda recompensa supone mérito.

Hay dos clases de mérito: El *mérito de justicia*, que se funda en *una promesa de Dios*. Entonces entre el valor moral de la obra y el premio hay igualdad: Así, por ejemplo, todo obrero tiene derecho al salario prometido. El *mérito de conveniencia*. Es el caso en que se debe el premio por la liberalidad del que premia, y no por justicia. Es el caso del pobre que por su súplica dispone al rico a darle limosna. Así el justo puede disponer favorablemente a la bondad de Dios para que le conceda sus gracias.

Condiciones del mérito

1) *Por parte de la persona que merece*, que esté, como es natural, en esta vida (porque después de la muerte no se puede merecer) y que haga las obras en

gracia, pues ninguna recompensa puede esperar de Dios el que es enemigo suyo por el pecado (*Jn* 15, 5; *1 Cor* 13, 2-3).

2) *Por parte de las obras*, que éstas sean moralmente buenas, si no, no serían dignas de premio; que sean hechas *libremente*, si no, no seríamos responsables de nuestros actos, y también *sobrenaturalmente* impulsados o impulsadas y acompañadas de la gracia actual y nacidas de un motivo sobrenatural.

3) *Por parte de Dios que premia*, se requiere su *promesa* porque de otro modo nuestras acciones no tienen razón de mérito. La promesa de Dios es la que nos confiere un verdadero derecho a la vida eterna (*Sant* 1, 12).

¿Puede merecer algo el hombre pecador?

El hombre pecador, ayudado por la gracia, puede merecer para sí con mérito de *conveniencia* a título de misericordia, las gracias actuales que le disponen a la justificación, y también ésta si detesta el pecado, si ora y se convierte a Dios (*Salm* 51, 19; *Lc* 18, 9-14).

Los méritos se pierden por el pecado mortal, y *reviven* por la penitencia al recuperar la gracia santificante (*Ez* 18, 21; 33, 13, 16).

¿Pueden ser pecaminosas las obras del justo?

Los protestantes consideran injusta la doctrina católica sobre el merecimiento como un menosprecio de la gracia y de los méritos de Cristo, que satisfizo por nosotros, y por eso dicen que las obras del justo son pecaminosas porque el pecado sigue habitando en su interior, y no poseen valor meritorio.

Calvino llegó a decir: «Todas las obras del hombre no son ante Dios más que inmundicia y sordidez». Mas en contra están los siguientes textos bíblicos:

1) Jesús promete a los afrentados y perseguidos por causa de El una rica recompensa en el cielo (*Mt* 5, 12).

2) La sentencia que da sobre los justos en el día del

último juicio la funda en las obras buenas hechas por ellos (Mt 25, 34-35).

3) El motivo de la recompensa aparece en los sermones de Jesús (Mt 19, 29; 25, 21; Lc 6, 38).

4) San Pablo recalca el valor meritorio de las buenas obras (Rom 2, 6; 1 Cor 3, 8).

5) En la Biblia se nos propone la vida eterna como recompensa y corona (Sab 5, 15; 2 Tim 4, 8; Sant 1, 12).

La primera gracia actual nadie puede merecerla por sí mismo, pues es plenamente gratuita.

La gracia de la perseverancia final se puede alcanzar con mérito de *conveniencia* por la oración y fidelidad a las gracias recibidas.

Para el mérito de *justicia* hay que estar *en gracia*, como tenemos dicho, pues Jesucristo nos dice: *Como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece unido a la vid, así tampoco vosotros si no permaneciereis en Mí (Jn 15, 4-5).*

¿Se puede merecer por otro? Sólo Jesucristo ha podido merecer *en justicia* por otros, y cada uno de nosotros, en virtud de la «Comunión de los Santos» podemos merecer con mérito de «conveniencia» gracias de conversión por los pecadores e infieles. Así sabemos que San Agustín fue convertido por las oraciones de su madre, y San Pablo por las oraciones de San Esteban... Todos, pues, podemos merecer en esta forma gracias *actuales* necesarias para evitar el pecado y adelantar en la virtud.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA

¿Qué sabemos del Espíritu Santo?

Un día San Pablo llegó a Efeso donde halló algunos discípulos y les dijo: *¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe? Ellos le contestaron: Ni hemos oído nada del Espíritu Santo (Hech 19, 1-3).*

¡Para cuantos también hoy el Espíritu Santo es un Dios desconocido!

El Espíritu Santo es, como hemos dicho, la 3.ª Persona de la Santísima Trinidad y verdadero Dios como lo es el Padre y el Hijo; pero, ¿cuál es su oficio en la Iglesia? ¿Qué es lo que hace? El la sustenta y la dirige.

1.º *El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia.*

El la anima y vivifica. San Agustín lo dice así: «Lo que es el alma para el cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo para el Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia. El es quien une entre sí y con Cristo (su cabeza) los miembros de la Iglesia. El los anima con su gracia.

El Espíritu Santo se puede llamar el Arquitecto de la Iglesia. El es quien, en la creación, lo confirmó, figuró y vivificó todo, y de la misma manera hizo en la creación espiritual, que es la Redención:

— El obró la Encarnación del Verbo divino (*Lc 1, 35*).

— El obraba en la humanidad de Cristo (*Lc 4, 18; Hech 10, 38*) y continuó y perfeccionó el edificio de la Iglesia fundada por el Redentor (*Efes 2, 20 ss.*).

— El vivifica ahora a toda la comunidad de creyentes en Cristo y los une a todo como miembros de la Iglesia y por El somos santificados (*Efes 2, 18; 1 Cor 6, 11*).

2.º *El Espíritu preserva de la ruina a la Iglesia católica*, pues hace que las puertas del infierno no prevalezcan contra ella (*Mt 16, 18*) y la libra de todos los errores, pues El, el Espíritu de Verdad, estará con ella para siempre (*Jn 14, 16*).

3.º *El Espíritu Santo ayuda a los Obispos de la Iglesia* en su sagrado cargo, pues El los instituye (*Hech 20, 28*); principalmente ayuda al Papa, Vicario de Cristo en la tierra.

El impulsa o mueve a la Iglesia, esto es, a los apósto-

les, y ahora a sus sucesores: el Papa y los obispos y también a «sus colaboradores» los sacerdotes, para que anuncien con valentía la palabra de Dios y promuevan el reinado de Cristo en todo el mundo.

Un ejemplo tenemos en *Hech 4, 31; 5, 42*:

Los apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo y hablaron las palabras de Dios con libertad... y en el Templo y en las casas no cesaban todo el día de enseñar y anunciar a Cristo Jesús.

— El Espíritu Santo es la fuerza que empuja a los discípulos de Jesús *hasta los confines de la tierra* (*Hech 1, 8*), y a enfrentarse con respeto a la autoridad civil, diciendo a los que les prohibían predicar el Evangelio:

Conviene obedecer a Dios antes que a los hombres (*Hech 5, 29*).

— El Espíritu Santo les inspira lo que han de hablar (*Mt 10, 19*), y habla por ellos, como el día de Pentecostés habló por los apóstoles (*Mt 10, 20*). Por eso Santo Tomás de Villanueva dijo: «Por la boca del sacerdote habla Dios al corazón de los hombres».

4.º *El Espíritu Santo obra la conversión* de las almas y perpetúa la fracción del pan o celebración eucarística.

Al decir Pedro y los demás Apóstoles a cuantos les escuchaban, que se arrepintiesen y se bautizasen para recibir el don del Espíritu Santo, *ellos recibieron su palabra y se bautizaron, y se convirtieron aquel día unas tres mil personas. Perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles, y en la unión de la fracción del pan y en la oración* (*Hech 2, 41-42*).

5.º *El Espíritu Santo obra la remisión de los pecados* y hace que oremos como oraba Jesucristo (*Jn 20, 22-23; Hech 7, 59-60*).

6.º *El Espíritu Santo habita y está presente en nosotros* como en su templo mientras vivamos en gracia:

¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? (*1 Cor 3, 16*).

7.º *El Espíritu Santo derrama en nuestros corazones la gracia y la caridad y viene en nuestra ayuda, y nos reúne en caridad para que confesemos que Jesús es el Señor (Rom 5, 5; 8, 26; 1 Cor 13).*

8.º *El Espíritu Santo suscita hombres extraordinarios en la Iglesia, en los tiempos difíciles.*

Lo mismo que en el Antiguo Testamento, Dios se sirvió como instrumentos suyos, de un Abraham, de un Moisés, etc., así en todos los tiempos vemos que suscita hombres extraordinarios: vg. a un San Atanasio (m. 373) contra los arrianos; a San Gregorio VII, Papa (m. 1085) contra los que corrompían la disciplina eclesiástica; a Santo Domingo (m. 1221) en tiempo de los albigenses, etc., y el Espíritu Santo hace que en las horas de las persecuciones hable El mismo por boca de los perseguidos (Lc 12, 11; Mt 10, 20).

9.º *El Espíritu Santo reparte entre los fieles dones de todo género, con los que les dispone para realizar variedad de obras y de servicios para la común edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (1 Cor 12, 4-11).*

Estos dones Dios los da para el bien de los demás.

La finalidad propia del Espíritu Santo es «santificar indefinidamente a la Iglesia», y en realidad nos santifica porque todas las gracias y todos los dones que Dios nos concede, son un efecto de su amor. Por El, pues, somos santificados (1 Cor 6, 11).

Esta santificación la obra el Espíritu Santo en cada uno de los fieles, principalmente por medio de los sacramentos.

La Iglesia en su Liturgia, no sólo el día de Pentecostés, sino en otros actos principales entona el himno al Espíritu Santo:

Ven, oh Espíritu Creador,
visita las almas de tus fieles
y llena de la divina gracia
los corazones que tú formaste.

Sexta parte

LA IGLESIA

LA IGLESIA DE JESUCRISTO

«Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el siglo futuro podrá alcanzar plenamente.

Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor.

Unida ciertamente por razón de los bienes eternos y enriquecida con ellos, esta familia ha sido «constituida y organizada por Cristo como sociedad de este mundo» y está dotada de «los medios adecuados propios de una unión visible y social».

De esta forma, la Iglesia, «entidad social visible y comunidad espiritual», avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y alma de la sociedad que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios» (GS 40)

«Cristo es la luz de los pueblos»

Así empieza la Constitución dogmática sobre la Iglesia, y por ser Cristo luz de los pueblos, el deseo del Concilio Vaticano II es «iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura (Mc 16, 15))

con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia» (LG 1).

Finalidad del Concilio en esta Constitución

La finalidad del Concilio en esta Constitución es exponer *la naturaleza de la Iglesia y su misión universal*, que consiste en procurar la unión de todos los hombres en Cristo.

Unión de todos en una Iglesia universal

El mismo Concilio nos advierte que un día todos los justos descendientes de Adán, «desde Abel el justo hasta el último elegido», se congregarán en una Iglesia universal. Esta Iglesia, en la que Dios ha determinado reunir todos los creyentes en Cristo y que se perfeccionará al fin de los tiempos, guarda íntima relación con el misterio de la Santísima Trinidad, porque es en ella donde la Iglesia tiene su primer origen.

La obra de Dios Padre

El Padre Eterno creó el mundo universo por un designio totalmente libre y misterioso de su sabiduría y de su bondad, y cuando nos vio caídos en el pecado de Adán, no nos abandonó, sino que determinó elevarnos a la participación de la vida divina, ayudándonos a salvarnos en atención a Cristo Redentor.

Y estableció convocar a quienes creen en la santa Iglesia, que ya fue prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza, constituida en los tiempos definitivos, manifestada por la efusión del Espíritu.

La obra de Dios Hijo

El Hijo, o sea, Jesucristo, fue enviado por el Padre (Jn 3, 16-17; Gál 4, 4), quien nos eligió en El antes de la

creación del mundo y nos predestinó a ser hijos adoptivos.

Cristo, pues, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos (su Iglesia), nos reveló su misterio y realizó nuestra redención por su obediencia, por el sacrificio de la cruz, el que se perpetúa y renueva ahora sobre el altar.

La Iglesia trabaja constantemente en la unión de los hombres con Dios, «y el sacramento del pan eucarístico representa y realiza también la unidad de los fieles que constituyen un solo cuerpo en Cristo (1 Cor 5, 7).

Todos los hombres son llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos» (LG 3).

La obra del Espíritu Santo

El Espíritu Santo nos fue enviado el día de Pentecostés, para que indefinidamente santificara a la Iglesia y de esta manera los que creen pudieran acercarse por Cristo al Padre en un mismo Espíritu. El es el Espíritu de vida, por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado. El guía a la Iglesia a toda verdad, la unifica... y con la fuerza del Evangelio la rejuvenece y renueva incesantemente...

Y así toda la Iglesia aparece como «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 4).

Fundación y misión de la Iglesia

«El Señor Jesús ya desde el principio «llamó a sí a los que quiso, y designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar» (Mc 3, 13). Los apóstoles fueron así la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía sagrada.

Después el Señor... habiendo recibido toda potestad en el cielo y en la tierra, antes de ascender a los cielos fundó su Iglesia como sacramento de salvación y envió a los apóstoles al mundo entero, como también El había sido

enviado por el Padre, mandándoles: «Id, pues, enseñad a todas las gentes... Id por el mundo entero a predicar el Evangelio a toda criatura...» (Mt 28, 19-20; Mc 16, 15). (LG 5).

La fundación de la Iglesia es uno de los temas más fundamentales. Por el Evangelio, documento histórico, vemos que Jesucristo empezó a anunciar el establecimiento de un reino que llamó «reino de Dios», «reino de los cielos»... Este reino que se incoa en la tierra y tiene su término en el cielo, es su Iglesia.

Y así dijo: *Está ya presente el reino de Dios, arrepentíos y creed el Evangelio (Mc 1, 15). El que creyere y fuere bautizado se salvará... (Mc 16, 16).*

Muchos creyeron este su mensaje y se bautizaron y por el bautismo se fueron incorporando a su Iglesia.

Discípulos de Jesús

Para la verdadera fundación de la Iglesia Jesús hizo varios discípulos y de entre ellos eligió a doce a los que llamó *Apóstoles* (Lc 6, 12-13) y luego fueron enviados a predicar su doctrina y a hacer nuevos discípulos...

A *Simón*, hijo de Jonás, al que luego llamó *Pedro*, lo hizo príncipe de los apóstoles, *Jefe supremo de su Iglesia*.

¿Qué es la Iglesia?

«La Iglesia es una congregación de fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa» (P. ASTETE).

La Iglesia Católica es una *sociedad visible, fundada por Jesucristo* para continuar por medio de ella la obra de la salvación de los hombres.

Advertencia

Conviene tener presente que no es fácil dar una definición exacta de la Iglesia por la sobreabundancia de su contenido.

- 1) *En sentido etimológico* significa «reunión» o «con-

gregación», o bien «asamblea sagrada», e incluso lugar donde se reúnen los fieles.

2) *En sentido bíblico*, atendiendo a las numerosas imágenes, se llama «cuerpo de Cristo», «pueblo de Dios», «Reino de Dios», «rebaño», «campo y edificio de Dios»... Estas imágenes bíblicas las emplea el Concilio para esclarecer lo más posible el concepto de Iglesia.

3) *El Concilio Vaticano II* nos dice que la Iglesia es como sacramento o instrumento de Cristo para realizar la unidad de todos los hombres con Dios y entre sí (LG 1).

La palabra «sacramento» se le aplica en *sentido amplio* a la Iglesia en cuanto que es señal o instrumento de salvación, ya que en ella y mediante ella los hombres se unen con Dios en Cristo, que nos confiere la gracia de unión y de reconciliación.

LA IGLESIA, CUERPO MÍSTICO DE CRISTO

Pío XII dijo que lo más excelente que se puede decir de la Iglesia es denominarla «Cuerpo místico de Cristo».

«Si buscamos, dice, una definición de la esencia de esta verdadera Iglesia de Cristo, que es santa, católica, apostólica y romana Iglesia, no se puede hallar nada más excelente y egregio, nada más divino que aquella expresión con que se llama «Cuerpo místico de Cristo» (Enc. *Mystici Corporis*).

Doctrina de San Pablo

La Iglesia, sociedad de los fieles cristianos, es el cuerpo de Cristo, y Cristo es la cabeza de ese cuerpo.

«Como todos los miembros del cuerpo humano, aunque son muchos constituyen un cuerpo, así los fieles en Cristo» (1 Cor 12, 1-11).

La cabeza de este cuerpo es Cristo (Col 1, 18; Efes 4, 15-16) y por El se mantiene unido todo el cuerpo (Efes 1, 22). Cristo es la imagen del Dios invisible y en El fue-

ron creadas todas las cosas. El es antes que todos y todo subsiste en El.

Los miembros de este cuerpo son *los fieles* (1 Cor 12, 4-5, 27), los que por el bautismo se incorporan a la Iglesia. Por esto San Pablo llama a la Iglesia «cuerpo de Cristo». *El Cristo total* es Cristo y nosotros. El cristiano en gracia forma como una cosa con Cristo, el cual, por medio de los sacramentos comunica su vida divina a los fieles que en El creen.

Los sacramentos de la unidad

Los dos grandes sacramentos de la unidad, dice el Conc. Vat. II, son el *bautismo* y la *Eucaristía*.

El bautismo es la puerta para entrar en la Iglesia (Hech 2, 41; 8, 12). *Por el bautismo* nos sumergimos en el Cristo total y nos hace vivir su vida; y por *la Eucaristía* los cristianos nos hacemos una comunidad en Cristo y por Cristo.

Por el bautismo nos convertimos en miembros de la Iglesia, formando *un solo cuerpo en Cristo* (Rom 12, 5), y así como en nuestro cuerpo los miembros son diversos y cada uno desempeña su función, así también en la Iglesia hay diversos miembros y ejercen diversas funciones: unos son apóstoles, otros doctores, otros tienen don de lenguas, etc.

Semejanza con Cristo

Por ser Cristo la cabeza de este cuerpo, o sea, de su Iglesia, es necesario que los cristianos o miembros de la misma se asemejen a Cristo hasta que El sea formado en ellos (Gál 4, 19).

¿Cómo fundó Cristo la Iglesia?

Cristo fundó la Iglesia de un modo *inmediato y personal* durante el tiempo de su vida sobre la tierra, pues El puso los fundamentos substanciales de la misma en cuanto a la doctrina, al culto y a su constitución. Y por ser El también Dios, la Iglesia es una obra divina.

— Cristo, fundador de la Iglesia, vino al mundo por estos dos fines: dar gloria a Dios y salvar a los hombres (*Jn* 17, 4; 3, 17).

— Cristo transmitió su misión a los apóstoles (*Jn* 20, 21; 17, 18).

— El fin de la misión de Cristo, y por tanto de su Iglesia es la santificación de las almas (*Jn* 10, 10). La Iglesia, en consecuencia, tiene una misión salvadora.

La Iglesia es una sociedad religiosa

Considerados el fin y los medios de la Iglesia, ésta es una sociedad sobrenatural y espiritual.

La Iglesia tiene los elementos de una sociedad:

- 1) *Miembros* (los bautizados).
- 2) *Un fin* (la santificación y salvación de las almas).
- 3) *Medios* para conseguir ese fin (doctrina, preceptos y sacramentos), y
- 4) *Autoridad* (que reside en Pedro y los apóstoles y sus sucesores).

Iglesia docente y discente

Por razón de la autoridad, la Iglesia se divide en docente y discente. *Docente* (de *docere* = enseñar) es la que enseña, y la componen el Papa, los Obispos y los sacerdotes, sus delegados. Y la *discente*, la forman los que tienen la obligación de aprender, o sea, los simples fieles. Algunos dicen: «Soy Iglesia», y es cierto, es un

miembro de la misma, que puede ser docente o simple aprendiz.

La Iglesia es una sociedad perfecta

Es perfecta, porque posee en sí misma y por sí misma todo lo necesario para existir y para obrar, a saber: *fin distinto e independiente* del de la sociedad civil, cual es la santificación y la salvación de las almas, y *medios necesarios* para la consecución de ese fin. De aquí que sea una sociedad con ejercicio independiente de todo poder temporal.

Notemos bien que la Iglesia es una sociedad *perfecta, suprema e independiente*, y lo es también el Estado o sociedad civil, pues cada una tiene su misión: la una *espiritual o sobrenatural* de salvación, y la otra *temporal*, de procurar el bien de los ciudadanos. Ambas deben colaborar en asuntos de interés mutuo, sin intromisiones en el terreno propio de cada una.

Jesucristo dijo: *Dad al César lo que es del César, a Dios lo que es de Dios (Mt 22, 21)*.

Doctrina de los Papas y del Vaticano II

«Las mayores desgracias vendrían sobre la religión y sobre las naciones, si se cumplieran los deseos de quienes pretenden la separación de la Iglesia y del Estado, y que se rompiera la concordia entre el sacerdocio y el poder civil...» (GREGORIO XVI, Enc. *Mirari vos*, 1832).

«Separar el Estado de la Iglesia es una tesis absolutamente falsa y sumamente nociva» (S. Pío X, Enc. *Veheementer Nos* 11-11-1906).

Todos los Papas desde León XIII repiten la misma idea, y abogan, como dijo Pío XII, por la estrecha unión de las dos autoridades establecidas por Dios: la Iglesia y el Estado, por ser extraordinariamente útil para la tranquilidad del orden público.

El Conc. Vaticano II expone así esta idea:

«La comunidad política y la Iglesia son independientes

y autónomas, cada una en su propio terreno. Ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto más sana y mejor sea la cooperación entre ellas, habida cuenta de las circunstancias de lugar y de tiempo» (GS 76).

¿Cómo entender la frase: «Mi reino no es de este mundo»?

Jesucristo quiso decir que su reino o Iglesia viene del cielo y «no es de la tierra», pero no dijo que no debiera estar en la tierra, pues sobre ella vino a fundarla.

No es, pues, de este mundo, en el sentido de que no es de la forma de los reinos terrenos, pues no es político, ni se limita a un país o pueblo como ellos, ni se extiende o defiende con el poder de las armas; pero no por eso deja de estar la Iglesia en este mundo y necesitar recursos temporales y medios de gobernar a sus súbditos, hombres ligados a la materia.

«La Iglesia es el pueblo de Dios, esparcido por toda la tierra» (S. AGUSTÍN), y se la llama «reino de los cielos» porque su fin es educar a los hombres para el cielo.

Las relaciones Iglesia-Estado

El principio de libertad religiosa, proclamado por el Concilio Vaticano II, sobre el que se deben pautar las relaciones Iglesia-Estado, significa fundamentalmente dos cosas:

a. Que a ningún ciudadano se le moleste por sus creencias, ni sea discriminado ante la ley en virtud de ellas. Se trata de la justa *libertad de las conciencias*, según la cual tampoco se impedirá la práctica privada y pública de la propia religión, siempre que no implique perjuicio para el bien común: problemas, por ejemplo, de orden público, o lesiones a la moral natural social.

b. Que a ningún estado compete declarar cuál es la religión verdadera. Si determinada confesión es objeto de particular consideración —el Vaticano II no excluye esta posible «confesionalidad»—, ello no será a título dogmático, sino sociológico: a la vista del peso social de dicha religión.

Pero la libertad religiosa de ninguna manera significa:

a. Que cualquier religión sea verdadera, o que todas sean iguales, en el sentido de que cada persona pueda moralmente optar por la que prefiera, sin tener en cuenta su obligación —en conciencia— de buscar la verdadera y, una vez hallada, de abrazarla. Esto sería un pernicioso «indiferentismo» que algunos, equívocamente, llaman *libertad de conciencia* y que, por supuesto, no es un derecho que tengan los hombres (ver pág. 55).

b. Que el Estado pueda prescindir del hecho religioso. Por el contrario, debe fomentar la formación y práctica religiosa de los ciudadanos, como parte importante que es del bien común, y como base para la misma fuerza vinculante de las leyes humanas. En este sentido debe ser apoyada la vida y actividad de las confesiones religiosas —según su peso específico dentro del país—, así como sus obras de carácter asistencial, etc.; debe garantizarse su justa autonomía y la de sus jerarquías, para cumplir su cometido, dentro de la propia esfera. Una mentalidad «laicista» ha llevado a veces a olvidar esto y a propugnar una teórica y falsa separación entre los ámbitos civil y religioso, en términos que prácticamente han significado una opresión estatal a las confesiones religiosas, concretamente a la Iglesia Católica, que se ha visto ignorada (en la realidad se ha visto privada de su independencia, sometida al Estado, e incapacitada para llevar a cabo su misión).

Un procedimiento clásico para garantizar esa libertad y esa autonomía ha solido ser la firma de pactos bilaterales —concordatos: generales o parciales según materias—, en que se reglamentan las materias citadas,

así como el modo de proceder en cuestiones fronterizas, mixtas, de interés común. Evidentemente este tipo de tratados, que aseguran la libertad religiosa y la paz civil, no constituyen forma alguna de privilegio, que lesione derechos de terceros o provoque «agravios comparativos»: se trata, tan sólo, de instrumentos jurídicos para proteger aquellas libertades básicas (que deben respetarse a todo ciudadano, sean cuales fueren sus creencias).

PRIMADO DE SAN PEDRO

¿Qué entendemos por «primado»?

Primado es lo mismo que *poder supremo*. Este poder se lo dio Jesucristo a San Pedro, primer *Papa*, y por eso éste es el Jefe supremo de la Iglesia, y el Vicario o representante de Cristo en la tierra.

El Papa, cabeza visible de la Iglesia

La Iglesia es una sociedad *visible*, y como toda sociedad necesita una cabeza o autoridad que mantenga la unidad de sus miembros, y por eso Jesucristo hizo a San Pedro Jefe Supremo de su Iglesia.

Jesucristo hizo a San Pedro Jefe Supremo de la Iglesia

Esto lo sabemos por las palabras de su *promesa* y por las de su *institución*.

1.º *Cristo prometió a Simón Pedro el Primado*

Después que confesó solemnemente en Cesarea de Filipo la mesianidad y divinidad de Cristo, Este le prometió el primado con estas palabras:

«Bienaventurado, Simón, hijo de Jonás, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y Yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré Yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto

atares en la tierra, será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra, será desatado en los cielos» (Mt 16, 17-19).

Estas palabras se dirigen inmediata y exclusivamente a Pedro, y con ellas *promete* fundar una Iglesia o comunidad nueva religiosa, distinta de la sinagoga, y bajo la triple imagen 1) *de la piedra* (esto es lo que significa *Cefas*, nombre de Pedro en arameo), 2) *de las llaves*, y 3) *de atar y desatar* (que expresan el primado o dignidad de Jefe supremo de la Iglesia). Pedro, pues, es:

1) *Piedra* o roca sobre la que descansa o fundamenta la Iglesia de Cristo, pues él es el que con su autoridad da unidad y estabilidad a toda ella.

2) *Es depositario de las llaves del reino de los cielos*, siendo respecto de la Iglesia lo que un dueño es respecto de su casa. Las *llaves* significan la potestad de gobernar (Apoc 1, 18; 3, 7; Is 22, 22).

3) *Atar y desatar* tienen el significado de dictar leyes y derogarlas, imponer castigos y absolver de ellos.

La *interpretación protestante*, que dice que la roca o piedra es la fe de Pedro, se va hoy abandonando, porque en realidad violenta las palabras del texto. Así lo reconoce Oscar Cullman, figura destacada del protestantismo. El sentido obvio del texto nos dice que tanto la prerrogativa «fundamento» como las dos siguientes expresadas por las metáforas de «abrir y cerrar» y de «atar y desatar», van dirigidas a la persona de Pedro.

Los protestantes dicen también que no es Pedro, sino Cristo la piedra fundamental de su Iglesia (Efes 2, 19-20). A esto diremos que nadie niega que Cristo sea la «piedra angular y principal» de su Iglesia, como también es el supremo Pastor; mas esto no excluye que lo sea también Pedro por participación como «vicario» que hace sus veces.

La Iglesia como sociedad *visible* necesitaba una cabeza visible y ésta es Pedro o el Papa, su sucesor, desde el momento que Jesús subió al cielo.

2.º *Jesús confió a Pedro el Primado de jurisdicción*

El primado que le había prometido, se lo confirió después de su resurrección en estas palabras:

Apacienta mis ovejas... (Jn 21, 15-17).

Las «ovejas» y «corderos» representan todo el rebaño o Iglesia de Cristo, y la palabra «apacentar» refiriéndose a los hombres significa «gobernar» (Véase: 2 Sam 5, 2; Hech 20, 28). Pedro, pues, recibió el poder de gobernar sobre toda la Iglesia. El es su Pastor supremo.

Pedro ejerció su primado después de la Ascensión del Señor al cielo, y así vemos que dispuso de la elección de Matías (Hech 1, 15) y fue el primero en anunciar el mensaje de Cristo y dar testimonio de El (Hech 2, 14 s.; 4, 8; 10, 1 s.; 15, 17 s.; Gál 1, 18; etc.).

El Papa es el sucesor de San Pedro

La perpetuidad del primado

El Concilio Vaticano I definió que por institución de Cristo, San Pedro tendrá en todos los tiempos sucesores de su primado de jurisdicción sobre toda la Iglesia.

Esta es una consecuencia lógica de la naturaleza y finalidad del primado. San Pedro tiene una misión en la Iglesia, confiada por Cristo, que debe durar hasta el fin de los tiempos; mas como Pedro era mortal, su misión tiene que pasar a otros.

La finalidad del primado es conservar la unidad y solidez de la Iglesia, y como ésta no puede seguir en pie sin el fundamento que la sostiene (Mt 16, 18), y el rebaño de Cristo no puede subsistir sin su pastor (Jn 21, 15-17), síguese que el primado debe perpetuarse en sus sucesores.

«El Papa tiene en la Iglesia el «primado de honor» sobre todos los obispos, y de «jurisdicción» sobre ellos y sobre toda la Iglesia» (Vaticano I), o sea, plenitud de la potestad suprema, «permaneciendo inmutable el primado de la cátedra de Pedro» (LG 13).

¿Cuáles son los sucesores de Pedro en el primado?

Los sucesores de Pedro son los obispos de Roma.

«El Romano Pontífice (que se llama así, porque es siempre obispo de Roma), es sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles y verdadero Vicario de Cristo, y tiene el primado sobre todo el orbe» (Conc. Florencia).

El Papa es sucesor de Pedro, porque por la Historia sabemos que este apóstol estuvo en Roma y murió mártir en Roma (a. 67) y como toda la Iglesia ha aceptado la sucesión de San Pedro en Roma, de ahí que el primado y toda la autoridad del mismo Pedro quedó vinculada en sus sucesores, los obispos de Roma.

El actual Pontífice Romano es, por tanto, el legítimo sucesor de San Pedro y el Vicario de Cristo, obispo universal de la Iglesia.

Desde San Pedro a Juan Pablo II, ha habido 264 Papas. Y según las palabras de Jesucristo el ministerio de los apóstoles debía durar en sus sucesores (Mt. 28,20).

Los demás apóstoles son los que debían ayudar a San Pedro en el hobierto de la Iglesia y su ministerio debía durar después de su muerte (Mt. 18,18; 28,19-20).

CONSTITUCIÓN JERÁRQUICA DE LA IGLESIA

¿Qué es la jerarquía?

Jerarquía (= autoridad sagrada) es el conjunto de dignidades o autoridades ordenadas según su grado (el Papa, los obispos, presbíteros, diáconos). La Iglesia es, pues, un pueblo jerarquizado.

La Iglesia es una sociedad jerárquica

Cristo la fundó como sociedad jerárquica porque en ella unos están subordinados a los otros, y así vemos que unos enseñan y otros son enseñados, unos administran sacramentos y otros los reciben. Los *pastores* y *fieles* no son, por tanto, todos iguales.

Jesucristo instituyó en su Iglesia diversos *ministerios*

jerárquicos, ordenados al servicio de todo el cuerpo de la Iglesia.

Colegialidad de los obispos

Jesucristo instituyó a los apóstoles «a modo de colegio», y ahora los obispos presididos por el Papa forman un grupo estable parecido al «colegio apostólico» al que sucede con los mismos poderes.

El Conc. Vaticano II nos lo dice de este modo: «Así como, por disposición del Señor, San Pedro y los demás apóstoles forman *un solo colegio apostólico*, del mismo modo se unen entre sí el Romano Pontífice, sucesor de Pedro y los obispos, sucesores de los apóstoles» (LG 22).

El colegio de los obispos no tiene autoridad si no se considera incluido el Romano Pontífice, sucesor de Pedro como cabeza del mismo (LG 22).

Potestad de los obispos

Los obispos, en su calidad de sucesores de los apóstoles, recibieron del Señor la misión de «enseñar a todas las gentes». Ellos forman ahora la Iglesia «docente», y ésta tiene la misma misión o los mismos poderes que Cristo.

Cristo es *Doctor o Maestro* (profeta), *Sacerdote y Rey o Pastor* de su grey, y El entregó a sus apóstoles esta triple potestad:

1) *La de enseñar* (profética) a todos los pueblos (Mt 28, 19).

2) *La de santificar* (sacerdotal) por medio de los sacramentos, y así les otorgó el poder de efectuar y ofrecer el santo sacrificio (Lc 22, 20) y de perdonar pecados (Jn 20, 23) (LG 26).

3) *La de regir o gobernar* (regia o pastoral), pues les dio amplio poder de atar y desatar, o sea, dar preceptos y levantarlos (Mt 18, 17).

De esta manera el Señor fundó la Iglesia sobre el Colegio apostólico.

Perpetuación de la jerarquía

El ministerio de los apóstoles se perpetúa en sus sucesores los obispos, hasta el fin del mundo (*Mt* 28, 20).

Al *colegio apostólico* sucede por institución divina (por voluntad de Cristo) *el colegio de los obispos* con la triple potestad de enseñar, santificar y regir la Iglesia. Así vemos cómo los apóstoles comunicaron sus poderes a otros; por ejemplo: San Pablo a Timoteo (obispo de Efeso), y a Tito (obispo de Creta) (*1 Tim* 5, 22; *2 Tim* 4, 2-5; *Tit* 1, 5; 2, 1, 15).

El Espíritu Santo por medio de los apóstoles constituía obispos para apacentar la Iglesia de Dios (*Hech* 20, 28: 14, 22).

El Colegio de los Obispos y su Cabeza

Miembros del cuerpo episcopal

Para ser miembros del Cuerpo o colegio episcopal se requieren dos condiciones: 1.^a la consagración episcopal, y 2.^a la comunión *jerárquica* con la cabeza y miembros del colegio.

¿Qué se confiere por la consagración episcopal?

Se confiere la plenitud del sacramento del Orden (por eso se llama «supremo sacerdocio y plenitud del sagrado ministerio») y se imprime el carácter episcopal, y así en forma eminente y visible hacen las veces de Cristo. Y *por la misma consagración* (y no por el Papa) se confiere no sólo la potestad de *santificar*, sino también la de *enseñar y regir*; mas el *ejercicio* de estas potestades sólo puede llevarse a cabo si se está en comunión *jerárquica* con el colegio, o sea, con su cabeza y miembros

¿Cómo rigen los obispos sus diócesis?

Los que tienen potestad propia y ordinaria (no delegada como los Vicarios y Prefectos Apostólicos) *las rigen como Vicarios de Cristo y en nombre de Cristo* (no del Papa).

La potestad del Papa

El Papa tiene potestad plena, suprema y universal sobre la Iglesia (sobre todos, pastores y fieles) que puede ejercer siempre libremente. Y esta potestad no la tiene como cabeza del colegio, sino en virtud de su cargo u oficio de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia. Al Papa, pues, le compete una potestad primacial y plena (CD 2).

Potestad del colegio episcopal

Este tiene también plena y suprema potestad en la Iglesia, pero no puede ejercerla, sino con el consentimiento del Romano Pontífice, y sobre la Iglesia universal «se ejerce de modo solemne en el Concilio ecuménico». (CD 4).

Solicitud universal

«Cada uno de los obispos ejercita su gobierno pastoral sobre la Iglesia particular o porción del pueblo de Dios que le ha sido confiada, y no sobre las otras iglesias ni sobre la Iglesia universal; mas en cuanto miembro del colegio episcopal y como legítimos sucesores de los apóstoles, cada obispo está obligado a tener solicitud por la Iglesia universal: *promoviendo la unidad de la fe, instruyendo a los fieles en el amor de toda la Iglesia, especialmente a los pobres, a los que sufren...*, y debe tener *solicitud misionera*, suministrando misioneros y bienes materiales...

Los presbíteros

Estos son los «colaboradores de los obispos», y aunque no tengan el grado supremo del sacerdocio (como los obispos), sin embargo, su dignidad sacerdotal es grande, y «toman sobre sí una parte» de los oficios y solicitud del obispo, y bajo su autoridad trabajan en la parte «a ellos adjudicada», en la que hacen presente al obispo y colaboran así «a la edificación de todo el cuerpo de Cristo».

Los diáconos

Estos reciben la imposición de manos «para el ministerio», y pueden administrar solemnemente el bautismo, distribuir la Eucaristía, bendecir el matrimonio, instruir a los fieles, etc.

Deberes de los fieles para con la jerarquía

Los resume así el apóstol (Heb 13, 17):

Obedeced a vuestros pastores y estadles sujetos, que ellos velan sobre vuestras almas, como quien ha de dar cuenta de ellas, para que lo hagan con alegría y sin gemidos, que esto sería para vosotros poco venturoso. Orad por ellos.

EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

¿Qué es el Magisterio supremo de la Iglesia?

Es el poder que la Iglesia ha recibido de Jesucristo para enseñar a todos con plena autoridad las verdades reveladas y las que tengan conexión con ellas.

El Magisterio de la Iglesia reside en el Papa con los obispos del orbe católico, y por eso decimos que ellos con sus delegados forman la Iglesia docente, y los demás fieles forman la Iglesia discente.

Pruebas a favor del Magisterio de la Iglesia

1.ª Porque Jesucristo fundó su Iglesia al frente de la cual puso a San Pedro y a sus apóstoles y sucesores, y ellos (que constituyen la Iglesia docente) recibieron de El la *potestad de enseñar su doctrina por todo el mundo*, y les fue prometida su asistencia hasta el fin de los siglos (Mt 16, 18-19; 28, 19-20; Mc 16, 16), y a ellos precisamente les dijo: *El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que os desprecia, a Mí me desprecia* (Lc 10, 16).

2.ª Porque a los apóstoles les da el Espíritu Santo para que les enseñe todas las cosas y por tanto también

el don de entender y de interpretar las Escrituras (*Jn* 14, 26; *Lc* 24, 45).

3.^a Porque de hecho los apóstoles nos interpretan las Escrituras y nos dicen el verdadero sentido (*Hech* 1, 15-22; 2, 14-18; *Heb* 4, 1-10; etc.).

El magisterio de la Iglesia es infalible

La Iglesia no puede errar en las cosas de fe y de moral. La razón es porque Cristo hizo a San Pedro «fundamento de toda la Iglesia» para darle unidad y solidez, y porque le prometió además a esta su Iglesia una duración imperecedera con una *ayuda eficaz* o asistencia especial (*Mt* 28, 19-20).

Ahora bien, esta unidad y solidez no es posible si no se conserva la verdadera fe. Luego Pedro (y por tanto sus sucesores) es el supremo Maestro en la fe en toda la Iglesia, y por tanto es infalible.

La *infalibilidad del magisterio* reside en el Papa con los obispos, dispersos o reunidos en Concilio, y en el Papa por separado cuando enseña *ex-cátedra*, es decir, como pastor y maestro de todos los fieles, declara una doctrina de fe o de moral para la Iglesia entera.

— Cristo dio a sus apóstoles su misma misión (*Jn* 20, 21), e hizo a San Pedro la promesa de que no desfallecería su fe, y le dio el encargo de confirmar a sus hermanos en la fe (*Lc* 22, 32). También prometió a los apóstoles el Espíritu Santo para que les enseñe todas las cosas (*Jn* 14, 26; *Lc* 24, 45).

Advertencia:

De lo anteriormente expuesto nos consta que la asistencia del Espíritu Santo fue prometida a su Iglesia *docente* (Id, enseñad...), y no nos consta por texto alguno de la Biblia que fuera prometida a cada uno en particular.

No creemos, pues, que sea cierto, como dicen algunos protestantes, que el Espíritu Santo habla en particular a cada uno de los lectores de la Biblia, pues si así fuera, al ser El «el que guía hacia la verdad completa» (*Jn* 17, 12), y ser «espíritu de verdad», ¿por qué hay entre ellos más de 300 sectas y no tienen la misma doctrina contradiciéndose en los mismos puntos? Luego es necesario reconocer el Magisterio de la Iglesia.

NOTAS O SEÑALES DE LA VERDADERA IGLESIA

«Creemos en la Iglesia, que es Una, Santa, Católica y Apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra que es Pedro.

Ella es el Cuerpo Místico de Cristo, al mismo tiempo sociedad visible, instituida con organismos jerárquicos y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre, el pueblo de Dios peregrino aquí abajo... y que tiende a su realización perfecta más allá del tiempo en la gloria» (*Credo del Pueblo de Dios*).

Las notas o caracteres que distinguen a la verdadera Iglesia de las falsas son las que hallamos en la profesión de fe del Concilio Niceno-Constantinopolitano: «Creo en la Iglesia una, santa, católica, y apostólica».

Las notas, pues, son cuatro: *unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad*.

Las notas son propiedades esenciales de la Iglesia

Hemos de advertir que *toda nota es propiedad*, pero no viceversa, pues de hecho tenemos otras propiedades de la iglesia como el ser *visible, infalible e indefectible* que *no son notas*, porque no reúnen las condiciones de cada nota: ser *esencial, visible y fácilmente cognoscible*, porque sólo así nos manifiestan y dan a conocer a la verdadera Iglesia de Cristo de un modo constante: *La unidad de fe y de régimen* es cognoscible por la profesión externa de *un mismo Credo* y por el ejercicio del gobierno y de la obediencia de los súbditos al Papa; *la santidad* se manifiesta por las buenas obras, actos heroicos, sus milagros, etc.

1) *La Iglesia es una y única*

El designio eterno de Dios fue reunir a todos en una sola Iglesia y quiso que fuese una porque Cristo fundó una sola Iglesia y al fundarla habló en singular: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16, 18), rogó por todos los creyentes *para que todos sean uno... como nosotros uno* (Jn 17, 21-22).

— Porque Cristo nuestro único Redentor predicó *una misma fe y un solo bautismo*, y por la profesión de una misma fe y el bautismo formamos el verdadero pueblo de Dios. Además de un mismo «Credo», quiso para su Iglesia *un mismo régimen*, esto es, que tuviese un mismo Jefe, el Romano Pontífice, y una fuese la profesión de los mismos sacramentos (*Efe 4, 5; Jn 10, 16*).

— Y finalmente porque los cristianos constituyen *un solo Cuerpo o sociedad visible*, vivificada por el mismo Espíritu y nutrida por el mismo Pan (*1 Cor 10, 17*).

2) *La Iglesia es santa*

Creemos que la Iglesia es indefectiblemente santa (*LG 39*), porque *Cristo su Fundador es santo y santos* quiere que sean sus miembros, y El la amó de tal manera que «se entregó por ella para santificarla» (*Efes 5, 25 s.*).

Además santa es *su doctrina* y sus consejos evangélicos, que practicados conducen a la santidad, y *sus sacramentos* confieren la gracia y hacen santos... y está animada por el Espíritu Santo (*1 Cor 12, 12 s.*).

3) *La Iglesia es católica*

— Porque Cristo quiso que fuese *universal* y abarcara al mundo entero, o sea, a todos los pueblos de la tierra en orden a su salvación (*Mt 28, 19*).

Es «universal de hecho» en cuanto puede conocerse en cualquier parte de la tierra, y también de «derecho», porque Cristo la fundó *para que continúe propagándose* (*Mt 28, 19; 24, 14; Mc 16, 15*).

4) *La Iglesia es apostólica*

— Porque trae origen de los apóstoles, pues a ellos les entregó Cristo su misión (*Jn 20, 21*), y a Pedro se la entregó para que la apacentara como Pastor supremo (*Jn 21, 17*). Además tenemos que el Papa y los obispos son los legítimos sucesores suyos y sobre ellos la fundó Cristo (*Efes 2, 20*), y a ellos les encargó que fueran testigos suyos en todo el mundo (*Hech 1, 8*).

Las notas dichas sólo convienen a la Iglesia católica

Todas las demás Iglesias no tienen estas «notas», sobre todo *no son apostólicas*, porque surgieron mucho tiempo después de los apóstoles:

— *El protestantismo* aparece en el siglo XVI, y trae su origen de Lutero, Enrique VIII, Calvino, etc.

— *El anglicanismo* se reduce a una Iglesia nacional.

— *Los orientales separados* descienden de los apóstoles y tienen sacramentos válidos, mas no tienen unidad con el Papa, ni catolicidad.

— *Las diversas sectas o comuniones no católicas* no están unidas al sucesor de Pedro, no tienen la misma cabeza, ni una sola y misma fe, ni la pueden tener, ya que el principio del «libre examen» que profesan admite la interpretación de cada uno a su manera de la Biblia y no reconocen el Magisterio supremo. Por eso Balmes dijo: «Si se consideran juntas, *no tienen unidad*, y si separadamente, *no tienen catolicidad*, y sabido es que tienen diversos credos».

La doctrina de la fe no puede variar en el decurso de los siglos. La verdadera Iglesia debe enseñar siempre la misma doctrina de Cristo. La verdad siempre es una no puede mudar. Bossuet exclamó: «¡Protestantismo, tú varías! Luego no eres la verdad».

— *Unión de las Iglesias*. Este es el deseo del Papa y del Concilio, que ha dado el Decreto sobre el «ecumenismo». Todos debemos interesarnos y orar por la unión, y dentro de la más profunda caridad el católico debe mantener *la integridad* de su doctrina, reconocer lo bueno que hay en los demás y lo que nos une.

El mismo Vaticano II, en el Decreto sobre el ecumenismo, dice: «Creemos que el Señor entregó todos los bienes de la Nueva Alianza a un solo Colegio apostólico, presidido por Pedro, para constituir un solo cuerpo de Cristo en la tierra, al que es necesario que se adhieran todos los que ya pertenecen de algún modo al pueblo de Dios» (UR 3); con esto se indica que las Iglesias no católicas deben volver al tronco del que se desgajaron.

¿Es posible el ecumenismo?

Nadie duda que es «posible» máxime con los *protestantes* y *ortodoxos* o los orientales separados, partiendo de las verdades que profesamos en común, como es el amor a las Sagradas Escrituras (en las que todos debemos profundizar), la divinidad de Jesucristo, la Santísima Trinidad, el bautismo, etc. Además del estudio, necesitamos la oración, la caridad y la humildad. Está bien el amor mutuo, pero no basta para la unión, se necesita la verdad doctrinal revelada por Jesucristo, la cual no podemos traicionar.

— *Los «no cristianos»* como los judíos y musulmanes, que no están bautizados, sólo profesan con nosotros la creencia en el único Dios verdadero, y a éstos les debemos respeto y amor.

— *Los testigos de Jehová* es una secta de los últimos tiempos, que no puede llamarse cristiana y prácticamente es atea, pues tiene un «credo» totalmente opuesto al de la Iglesia católica. No admiten ninguno de sus dogmas. Niegan la divinidad de Jesucristo, el misterio de la Santísima Trinidad, el infierno, la inmortalidad del alma, niegan los Sacramentos... Con estos no es posible ni el diálogo ni el ecumenismo (lo reconocen los protestantes) y ellos no lo quieren. Hablan mal de todas las religiones. Su Biblia titulada: «Traducción del Nuevo Mundo de las Sagradas Escrituras», es una Biblia fallada. (Véanse mis libros: «LA RELIGION VERDADERA y las diversas sectas», y «Los testigos de Jehová, sus doctrinas y sus errores».

La Iglesia es visible, infalible e indefectible

He aquí tres propiedades esenciales de la Iglesia Católica.

1) *La Iglesia es visible*

La Iglesia católica es *visible* y a su vez *invisible*.

— Es «visible» porque es una sociedad externa y pue-

de ser conocida y diferenciada de las demás iglesias por hechos externos, como son:

a) Por sus jefes (el Papa, los obispos) y miembros que obedecen.

b) Por la predicación y profesión de la misma doctrina.

c) Por su sacrificio y administración de sacramentos.

— *Es invisible o espiritual* a la vez por *la vida interior de la gracia*, que con las dichas partes visibles guarda la misma relación que el alma con el cuerpo; por lo que también se llama *el alma* de la Iglesia.

Jesucristo estableció su Iglesia santa, dice el Vaticano II, como una comunidad de fe, de esperanza y caridad.

2) *La Iglesia es infalible*

La infalibilidad es una propiedad de la Iglesia Católica, y consiste en que no puede errar en sus enseñanzas sobre la fe y la moral. La Iglesia es infalible:

a) Porque Cristo es Maestro infalible de la verdad, pues su doctrina es de Dios (Jn 7, 16) y lo prueba con las obras y milagros (Jn 10, 37; 14, 11-12), y El es el que impone a los hombres, y ahora por su Iglesia, bajo pena de excomunión el creer en su doctrina: *Quien no creyere se condenará* (Mc 16, 16).

Esta imposición es propia de solo Dios y exige que esté exenta de error... Luego los apóstoles y por tanto la Iglesia docente no puede errar, y por eso exige fe absoluta en ella, para que el que crea en El no perezca (Jn 3, 15, 36; 5, 24; 6, 30).

b) Porque Cristo, como hemos dicho, instituyó un magisterio infalible para los hombres: *la Iglesia docente*, y a ellos les prometió auxilio especial del Espíritu Santo y El como «Espíritu de verdad» permanecería siempre con ellos (Mt 28, 20; Jn 14, 16), y a San Pedro le dijo que *las puertas del infierno* (los errores, las herejías..., la muerte) *no prevalecerían contra ella* (Mt 16,

18), y San Pablo llama a la Iglesia *columna y fundamento de la verdad* (1 Tim 3, 15).

3) *La Iglesia es indefectible*

Porque según la promesa de Cristo permanecerá hasta el fin del mundo (Mt 16, 18 s., 28, 20; Is 9, 7; Dn 2, 44; 7, 14).

¿De dónde saca la Iglesia su doctrina?

La Iglesia saca su doctrina y sus decisiones de la Biblia y de la Tradición apostólica. De ahí que podamos contestar así a esta pregunta: «¿Por qué lo creéis? Porque Dios lo ha revelado (porque está contenido de algún modo en la Sagrada Escritura) y la Iglesia me lo enseña». Por este motivo, hemos de decir, que la Iglesia no inventa ningún dogma, ni lo crea, sino que lo *aclara* (2 Tes 2, 15; 1 Cor 15, 3; Jn 16, 13...).

Conviene saber que el objeto primario de la infalibilidad son las verdades, formalmente reveladas, de la fe y de la moral cristiana, y una vez propuestas por la Iglesia, como en ellas no se equivoca y nos impone aceptarlas, por ser la doctrina predicada por los apóstoles, es deber nuestro aceptarlas, porque «*el que creyere, se salvará y el que no creyere, se condenará*» (Mc 16, 15-16).

NECESIDAD DE LA IGLESIA PARA SALVARSE

Grados de incorporación a la Iglesia

El Conc. Vat. II nos habla de diversos modos de pertenecer a la Iglesia en relación con el angustioso problema de la salvación. *Por el bautismo* pertenecemos a la Iglesia o pueblo de Dios, pero hay grados de incorporación.

(El Concilio, para mayor claridad, no nos habla con la terminología hasta ahora usada de miembros o no miembros de la Iglesia, cuerpo o alma, sino de la incorporación y de vínculos y de mayor o menor unión).

Necesidad de la Iglesia para salvarse

«El Concilio enseña, apoyándose en la Sagrada Escritura y Tradición, que esta Iglesia peregrina (o militante) es necesaria para la salvación» (LG 14).

Los Concilios de Letrán (a. 1215) y de Florencia (1432) definieron que una sola es la Iglesia universal de los fieles, fuera de la cual no hay salvación, y esta doctrina se halla también en la Biblia, donde se afirma que la salvación se obtiene por la incorporación a Cristo y a su Iglesia (*Hech 4*, 11-13).

Ahora el Conc. Vat. II, teniendo presentes las palabras de Cristo sobre la necesidad de la fe y del bautismo para salvarse (*Mc 16*, 16; *Jn 3*, 3), concreta así esta cuestión, afirmando el hecho de que «quienes *sabiendo y conociendo la necesidad de la Iglesia*, no quieran entrar o perseverar en ella, no pueden salvarse» (LG 14).

La incorporación a la Iglesia

1) *Los fieles católicos* o bautizados que poseen el Espíritu de Cristo, o sea, la gracia santificante están incorporados *plenamente* a la Iglesia. Las otras condiciones para la perfecta unión son los vínculos de «una misma fe o credo, unos mismos sacramentos y un mismo régimen» u obediencia al Romano Pontífice.

2) *Los pecadores* no están incorporados plenamente a la Iglesia, aunque reúnan todas las otras condiciones.

3) *Los catecúmenos* no están incorporados plenamente a la Iglesia por no estar bautizados, pero, aunque no hayan entrado *realmente en ella*, pertenecen a la misma por un deseo explícito y por la caridad.

4) *Los cristianos no católicos* como los hermanos separados: *ortodoxos orientales, protestantes, anglicanos...*, no pertenecen plenamente a la Iglesia «porque no profesan íntegramente la fe o no conservan la unidad bajo el sucesor de Pedro», si bien hemos de reconocer que existen varios vínculos comunes, vg. en cuanto se

honran en tener la Sagrada Escritura como norma de fe y de vida, y en el amor a Dios y a Cristo Redentor..., y otros como los ortodoxos, en el amor a la Virgen, en el Obispado, en la celebración de la Eucaristía...

5) *Los no cristianos, como los judíos y musulmanes* y otros pueblos, *se relacionan* con el Pueblo de Dios por diversos motivos y vínculos. *Con el pueblo judío* porque a él se confiaron las alianzas y promesas y de él nació Cristo según la carne, y sigue siendo amado de Dios, porque los dones y vocación son irrevocables (*Rom 11, 28-29*).

Y con los musulmanes, porque reconocen a Dios Creador, Misericordioso y Juez de todos los hombres.

Estos dos pueblos no están bautizados, sólo profesan con los católicos la creencia en el único Dios verdadero, y les debemos respeto y amor.

Enseñanzas que hemos de tener en cuenta:

1) Sólo hay un Dios y Padre de todos, que nos señala la meta de la verdadera unión (*Efes 4, 3-6*).

2) Cristo nos habla de la necesidad de la fe y del bautismo para la unidad (*Mc 16, 16; Jn 3, 3*).

3) Cristo es el único Mediador y camino para la salvación (*Jn 14, 6; 1 Tim 2, 5*).

4) El ideal sería tener todos un mismo sentir y una misma caridad, y *un solo corazón* (*Filip 2, 2; Hech 4, 32*).

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

La Iglesia es ante todo una comunidad

Esta comunidad vive y se desarrolla en el tiempo, y es el «pueblo de Dios» constituido por el bautismo alrededor de Cristo. «El Señor quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí,

sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente» (LG 9).

La nueva alianza

Dios eligió como pueblo suyo a Israel con el que estableció una alianza, mas violada ésta por su culpa, los profetas anuncian una *nueva*, de la que un día participarán judíos y gentiles cuando todos sean Iglesia santa, pues Dios sigue siendo fiel a sus promesas hechas no al Israel de la carne, sino al Israel del espíritu. Lo que está en primer plano no es la descendencia carnal, sino la de la fe.

Características del pueblo de Dios

Este pueblo mesiánico 1) tiene *por Cabeza a Cristo*, a cuyo alrededor debe reunirse; 2) *Su suerte o condición* es la libertad y dignidad de hijos de Dios; 3) *Su Ley* es el mandato del amor, y debemos amarnos como El nos amó. 4) *Su fin* es la dilatación del reino de Dios en todas las naciones (LG 9).

La Iglesia es un pueblo sacerdotal

La Iglesia es llamada «pueblo sacerdotal», porque los fieles que lo forman, participan del sacerdocio de Cristo por el carácter que les imprime el bautismo, por el que todo bautizado queda capacitado para ofrecer al mismo Cristo el sacrificio eucarístico en la asamblea litúrgica y para recibirle en la comunión, y también para ofrecerse a sí mismo en la totalidad de su vida «como hostia viva, santa y grata a Dios» (Rom 12, 1).

Clases de sacerdocio y su distinción

Hay dos clases de sacerdocio: el *común* o de los fieles, y el *ministerial* o *jerárquico*.

Se diferencian en que el sacerdocio *común* es el que reciben *todos* los fieles *por medio del sacramento del bautismo* que los incorpora a Cristo y a su Iglesia, mientras que el *ministerial o jerárquico* lo reciben solamente *algunos* de entre los mismos fieles *por medio del sacramento del Orden*. Los que reciben este sacramento poseen una *potestad sagrada*: la *de consagrar* (esto es, no sólo de *ofrecer*, como el simple fiel, sino de *efectuar* el sacrificio), la *de perdonar los pecados* y *predicar oficialmente* el Evangelio a todas las gentes. De esta potestad carece el simple fiel.

El sacerdocio *común* y el *ministerial* se diferencian entre sí no sólo por el grado, sino esencialmente.

La Iglesia es una comunidad profética

Se llama «profética» en cuanto predica y habla a los hombres palabras de Dios y les da testimonio de Cristo con una vida de fe y de caridad, llevando la práctica y el buen ejemplo por delante, ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza...

La Iglesia es comunidad universal y católica

«Todos los hombres son llamados a formar parte del pueblo de Dios. Por lo cual este pueblo, siendo uno y único ha de abarcar al mundo entero y todos sus tiempos» (LG 13). Esta universalidad se funda en la unidad del género humano y en la misión de la Iglesia que es la universal misión salvífica de Dios.

La unidad católica del pueblo de Dios es misteriosa y transcendente, pues no se funda en lazos exteriores de cultura, sino en los interiores de la gracia o santidad participada de Cristo, recibida por los sacramentos.

La Iglesia no se construye destruyendo a otros pueblos, pues ella no hace guerra más que al pecado y al príncipe de las tinieblas.

La Iglesia misionera

«La Iglesia, peregrina en la tierra, es misionera por su misma naturaleza» (AG 2). Su misión arranca de la misión de Cristo y de su mandato a los apóstoles: «Como me envió mi Padre, así os envío Yo a vosotros» (Jn 20, 21). «Id, enseñad a todas las gentes... predicad el Evangelio a toda criatura...» (Mt 28, 19-20; Mc 16, 15-16).

La misión de la Iglesia es, pues, la misma misión de Cristo, la de anunciar la verdad salvadora a todos los pueblos para hacerlos discípulos suyos.

¿Para qué vino Cristo a la tierra?

Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim 1, 15). Dios (Padre) envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la ley... (Gál 4, 4-5). «Por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo»...

El mismo Jesucristo nos dice: *El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19, 10). El Espíritu me envió a evangelizar a los pobres, a sanar a los contritos de corazón... (Lc 4, 18).*

Actualidad misionera de la Iglesia

La Iglesia siguiendo el mandato de Cristo cumple su misión, y así su actividad misionera se va desarrollando por etapas: «Predicando el Evangelio mueve a los oyentes a la fe; los dispone para el bautismo; los arranca de la servidumbre del error, y los incorpora a Cristo para que crezcan hasta la plenitud por la caridad hacia El» (LG 17).

Fin de la misión y obligación de los fieles

1) *Fin de la misión.* La Iglesia tiene como fin predicar el Evangelio, propagar la fe. Mas lo que predicó el

Señor o lo que se realizó en El, para la salvación del género humano, eso es lo que hay que predicar y diseminar hasta los últimos confines de la tierra (*Hech* 1, 8).

2) *Obligación de los fieles.* Estos en virtud de la solidaridad que ha de existir entre los miembros vivos del mismo Cuerpo, están obligados a contribuir según sus posibilidades al crecimiento de la Iglesia y a no dejar sola a la jerarquía y prestarle el apoyo que esté en sus manos, dando testimonio de Cristo con obras de caridad y de beneficencia para así preparar los caminos del Señor.

Causas y necesidad de la actividad misionera

Estas son: la voluntad salvífica universal de Dios; la redención universal de Jesucristo; la necesidad de la fe y del bautismo para la salvación y la necesidad de pertenecer a la Iglesia de Cristo... (*1 Tim* 2, 4-5; *Mc* 16, 16)...

¿Qué deben hacer los fieles por los infieles?

Los fieles, esto es, los que han recibido el don de la fe, deben trabajar por los infieles o carentes de este don de la fe, por llevarlo a ellos: unos con su persona, haciéndose misioneros, otros con sus limosnas, y otros, en fin, con sus sacrificios y oraciones. Esta es la propaganda que se hace el día del «Domund» (= Domingo Mundial de la Propagación de la Fe) en pro de las misiones. Ante todo suplica oraciones: «Rogad al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies»... (*Lc* 10, 2).

«El primero y principal deber para difundir la fe es vivir profundamente una vida cristiana» (Vaticano II).

La predicación del Evangelio es necesaria para recibir la fe (*Rom* 10, 17), y por eso Cristo ha dado su mandato terminante: *Id, predicad el Evangelio...* (*Mc* 16, 15-16; *Mt* 28, 19-20)...

¿Quiénes son los «laicos»?

Los laicos o seglares son «todos los fieles cristianos» (que no son clérigos ni religiosos), los cuales se incorporan a Cristo mediante el bautismo y por él quedan constituidos en Pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Cristo (LG 31).

Los consagrados a Dios por el bautismo quedan obligados al culto o práctica de los sacramentos, a la predicación y al testimonio de vida (LG 11).

¿Qué es lo que caracteriza al laico?

El carácter propio del laico (como distinto de la jerarquía y estado religioso) podemos decir que es triple: 1) la «secularidad» o vida en el mundo, 'procurándose su bien y perfección y aportando a su vez con su vida cristiana al servicio de todos; 2) la gestión de los asuntos temporales, ordenándolos según Dios; y 3) la actuación como «fermento» de santificación (LG 3).

— El laico es responsable de la obra de Cristo por ser miembro de su cuerpo místico, y por eso debe contribuir al bien de la Iglesia, o sea, a su crecimiento y santificación, perseverando como miembro vivo por la gracia dentro de ella.

Naturaleza del apostolado de los laicos

El apostolado de los laicos es una *participación* de la misión salvífica de la Iglesia y una *exigencia* del bautismo y de la confirmación, ya que estos sacramentos son fundamento y raíz de todo el apostolado seglar.

Su apostolado ha de ser ante todo el *del buen ejemplo*, procurando ser testigos e instrumento vivo de la misión de la Iglesia, máxime allí donde la acción del

sacerdote no puede llegar y donde la Iglesia no puede ser sal de la tierra sino a través de ellos.

Consagración del mundo

Los laicos incorporados a Cristo y consagrados a Dios por el carácter del bautismo, no sólo deben santificarse ellos personalmente, sino que deben ofrecer y consagrar a Dios el mundo en que viven, usando de todo santamente y ordenándolo a un fin santo.

El sacerdocio del laico (que tiene como fundamento el bautismo), debe ejercitarse en la orientación de la vida como un ininterrumpido *culto* a Dios, en la adoración del Señor en todo lugar, en referir hacia El todas las cosas, su trabajo cotidiano, sus proyectos y oraciones, haciéndolos servir a su honor y a su gloria.

Función profética y regia del laico

1) *La función profética* o evangelización del laico tiene un fin: la dilatación y el incremento del reino de Cristo en el mundo. El laico debe realizar la misión profética de Cristo en la comunidad de vida: adquiriendo un conocimiento profundo de la verdad revelada para que su apostolado sea más eficaz, y mostrando al mundo lo que es el Evangelio, el que deberá predicar con el *ejemplo y la palabra*.

2) *Función regia del laico* es participación de la potestad regia de Cristo, la que deberá prolongar en el tiempo sobre sí y sobre el mundo. La realeza de Cristo sobre sí mismo implica triunfo del pecado, dominio sobre su cuerpo y sus pasiones.

El laico debe ser consciente de sus obligaciones como miembro de la Iglesia y como ciudadano, y debe ejercer su apostolado «con espíritu de obediencia» a las orientaciones de la jerarquía.

El laico hallará su espiritualidad en la misma acción temporal realizada con el espíritu del Evangelio.

La acción católica

Pío XI dijo que la «acción católica es *participación* de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia».

Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI usan con más frecuencia la palabra «colaboración» y también con el Vaticano II la de «cooperación», y así dice éste: «Los laicos pueden también ser llamados de diversos modos a una cooperación más inmediata con el apostolado de la jerarquía» (LG 33).

El apostolado individual

La Acción Católica, como hemos dicho, es la participación o cooperación de los laicos en el apostolado de la jerarquía (AL 20).

Aparte de este apostolado, los fieles laicos tienen el derecho y el deber de hacer apostolado —es decir, de difundir la doctrina de Cristo y acercar almas a Dios—, también individualmente. Así lo dice el Concilio Vaticano II: «Los laicos pueden desarrollar diversos grupos o asociaciones» (AL 15), «Todos los laicos, cualquiera que sea su condición, aunque no tengan ocasión o posibilidad de colaborar en asociaciones, están llamados y obligados al apostolado» (AL 16).

Así, pues, no podemos olvidar las palabras que el Señor nos dirige en el Evangelio: «Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo». Con gran firmeza el Concilio dice: «Los laicos obtienen el derecho y el deber de ser apóstoles de su misma unión con Cristo Cabeza. Insertos en el cuerpo místico de Cristo por el Bautismo y robustecidos mediante la Confirmación por la fuerza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor» (AL 3).

San Pablo nos presenta ejemplos de hombres y mujeres que le ayudaban en la evangelización (*Filip 4, 3-5; Rom 16, 34*).

Cada cual debe ser buen dispensador de los dones de Dios (*1 Pdr 4, 10-11*), dar gloria a Dios y edificar al pró-

jimo (Mt 5, 16). No basta ser buenos, hay que ser apóstoles, hombres de acción.

LA IGLESIA Y LOS RELIGIOSOS

Los religiosos son cristianos que consagran su vida a Dios y a su vez al servicio del prójimo con su oración, sus sacrificios, sus obras de caridad...: enseñanza, estudio, atención de enfermos, etc.

El Conc. Vaticano II nos advierte cómo los religiosos, en general, se unen y se entregan más de lleno al servicio de Dios con la práctica de los tres votos llamados tradicionalmente «consejos evangélicos»: castidad, pobreza y obediencia. Con ellos gozan de mayor estabilidad en su modo de vida.

1) *Por el voto de castidad*, voluntariamente se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios y consagrarse sólo a El con corazón no dividido... «por amor al reino de los cielos»...

2) *Por el voto de pobreza*, renuncian al apego de los bienes terrenos para seguir a Cristo con mayor perfección...

3) *Por el voto de obediencia*, renuncian a hacer su propia voluntad, viendo en el superior al representante de Dios...

¿Qué caracteriza el estado religioso?

Lo característico del estado religioso es *la vida comunitaria consagrada a Dios* con sus estatutos, mediante los tres votos dichos. Por tanto el religioso hallará su espiritualidad en la práctica de los consejos evangélicos. Estos constituyen la esencia del estado religioso.

La regla suprema de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo tal como se propone en el Evangelio.

Finalidad de los consejos evangélicos

La finalidad de estos consejos es hacer a quienes los viven más semejantes a Cristo casto, humilde, pobre y obediente; es «el reino de los cielos», o sea, una mayor entrega al servicio de Dios, y esto es lo que pone de relieve la sobrenaturalidad de este servicio, que no es por este mundo que pasa, sino por el reino de los cielos que permanece.

Por estos votos, el religioso se desliga más del mundo y se une más a Dios.

Fundamento bíblico de los consejos evangélicos

«Los consejos evangélicos, *castidad* ofrecida a Dios, *pobreza* y *obediencia* como consejos fundados en las palabras y ejemplos del Señor, y recomendados por los apóstoles, los Santos Padres, doctores y pastores de la Iglesia, son *un don divino* que la Iglesia recibió del Señor».

He aquí el fundamento bíblico de los tres consejos:

1) El don divino de la virginidad

Este consejo tiene el fundamento en estas palabras de Cristo. *No todos son capaces de comprender esta doctrina... Hay eunucos* (esto es, *inhábiles o impotentes para el matrimonio*) *que se hicieron tales por el reino de los cielos. Quien pueda entender, entienda* (Mt 19, 11-12).

Según esta doctrina en la Iglesia hay eunucos o inhábiles para el matrimonio, no en el cuerpo, pero sí en el espíritu, que *voluntariamente* se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios, pues por la castidad el religioso se consagra «sólo a Dios con corazón no dividido». Esta es una castidad *voluntaria*, no impuesta, esto es, no es de precepto, sino de consejo y de libre elección pues las palabras de Cristo equivalen a éstas: «El que se siente capaz de este don, adelante»...

En el Conc. de Trento se ensalza la virginidad sobre el matrimonio, porque contiene en sí mayor perfección y santidad, y esta es la doctrina de San Pablo (1 Cor 7).

2) *El don divino de la pobreza*

Su fundamento bíblico está en las palabras de Jesucristo: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un gran tesoro en el cielo, ven y sígueme* (Mt 19, 21). El ejemplo de Cristo es admirable en este mundo, pues nació pobre, vivió pobre y murió pobre y llamó bienaventurados a los pobres...

3) *El don divino de la obediencia*

Esta es una consecuencia de los anteriores dones, pues al reunirse los ascetas en cenobios o conventos para llevar una vida común se impone una autoridad por ser elemento esencial de toda sociedad, y a tal autoridad en nombre de Dios, le corresponde una obediencia (Rom 13, 1-2).

Primacía de los valores espirituales

«Al no tener el pueblo de Dios una ciudadanía permanente en este mundo, sino que busca la futura», el estado religioso, por la renuncia o despego que hace de los bienes de este mundo y reconocer la «pasajera figura de este mundo», viene a ser la realización del aspecto escatológico de la Iglesia, que es ante todo Iglesia peregrina hacia el cielo, y recuerda a los laicos la primacía de los valores transcendentales frente a los terrenos. Este estado preanuncia la resurrección futura y la gloria del reino celestial (LG 43-47).

La Iglesia tiene una gran solicitud por el estado religioso por ser su porción más escogida. La vocación divina a este estado exige nuestra cooperación (2 Pdr 1, 10-11).

Llamamiento universal a la santidad

La Iglesia es santa «y goza de indefectible santidad», porque su Fundador, Cristo, el Hijo de Dios, es santo (El con el Padre y el Espíritu Santo es «el solo santo», santo por excelencia), y él es nuestro Maestro y Modelo de santidad, y por tener la vida en sí, Él distribuye la santidad.

Todos en la Iglesia, dice el Concilio Vat. II, ya pertenezcan a la jerarquía, ya a la grey, son llamados a la santidad, según el dicho del apóstol: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación (1 Tes 4, 3; Efes 1, 4).*

Jesucristo a todos y a cada uno de sus discípulos de cualquier condición que fuesen, les predica la santidad de vida y les dice: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48).* Como vuestro Padre, es decir, en la medida que nos es posible. Jesús nos promete una meta, a la que quiere que nos esforcemos por aproximarnos.

¿Qué es la santidad?

La santidad es conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, es ausencia de pecados y práctica de virtudes. La santidad (que equivale a «perfección»: *(Mt. 4, 58)*) es un *don de Dios*, comunicado radicalmente en el bautismo, y consiste en la perfección de la caridad. La voluntad de Dios la conocemos a través de sus mandamientos.

Vocación a la santidad y correspondencia a ella

Todos somos llamados a la santidad, pero no en virtud de nuestros méritos, sino por designio y gracia de Dios, pues la santidad es ante todo, como decimos, don de Dios; mas interesa que esa santidad radical o vida nueva que se recibe en el bautismo a modo de germen, sepamos conservarla y perfeccionarla. Y ¿cómo podremos desarrollarla y perfeccionarla en nosotros? Me-

diante la oración y la gracia de Dios y a su vez con nuestro esfuerzo personal, según el consejo del apóstol (*Efes 5, 3; Col 3, 12*).

¿En qué consiste el esfuerzo por buscar la santidad?

El esfuerzo por buscar la santidad consiste en *seguir e imitar a Cristo* pobre, humilde y cargado con la cruz, o sea, conformarse con su imagen (*Rom 8, 29*), y en un obsequio a la voluntad del Padre, obedeciendo en todo sus mandatos.

Esto lo ha de hacer cada uno en su propio estado, según los propios dones y las gracias recibidas, procurando entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo.

¿Cómo hemos de santificarnos?

1) *Los pastores del rebaño de Cristo*: Obispos, presbíteros y diáconos se santificarán cumpliendo su deber ministerial santamente y con entusiasmo, con humildad y fortaleza, según la imagen del Sumo y eterno Sacerdote..., creciendo en el amor a Dios y al prójimo por el ejercicio cotidiano de su deber y pastoral caridad con la oración, con el sacrificio y la predicación, dando a todos un testimonio vivo de Dios... «reconociendo lo que hacen e imitando lo que tratan»...

2) *Los cónyuges y padres cristianos* se santificarán a través del estado matrimonial, ayudándose mutuamente en la gracia, con la fidelidad de su amor a lo largo de su vida, recibiendo con alegría los hijos que Dios les de y educándolos en la doctrina cristiana y en las virtudes evangélicas.

3) *Los que viven entregados a un trabajo arduo, los que sufren y cada uno en su profesión* pueden santificarse en ese mismo trabajo humano y en sus sufrimientos y ocupaciones, uniendo esos sus trabajos y dolores a los de Cristo por la salvación del mundo.

La santidad, creencia de muchos, era sólo para aquellas personas que, por una llamada particular de Dios, se retiraban de sus ocupaciones ordinarias y se consagraban a El; pero es de justicia recordar lo que valientemente repitió durante años, desde 1928, monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei: a la santidad estamos llamados todos; y todos, aunque nos quedemos en medio del mundo, en el lugar en el que Dios nos ha puesto, a través de nuestro trabajo u ocupación ordinaria, haciéndolo con perfección y ofreciéndolo al Señor, al mismo tiempo que procuramos acercar las almas al amor de Dios.

El Vaticano II expone con toda su autoridad esta doctrina recordándonos que todos debemos hacernos santos «en cualquier estado de vida, de oficio o de circunstancias y precisamente por medio de todo ello» (LG 41).

La santidad se puede conseguir con estas condiciones:

- 1.º Ver en todo la mano de Dios con espíritu de fe.
- 2.º Cooperar con su divina voluntad, y
- 3.º Ejercitar la caridad en esa misma profesión u oficio.

Con otras palabras: Para lograr la perfección o santidad necesitamos dos cosas:

- 1.ª Hacer lo que Dios quiere, y 2.ª Querer lo que Dios hace.

Hacer lo que Dios quiere: cumplir sus mandamientos y cumplir con nuestro deber propio...

Querer lo que Dios hace: Conformarnos en todo con su santa voluntad, viendo todos los acontecimientos como enfermedades, cruces o adversidades..., dispuestos por la divina Providencia para así probarnos o purificarnos y santificarnos.

La santidad supone vencimientos, amar la cruz: *Si alguno quiere venir en pos de Mí tome su cruz y sígame.*

Como decía Santa Teresita del Niño Jesús: La santidad se reduce a dos cosas: amar y sufrir. De aquí que

digamos que la santidad es amor y es cruz... El amor a Dios excluye todo pecado (y por eso hemos dicho que «santidad es ausencia de pecados»)... y el amor soporta la cruz.

El camino y medios de santificación

En conclusión:

1) *El camino* necesario y principal para la santidad es la *caridad*, pues la esencia de la santidad consiste en amar a Dios sobre todas las cosas: amarle con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas nuestras fuerzas (Mt 12, 30) y al prójimo por El. La caridad es «el vínculo de la perfección».

2) *Los medios*: La lectura meditada de la Biblia, el cumplimiento de los mandamientos, la frecuencia de los sacramentos y la oración, y como *medios extraordinarios* el martirio y los consejos evangélicos.

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Iglesia peregrinante, purgante y celeste

El Concilio Vaticano II nos dice:

«Hasta que el Señor venga revestido de majestad...» (Mt 25, 31); algunos de sus discípulos «peregrinan en la tierra»; otros ya difuntos «se purificarán, mientras otros son «glorificados» contemplando «claramente al mismo Dios Uno y Trino, tal cual es» (Conc. Florencia), formando todos una sola Iglesia (Efes 4, 16).

— Los que estamos aún en la tierra formamos la *Iglesia peregrinante* o militante, compuesta por los fieles que viven en la tierra y deben luchar todavía contra nuestros enemigos: el mundo (o sea las incitaciones de los hombres malos), el demonio (o sea, sus tentaciones) y la carne (o sea las concupiscencias de la sensualidad).

— Las almas del Purgatorio forman la *Iglesia pur-*

gante o paciente, porque tienen aún que sufrir su pena, antes de entrar en el cielo.

— Los santos, que están ya en el cielo, forman la Iglesia *celeste* porque han alcanzado ya la palma de la victoria.

Como la Iglesia es *una* y está constituida por todos los que son de Cristo, es evidente que comprende los hombres justos de la tierra, del purgatorio y del cielo, pues todos formamos en Cristo un solo cuerpo (*Rom 12, 4-5*).

La comunión de los Santos

Por «comunión de los santos» entendemos la comunicación o unión íntima (mística o espiritual) entre los fieles que están en la tierra, las almas del Purgatorio y los santos del cielo.

Todos forman una santa comunión; todos (mientras no lo estorbe el pecado mortal) están unidos con Cristo, su Cabeza, y todos entre sí, formando una comunión de vida sobrenatural; todos son santificados por el Espíritu Santo y por El están unidos mutuamente (*1 Cor 12, 13*).

Esta unión espiritual consiste en que siendo todos como miembros de un solo cuerpo, cuya Cabeza es Cristo, los unos tenemos parte en las buenas obras —oraciones y sacrificios— de los otros.

Los miembros de esta unión se llaman *santos* por estar santificados por el bautismo (*1 Cor 6, 11*) y estar todos llamados a la santidad o serlo de hecho (*1 Tes 4, 3*).

Unión o comunicación de las tres Iglesias

Los Concilios universales: II de Lyon, el de Florencia y el de Trento nos dicen que existe el Purgatorio y que los fieles vivos pueden ayudar a las almas del mismo por medio de sus intercesiones, oraciones y sufragios.

La Iglesia en la Santa Misa ruega por los constituidos

en autoridad y por todos los fieles, y después recuerda a los santos del cielo e implora su protección y auxilio, y finalmente ruega por los difuntos.

Es sentencia común que los fieles de la tierra pueden alcanzarse mutuamente gracias de Dios mediante la oración de intercesión.

Palabras de Pío XII

Este Papa en la encíclica *Mystici Corporis* dice:

«La salvación de muchos depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del cuerpo místico de Jesucristo dirigidas con este fin».

En conformidad con la práctica incesante de la Iglesia, él insiste a los fieles que oren unos por otros. «A diario deben subir al cielo nuestras plegarias unidas para encomendar a Dios todos los miembros del cuerpo místico de Jesucristo».

Palabras de la Sagrada Escritura

Según la Biblia, los que vivimos en la tierra podemos ayudarnos mutuamente por medio de oraciones y buenas obras, siendo grande el poder de la oración:

— En el A. T. vemos que Abraham (*Gén* 18, 23 s.), Moisés (*Ex* 32, 11 ss.), Samuel (*1 Sam* 7, 5; 12, 19 s.), y Jeremías (18, 20) presentan oraciones por el pueblo o bien las hacen intercediendo por algunas personas.

— Jesucristo invita a sus discípulos a que oren por sus perseguidores (*Mt* 5, 44).

— San Pablo ora por sus comunidades (*Rom* 1, 9 s.) y les pide que también oren por él: *Ayudadme con vuestras oraciones delante de Dios* (*Rom* 15, 30). También hace esta exhortación: *Ante todo ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los emperadores y todos los constituidos en autoridad* (*1 Tim* 2, 1 s.).

— Santiago apóstol dice a los cristianos: *Orad unos*

por otros para que os salvéis. Mucho puede la oración fervorosa del justo (Sant 5, 16).

También pueden los fieles, por medio de buenas obras (oración, ayuno, limosna, etc.) «satisfacer los unos por los otros» (Catecismo Romano).

— En el A. T. vemos que Moisés se ofrece a Dios como sacrificio en favor de su pueblo (*Ex 32, 32*); Job ofreció un holocausto para expiar los pecados de sus hijos (*1, 5*); Isaías vaticina la pasión expiatoria del Mesías por nuestras iniquidades (*Is 53*).

— En el N. T. San Pablo dice que se alegra de sus sufrimientos en favor de la Iglesia (*Col 1, 24*), y se sacrifica por el bien de las almas (*2 Cor 12, 5*).

Los santos del cielo pueden auxiliarnos con su intercesión ante el trono de Dios (*Apoc 8, 4*), principalmente cuando los invocamos. El Conc. de Trento declaró: «Es bueno y provechoso implorar la ayuda de los santos» (*Dz 984*).

Los santos, dice Santa Teresa, ven en Dios, como en un espejo, todas las cosas que acontecen en la tierra. Y Santo Tomás dice: «¿Qué cosa no verán los que ven a Aquel que lo ve todo?». El Catecismo Romano: «Cuando invocamos a los santos, pidiéndoles su intercesión, ellos oran al mismo tiempo que nosotros, en el cielo».

Todos podemos auxiliar a las almas del Purgatorio, como tenemos dicho, con nuestras oraciones y buenas obras: (*2 Mac 12*; Conc. de Lyon, Flor. y Trento), y según los teólogos Suárez, Belarmino y otros, es posible y lícito invocar la intercesión de las almas del Purgatorio, y éstas pueden interceder por otras almas del cuerpo místico. Mas también nuestros parientes y amigos difuntos que están en el cielo, ruegan ante el trono de Dios por nosotros. *La caridad nunca muere* (*1 Cor 13, 8*). Cristo prometió a sus apóstoles rogar por ellos (*Jn 14, 16*; *1 Jn 2, 1*). Aun el infeliz epulón se preocupaba en el infierno de la suerte de sus cinco hermanos (*Lc 16, 19*). Ver ejemplo de Jeremías (*2 Mac 15, 14*).

A los condenados al infierno, es sentencia común que

no les aprovechan los sufragios, por no pertenecer al cuerpo místico de Cristo.

TIEMPO HISTÓRICO DE LA IGLESIA

El tiempo histórico de la Iglesia empieza con Jesucristo, su Fundador.

Jesucristo es una persona histórica y vive en un tiempo histórico. El nace en los días del rey Herodes (Mt 2, 1); la predicación de su precursor comienza «el año 15 del reinado de Tiberio César» (Lc 3, 1), y Jesús da su testimonio bajo Poncio Pilatos (1 Tim 6, 13).

Con su Ascensión al cielo terminó su *acción visible* sobre la tierra; mas notemos que después de su resurrección dice a los apóstoles: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos* (Mt 28, 20).

La misión de Cristo se extiende, por tanto, desde su Ascensión hasta que dure el mundo.

Historia de la Iglesia

La Historia de la Iglesia es una realidad que tiene su razón de ser en Cristo, y tiene su comienzo propiamente el día de su inauguración oficial con la Venida del Espíritu Santo y existirá hasta el fin de los siglos.

Al tiempo de la Iglesia lo podemos llamar con San Pablo: «tiempo de salvación»: *éste es el tiempo favorable, el día de la salvación* (2 Cor 6, 2), el «hoy» de Dios, durante el cual es invitado cada hombre a la conversión (Heb 3, 4-7: 11).

Desarrollo de la vida de la Iglesia

Durante este tiempo la vida de la Iglesia se desarrolla:

1) *Por medio del Espíritu Santo*, agente principal de la santificación del cristiano, porque El es el que vivifica y unifica los miembros del Cuerpo de la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo (LG 7).

2) *Por el testimonio dado por la misma Iglesia.*

La vida de la Iglesia, o sea, la de los que componían la primera comunidad cristiana no daban al mundo otro testimonio que el de la vida misma de Cristo.

Estos primeros cristianos: los apóstoles y discípulos que le seguían encuentran las mismas dificultades y obstáculos que halló Cristo, al enseñarles cómo tenían que vivir la vida cristiana, pues ya había advertido a sus seguidores:

No es el siervo mayor que su Señor. Si me persiguieron a Mí, también a vosotros os perseguirán (Jn 15, 20).

Y como dice el Apóstol: *Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecución (2 Tim 3, 12).*

Los seguidores de Cristo, a través de la historia, irán enseñando lo que Cristo vivió primero, y lo manifestó hace veinte siglos en Palestina.

La historia de Jesús continúa en la vida de los santos en cuanto en cada uno de ellos se encarna realmente aquello que Jesús ha vivido primero: vida de oración, de mortificación, de castidad, de obediencia, etc.

Los santos constituyen una bella y vigorosa apología de la Iglesia católica, porque ninguna otra religión posee tantas personalidades dotadas de una riqueza espiritual tan espléndida.

La santidad es patrimonio de la Iglesia, porque Cristo la constituyó santa. Recuérdense entre otros santos, algunos a partir de la Edad Media, como *San Francisco de Asís* (1181-1224), fundador de la Orden Franciscana, que predica y vive la pobreza, la humildad y la caridad; *Santo Domingo de Guzmán* (1170-1221), quien con su predicación defiende la fe frente a la herejía; *San Francisco Javier*, que cual otro San Pablo se distinguió por el anuncio del Evangelio conforme al mandato de Cristo en la India y en el Japón (a. 1542).

La Iglesia hasta el año 311

La palabra de Dios es la semilla del Evangelio de Cris-

to que los Apóstoles fueron sembrando hasta hacerla fructificar en muchos de los corazones de sus oyentes, pues según leemos en los *Hechos de los Apóstoles* (2, 41), hacían cristianos y algunos en grupos se adherían a la comunidad de la naciente Iglesia.

Pero aquella Iglesia naciente pronto empezó a tener pruebas y persecuciones como Cristo las tenía anunciadas.

La suerte de la Iglesia nos la presenta así el Conc. Vaticano II:

«Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres» (LG 8).

Vida de los primeros cristianos

Los primeros cristianos solían tener sus reuniones frecuentes y vivían muy unidos. Todos los fieles gozaban de gran estima, y no había entre ellos indigentes, pues vendían haciendas y tierras, y depositaban el dinero a los pies de los Apóstoles, para que se repartiera entre todos según la necesidad (*Hech 4, 32-35*).

Los paganos comentaban el amor que se tenían los cristianos, diciendo: *Ved cómo se aman...*

Los primeros cristianos también tenían sus *reuniones eucarísticas*, que trasladaron del «sábado» (que era el día solemne para los judíos) al día siguiente o «domingo» en recuerdo de la resurrección del Señor, que tuvo lugar ese día, y se llamó «día del Señor» (*Hech 20, 7-10*).

En estas reuniones se celebraba generalmente el «ágape» o comida de fraternidad, y después se tenía la EUCARISTIA, «la fracción del pan», lo que ahora llamamos la Santa Misa.

Las persecuciones

Jesucristo había anunciado a sus Apóstoles que serían testigos en todo el mundo y perseguidos por causa del Evangelio, y, ciertamente, a medida que se iba extendiendo el cristianismo, los emperadores lo vieron con malos

ojos y persiguieron a muerte a los cristianos, porque al ser adoradores de un solo Dios, rechazaban los dioses del imperio romano y el culto romano. También los perseguían los judíos por su antipatía contra el cristianismo, y hasta la masa popular llevada por las calumnias que levantaban contra ellos.

Las persecuciones que se enumeran suelen ser diez, que empezaron con *Nerón* y culminaron con *Diocleciano* y *Juliano el Apóstata*.

Las persecuciones fueron muy distintas, según las épocas y lugares. *Trajano* (98-117), emperador de origen español aparece más benigno con los cristianos, pues se negó a admitir acusaciones anónimas y que se les buscara, sin embargo *Decio* (249-251) fue uno de los emperadores más crueles, pues persiguió a los cristianos de un modo general y sistematizado.

Los mártires y su culto

Mártir es todo el que muere por Cristo; y fueron muchos los que fueron martirizados por su creencia en Cristo y en su doctrina, y así tenemos que bajo la persecución de *Nerón* (54-58) fueron mártires *San Pedro* y *San Pablo*, y a éstos siguieron en épocas siguientes: *San Clemente Romano*, *San Ignacio*, *San Justino*, los *mártires de Lyon...* y millares y millares por mantenerse firmes en la fe.

A partir del siglo III los cristianos se reunían junto a las tumbas de los mártires, y consideraron su muerte como un triunfo o una victoria sobre los enemigos de la fe, y los consideraron bienaventurados, convirtiendo las Catacumbas en lugares de culto y allí invocaban su intercesión.

La Iglesia a partir de Constantino

La Iglesia va siguiendo desde el principio de su existencia el mismo camino que Jesucristo, su Fundador. Después de tres siglos de persecuciones y sufrimientos y de

una vida oculta en las Catacumbas, va a aparecer más brillante y esplendorosa como si pasara de muerte a vida.

La Iglesia de Cristo es reconocida y protegida por emperadores que se convierten al cristianismo, y se ven florecer catecúmenados y nuevas comunidades religiosas; y en los siglos IV y V surgen hombres eminentes en ciencia y santidad, los llamados «Padres de la Iglesia», en Oriente: San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo, y en Occidente: San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y San Gregorio Magno... Mas después surgirán nuevas pruebas, herencia de la Iglesia... A partir de la paz de la época de Constantino el Grande se levantaron magníficas iglesias o basílicas como la de Santa María la Mayor, de Roma, la de la Natividad, de Belén, y otras muchas.

Constantino el Grande y la libertad religiosa

Constantino, emperador romano (306-337), hijo de Constancio Cloro y de Santa Elena, trajo la paz a la Iglesia con su victoria sobre Majencio, con su conversión al cristianismo y el edicto de Milán.

Constantino, según refieren algunos historiadores, en la víspera de la batalla dada contra Majencio, tuvo una visión en la que se le apareció una cruz y a su alrededor esta inscripción: «Con esta señal vencerás», y lo derrotó en las afueras de Roma junto al puente Milvio (a. 312).

Los cristianos, como los paganos, atribuyeron el triunfo de Constantino a una ayuda especial del Dios de los cristianos al que se invocó en la batalla. Desde entonces Constantino manifestó un favor decidido al cristianismo, y en el año 313 promulgó el *edicto de Milán* por el que dejaba en libertad para que cada uno practicara la religión que quisiera.

A partir de esta fecha la Iglesia fue reconocida oficialmente junto al paganismo, y con Teodosio I (379-395), la religión católica llegó a ser la religión del Estado.

Vida de las comunidades cristianas

Las comunidades cristianas se ven florecer a partir

del siglo IV. Cada una de estas comunidades tenía un Obispo propio, después aparecen dirigidas por simples sacerdotes (lo que hoy llamamos parroquias), pero siempre con dependencia del Obispo.

Conversión de los bárbaros

Cuando el cristianismo había logrado cristianizar al Imperio, tuvo lugar una serie de invasiones de pueblos «bárbaros» (llamados así por vivir fuera del territorio del imperio romano). Estos pueblos invasores pusieron a prueba la consistencia de la Iglesia, y fueron por una parte, los germanos, francos y otros procedentes del centro y oriente de Europa, y por otra los musulmanes.

La Iglesia, fiel a su misión, se impone el deber de convertir a aquellos «bárbaros».

Los *francos*, que poblaron la mayor parte de las Galias, abrazaron casi en masa el cristianismo, debido a la conversión de su rey Clodoveo (481-511).

Los reyes de los francos protegieron mucho a la Iglesia y en su época se construyeron muchos templos cristianos.

Los *visigodos*, al venir a España, traen consigo el arrianismo, llegando a haber divisiones entre católicos y arrianos, pero se logró la unión entre todos con *Reccaredo*, rey visigodo, al convertirse éste y abjurar la herejía de Arrio en el Tercer Concilio de Toledo (a. 589).

Las Cruzadas

Las Cruzadas fueron expediciones medievales de carácter religioso-militar emprendidas por los pueblos occidentales de Europa para rescatar los Santos Lugares: Jerusalén, Belén, Nazaret..., del poder de los musulmanes y turcos seleúcidas.

La religión musulmana, fundada por Mahoma (a. 622) se extendió rápidamente por el Oriente y Africa del Norte donde desaparecieron algunas cristiandades florecientes.

Los mahometanos o árabes fueron una amenaza para la cristiandad y, al entrar ellos en Jerusalén en el 637 e impedir que los cristianos el visitar aquellos Lugares Santos con paz y libertad, empezaron las Cruzadas.

Las Cruzadas duraron aproximadamente dos siglos, y suelen contarse ocho. El Papa, por ser considerado como el jefe nato de toda la cristiandad, fue el jefe de todo este movimiento, y la primera cruzada fue predicada por Urbano II en 1095, y al grito de «Dios lo quiere», se organizaron expediciones, para liberar los Santos Lugares. El resultado de las Cruzadas fue impedir que los turcos invadieran Europa.

Cisma de Oriente y reforma de la Iglesia

El siglo X se le ha llamado «siglo de hierro» del Pontificado por haber subido al trono Papas sin prestigio, debido a influencias e intrigas de familias nobles que se disputaban el trono pontificio; mas aunque en este siglo pareció sufrir cierto eclipse el Pontificado, no obstante, a partir del siglo XI surge un nuevo esplendor para la Iglesia, siendo elevados al trono pontificio Papas de gran prestigio como Gregorio VII (1073-1085) y como Inocencio XII (1198-1216).

Los siglos XII y XIII fueron ciertamente de esplendor para la Iglesia, pues se construyeron bellas catedrales, se fundan escuelas y se crean Universidades y surgen grandes teólogos y genios como Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura y otros; pero también en el seno de la Iglesia se produjeron escisiones entre cristianos; mas ella no sucumbe, sino que sigue en pie asistida por el Espíritu Santo.

El cisma de Oriente (siglo XI)

La separación de la Iglesia de Oriente de la de Occidente, o sea, de Roma (que se produjo temporalmente con Focio en el año 886) fue consumada en el siglo XI (a. 1054) con el patriarca Miguel Cerulario, debido a diversas causas: por una parte, ciertas *disputas dogmáti-*

cas, y por otra, el querer los Patriarcas de Constantinopla hacerse independientes de Roma.

El Concilio Vaticano II ha reconocido que a las tendencias separatistas hay que añadir «la falta de la debida prudencia, de mutua comprensión y de caridad» (LG 14).

Pablo VI y el Patriarca Atenógoras, de Constantinopla, al final del Conc. Vaticano II, el año 1965, se dieron un abrazo en Jerusalén con deseos mutuos de que llegase pronto la tan ansiada unidad. Nuestro deber de cristianos ha de ser orar para que sea una realidad cuanto antes.

La reforma de la Iglesia en el siglo XVI

¿Estaba la Iglesia necesitada de reforma? La Iglesia católica estaba sin duda necesitada de reforma en aquella época, pues desde el siglo XIV se vio decaer su prestigio espiritual con el *destierro de Aviñón*, donde pusieron su residencia los Papas, y luego con el *Cisma de Occidente* en el que la Iglesia aparecía dividida por dos Papas (por no ponerse de acuerdo los Cardenales en la elección), y aunque más tarde en 1417 se solucionó esta cuestión en el Concilio de Constanza, aparece el espíritu del Renacimiento que influye en el Pontificado, y si bien éste se esforzó en favorecer las ciencias y las artes (cosas dignas de alabar), no obstante hubo un fallo y fue el descuidar o no emprender a fondo la reforma espiritual que entonces necesitaba la Iglesia.

Martin Lutero, monje alemán, aparece entonces con la consigna de «la reforma», cuya doctrina se llamó después «*Protestantismo*». Lutero perdió la esperanza de que la Iglesia pudiera reformarse a sí misma; piensa que la Iglesia romana no es ya la Iglesia de Cristo y se rebela contra el Papa (a. 1517). El quiso reformar la Iglesia, pero de hecho contribuyó a dividirla. Su reforma tuvo más bien un carácter social y se puso al margen de la doctrina católica.

Lutero con sus preocupaciones sobre la salvación propia y sus condiciones anímicas, fue el instrumento que hizo estallar todo aquel estado de cosas, y los motivos de separación no fueron sólo religiosos, sino también económicos y nacionalistas. Así se ori-

ginó la separación entre católicos y protestantes o partidarios de Lutero ocasionando esto grandes guerras y habiendo culpas por ambas partes.

El Concilio de Trento (1545-1563)

Frente a tantas calamidades que afligían a la Iglesia en el siglo XVI, se obró bien pronto una reacción saludable, que condujo a la verdadera reforma eclesiástica, y uno de los medios más eficaces de que se valió la Providencia para llevarla a cabo fue EL CONCILIO DE TRENTO.

En este Concilio quedó fijada y aclarada la doctrina católica, sobre todo la de la justificación y de la presencia real de Cristo en la Eucaristía y otros puntos de importancia...

En esta época el Espíritu Santo suscitó numerosos santos en la Iglesia y fundadores de Ordenes religiosas: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Carlos Borromeo, etc., que sembraron las ideas de la verdadera reforma; se fundaron «Seminarios» para la formación del clero. También la Iglesia se extendió, mediante la evangelización, en nuevas tierras descubiertas: América, India, etc.

LA IGLESIA ANTE LOS PROBLEMAS DE HOY

«En nuestros días el género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y misión del mundo en el universo» (GS 3).

Problemas de hoy y deseos de la Iglesia

Entre los problemas y preguntas angustiosas que se formula el género humano tenemos estos:

«¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos subsisten todavía?... ¿Qué hay después de esta vida temporal?...». (GS 10).

La Iglesia, ante estos y otros muchos problemas que atormentan a la humanidad, sólo *desea aclararlos a la luz del Evangelio* y continuar bajo la guía del Espíritu Santo la obra misma de Cristo, el cual vino al mundo para salvarnos (GS 3).

El mundo en que vivimos se caracteriza por *los profundos cambios* y por una auténtica transformación social y cultural que influye también en la vida religiosa.

La Iglesia dice a todos que «la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro» y sostiene además que, bajo todos los cambios, hay muchas cosas permanentes que tienen su último fundamento en Cristo, el cual existe hoy como ayer y seguirá siendo el mismo durante todos los siglos (GS 10).

Problemas que afectan hoy a la Iglesia y a los católicos

Estos problemas son:

1.º El problema de la perseverancia en la fe.

Los grandes males de nuestra época provienen de la pérdida de la fe, del indiferentismo y sobre todo del ateísmo.

Este gran problema sólo tiene esta solución:

Responder con la fe o creencia a las verdades reveladas por Dios (Véase «El Credo del Pueblo de Dios»).

La fe cristiana debe ser alimentada y nutrida con la Palabra divina y con la frecuencia de Sacramentos (por medio de la predicación incesante de la Doctrina Cristiana).

El hombre debe tomar conciencia de su propia dignidad y libertad, reconociéndose *hechura de Dios*, de quien depende y a quien debe amar y servir, viviendo así en continuo diálogo con Dios.

Además, debe oír la exhortación que nos hace la Iglesia de no descuidar la educación y el estudio de la Religión. ¡Cuántos se llaman cristianos y no conocen a Cristo!

2.º La unión de los cristianos

He aquí lo que dice el Decreto sobre el ecumenismo:

«Uno de los principales fines que se ha propuesto el Concilio Vaticano II es el de promover la reintegración de la unidad entre todos los cristianos, pues Cristo fundó una sola y única Iglesia» (UR 1).

La división de las comunidades cristianas es absurda, abiertamente contraria a la voluntad de Cristo, escandaliza al mundo y es obstáculo para la causa de la difusión del Evangelio a toda criatura.

El designio salvador de Dios es reunir a todos los hombres en un solo pueblo, y a este fin los cristianos debemos cooperar a la empresa ecuménica poniendo los medios que nos manda el Concilio, siendo el primero de todos la oración y la caridad, pero no debemos olvidar que para la unión no basta el amor, sino que es necesaria la *verdad revelada* en la cual debe realizarse la plena unión.

3.º *La evangelización del mundo*

La Iglesia ha recibido de Jesucristo la misión de predicar el Evangelio, y su carácter misionero arranca del solemne mandato de Cristo: *Id, predicad el Evangelio..., enseñad a todas las gentes...*

El Evangelio debe predicarlo la Iglesia a todos indistintamente, porque *Dios quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad* (1 Tim 2, 4).

Como miembros de la Iglesia debemos ser *solidarios* con ella en la misión de Cristo, porque la *vocación misionera* es propia de toda la Iglesia, porque ésta fue fundada por Cristo *para ser católica, esto es, universal*.

Las misiones son «un deber fundamental del Pueblo de Dios» (Pablo VI).

4.º *Solidaridad de la Iglesia con la humanidad*

La Iglesia debe sentirse solidaria con la humanidad, porque en su peregrinar hacia el reino del Padre, ha recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos los hombres, y por eso dice el Concilio:

«Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y de los que sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo; nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS 1).

El Concilio se propone el servicio del hombre, al cual pone como centro de su consideración, y quiere salvarlo, ponerlo en camino hacia Dios, ayudándole a resolver los problemas que se plantean.

La Iglesia observa con atención «el desarrollo de los pobres». Recordemos el dicho de Jesús: *Lo que hagáis con uno de estos, a Mí lo hacéis (Mt 25, 40).*

El apostolado cristiano

Tenemos los cristianos un deber de ser apóstoles del bien, por estar *insertos* en el Cuerpo místico de Cristo *por el Bautismo* y estar fortalecidos con la *Confirmación*; mas la *fecundidad* del apostolado cristiano depende de la *unión con Cristo*, o sea, de la vida de la gracia, que se alimenta con la oración y la frecuencia de los sacramentos, especialmente con la Eucaristía.

La oración es base de la solución de los grandes problemas

El célebre estadista Donoso Cortés, dijo un día: «El mundo va de mal en peor porque hay más batallas que oraciones».

Comentando estas palabras Juan Pablo I en su breve Pontificado de 33 días, dijo: «Si el mundo va mal porque hay más batallas que oraciones, hagamos ahora nosotros que haya más oraciones que batallas. No hay duda que el arreglo de este mundo que parece ir a la deriva, nos tiene que venir de la ayuda de Dios, de nuestra oración o comunicación con El.

- En el año 1787 Washinton, primer presidente de Estados Unidos y cincuenta compañeros suyos se reunieron en consejo para tratar del porvenir del país.

De pronto se levantó Franklin, ya cargado de años y dijo: «Señores, recemos». He llegado a una edad avanzada, y cuanto más tiempo vivo más veo que los negocios de los hombres son gobernados por Dios. Si no cae un gorrión del tejado sin su voluntad soberana, ¿podría progresar un país sin su ayuda?».

Recemos. Ante los grandes problemas que se nos presentan hoy en el mundo, el mayor remedio y único principal es la oración, elevar a Dios nuestras súplicas con las cualidades sabidas de humildad, confianza y perseverancia.

Si no contamos con Dios, nuestras empresas no nos saldrán bien.

CONCILIOS ECUMENICOS CELEBRADOS POR LA IGLESIA CATOLICA

1	Nicea I	a. 325.	11	Letrán III	a. 1179.
2	Constantinopla I	a. 331.	12	Letrán IV	a. 1215.
3	Efeso	a. 431.	13	Lyón I	a. 1245.
4	Calcedonia	a. 451.	14	Lyón II	a. 1274.
5	Constantinopla II	a. 553.	15	Vienne (Francia)	a. 1311-12.
6	Constantinopla III	a. 680-81.	16	Constanza	a. 1414-18.
7	Nicea II	a. 787.	17	Ferrara-Florencia	a. 1438-45.
8	Constantinopla IV	a. 869-70.	18	Letrán V	a. 1512-17.
9	Letrán I	a. 1123.	19	Trento	a. 1545-63.
10	Letrán II	a. 1139.	20	Vaticano I	a. 1869-70.
			21	Vaticano II	a. 1962-65.

En los Concilios se nos expone la doctrina oficial de la Iglesia en torno a las verdades reveladas por Dios, y aunque no hayan sido definidas todas ellas expresamente como verdades de fe, señalan a todos los fieles un camino seguro y firme con el que no cabe error y del que no es lícito apartarse.

Séptima parte

LA VIRGEN MARIA

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

«Creemos que María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo Encarnado, nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y que en virtud de esta elección singular, Ella ha sido, en atención a los méritos de su Hijo, redimida de modo eminente, preservada de toda mancha de pecado original y colmada del don de la gracia más que todas las demás criaturas.

Asociada por un vínculo estrecho e indisoluble a los Misterios de la Encarnación y de la Redención, la Santísima Virgen, la Inmaculada, ha sido elevada al final de su vida terrena en cuerpo y alma a la gloria celestial...».
(*Credo del Pueblo de Dios*).

La «Constitución dogmática sobre la Iglesia»

Esta Constitución en su último capítulo nos expone el misterio de la Virgen María, o sea, su función maternal con relación al misterio de Cristo y de la Iglesia, y empieza así:

«Dios, infinitamente sabio y misericordioso, queriendo llevar a cabo la redención del mundo, *al llegar la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo, nacido de mujer..., para que recibiésemos la adopción de hijos* (Gál 4, 4-5). «El cual, por nosotros los hombres y por nuestra salvación, descendió de los cielos y por obra del Espíritu Santo se encarnó de la Virgen María» (LG 1).

Profundo contenido de esta introducción

En las palabras anteriores del Concilio podemos apreciar tres misterios: el de la maternidad divina, el de la Encarnación y el de la Santísima Trinidad.

El Concilio hace que la Virgen aparezca en dependencia del misterio de la Trinidad al decir: «*Dios (Padre) envió a su Hijo... que se encarnó de la Virgen María por obra del Espíritu Santo*».

La Virgen María es, pues, obra de la Santísima Trinidad. Dios Padre, por medio de la Virgen María entregó a su Hijo al mundo, pues como dice San Juan: *Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo* (3, 16), que fue concebido por obra del Espíritu Santo.

¿Quién es la Virgen María?

1) *El Catecismo católico* nos da esta definición: «La Virgen María es la Señora llena de gracia y de virtudes, concebida sin pecado, que es Madre de Dios y Madre nuestra y está en el cielo en cuerpo y alma».

2) *La Biblia* la considera como la más excelsa de todas las criaturas, «la bendita» o más alabada entre todas las mujeres, la *llena de gracia* (Lc 1, 28, 42), la que «todas las generaciones llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48).

3) *El Conc. Vaticano II* nos dice de ella que ocupa después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros, pues Ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres» (LG 5-54).

El motivo de tantas alabanzas y de la exaltación de la Virgen María es por haber sido predestinada para ser MADRE DE DIOS, pues El quiso venir a nosotros por medio de Ella, y por sola esta prerrogativa es por la que aventaja con mucho en dignidad a todas las criaturas del cielo y de la tierra.

¿Cómo vivió la Virgen entre los mortales?

La Virgen vivió en la tierra como una mujer más, con humildad y sencillez. Los habitantes de Nazaret nos enseñan allí la fuente denominada «Fuente de la Virgen», porque a ella iba la Virgen con su divino Hijo, como tantas mujeres nazaretanas, a buscar agua. Esta sencillez no anula su dignidad personal, sus privilegios y su misión especial en el mundo, pues Ella es *lo que es* por voluntad divina, no por voluntad de los hombres. Ella fue elegida entre todas las mujeres para ser Madre de Dios, esto es, de Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor.

LA VIRGEN MARÍA ES MADRE DE DIOS REDENTOR

La Maternidad divina de María es una verdad revelada en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento. Este dogma, que es el fundamento de todas las prerrogativas o privilegios de la Virgen, está claro en la Biblia:

1.º Por las palabras de San Pablo: *Cumplido que fue el tiempo* (anunciado por los profetas) *envió Dios a su Hijo nacido de una mujer...* (Gál 4, 4).

La expresión «Hijo de Dios», nacido en el tiempo, engendrado en las purísimas entrañas de María, ¿qué es sino Dios y hombre verdadero?, y ¿qué es María, al engendrar un Hijo sino Madre de El? Luego la Virgen, que engendró al Hijo de Dios, es Madre de Dios.

2.º Por las palabras con que termina la genealogía de Jesucristo, al final de la cual se nos dice: *María, de la cual nació Jesús por sobrenombre Cristo* (Mt 1, 16).

Aquí aparece María como Madre de Jesús, y si es Madre de Jesús, como Jesús es Dios, síguese que la Virgen es Madre de Dios. En realidad Ella fue la que concibió y dio a luz a la segunda Persona de la Santísima Trini-

dad, aunque no en cuanto a su naturaleza divina, sino en cuanto a la naturaleza humana que había asumido.

La Virgen María es Madre del que es Hombre y Dios en una sola Persona. Lo mismo que decimos que el niño que no recibe el alma de su madre, sino de Dios, es hijo de esta madre, de la misma manera podemos decir que María es Madre de Dios, aunque no engendra la divinidad.

Con otras palabras: Quien nació de la Virgen en naturaleza humana es una Persona divina y, por lo mismo, no decimos que sea Madre de la divinidad, sino de una Persona que es Dios y hombre a la vez, Persona que es concebida y dada a luz por razón de recibir por generación una naturaleza.

Objeción

Algunos dicen: Si Dios es anterior a la Virgen, ¿cómo puede ser ésta Madre de Dios? Haremos notar de nuevo que Jesús es Dios y hombre a la vez, o sea, es una persona con dos naturalezas: una divina y otra humana, y así cuando El dijo: *Antes que Abraham naciese, soy Yo* (Jn 8, 58), como Abraham existiera unos 2.000 años antes que Jesucristo, claramente nos da a entender que por su naturaleza divina o como Dios que es, existe antes que Abraham y antes que la Virgen; mas por su naturaleza humana, o como hombre, es posterior e Hijo de María.

Según la Biblia, Jesucristo *es Dios* desde la eternidad y se hizo *hombre* en el tiempo.

3.º El Evangelista San Juan dice: *El Verbo era Dios* (...) y *el Verbo se hizo carne* (1, 1, 14). Notemos que el Verbo = Palabra del Padre, que se encarna, es Dios, y como Dios hecho hombre se llama Jesucristo, al querer venir a este mundo por medio de la Virgen María, resulta claramente que ésta es Madre de Dios.

4.º Por las palabras de Santa Isabel, la cual llena del Espíritu Santo proclama a la Virgen Madre de Dios: «¿De dónde a mí que *la Madre de mi Señor* venga a visitarme?» (Lc 1, 43). *Señor* equivale a *Dios*, tanto en el A. como en el N. T.

5.º *Por los Concilios y documentos de la Iglesia.* Este

es un dogma de fe de los cristianos proclamado solemnemente en los Concilios de Efeso, Calcedonia y 5.º de Constantinopla. El año 431 el de Efeso definió que «el Emmanuel (Cristo) es verdaderamente Dios, y que por tanto la Santísima Virgen es Madre de Dios, porque dio a luz según la carne al Verbo de Dios hecho carne» (Dz 113).

El error de Nestorio fue el defender que la Virgen era sólo Madre de Cristo, no de Dios, porque suponía que en Cristo había dos personas, una humana, además de la divina, error condenado en el Conc. de Efeso.

San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor de la Iglesia, dijo entonces: «Si nuestro Señor Jesucristo es Dios. ¿Por qué no se ha de llamar Madre de Dios a la Virgen que le dio a luz?».

En el Símbolo apostólico confiesa la Iglesia que el Hijo de Dios «nació de María Virgen», y por ser Madre del Hijo de Dios, María es Madre de Dios.

Los Santos Padres elogian a la Virgen María

Son grandes los elogios que hacen a la Santísima Virgen los Santos Padres de la Iglesia al proclamarla «Madre de Dios».

San Agustín: La Virgen fue «juzgada la única digna de recibir en su seno al Verbo de Dios; pero ella no mereció por sí misma la Encarnación del Verbo, sino que por el cúmulo de gracias recibidas mereció tal grado de perfección, que la hizo digna de ser Madre de Dios».

San Buenaventura: «Dios no podría hacer nada más grande que María; podría hacer un mundo más grande o un cielo mayor; pero no podría hacer una Madre más grande que la Madre de Dios».

Santo Tomás: María en tanto que es Madre de Dios tiene cierta dignidad infinita por el bien infinito que es Dios... y Dios no puede crear una Madre, cuya dignidad sea superior a la de María, porque sería preciso que esta

Madre tuviera un Hijo superior al Hijo de Dios, cosa imposible.

San Pedro Damiano dice: «¿Qué cosa más grande que María? Ella ha encerrado en su seno la incomprensible grandeza de la divinidad... Una cosa sobrepuja esta obra de Dios, es el Artífice»...

Pío XII: «¡Madre de Dios! ¡Qué título más inefable!... Sólo ella, por su dignidad, trasciende los cielos y la tierra. Ninguna entre las criaturas visibles o invisibles puede compararse con Ella en excelencia» (a. 1947).

LA VIRGEN MARÍA ES INMACULADA

La Virgen María por ser destinada a ser Madre de Dios es Inmaculada, es decir, concebida sin pecado original, pero no por sus méritos propios, sino en atención a los futuros méritos de su Hijo, Redentor del Mundo.

La Iglesia nos invita en su Liturgia a cantarle: «*Toda hermosa eres María, y no hay en ti mancha de pecado original*».

Por ser destinada a la dignidad tan excelsa de «Madre de Dios», fue adornada desde el primer instante de su concepción con un don de gracia tan eximia, por la que aventaja con mucho a todas las criaturas del cielo y de la tierra. El Conc. Vaticano II dice que, para su función maternal, la enriqueció Dios desde el primer instante con esplendores de santidad, por lo que fue común entre los Padres llamar a la Madre de Dios «toda santa e inmune de toda mancha de pecado» y como modelada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura (LG 56).

Y por el mismo motivo la Virgen María fue redimida de un modo eminente, o sea, más sublime y perfecto que todos los hijos de Adán; mas conviene notar que la redención de María no fue *liberativa* del pecado original ya contraído, sino *preservativa* que le impidió caer en él.

María fue concebida sin mancha de pecado original

1.º *Este es un dogma de fe definido por el Magisterio de la Iglesia.* El Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854 por la Bula *Ineffabilis Deus*, después de haber consultado a todos los obispos del mundo, proclamó que era verdad revelada por Dios y que todos los fieles tenían que creer firmemente que «la bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su concepción, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original por singular privilegio y gracia de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano».

2.º *La Sagrada Escritura*, aunque no explícitamente, por la interpretación de la Tradición y de numerosos teólogos aduce las siguientes frases bíblicas en las que implícitamente se nos habla de la concepción inmaculada de María. Aparte de tener su apoyo este dogma en el de la Maternidad divina, tenemos el llamado «Protoevangelio» (2, 1) Gén 3, 15: *Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, este te aplastará la cabeza, y tú le acecharás a él el calcañal.*

Aquí se nos habla de una *enemistad perpetua entre ti y la mujer*, esto es, entre el demonio con sus seguidores y la mujer con su descendencia. La Iglesia ha visto en esta mujer a una hija de Eva, la Virgen María, LA INMACULADA, pues entre el diablo y Ella existe una verdadera enemistad, la que no hubiera existido si por un momento hubiera estado manchada con el pecado como lo estuvo Eva.

El descendiente de la Virgen María es Cristo, quien al fin de los tiempos aplastará o destruirá totalmente el imperio de Satanás. María, pues, es Inmaculada, la exenta de pecado original.

3.º *Dios te salve, llena de gracia..., bendita entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre* (Lc 1, 28, 48). Las expresiones «llena de gracia» y «bendita», son notas características de María, y el paralelismo de la

bendición de Dios sobre María y sobre Cristo en cuanto a su humanidad, exigen limpieza de pecado, pues al igual que Cristo fue libre de todo pecado desde el comienzo de su existencia por descansar la bendición de Dios sobre El, así también al descansar ésta sobre la Virgen.

San Agustín, San Efrén y otros santos, al aplicarles dichas expresiones a María la exceptúan de toda mancha de pecado. Así se expresa el Conc. de Trento, y Pío XII en su Enc. «*Mystici Corporis*» dice de la Madre de Dios que «estuvo libre de toda culpa propia o hereditaria» (Dz 2291).

Santo Tomás comenta cómo la plenitud de gracia de María recibida en su concepción es incompatible con cualquiera falta moral propia.

La dignidad de Madre de Dios exige plenitud de gracia y ser llamada Inmaculada.

Objeción

¿Cómo es posible que la Virgen haya sido preservada del pecado original y escape a la sentencia universal dictada por San Pablo: *Todos han muerto, porque todos han pecado en Adán?*» (Rom 5, 12).

Respondemos con Bossuet: «La ley del pecado original es general, nada más cierto». Este es uno de los dogmas más fundamentales del cristianismo; pero no hay que olvidar que las leyes más generales admiten excepciones, y éstas, por el contrario, lejos de destruir aquellas, las fortifican.

Así, cuando Moisés suspende las olas del mar Rojo, y Josué las del Jordán, esta excepción no suprime la ley general que precipita las aguas hacia los abismos de los mares. De este modo, Dios pudo suspender la ley del pecado original en favor de la destinada a ser su Madre, y de hecho lo hizo.

A nosotros nos basta saber que es un dogma definido que la Iglesia no ha inventado sino *aclarado* y tiene fundamento en otro dogma: el de la Maternidad divina.

Creemos, pues, que la Virgen es Inmaculada, porque Dios lo ha revelado, esto es, porque está de algún modo contenido en la Biblia y la Santa Madre Iglesia nos lo enseña.

Algunas figuras de la Virgen en el A. T.

La hermosura y excelencia de la Virgen la ven algunos bosquejada en el A. T. con muchas *figuras*:

— *El templo de Jerusalén*, blanquísimo por defuera con sus mármoles y plata y por dentro tapizado de oro; así la Virgen María fue templo de la divinidad y el primer sagrario de la tierra, limpísima de todo pecado y llena de gracia y caridad.

— *El Arca de la Alianza* que contenía el maná. Ante ella retrocedieron las aguas del Jordán, porque contenía las tablas de la Ley y guiaba al pueblo de Israel... Así, ante la Virgen retrocede el pecado original, porque Ella era el Arca santa, que contenía no sólo las tablas, sino al autor de la Ley.

Confirmación de la definición dogmática

En Lourdes se apareció la Virgen a una niña, llamada Bernardita Soubirous (ya canonizada por la Iglesia), y en una de sus apariciones (la del 25 de marzo de 1858) le reveló su nombre diciendo: YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN.

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

El Papa Pablo VI el 21 de noviembre de 1965 en el discurso de clausura de la tercera etapa del Conc. Vaticano II, proclamó a la Santísima Virgen como «Madre de la Iglesia» con estas palabras:

«Para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, proclamamos a María Santísima MADRE DE LA IGLESIA, es decir,

Madre de todo el pueblo de Dios, así de los fieles como de los pastores, y la llamamos Madre amantísima».

María es Madre de la Iglesia porque es Madre de Cristo Redentor, Cabeza del Cuerpo místico que es la Iglesia, de la que nosotros somos miembros.

María es Madre nuestra

1.º *María, como nos dice el Concilio Vat. II, es Madre nuestra «en el orden de la gracia» (LG 61), por haber cooperado con Jesús en «la restauración de la vida sobrenatural en las almas».*

La maternidad de María para con nosotros es superior a las maternidades humanas. *Es espiritual*. No tiene relación con la vida de nuestro cuerpo, que no hemos recibido de la Virgen como lo recibió Jesús, sino con la vida sobrenatural de nuestra alma.

Cristo es la Cabeza del Cuerpo místico que es la Iglesia, y al ser la Virgen María Madre de la Cabeza, lo es también de los miembros, puesto que la Cabeza y los miembros forman un solo Cristo. Por eso, la Virgen al dar a luz corporalmente a nuestra Cabeza, dio a luz espiritualmente a todos sus miembros, o sea, a todos nosotros, pues Cristo es la fuente de la vida espiritual.

La Virgen tan unida al Hijo de Dios, como Madre suya, lo está a su vez «unida a la estirpe de Adán, con todos los hombres que necesitan de salvación; más aún, es verdaderamente Madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza» (LG 53).

«Habiendo llevado en su seno al Viviente, María es Madre de todos los hombres, en especial de los fieles» (LG 53).

2.º *María ciertamente es Madre espiritual nuestra*. Cristo nos la dio como tal en la cruz, pues al decir a San Juan: «He ahí a tu Madre» (Jn 19, 27), se refirió,

como dice San Agustín, a todos los cristianos, pues San Juan nos representaba a todos en el Calvario.

Este es el último don de Jesús a los hombres en su vida mortal.

San Ireneo nos dice: María es la segunda Eva, y por tanto la segunda Madre del humano linaje. Así como Eva, por su desobediencia, hizo desgraciado a todo el género humano, María, por su obediencia, le devolvió la felicidad.

San Bernardo dice también: «Por una mujer entró la muerte en el mundo y por otra volvió a entrar en el mundo la vida». Por eso es también María, Madre de la Iglesia.

La maternidad espiritual de María se llevó a cabo padeciendo juntamente con El mientras moría en la Cruz y cooperando por la obediencia, la fe, la esperanza, y la encendida Caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG 60).

María es corredentora nuestra

La Virgen María vivió durante su vida unida plenamente a Jesús, especialmente en las horas de su Pasión. Por San Juan, el discípulo amado que le acompañaba, sabemos que María en el Calvario estaba junto a la cruz de su Hijo crucificado (Jn 19, 25 s.).

María, siempre fiel a su Hijo hasta la muerte, es nuestra Madre y también «corredentora nuestra». La cooperación de María a la Redención objetiva es *indirecta y mediata*, porque Ella puso toda su vida voluntariamente al servicio del Redentor, primero consintiendo ser Madre suya en la Encarnación, y luego padeciendo e inmolándose con El al pie de la cruz.

María es Mediadora nuestra

A la Virgen la podemos llamar «Mediadora nuestra», en la obra de la Redención, porque por Ella vino a nosotros el Redentor, fuente de todas las gracias.

El Concilio nos dice: Es cierto que «único es nuestro Mediador, según las palabras del Apóstol, porque uno es Dios y uno el Mediador de Dios y los hombres, un hombre Cristo Jesús, que *se entregó a Sí mismo como precio de rescate de todos (1 Tim 2, 5-6)*, pero el oficio de mediación de la Virgen es *subordinado al del Redentor*, y por tanto su misión maternal hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia...» (LG 60).

Lo mismo que los sacerdotes son mediadores entre Dios y los hombres, la Virgen es también *mediadora ante el Mediador*... «y Ella fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo».

La realeza de María

El Concilio dice de la Virgen que Ella «fue enaltecida por el Señor como Reina del universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan (*Apoc 19, 16*) y vencedor del pecado y de la muerte» (LG 59). De hecho, la Virgen es Reina, porque es Madre de Cristo Rey: «Si el Hijo es Rey, justo título tiene también la Madre para llamarse Reina» (SAN ATANASIO).

Pío XII dijo: «Igual que Jesucristo es Rey de reyes y Señor de los señores..., así su augusta Madre es honrada por todos los fieles como Reina del mundo».

La Virgen en la Anunciación

El ángel del Señor anunció a María que iba a ser Madre de Jesús, que sería llamado Hijo del Altísimo (*Lc 1, 26 ss.*); mas antes de verificarse el misterio de la Encarnación, Dios quiso que le precediese el «consentimiento de María», como necesario en su plan salvífico «para que así como la mujer (Eva) contribuyó a la muerte, así también la mujer (María) contribuyera a la

vida», la cual en efecto dio al mundo la Vida misma que renueva todas las cosas (LG 56).

La Virgen en Nazaret es saludada por el ángel por mandato de Dios con estas palabras: «*Dios te salve, llena de gracia...*» (Lc 1, 28). Y después de explicarle cómo iba a ser Madre del Altísimo por obra del Espíritu Santo, Ella respondió al ángel: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38)... Y desde aquel momento la Virgen quedó convertida en «Madre de Dios». Entonces, el «Verbo» (la «Palabra» del Padre, que es eterno como El) *se hizo hombre*.

María con tales sentimientos se adhirió totalmente al misterio de la Encarnación y a los planes divinos de la Redención.

La llena de gracia

«*Dios te salve, llena de gracia*» ¿Qué significado tiene esta frase? *San Jerónimo*, al comentar estas palabras, dice: «María está verdaderamente llena de gracia. La plenitud de gracia, que está en Jesucristo, bajó a María, aunque de diferente manera. Las demás criaturas reciben la gracia por partes (gota a gota), pero el alma de María posee toda la plenitud de las gracias» (*De Assumpt*).

San Buenaventura: «Como el océano reúne todas las aguas, así María recibe todas las gracias. Ella es la llena de gracia, el océano de las gracias. Como todos los ríos se precipitan en el mar, así las gracias que tuvieron los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes se reunieron en María» (*Speculi*, c. 2).

San Bernardo: «Dios dio el nombre de *mar* a la reunión de las aguas, y a la reunión de todas las gracias se llama *María*» (Homil. super *Missus est*).

San Cipriano: «La plenitud de la gracia es debida a la Madre de Dios» (*Serm. de Nativ.*).

Doctrina sobre la virginidad de María

Los protestantes modernos niegan la perpetua virginidad de María (si bien la antigua teología luterana con Lutero y Calvino la defendieron).

Los católicos sostenemos que María permaneció *siempre Virgen*, esto es, fue Madre sin dejar de ser Virgen.

San José no era el padre natural de Jesús, sino el padre *legal* o adoptivo y virginal. Un ángel le hizo saber que María era Madre del Redentor por obra del Espíritu Santo. Ella concibió virginalmente a su Hijo y lo dio a luz también virginalmente.

Pruebas a favor de la virginidad de María

El Magisterio de la Iglesia enseña: el sínodo de Letrán del año 649, presidido por el Papa San Martín I, enseñó que «la santa, siempre virgen e inmaculada María... 1) concibió del Espíritu Santo, sin semilla, 2) dio a luz sin detrimento (de su virginidad), y 3) permaneció indisoluble su virginidad después del parto» (Dz 256). Esta definición abarca los tres momentos: antes del parto, en el parto y después del parto.

El Papa Paulo IV declaró que «la Beatísima Virgen María, verdadera Madre de Dios permaneció siempre en la integridad de la virginidad, a saber antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto» (Dz 993) (a. 1555).

1.º Virginidad de María antes del parto

En la Sagrada Escritura está testimoniado claramente que María llevó vida virginal hasta el instante de su concepción y que esta concepción fue virginal:

En Lc 1, 26 s. vemos que «el ángel Gabriel fue enviado de parte de Dios... a una virgen y el nombre de la Virgen era María».

La concepción virginal de María fue predicha en el A. T. en la profecía de Isaías: *He aquí que una virgen*

concebirá y dará a luz un Hijo, y se llamará Emmanuel = Dios con nosotros (7, 14).

Este texto se refiere a Cristo y a su Madre, según hace constar San Mateo (1, 22-23). Además toda la Tradición, así como el Vaticano II relacionan este vaticinio con Cristo y María su Madre.

Está claro que la maternidad divina de María la anunció el ángel (Lc 26, ss.), y que la concepción de María no fue por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. *Antes de que conviviesen se halló haber concebido María del Espíritu Santo.*

2.º Virginidad de María en el parto

Por las mismas palabras del Magisterio de la Iglesia antes dichas, y por las del profeta Isaías, porque dice que «una Virgen concebirá y dará a luz», es decir, tanto en el concebir como en el dar a luz se nos dice que permanecerá virgen, pues en esto está «la señal milagrosa» en que daría a luz en cuanto virgen.

Además, cuando el ángel dijo a María que daría a luz un Hijo, que sería llamado Hijo del Altísimo, Ella le pidió explicación diciendo: *¿Cómo podrá ser esto si yo no conozco varón?* Esta frase «no conozco varón», tiene sentido no sólo de presente (como está en el griego), sino de futuro, pero nunca de pasado, lo que indica en María una situación permanente de virginidad.

La Virgen María concibió, no por virtud natural, sino por virtud sobrenatural, por el poder y obra del Espíritu Santo, y por la misma virtud sobrenatural nació Jesús de María Virgen. La virginidad de María en el parto se halla contenida implícitamente en el título «*siempre Virgen*» que le dio el Conc. V de Constantinopla (553), y explícitamente en los documentos conciliares citados.

Para explicar de forma intuitiva este misterio, los Padres y teólogos se sirven de diversas analogías:

San Agustín: Como entró en el Cenáculo donde estaban congregados los apóstoles, cerradas las puertas, así vino al mundo sin perjudicar a la virginidad de María, y

como pasa el rayo solar por el cristal sin romperlo ni mancharlo.

3.º *Virginidad después del parto*

La Sagrada Escritura, de un modo indirecto testimonia la perpetua virginidad de María después del parto, porque las palabras de María citadas (*Lc* 1, 34-35) con la explicación del ángel incluyen el propósito firme de permanecer siempre Virgen, pues sin tal propósito no parece que hubiera aceptado la maternidad divina.

San Agustín y varios Padres y teólogos han visto en las palabras de la Virgen un voto formal de virginidad, y parece ser se casó con San José con condición de respetarla. De hecho no tuvo después de Jesús otros hijos.

Los que se oponen a la virginidad de María, aducen estas tres frases del Evangelio: «primogénito», «hermanos de Jesús» y «no la conoció hasta que»...

1) Cristo se llama «primogénito», porque así se llamaba entre los hebreos al primer varón, en orden al rescate, siguiera o no otro. Como «primogénito» estaba consagrado al servicio de Dios (*Ex* 13, 2).

2) La frase «hermanos de Jesús», eran sus parientes, próximos parientes (*Mt* 13, 55 ss.). Además para que se opusiera a la virginidad de María habría que demostrar que esos «hermanos de Jesús» eran «hijos de la Virgen» y esto nadie puede demostrarlo por la Biblia, ya que relacionado con la Virgen sólo hay un hijo, Jesús.

3) La frase «hasta que dio a luz» indica que hasta entonces no se había consumado el matrimonio; pero no se sigue que necesariamente se consumara después. De hecho en la Biblia aparece muchas veces la frase «hasta que» equivalente a «nunca» (vg. 2 *Sam* 6, 23; *Lc* 2, 37, etc.).

La Virgen en el Antiguo Testamento

La Virgen María se halla prefigurada por primera vez

en el llamado «Protoevangelio» (Gén 3, 15), que es el anuncio de la «primera buena nueva», al hombre caído o promesa de Redención, de la que ya hemos hablado anteriormente, pasaje en el que empieza a dibujarse la figura de María Madre del Redentor.

En Isaías (7, 14; 9, 6), se nos dice que Ella, la Virgen por excelencia, es la que concebirá y dará a luz un Hijo. cuyo nombre será Emmanuel: Dios con nosotros... y refiriéndose al Mesías dice: *El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande... Un niño nos ha nacido... que tiene en su hombro la soberanía, y será llamado: Dios fuerte, Príncipe de la paz* (Is 9, 6). Este es el niño que vendría al mundo por medio de la Virgen antes anunciada. El Evangelista San Mateo se refiere a este anuncio del profeta, ya cumplido.

En Miqueas (5, 2-3), se nos habla del que había de nacer en Belén, el que regiría a Israel..., cuyo anuncio profético también da por cumplido el evangelista (Mt 2, 5-6) y vino por medio de la Virgen María.

El Concilio, a su vez, da de la Virgen estas dos ideas bíblicas, al llamarla «excelsa hija de Sión», por la que viene el Salvador y nace un nuevo Pueblo universal, y decir que «sobresale entre los pobres y humildes del Señor, que de El esperan con confianza la salvación» (LG 55).

La Virgen María en el Nuevo Testamento

1.º *Desde la encarnación de Cristo hasta la vida pública*

La unión de María como Madre con su Hijo en la obra de la salvación aparece primeramente ya desde la concepción virginal de Cristo en estos cuatro momentos:

1) *En la Visitación* que hace la Virgen a su prima Santa Isabel y en la que es saludada por ella. La Virgen llevaba en su seno a Jesús, e Isabel llevaba en el suyo al

que sería el precursor de Jesús, y ésta siente que salta de gozo al que lleva en sus entrañas, por lo que proclama a María Madre de Dios (*Lc 1, 39-45*).

2) *En el nacimiento de Jesús*. En él se descubre que fue su Madre María la que lo entregó a la adoración de los pastores y de los magos. Jesús quiso honrar a su Madre naciendo de Ella virginalmente, como virginal y milagrosamente había sido concebida... (*LG 57*).

3) *En la Presentación*. La unión de María con Jesús queda reconocida y proclamada por el anciano Simeón, quien al tomar de los brazos de María al Niño, y lleno del Espíritu Santo, anunció que aquel Niño sería signo de contradicción y que una espada (la espada del dolor) atravesaría el alma de la Madre, para que se manifestasen los pensamientos de muchos corazones (*Lc 2, 34-35*) (*LG 57*).

4) *En el «encuentro en el Templo»*. Al Niño Jesús perdido y buscado con dolor, sus padres lo hallaron en el Templo, ocupado en las cosas que pertenecen a su Padre, y no entendieron su respuesta. Mas su Madre conservaba en su corazón, meditándolas, todas estas cosas (*Lc 2, 41-51*).

2.º *La Virgen María en la vida pública de Jesús*

El Concilio sigue dándonos a conocer la asociación de María a la obra redentora de Jesús en estos otros hechos:

1) *En las bodas de Caná*. En ellas la Virgen obró a impulsos de su bondad y misericordia y mediando ante su Hijo, arrancó a éste su primer milagro, por el cual los apóstoles creyeron en Jesús (*Jn 2, 1-11*).

2) *En la predicación de su Hijo Jesús*. A lo largo de su predicación acogió las palabras con que su Hijo, exaltando el reino por encima de las condiciones y lazos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados a los que escuchan y guardan la palabra de Dios, como Ella lo hacía fielmente (*Mc 3, 35; Lc 11, 27*).

3) *En su unión con Jesús hasta la cruz.* Así también la Virgen avanzó en la peregrinación de la fe, y en el Calvario aparece en pie junto a la cruz e interviene en la redención de los hombres, por cuanto no tuvo sólo compasión de Jesús, sino que «padeció con» El, y Jesús la entregó al discípulo amado (Jn 19, 25-27).

La Virgen continuó asociada con Cristo en la obra de la salvación después de la Ascensión, pues antes de Pentecostés los apóstoles «perseveraban unánimemente en la oración con las mujeres y María la Madre de Jesús» (Hech 1, 14).

Asunción de la Virgen al cielo

Pío XII el día 1.º de noviembre de 1950, por la Bula *Munificentissimus Deus*, después de haber consultado oficialmente a todos los obispos del mundo, declaró que es dogma revelado por Dios; y el Conc. Vat. II vino a decir estas mismas palabras, que:

«La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de pecado original, terminado el curso de la vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo» (LG 59).

La Virgen María está en el cielo en cuerpo y alma. La muerte de María no ha sido definida; pero como dice San Bernardo y otros Padres, murió la Virgen porque murió Jesús, y no iba a gozar de mayores privilegios que su Hijo...; murió de amor, y su muerte fue un trasponerse en dulcísimo ocaso a la inmortalidad gloriosa.

El cuerpo de la Virgen, por estar exento de pecado original, no sufrió la corrupción, y al poco tiempo de estar sepultada, resucitó y fue trasladada al cielo en cuerpo y alma.

San Juan Damasceno y otros más dicen que los Apóstoles, poco antes dispersos por el mundo, se hallaron

reunidos en Jerusalén aquel día por una admirable providencia.

La Asunción de la Virgen al cielo se apoya en los dogmas de la Maternidad divina y en el de su Inmaculada Concepción, máxime en la plenitud de gracia recibida.

La Virgen está ahora en el cielo, y desde allí ejerce su oficio salvador y continúa alcanzándonos por su intercesión gracias de eterna salvación... Ella es invocada con los títulos de «Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora» (LG 62).

El culto a la Santísima Virgen y a los Santos

Veneración de la Virgen

A la Virgen, como Madre de Dios, se le debe un culto especial, esencialmente inferior al culto de adoración que sólo a Dios es debido.

El fundamento de este culto está en la Biblia por las siguientes expresiones con que es ensalzada:

Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.

Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (Lc 1, 28-42) y además por la frase profética: Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones (Lc 1, 28, 42 y 48).

Tanto el culto de la Virgen como el de los Santos, «es justo y saludable», y «el honor que tributamos a sus imágenes va dirigido a los Santos que ellas representan» (Conc. Trento).

Venerar es lo mismo que rendir honor, reconocerles amigos de Dios y glorificados por El en el cielo.

La Biblia no prohíbe hacer imágenes (Ex 20, 4-5). Lo que prohíbe es hacerlas para *adorarlas* como si fueran dioses. Dios quería evitar la idolatría como la adoración del becerro de oro.

El culto a la Virgen según el Concilio

«María, ensalzada por gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres, por ser Madre santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial.

Y ciertamente, desde los tiempos más antiguos, la santísima Virgen es venerada con el título de «Madre de Dios», a cuyo amparo los fieles suplicantes se acogen en todos sus peligros y necesidades. Por este motivo, principalmente a partir del Concilio de Efeso, ha crecido maravillosamente el culto del Pueblo de Dios hacia María, en veneración y en amor, en la invocación e imitación... (LG 66).

El santo Concilio enseña y amonesta a la vez a todos los hijos de la Iglesia que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico; que estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia Ella recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos...» (LG 67).

Una de las prácticas de devoción más recomendada por todos los Papas desde San Pío V, y especialmente a partir de León XIII, es el rezo del Rosario, el que debiéramos de rezar todos en honor a la Virgen y por los grandes bienes y gracias vinculadas a él, al ser recomendado a su vez por la misma Santísima Virgen, máxime en Lourdes y en Fátima...

Fundamento bíblico del culto a los ángeles y santos

1) Los justos del A. T. honran a los ángeles (Jos 5, 13-15; Jueces 6, 12-23).

2) Los justos que viven en la tierra interceden eficazmente por otros (Gén 20, 6-7, 17). Moisés intercede por Israel (Núm 14, 20). San Pablo pide oraciones a los fieles (Rom 15, 30).

3) *Veneración de las reliquias.* Es lícito honrar las

reliquias de los santos, porque ellos fueron templos del Espíritu Santo y Dios los honra obrando milagros por ellos (2 Rey 3, 20-21) (los huesos de Eliseo resucitaron a un muerto); *Hech* 19, 11-12 (objetos que había usado San Pedro, sanan a los enfermos a quienes se aplican).

LIBRO SEGUNDO

LA MORAL CATOLICA

1. ¿Cómo hemos de obrar?
 - 2 Mandamientos de la Ley de Dios
 3. Mandamientos de la Iglesia
- Consejos evangélicos
- La vocación cristiana

NOCIONES PRELIMINARES

MORAL CATÓLICA es un conjunto de normas o reglas que tienen como fin dirigir nuestros actos humanos en orden al bien.

Las normas o reglas de moralidad, que conducen al hombre hasta la perfección, son la ley de Dios y la conciencia.

Nos interesa, pues, saber estas tres cosas: 1) qué es la ley de Dios; 2) qué es la conciencia, y 3) qué es el acto humano.

1.º *La ley de Dios*, o sea, los mandamientos divinos son verdaderas leyes morales y normas de nuestras acciones, porque determinan claramente lo que es bueno y lo que es malo.

La Iglesia nos ayuda a descubrir *la voluntad de Dios* por medio de la Biblia o Palabra de Dios, interpretada por el Magisterio de la Iglesia unánime con la Sagrada Tradición.

2.º *La conciencia* es una voz interior que nos manda también hacer el bien y nos prohíbe hacer el mal.

Nuestra conciencia la debemos formar mediante la educación en el amor a la verdad y al bien, y, como luego diremos, con una instrucción profundamente religiosa.

3.º *Acto humano* es el que se realiza *por el hombre* dotado de entendimiento, de voluntad y de libertad.

Si el hombre realizase un acto sin conocimiento ni libertad, este acto no sería humano, porque no se reali-

za *por el hombre, sino en el hombre*, como sería el acto ejecutado por uno que duerme o por un demente, es decir, que este acto no sería *humano ni moral o responsable*.

Algunos lo llaman simplemente *acto del hombre*, para distinguirlo del *acto humano*.

Antes de exponer los MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS y de la Iglesia, empezaremos por poner en claro los conceptos de LIBERTAD, LEY Y CONCIENCIA.

Primera parte

¿COMO HEMOS DE OBRAR?

I. LA LIBERTAD

Todo hombre ama la libertad. De hecho goza de ella porque Dios lo ha creado libre; pero la libertad no significa hacer lo que a uno le plazca, sino hacer lo que es del agrado de Dios según nos lo dicta su santa ley y la voz de nuestra conciencia.

Jesucristo vino a enseñarnos cómo hemos de ser libres al decirnos: «*La verdad os hará libres..., el pecado os hará esclavos*» (Jn 8, 31 ss.).

La verdadera libertad, como veremos, es la que se mueve dentro de la verdad y del bien, y no se inclina a hacer una cosa mala.

El Concilio Vaticano II al hablar de la libertad religiosa declara que la persona humana tiene derecho a ella, que «esta libertad consiste en que todos los hombres deben estar inmunes de coacción..., de tal manera, que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida que actúe conforme a ella... dentro de los límites debidos» (DH 2).

¿Qué es la libertad?

Libertad es el poder o la facultad que uno tiene de obrar o no obrar, o de elegir una cosa con preferencia a otras.

Este concepto de libertad exige que no haya coacción o impedimento alguno que se oponga a la autodeterminación perso-

nad de cada cual, o sea, a la decisión que cada uno tome por su cuenta.

El hombre es hechura de Dios, y de hecho goza del don de esta libertad:

Dios hizo al hombre desde el principio y le dejó en manos de su albedrío.

Si tú quieres, puedes guardar sus mandamientos, y es de sabios hacer su voluntad. (Eclo 15, 14-15.)

Jesucristo nos invita a cumplir los mandamientos de Dios, no nos fuerza, y así dice:

Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos... (Mt 19, 17.)

¿Para qué ha dado Dios la libertad al hombre?

Dios ha dado la libertad al hombre para servicio de la verdad y del bien, y no para que haga lo malo.

La esencia de la libertad está en poder obrar y elegir el bien, no en obrar el mal.

Muchos usan de su libertad de forma depravada, como si fuera licencia para hacer lo malo o todo lo que produzca placer o satisfaga sus instintos o pasiones; pero esto no es libertad, sino libertinaje o abuso de la libertad.

Cuando el hombre quiere el mal es *una señal* de que tiene libertad, pero no está en esto la verdadera libertad.

Un hombre puede matar a otro, pero hay un mandamiento divino que clama: «No matarás». Por consiguiente, ir contra lo mandado por Dios es salirse del cauce del bien que El nos señala.

Hemos de respetar la libertad de todos

El Concilio Vaticano II nos lo dice así:

La libertad es un derecho humano, que todos debemos respetar. Por tanto, a nadie podemos obligar por la fuerza a hacer una cosa contraria a su voluntad, ni obligarle a que deje vg. de profesar su religión o que profese otra.

Habiendo Dios hecho al hombre libre, tenemos que respetar la libertad o determinación personal de cada cual sin poderle forzar a obrar contra su voluntad, a no ser que su libertad

quebrante los derechos de otras personas o perturbe el orden público.

La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa. (cfr. DH.)

La libertad de los hijos de Dios

La verdadera libertad es ésta: *la libertad de los hijos de Dios*, porque es *la que libera del pecado* y de la esclavitud de Satanás, y *la que somete a la ley y yugo suave de Cristo*, entregándose a su servicio, pues «servir a Dios es reinar».

La verdadera libertad es la que nos trajo Cristo, librándonos del pecado... Ahora todo hombre puede, *con la gracia de Dios*, vencer el pecado y librarse de las ataduras de las pasiones.

San Pablo nos dice cómo «Cristo nos ha hecho libres», enseñándonos a huir del libertinaje y de la esclavitud de las pasiones. (Gál 5, 1.13):

Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad, pero cuidado con tomar la libertad como pretexto para servir a la carne...

Los hijos de Dios, por vivir en gracia, viven alejados del pecado, que es el que puede esclavizarnos.

Cristo nos conquistó la libertad perdida, por el primer pecado, con su pasión, muerte y resurrección.

Por el Bautismo somos llamados a la libertad

Por el bautismo hemos sido llamados a la libertad, pues por él nos unimos a Cristo y recibimos su vida, como el sarmiento recibe su savia de la vid. Muertos al pecado o alejados de él por el bautismo, vivimos la vida de la gracia, y como verdaderos hijos de Dios, quedamos libres de las ataduras del pecado.

Por el bautismo nos asociamos a la muerte y resurrección de Jesucristo que puso fin a nuestra servidumbre y a nuestra esclavitud. (Rom 6, 6.)

El hombre logra su dignidad humana cuando, liberado totalmente de la cautividad de las pasiones, tiende a su fin con

la libre elección del bien y se procura medios adecuados para ello con eficacia y esfuerzo crecientes. (GS 17.)

¿Cuál es el verdadero cauce de la libertad humana?

El verdadero cauce de la libertad humana son los mandamientos de la ley de Dios.

Cuando uno exclama: «Yo soy libre y puedo hacer lo que quiero», se le puede decir: «Ciertamente, eres libre», mas piensa también que, cuando tú vas por una carretera a ciento por hora, eres libre para soltar el volante del coche, y ¿qué sucedería si lo hicieras? Pues sencillamente, te estrellarías.

Pues bien, el cauce para no extraviarte en el camino de la vida, y para que no te deformes por el vicio y el pecado, son los mandamientos de Dios. Ten presente que es Dios el que los inculca para que vayas por la senda del bien y seas conducido a la vida eterna.

Libertad y responsabilidad

La libertad humana hace a todo hombre responsable de sus actos, porque la decisión y la responsabilidad moral de hacer el bien nacen de ella?.

El Concilio Vaticano II desea que todos alcancen personalmente una verdadera madurez humana hasta tal punto que «juzguen las cosas con criterio propio a la luz de la verdad, que ordenen sus actividades con sentido de responsabilidad y que se esfuercen en secundar todo lo verdadero y justo». (DH 8.)

Hemos de estar prevenidos contra las pasiones para que no nos induzcan a obrar como esclavos, pues el verdadero obrar del hombre con libertad está en cierto dominio de sí mismo, en que su decisión no proceda de coacción alguna exterior, sino de su interior, o sea, de lo más profundo de su libertad.

Por nuestros propios actos hemos de merecer y ser juzgados. Rom 2, 6.)

Conclusión práctica

Piensa en esta frase de Jesucristo: «La verdad os hará libres, el pecado os hace esclavos.» Esto te enseñará a apreciar la libertad en su verdadero sentido y a obrar

siempre bien. Esta es la libertad de los hijos de Dios. No confundas jamás la libertad con el libertinaje.

II. LA LEY DIVINA Y LA LIBERTAD HUMANA

Algunos, con pretexto de la libertad, quieren rechazar toda ley que les mande hacer algo que no les agrade.

El Concilio Vaticano II nos habla así:

«Los hombres de nuestro tiempo son presionados de distintas maneras y se encuentran en peligro de verse destituidos de su propia libertad de elección. Por otra parte, son no pocos los que se muestran propensos a rechazar toda sujeción, so pretexto de libertad y a tener en poco la debida obediencia a las leyes que rigen toda comunidad humana» (DH 8).

El mismo Concilio nos dice a este fin que es necesaria la educación con vistas a la libertad y a la responsabilidad personal, para que se formen hombres respetuosos con el orden moral, que obedezcan a la autoridad legítima y estimen la auténtica libertad. De este modo la libertad religiosa contribuirá a que el hombre sea más sociable, a que acepte más sus propias responsabilidades ante el bien común y respete los derechos de los demás (DH).

¿Pone la ley trabas a la libertad humana?

La ley no pone trabas o límite alguno a la libertad de los hombres, sino que los orienta y les señala un camino que los dirige hacia el bien a fin de que consigan la perfección.

La ley está ordenada a ser guía del hombre, y está dada para bien de todos. Ella les señala el verdadero sentido de lo que exige la voluntad amorosa de Dios.

Los mandamientos, cauce de la libertad humana, son la expresión de esta voluntad amorosa de Dios. Y sólo cuando el hombre vive en gracia, sin apegar su corazón al pecado o cosas de la tierra: al dinero o al placer terreno, entonces es cuando vuela a las alturas más elevadas y es verdadera y plenamente libre.

¿Cómo se nos manifiesta la ley divina?

La ley divina se nos manifiesta:

1. *Como ley natural*, desde el principio, en el orden de la creación.
2. *Como ley mosaica* o ley divino-positiva en el Antiguo Testamento en el Decálogo.
3. *Como ley cristiana* o ley divina positiva en el Nuevo Testamento en el gran mandamiento del amor.

¿Qué es la ley natural?

La ley natural es aquella que se funda en la naturaleza humana y está impresa por Dios en todos los corazones y obliga a todos los hombres.

Esta ley es como un instinto natural dado por Dios a todos los hombres. Es la ley escrita en nuestro corazón para conocer el bien y evitar el mal.

De la conciencia de cada ser humano brota una voz que dice: «El bien hay que hacerlo, el mal hay que evitarlo». (GS 16.)

El Apóstol San Pablo es el que nos enseña claramente que *la ley natural* es la revelación del Creador, pues sus mandamientos están escritos en los corazones de los paganos, y la misma conciencia nos acusa a todos de nuestras malas acciones.

Esto testifica que llevamos impresa en el alma la ley de Dios, según la cual seremos juzgados por El. (Rom 2, 14-15.)

¿Qué es la ley mosaica?

Esta es la ley que Dios dio a Israel por medio de Moisés y la que inculcaron los profetas. Ella es la revelación clara de la ley moral natural, es decir, los mandamientos de Dios aclaran la ley que llevamos en nuestros corazones.

Esta ley se encuentra en el Decálogo, el que Dios dio a su pueblo como señal de alianza o pacto de amistad. Dios quiso escribirlo en las tablas de piedra que aparecen en el Antiguo Testamento para manifestar así más claramente cuál era su voluntad.

¿Qué es la ley cristiana?

La ley cristiana es la *ley nueva*, dictada por Jesucristo, y es ley de *gracia y amor*. Esta ley es la que Dios ha revelado en Cristo y grabó en el corazón del cristiano como *ley del Espíritu de vida, en Cristo Jesús (Rom 8, 2)*.

La ley de Dios se nos manifiesta ahora en Cristo y tiene como centro el *amor*. El que es la plenitud de la revelación, al referirse a la ley de Moisés, dijo: *No penséis que Yo he venido a abrogar la ley o los Profetas; no he venido a abrogarla, sino a perfeccionarla. (Mt 5, 17.)*

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. (Jn 14, 21.)

Jesucristo redujo todos los mandamientos a éste:

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente y al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas. (Mt 22, 37-39.)

El amor es la plenitud de la ley. (Rom 13, 10.)

¿Puede Dios imponer sus Mandamientos?

Dios puede imponer el cumplimiento de sus mandamientos, porque como Dueño y Señor nuestro puede mandar lo que quiere y tiene derecho a ser obedecido, y las criaturas tienen derecho a cumplir su voluntad.

Dios nos impone sus leyes por el amor que nos tiene y el deseo de que seamos felices.

Los mandamientos (que son expresión de la voluntad de Dios) no coartan la libertad humana, como ya tenemos dicho, antes bien la divinizan al elevarla y hacer que se ajuste al querer divino, fuente de verdad y de todo bien, hacia el que se encaminan los hijos de Dios.

Los castigos que se derivan del incumplimiento de la ley son secundarios, pues antes del castigo Dios muestra su amor. El es infinitivamente bondadoso y justo, y puede castigar el pecado como ofensa que se le hace.

La ley humana

Además de la ley natural, de la del Decálogo y de la del mandamiento del amor, existe la *ley humana*, o sea,

la que dicta un superior de la sociedad civil o eclesiástica.

La ley civil tiene por objeto mantener el orden en el Estado y conseguir el bien común de los ciudadanos, y *la eclesiástica* es la que busca el bien espiritual de la sociedad cristiana, con vistas a la salvación de las almas.

Todas estas leyes mientras sean *justas*, y guarden conformidad con la ley de Dios, obligan en conciencia.

Leyes físicas y leyes morales

Conviene saber que Dios ha establecido estas leyes:

1. *Leyes físicas* con las que El rige a los seres privados de razón.

El orden de la creación está determinado y regido por leyes a las cuales obedecen todas las cosas creadas con ciega fidelidad: así, en virtud de estas leyes físicas, las estrellas siguen su curso, el sol nos alumbra, la tierra nos sostiene, etc.

2. *Leyes morales* por las que Dios dirige a los hombres, seres racionales y libres, y que nos dan a conocer lo que es bueno y nos ordenan hacerlo, e indican lo que es malo y nos ordenan evitarlo.

Estas leyes nos imponen la obligación o el deber de observarlas, pero no nos fuerzan a ello, por respeto a nuestra voluntad libre.

Conclusión práctica

Dios, como Dueño y Señor nuestro, tiene el derecho de imponer su ley para nuestro bien y para orientarnos por el camino de la salvación; por tanto, nuestro deber es cumplirla con alegría y con amor, en justa correspondencia a su amor, ya que por nuestro bien nos la impone.

III. LA LEY DE CRISTO

A la ley del Cristo precedieron, como ya vimos, estas dos leyes positivas reveladas por Dios:

1) *La ley primitiva*, la que Dios dictó a nuestros primeros padres, pues antes de su caída, Dios les dio ya algunos preceptos, para que cumplieran su voluntad (Gé 2, 16).

2. *La ley dada por medio de Moisés*, o sea, el Decálogo, la que Dios dio al establecer y sellar la alianza con su pueblo (Ex 20, 2-17; Dt 5, 6-21).

Ahora el Vaticano II nos recuerda:

«Dios llama ciertamente a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por este llamamiento quedan ellos obligados en conciencia, pero no coaccionados... Esto se hizo patente sobre todo en Cristo Jesús, en quien Dios se manifestó perfectamente a Sí mismo y descubrió sus caminos» (DH 11).

¿Qué es la Ley de Cristo?

La ley de Cristo es *ley de libertad* (Sant 2, 12) y *ley de amor* (Gál 6, 2), porque el cristiano obra en todo movido por la gracia y el amor. Esta ley es, pues, esencialmente don del amor de Dios.

De aquí tenemos que donde se da amor por amor, donde el cumplimiento de los mandamientos se hace por la fuerza interior del amor, o sea, porque uno quiere agradar a Dios en todo, *allí existe la más alta libertad interior*.

«Ama a Dios y haz lo que quieras», decía San Agustín, pues si de veras amamos a Dios, no podremos hacer más que el bien por ser lo que más le agrada.

Dios nos manda cumplir sus mandamientos por el amor que nos tiene y por el deseo, como ya hemos dicho, de hacernos felices. Por tanto, *el cumplimiento de los mandamientos* será en adelante *una respuesta al amor de Dios* y al amor que debemos a los hombres.

¿La ley es buena o es mala?

La ley en sí es buena (1 Tim 1, 8) y es santa, y si nos prohíbe a veces hacer alguna cosa es porque quiere precavernos contra el pecado (Rom 7, 12 ss.), y por lo mismo el aumento de pecados no lo causa la ley por sí misma.

La debilidad de la ley proviene de la condición pecadora, *carnal del hombre*. (Rom 8, 3; 7, 5 ss.) Con la ley sola, sin la gracia de Dios, todos estaríamos perdidos, pues el hombre con sus fuerzas «carnales» no puede cumplir la ley en su integridad. *Necesita la ayuda de la gracia*. Por esta gracia Cristo nos hace libres, librándonos del pecado.

La gracia del Espíritu Santo es la que produce la libertad de los hijos de Dios.

¿Cuándo oprime y esclaviza la ley?

La ley oprime y esclaviza cuando el hombre se olvida de amar a Dios y al prójimo, y se contenta con cumplir estrictamente la ley.

Cristo, como nos dice el Apóstol, es el que ha venido a liberarnos de una ley que oprime y esclaviza. (Rom 6, 1-9; 7, 1-6. 14-25.)

¿Quién nos explica el verdadero sentido de los Mandamientos?

El que nos explica el verdadero sentido de los mandamientos divinos es Jesucristo, porque El los completó y perfeccionó, destacando el mandamiento nuevo del amor fraterno.

Jesucristo dijo, como vimos anteriormente, que El no había venido a abrogar la ley, sino a perfeccionarla (Mt 5, 17), y lo demostró diciendo:

Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; el que matare, será reo de juicio. MAS YO OS DIGO que todo el que se irrite contra su hermano será reo de juicio... (Mt 5, 21.)

Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. PERO YO OS DIGO: AMAD A VUESTROS ENEMIGOS y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos (Mt 5, 43-45).

Perfección de la Ley de Cristo y su Mandamiento nuevo

1. *La perfección de la ley de Cristo es el amor: el amor a Dios y el amor al prójimo. El mismo nos lo dijo*

al enseñarnos cuál era el principal mandamiento de la ley, y cómo toda ella y los profetas se resumían en estos dos preceptos: en el amor a Dios y al prójimo (Mt 22, 37 ss.).

2. *El mandamiento nuevo del amor fraterno es éste:*

Un nuevo mandamiento os doy, que os améis unos a otros, que del mismo modo que Yo os he amado a vosotros, así también os améis unos a otros. Por eso conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros (Jn 13, 34-35).

¿Cuál es el código de la perfección cristiana?

El código de la perfección cristiana son las bienaventuranzas:

1.ª Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

2.ª Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

3.ª Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

4.ª Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

5.ª Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

6.ª Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

7.ª Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios; y

8.ª Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5, 3-10).

Para los cristianos, la norma de toda conducta es la persona misma de Jesucristo. El es nuestro modelo, que nos enseña todas las virtudes: obediencia, pobreza, paciencia, caridad...

Vivir de acuerdo con la nueva alianza es imitar a Jesucristo en la práctica del amor fraterno con el espíritu de las bienaventuranzas.

Conclusión práctica

Agradecer a Jesucristo la gran prueba de su amor al darnos la explicación del verdadero sentido de los mandamientos divinos. El ha querido orientarnos por el camino que conduce a la salvación.

Cumplir los mandamientos es dar una respuesta al amor de Dios y al amor que debemos a nuestro prójimo.

Dios no quiere castigarnos, y si lo hace (pues tiene derecho por ser el Autor de nuestras vidas) es de un modo muy secundario, cuando hemos sido culpables y despreciadores de su santa ley.

IV. LA CONCIENCIA

«El hombre, en lo más profundo de su conciencia, descubre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: *haz esto, evita aquello*, Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente...» (GS 18).

Cuando uno ha robado o cometido algún crimen o hecho una cosa mala, en seguida siente en su interior el remordimiento, o sea, la voz de la conciencia que le acusa de haber obrado mal.

San Pablo lo dice así con estas palabras:

«Cuando los gentiles guiados por la razón natural sin ley (esto es, sin la ley escrita dada por Moisés), cumplen los preceptos de la ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos ley. Y con esto muestran que *los preceptos de la ley están escritos en sus corazones*, siendo testigo su conciencia, y las sentencias con que entre sí unos a otros se acusan o se excusan» (Rom 2, 14-15).

¿Qué es la conciencia?

1. *La conciencia es una voz interior* que nos manda hacer el bien y nos prohíbe hacer el mal.

La conciencia nos acusa o desaprueba nuestras obras si son malas, y nos las aprueba y aplaude si son buenas. Dios es el que nos habla por nuestra conciencia.

2. *La conciencia es además un juicio práctico* que dicta lo que se debe hacer por ser bueno o que se debe evitar por ser malo.

Ejemplos que nos dicen que la conciencia es una voz que acusa:

a) Caim sintió los remordimientos de su conciencia cuando mató a su hermano Abel... (Gén 4, 13 ss.)

b) El impío Antioco Epifanes al caer enfermo, dijo:

Ahora recuerdo los males que hice en Jerusalén..., los habitantes de Judea que sin causa exterminé. Ahora reconozco que por esto me han sobrevenido tantas calamidades (1 Mac 6, 12-13).

c) El buen ladrón al recordar en su interior el mal que había hecho, se convierte al Señor estando en la cruz, y dice a su compañero:

Nosotros justamente padecemos por nuestros crímenes, pero Este ningún mal ha hecho (Lc 23, 41).

d) Todo hombre siente el gozo de hacer el bien y el remordimiento de haber obrado mal, pues descubre impresa en su corazón una ley que le indica el camino del bien (Rom 2, 15; Jn 1, 9), y en los mismos acontecimientos humanos, así como en la creación podemos descubrir los signos verdaderos de la presencia y de los planes de Dios.

Reglas de moralidad para conocer cómo debemos obrar

1.ª *La norma o regla suprema de nuestras acciones es la Ley de Dios* (ésta se llama norma *objetiva y eterna*).

El Concilio Vaticano II lo dice así:

«La norma suprema de la vida humana es la propia ley divina, eterna, objetiva y universal, por la que Dios ordena, dirige y gobierna el mundo universo y los caminos de la comunidad humana según el designio de su sabiduría y de su amor» (DH 3).

2.^a Otra norma es *nuestra conciencia* (norma *subjetiva e interna*).

La conciencia, según hemos dicho, es como una voz que grita y nos llama la atención cuando no vamos por el camino de los mandamientos de Dios. De aquí que obedecer a la voz de la conciencia es obedecer a Dios.

Por la misma conciencia conocemos lo que nos manda la ley divina, y estamos, por tanto, obligados a seguir lo que la conciencia nos ordene.

Puede suceder que uno quiera a veces obrar a capricho o hacer el bien según a él le parece o lo entiende, y por lo mismo puede equivocarse, y entonces ¿qué deberá hacer? Procurará no independizarse de la ley divina, sino conformarse a ella, y a este fin deberá *formar bien su conciencia*, sobre todo cuando es *dudosa*.

¿Cómo nos ayuda la Iglesia a descubrir la voluntad de Dios?

La Iglesia nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios:

1. Por medio de la Palabra de Dios y de la lectura de la *Biblia*.

2. Por el magisterio de los sucesores de los apóstoles presididos por el Papa.

3. Por el testimonio de todos los discípulos de Cristo.

A este fin nos interesa formar bien nuestra conciencia.

¿Cómo hemos de formar nuestra conciencia?

1.^o *Mediante la educación en el amor a la verdad y al bien*, procurando la rectitud de intención en el obrar.

2.^o *Con una instrucción profundamente religiosa*, con el estudio asiduo de la ley divina, tanto en el orden natural como en el sobrenatural.

Es menester reconocer que la causa de muchas dudas y errores nace de la ignorancia más o menos culpable de las verdades reveladas.

3.^o *Con algunos medios sobrenaturales*, como la oración, la práctica constante de la virtud y del bien, el

examen de conciencia practicado con diligencia y humildad, y con los sacramentos, sobre todo con la confesión frecuente y una buena dirección espiritual.

Todos hemos de procurar obrar siempre con conciencia *recta y verdadera*, porque ella es la que nos representa la cosa tal como es en realidad o cuyo juicio se conforma con la verdad de la ley.

Cuando tengamos que tomar una decisión, *si dudamos* de si es buena o mala la acción que vamos a realizar, lo mejor es *consultar* con quién puede darnos un buen consejo, y si no hay tiempo de consultar, obremos *con la mayor rectitud de intención* bajo la mirada de Dios, a quien debemos agradar en lo que hacemos.

¿Cómo se perfecciona e ilumina la conciencia?

La conciencia se perfecciona e ilumina *con la fe y el seguimiento de Cristo*. La fe es una luz sobrenatural por la que conocemos las verdades reveladas.

De por sí la conciencia es «un cirio sin luz»; y Cristo (con su doctrina revelada, su Iglesia y su Magisterio que nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios) es quien le comunica la luz, y por ella alumbraba e ilumina.

La conciencia iluminada por la fe se convierte en luz. Para el cristiano obrar según la fe y obrar según la conciencia son cosas equivalentes (*Rom 14, 23*).

La conciencia perfecta es la que está iluminada por la luz sobrenatural de la fe y está animada por la caridad.

El Espíritu Santo nos ilumina y da fuerza (*Jn 16, 13*), para obedecer con libertad y alegría a nuestra conciencia y, de este modo, vivir como verdaderos discípulos de Cristo (*Rom 8, 9-13; Gál 5, 19-23, 35*).

Los Apóstoles son modelo de fidelidad a su conciencia (*Hech 4, 1 ss.*).

Obremos en todo rectamente.

Dios quiere que cumplamos en todo su voluntad y que la conozcamos con nuestro propio juicio y ante todo con la luz de la fe y el magisterio de la Iglesia, y que respetemos la conciencia de los demás (*Rom 14, 12-23*).

Hemos de ser juzgados según nuestra conciencia, y por eso conviene formarla bien.

Conclusión práctica

Obra rectamente en todo, como acabamos de decir. Para no tener remordimiento de conciencia, haz siempre lo que ella te dicte ser mejor, y evita cuanto veas que Dios no aprueba. «Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría.» (Kempis.)

Segunda parte

LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS

Los mandamientos de la Ley de Dios son los mismos que Dios reveló a Moisés en el monte Sinaí y que le entregó en dos tablas de piedra, y los que Jesucristo perfeccionó en el Nuevo Testamento.

En la primera tabla se contenían los tres primeros mandamientos, que nos enseñan nuestros deberes para con Dios, y en la segunda los otros siete que se refieren a nuestros deberes para con el prójimo y para con nosotros mismos.

El texto de los diez mandamientos encierran la afirmación de la existencia de un Dios único y exclusivo, y son llamados «Decálogo» (de la palabra griega *deka*-diez, y *logos*-sentencia) y lo hallamos en el *Exodo* (20, 1-17) y en el *Deuteronomio* (5, 6-21).

La doctrina del Decálogo es tan antigua como el hombre, pero siempre actual y moderna. Dios pone en su observación nuestra felicidad (*Dt* 5, 29).

Los mandamientos son leyes morales porque determinan claramente lo que es bueno y lo que es malo.

Estos mandamientos no son en sustancia otra cosa que *los preceptos de la ley natural* impresos por Dios en el alma de cada hombre, y por lo mismo obligan a todos los hombres de todos los pueblos, y son valederos para todos los tiempos y todos los lugares, cons-

tituyendo a su vez el fundamento de toda la moral individual y social.

El autor de los mandamientos es el mismo Dios, pues de El traen origen:

1) *Dios los imprimió en la conciencia de todo hombre al hacerle inteligente y libre (ley natural: Rom 2, 14-15).*

2) *Los promulgó en el monte Sináí, como queda dicho.*

3) *Los confirmó Jesucristo, al decir: No penséis que he venido a abrogar la Ley..., sino a perfeccionarla (Mt 5, 17).*

LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS son diez:

El primero, amarás a Dios sobre todas las cosas.

El segundo, no tomarás el nombre de Dios en vano.

El tercero, santificarás las fiestas.

El cuarto, honrarás a tu padre y a tu madre.

El quinto, no matarás.

El sexto, no cometerás actos impuros.

El séptimo, no robarás.

El octavo, no dirás falso testimonio ni mentirás.

El noveno, no consentirás pensamientos ni deseos impuros.

El décimo, no codiciarás los bienes ajenos.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

Por el camino de los diez mandamientos se llega a la salvación eterna. Así lo dijo Jesucristo:

Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt 19, 17).

I. PRIMER MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

El Decálogo o los diez mandamientos dados por Dios al pueblo de Israel por medio de Moisés, en el monte Si-

naí, fueron perfeccionados por Jesucristo y llevados a la plenitud del amor: amor a Dios y amor al prójimo.

De estos diez mandamientos, como ya hemos dicho, los tres primeros se refieren al amor de Dios y los otros siete al provecho del prójimo.

«El mandamiento supremo en la Ley es amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo» (Mt 22, 37-38) (AA 8).

Dios señaló al hombre el objeto principal de su amor, al decirle: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo su corazón...*, y esto lo hizo para que no se desviase yendo tras bienes aparentes o amores secundarios. Este amor supremo no podía ser otro que El. Dios es el centro de la felicidad y de todas nuestras aspiraciones. El es la suma Verdad y el sumo Bien.

¿Cuál es el Primer Mandamiento de la Ley de Dios?

Jesucristo nos lo dice así:

«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda su mente. Este es el más grande y principal mandamiento» (Mt 22, 37-38).

Esta es la respuesta que Jesucristo dio al doctor de entre los fariseos que le hizo esta pregunta: *Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?*

Ya en el A. T. vemos que lo primero que Dios dijo al entregar a su pueblo los mandamientos, fue lo mismo con estas palabras:

No tendrás otro Dios que a Mí. No te harás imágenes talladas..., no te postrarás ante ellas y no las servirás, porque Yo soy Yahvé, tu Dios... (Ex 20, 3-5). *No te vayas tras otros dioses... Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón...* (Dt 6, 5, 14). *No hay otro Dios fuera de Mí...* (Is 44, 6).

Dios tiene derecho a todo nuestro amor y a El debemos amarle sobre todas las cosas.

¿Por qué debemos amar a Dios sobre todas las cosas?

Debemos amar a Dios sobre todas las cosas o con un amor total, porque de El hemos recibido la vida y cuanto tenemos, es decir, El es nuestro Creador, el

supremo Bien y Dios único, que como tal tiene un dominio universal sobre toda la creación.

Mas para comprender mejor, por qué debemos amarle así, es preciso reconocer que *Dios es amor... y El nos amó primero*, esto es, que El nos ha creado y redimido por amor.

1.º *Dios nos ha creado por amor.*

Dios es el que da a todos la vida, el aliento y todas las cosas... y en El nos movemos y existimos (Hech 17, 25. 28).

Nosotros somos hechura de Dios, y El por ser infinitamente perfecto y dichoso en Sí mismo, no nos creó para aumentar su felicidad, sino para hacernos a nosotros felices, pues El no necesitaba de nada. «Nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama.

2.º *Dios nos ha redimido por amor.*

Así nos lo dice la revelación divina:

Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna (Jn 3, 16).

Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió a su Hijo único para que vivamos por medio de El. En esto consiste el amor; no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4, 8-10).

Dios nos redimió no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo... por amor nuestro (1 Pdr 1, 18-20). Nos amó y se entregó a la muerte por nosotros (Gál 2, 20).

Bien pudo decir Jesucristo:

Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos (Jn 15, 13).

San Pablo habla así de la gran prueba de su amor:

Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros... (Rom 5, 8).

¿Cómo debemos amar a Dios?

Debemos amar a Dios como El mismo nos ha dicho: «con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con

todas nuestras fuerzas». Y como los Mandamientos son expresión de su voluntad, Jesucristo nos dice:

Si alguno me ama, guardará mis mandamientos (Jn 4, 23).

No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino aquel que cumple la voluntad de mi Padre celestial (Mt 7, 21).

Por ser Dios, como hemos dicho, el sumo Bien y el Dios único que tiene dominio universal sobre todas las criaturas, debemos amarle sobre todas las cosas. Esto quiere decir que debemos estar dispuestos a perder el dinero, la salud e incluso la vida antes que ofender a Dios. Por eso está escrito:

Adorarás al Señor tu Dios, y a El sólo servirás (Dt 6, 13).

¿Cómo nos enseña Jesucristo a amar a Dios?

1.º *Haciendo en todo su voluntad*, como El la hizo, pues bajó del cielo «no para hacer su voluntad, sino la de Aquel que le envió» (Jn 6, 38).

2.º *Procurando con toda su vida, con su humillación y obediencia hasta la muerte y muerte de cruz (Fil 2, 8), reconocer el amor, la grandeza y la majestad de Dios Padre*, y porque lo amó de esta manera sobre todas las cosas, El realizó la nueva Alianza de los hombres con Dios (1 Cor 11, 25).

En la Eucaristía renovamos esta alianza y damos gracias, adoramos y alabamos a Dios Padre, por Jesucristo. El es el pan de vida bajado del cielo que vino a darnos la vida que nos hace a todos verdaderos «hijos de Dios».

¿Qué necesitamos para amar a Dios sobre todas las cosas?

Necesitamos tener y practicar estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, o sea:

1.º *Creer en Dios*, pues si no creyéramos en El, ¿cómo podríamos amarle? La fe es sumamente necesaria:

Fe es creer en la Palabra de Dios, es someter nuestro entendimiento y nuestra voluntad a lo que El nos dice, es dar una respuesta favorable a sus mandatos.

Como la Palabra de Dios se halla contenida en la Biblia, y se nos transmite por la Iglesia (que es la que nos la explica e in-

terpreta), hemos de creer cuanto ésta nos enseña (Mc 16, 16).

2.º *Esperar en Dios*, porque El nos ha prometido la salvación, si vivimos en su gracia. «La fe es fundamento o garantía de lo que esperamos». La fe nos hace soportar con paciencia y alegría el dolor y las cruces de esta vida, pues unidos a Cristo en sus dolores y sufrimientos, participaremos de su resurrección. Ahora tenemos como término de nuestra esperanza el cielo, pues, según San Pablo: *No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna* (Heb 13, 14).

3.º *Amar a Dios* y tributarle culto por ser, como ya hemos dicho, el sumo Bien, nuestro Creador y Redentor.

Advertencia:

Además del culto debido a Dios, la Iglesia nos enseña a tributar culto a los santos y, sobre todo, de manera especial a la Santísima Virgen por estar adornada, como Madre de Dios, de toda clase de gracias y virtudes.

También es lícita la veneración de las imágenes sagradas, pues el culto va no al objeto material, sino a la persona representada por la imagen. Notemos que en el *Exodo* 20, 3-5, se prohíbe hacer imágenes, pero es *para adorarlas* como si fueran dioses. Dios quiso desterrar la idolatría, y por eso desterrando ésta en el A. T. se podían hacer imágenes. (Véase *Ex* 25, 18; *Núm* 21, 8-9.)

Conclusión práctica

Al reconocer el grande amor que Dios nos tiene, según hemos visto, nuestro deber es adorarle con amor, humildad y respeto... e invitar, con el salmista, a que sea alabado por todos: Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...

PECADOS CONTRA EL PRIMER MANDAMIENTO

Para conocer bien los pecados contra este mandamien-

to es menester tener presente que Dios nos ha revelado que el primer deber que tenemos para con El es éste:

Adorarás al Señor tu Dios... (Mt 4, 10; Dt 6, 13).

Y «adorar a Dios» es reconocer que El es el Señor Supremo de todo el mundo, independiente de todas las cosas, y que todos nosotros dependemos enteramente de El.

Quien esto reconoce, no puede menos de adorar a Dios, y a Dios hay que adorarle *interiormente* con actos de fe, esperanza y caridad, es decir, creyendo en Dios, esperando en El y amándole sobre todas las cosas, y *exteriormente* con actos exteriores manifestados por la reverencia, la genuflexión en el culto, la oración devota, la recepción de los sacramentos, etc.

Dicho esto, podemos decir que se peca:

1.º *Contra la fe*: con la ignorancia culpable en cosas religiosas; con la impiedad, la herejía, las burlas y las dudas admitidas voluntariamente contra la fe. También con la lectura y propagación de libros que hablan mal de la religión (*Hech 1, 19*), con la apostasía, etc. (p. 40).

2.º *Contra la esperanza*, se peca por la *desconfianza* en Dios, cuando no se espera con firmeza (ejemplo, Moisés y los israelitas en el desierto), y por *desesperación*, cuando se pierde toda esperanza en Dios (ej. de Caín y Judas).

También se peca por *presunción*, cuando uno se expone al peligro sin razón y con la esperanza cierta de que Dios le salvará, y también se peca por una *confianza temeraria* en Dios, cuando sin temor se sigue pecando o se dilata la conversión porque Dios es misericordioso (ej. los hombres en tiempo de Noé).

3.º *Contra la caridad o amor de Dios* se peca por los pecados opuestos: por el odio a Dios, la ingratitud a sus beneficios y las quejas de sus divinas disposiciones.

Pecados opuestos a la adoración interior y exterior

Estos son: la idolatría, la superstición, el sacrilegio,

la simonía y ante todo el descuido de las oraciones de obligación, pues todos estamos obligados a *la oración*, porque es absolutamente necesaria para salvarnos, y porque a Dios le debemos adoración y acción de gracias.

Contra la adoración exterior se peca: cuando no se asiste a la Santa Misa o se asiste sin reverencia a ella, y demás actos religiosos.

Idolatría

Esta consiste en dar a las criaturas una adoración que sólo a Dios es debida. Dar culto a una criatura y venerarla como si fuera Dios es un gravísimo pecado. Ejemplos de idolatría: la adoración del becerro de oro (*Ex* 32); la estatua de Nabucodonosor (*Da* 3).

Muchos gentiles truecan la gloria de Dios por la de las criaturas (*Rom* 1, 23). En algunas partes han adorado por dioses al sol, la luna, las estrellas, el fuego... (*Sab* 13, 2). Por haber abandonado el culto del verdadero Dios, El los dejó caer por la idolatría en los mayores excesos y castigos (*Rom* 1, 28).

San Agustín dijo: Lo que cada uno desea o venera, aquello es su Dios. El Dios de los avaros es el oro (*Os* 8, 4); el de los ambiciosos es el honor. El de los comilones, el vientre (*Folip* 3, 19); el de los lujuriosos, el cuerpo (*1 Cor* 6, 15).

Avaricia, orgullo y lujuria es el Dios trino de los hijos de este mundo (Mehler).

La idolatría es el más grave de todos los pecados (S. Tomás), y entre los judíos se castigaba con pena de muerte (*Ex* 22, 20). En el *Exodo* leemos que de una vez murieron por mandato de Dios 23.000 judíos, por su idolatría (32, 28). En el Nuevo Testamento leemos: Los idólatras impuros, borrachos, etc., *no poseerán el reino de Dios* (*1 Cor* 6, 10).

La superstición y sus clases

Superstición es atribuir a las cosas criadas un poder o virtud oculta que ni la naturaleza, ni la Iglesia, ni Dios les han comunicado.

El agua bendita, vg., nos alcanza el auxilio divino en los peligros, no por su natural propiedad, sino por la oración de la Iglesia. Pero creer que ciertas cedulitas con oraciones o las que se mandan repetir hasta nueve veces o más a otras direcciones..., es superstición y deben romperse en el acto.

La adivinación es una especie de superstición que consiste en querer conocer o averiguar cosas futuras u ocultas por medios supersticiosos, como interpretando sueños, echando las cartas o la suerte por las rayas de las manos como suelen hacer las gitanas, etc. Estos medios son reprobables y hay que salir al paso en bien de las gentes ignorantes.

El espiritismo es una especie de hechicería que tiene como fin invocar a los espíritus para conocer las cosas ocultas.

Los espiritistas se ofrecen a los espíritus como instrumentos (*mediums*) y quieren que el espíritu se sirva de la mano o del lenguaje de ellos y se declare por éstos u otros signos, como golpecitos, etc. Es un crimen, dice Santo Tomás de Aquino, acudir al demonio en demanda de enseñanzas, cuando están a nuestra disposición las Sagradas Escrituras, o sea, la palabra de Dios.

No haya nadie que interroge a los espíritus, porque esto es aborrecible al Señor (*Dt* 18, 11).

El guardar consigo objetos benditos, como cruces, medallas, etc., *no es superstición*, como algunos impíos se han atrevido a decir, siempre que se haga con la piadosa intención de honrar a Dios, implorar la protección de los santos y alcanzar la bendición de la Iglesia.

La magia es también invocación de los espíritus para hacer cosas prodigiosas.

Es un hecho que, principalmente entre los paganos, ha habido gente que, con ayuda del demonio, hacían

cosas maravillosas, como los magos de Egipto en tiempo de Moisés, cuyos milagros remedaban (*Ex* 7, 11). También en tiempo de los apóstoles, un tal Simón, mago, sedujo a muchos con sus artes (*Hech* 8, 10). En la Biblia también leemos que el Anticristo hará con el auxilio del demonio muchos aparentes milagros (*2 Tes* 2, 8).

¿Se pueden tener por magos a los *prestidigitadores*? No, porque lo que hacen éstos con sus juegos de manos, son ciertos trucos, que admiran al vulgo.

El sacrilegio

Sacrilegio es toda profanación o maltratamiento de las personas, cosas o lugares consagrados al servicio de Dios.

Ejemplos: Jesucristo arrojó del Templo a los profanadores (*Jn* 2). El rey Baltasar fue castigado por profanar los vasos sagrados (*Dan* 5). El castigo de Heliodoro (*2 Mac* 3).

Simonía

Simonía es el afán de comprar o vender una cosa puramente espiritual o una cosa profana unida a una cosa espiritual por dinero o valores materiales, como lo quiso hacer Simón Mago (*Hech* 8, 18 s.).

La Iglesia la reprueba como un gran crimen y la castiga con severidad.

(Sobre el «Culto e invocación de los Santos», página 282).

II. SEGUNDO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

El salmista nos invita a alabar el nombre del Señor, o sea, a Dios mismo, pues El se identifica con su nombre. El nombre representa a la persona.

Desde donde sale el sol hasta donde se pone, sea alabado el nombre de Yahvé (*Salmo* 113, 3).

En la revelación que Dios hizo al darnos a conocer sus mandamientos, dijo:

No tomarás en falso el nombre de Yahvé, tu Dios, por-

que no dejará Yahvé sin castigo al que tome en falso su nombre (Ex 20, 7). Y el Concilio Vaticano II, nos dice:

«El hombre está invitado, desde que nace, a un coloquio con Dios, pues existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva... Muchos se desentienden del todo de esta unión con Dios... Unos niegan a Dios expresamente... Este ateísmo es uno de los fenómenos más graves de nuestra época» (GS 19).

Dios, por ser el autor de nuestra existencia, merece todo nuestro respeto y alabanza.

¿Cuál es el nombre de Dios?

Antes de Moisés Dios era conocido con el nombre del «Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob»... También se le conoce en el Antiguo Testamento como el «Dios creador de cielos y tierra», «el Altísimo», «el Omnipotente»... y en el Nuevo Testamento se nos revela como «Padre» y «Salvador» del mundo...

Después de Moisés, Dios mismo reveló a éste su nombre en el monte Horeb, al decirle que se llamaba Yahvé (Ex 3, 14-15). Dios habló a Moisés en primera persona: EHYEH = YO SOY, y nosotros lo denominamos en tercera persona: YAHVE = EL QUE ES. YAHVE, pues, es el nombre de DIOS.

¿Cuál es el significado de este nombre?

El significado de YAHVE, según los intérpretes de la Sagrada Escritura, tiene dos sentidos:

1) *En sentido metafísico*, significa: «El que es» o «Yo soy», lo que equivale a decir: «El ser subsistente», «la plenitud del ser» o el ser por esencia, independiente, del cual reciben su existencia todos los seres de la creación.

2. *En sentido histórico*, significa: «El que está con vosotros para asistiros, defenderos y haceros felices». Esto denota el amor y la providencia amorosa que Dios tiene con los hombres. Por esto San Juan nos da esta definición de Dios: DIOS ES AMOR (1 Jn 4, 8).

El nombre de Dios, como hemos dicho, representa a Dios

mismo, o sea Dios se identifica con su nombre, y así dice la Sagrada Escritura:

Ellos santificarán mi nombre (Is 29, 33).

Señor, tu nombre es eterno (Salmo 133, 13).

Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor (Salmo 113, 1).

¿Qué deberes tenemos para con Dios?

Como cristianos tenemos estos deberes:

1.º *Alabar el nombre del Señor, porque él es santo y merece todo respeto y obediencia.*

Tú sólo eres Santo, tú sólo Señor...

Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del universo, llenos están el cielo y la tierra de tu gloria...

Así alaban constantemente a Dios los ángeles del cielo (Is 6, 3) y nosotros debemos unir nuestras alabanzas a las suyas, para desagraciarle por las blasfemias y ofensas que se cometen.

2.º *Invocar el nombre del Señor, e «invocar el nombre de Yahvé» es propiamente dar culto a Dios, adorarle, y a esto nos invitan los profetas:*

Alabad a Yahvé, cantad a su nombre, pregonad sus obras en medio de los pueblos, proclamad que su nombre es sublime..., que lo sepa toda la tierra (Is 12, 4).

Dad a Yahvé la gloria debida a su Nombre (Salm 39, 2).

3.º *Dar ejemplo en la invocación de Dios, procurando que nuestra conducta sea irreprochable, para no hacer blasfemar a otros, como dice San Pablo:*

Por causa vuestra es blasfemado entre los gentiles el nombre de Dios (Rom 2, 24).

¿Cómo se puede deshonrar el nombre de Dios?

Se puede deshonrar de estos cuatro modos:

1.º *Pronunciándolo sin respeto, vg., cuando se le emplea con ira, por chanza o burla, o de otra manera frívola e indigna:*

No dejará Yahvé sin castigo al que tomare en falso su nombre (Ex 20, 7; Ecli 23, 10).

2.º *Blasfemándole.* «Blasfemar es decir palabras o hacer gestos injuriosos contra Dios, la Virgen, los Santos y la Iglesia» (Cat. Nac.).

La blasfemia es un pecado de los más graves. Es el lenguaje del demonio. En el A. T. había pena de muerte para el blasfemo:

Quien blasfemare el nombre de Yahvé, será castigado con la muerte; toda la asamblea lo apedreará (Lev 24, 16).

3.º *Haciendo juramentos ilícitos,* como sería jurar sin verdad, sin justicia, sin necesidad. El perjurio (el que jura en falso) contra la verdad comete un pecado gravísimo.

A Dios jamás se le debe poner por testigo de una cosa falsa. Dios castiga al que jura en vano (Ecli 23, 12, 14), y Jesucristo dijo:

Yo os digo que de ningún modo juréis... Sea, pues, vuestro modo de hablar: Sí, sí; no, no (Mt 5, 34-37).

4.º *Quebrantando los votos.* Voto es una promesa hecha libremente a Dios, con la cual se obliga a una cosa buena y mejor que la contraria.

Es un deber sagrado la guarda de los votos, siempre que no hay imposibilidad de cumplirlos.

Que hiciste algún voto a Dios, no tardes en cumplirlo; mucho mejor es no hacer votos, que hacerlos y no cumplirlos (Dt 23, 21 ss.).

PARA REPARAR LAS BLASFEMIAS

La Iglesia ha mandado que se reciten estas invocaciones después de la bendición con el Santísimo:

Bendito sea Dios.

Bendito sea su santo nombre.

Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Bendito sea el nombre de Jesús.

Bendito sea su sacratísimo Corazón.

Bendita sea su preciosísima Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita sea su santa e Inmaculada Concepción.
Bendita sea su gloriosa Asunción a los cielos.
Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.
Bendito sea San José, su castísimo esposo.
Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos.

Conclusión práctica

Cuando oigas blasfemar, di, para reparar tan grande ofensa: «Alabado sea Dios», y si puedes, di al blasfemo: «No blasfeme, que ofende a Dios, y puede castigarle.» Oremos para que Dios se apiade del blasfemo y derrame sus bendiciones sobre los que le alaban.

III. EL TERCER MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

La Biblia, en el relato del Génesis, nos presenta a Dios como un obrero que trabaja seis días y uno descansa, para darnos la enseñanza de cómo debemos trabajar nosotros seis días y dedicar uno al descanso y culto del Señor. Así lo manifestó El al dar el Decálogo por medio de Moisés:

Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso, consagrado a Yahvé, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno... (Ex 20, 8-10).

Ahora, sustituido el sábado por el domingo, dice el Concilio: «La Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón «día del Señor, o domingo» (SC 106).

Santificarás las fiestas

En el Antiguo Testamento el día de fiesta era el «sábado» (que significa «descanso»), el cual, por mandato de Dios, los israelitas lo debían *santificar*:

Guardaréis el sábado, porque es cosa santa... Se trabajará

seis días, pero el día séptimo será día de descanso completo, dedicado a Jahvé (Ex 31, 14-15).

Ahora en el Nuevo Testamento el día de fiesta para los cristianos es el «domingo», llamado «día del Señor» (*dies Domini*).

Lo que era el «sábado» para los judíos, lo es ahora el «domingo» para los cristianos. Estos lo celebran solemnemente porque la Iglesia instruida por Jesucristo y asistida por el Espíritu Santo, manda ahora que sea santificado, porque en domingo se realizaron los principales misterios de nuestra redención: LA RESURRECCION DE CRISTO y la Venida del Espíritu Santo.

Los primeros cristianos, ya en la época apostólica, para conmemorar la resurrección del Señor y recordar la Cena eucarística, tenían su reunión en el «domingo» (*Hech 20, 7-11*).

¿Cómo se ha de santificar el domingo?

Se ha de santificar así:

1. *Oyendo el santo sacrificio de la Misa*, en el que se renueva el sacrificio del Calvario: el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, y recordamos la Cena del Señor.

2. *Escuchando la Palabra de Dios* con atención y docilidad, pues por las lecturas bíblicas y su explicación se nos comunica la fe.

El Concilio Vaticano II nos lo dice así:

«En este día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios que los hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (SC 106). Añádase a esto, como luego diremos, que el domingo debe ser «día de alegría y de holgar en el trabajo».

Para celebrar más dignamente el día del Señor

Los fieles debieran:

1) *Participar activamente en la Misa*, o sea, no estar en ella como meros espectadores (SC 48).

2) *Comulgar* para unirse más estrechamente a Cristo, que se hace presente en la Eucaristía.

3) *Estar en el templo* con la debida atención (especialmente cuando se predica o se lee la palabra divina) y también con compostura y recogimiento.

¿Qué otras fiestas deben santificarse como el domingo?

Se deben santificar aquellas que ha instituido la Iglesia y que se nos señalan en el Año litúrgico. Estas son:

1) *Las fiestas del Señor*, entre las que se destacan:

- *La fiesta de la Pascua o de Resurrección del Señor*, a la que precede el tiempo de Cuaresma y de Pasión.
- *La fiesta de Navidad*, a la que precede el Adviento.
- *La de Pentecostés*, que nos recuerda la Venida del Espíritu Santo.

2) *Las fiestas de la Santísima Virgen*. Entre éstas sobresalen: la de LA INMACULADA (8 diciembre) y la de LA ASUNCION (15 agosto)...

3) *Las de los Santos y Apóstoles*: San José, la del Apóstol Santiago (en España), etc.

El domingo, "día de alegría y de holgar en el trabajo"

El Concilio insiste en la revalorización del domingo, y dice:

«El domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles de modo que sea también *día de alegría y de holgar en el trabajo*.

No se antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es *el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico*» (SC 106).

El domingo, como los días festivos, se han de santificar también *no trabajando sin necesidad* en ellos, sobre todo en aquellos trabajos corporales o diversiones que distraigan más de las obras espirituales y nos impidan más acercarnos a Dios.

Notemos que el domingo es «la fiesta primordial», y en ella se nos manda que demos el debido culto al Señor y que descansemos de nuestros trabajos.

Juan XXIII, en la Encíclica *Mater et Magistra*, refiriéndose al domingo, dice que:

1) *Es un derecho de Dios* exigir al hombre que dedique al culto un día a la semana, en el cual el espíritu, libre de las ocupaciones materiales, pueda elevarse con el pensamiento y el amor a las cosas celestiales..., a Dios su Creador...

2) *Y es también un derecho, y más aún, una necesidad* para el hombre, hacer una pausa en la aplicación del cuerpo al duro trabajo cotidiano para alivio de los miembros cansados...

¡Cuánto se agradece un descanso después del duro trabajo semanal! ¿Quién no ve que así se reparan nuestras fuerzas físicas y mentales y se logra una honesta distracción de los sentidos y es un bien para cultivar la amistad familiar y la convivencia entre los demás hombres?...

En el domingo, por ser el día del Señor, se deben evitar aquellas diversiones o espectáculos que no sean morales e indignos de los cristianos y nos puedan apartar de Dios...

La celebración de cada fiesta nos debe traer el recuerdo de la fiesta eterna que han de celebrar un día los elegidos de Dios en el cielo, donde ya *no habrá trabajo, ni dolores, ni sufrimientos* (Apoc 21, 4).

Vivamos con esta esperanza.

Conclusión práctica

Aprovecharé bien el tiempo del trabajo durante los días de la semana sin dejarme llevar del ocio o de pasatiempos inútiles, y el domingo lo santificaré como está mandado: oyendo bien la Misa, huyendo de diversiones que apartan de Dios..., y los demás días no me olvidaré de elevar alguna oración: al menos un Padrenuestro al Señor, y una Avemaría a la Sma. Virgen, al acostarme y levantarme.

IV. CUARTO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

En la nueva Ley el amor a Dios y al prójimo van uni-

dos de tal modo que nadie puede decir que ama a Dios si no ama a su prójimo (1 Jn 4, 20-21).

Desde el cuarto al décimo mandamiento se nos inculca el amor al prójimo, al que debemos mirar como a un hermano, pues todos somos miembros de la misma familia humana y de un Padre común que es Dios.

«Todo hombre es mi hermano.» Si esta consigna dada por Pablo VI la tuviéramos todos en cuenta, el mundo sería un paraíso, pues no habría guerras, reinarían la paz y el bien y querríamos para los demás todo lo bueno que queremos para nosotros. Es el dicho de Cristo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»

Jesucristo nos enseñó a honrar a nuestros padres, a respetar la vida y los bienes de los demás, a practicar la caridad y la justicia y a amar a todos, incluso a nuestros enemigos...

El distintivo de los cristianos es el amor: *En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros (Jn 13, 35).*

¿Tiene el hombre una vocación social?

El hombre tiene verdaderamente una vocación social, porque Dios lo ha creado de tal manera que sienta la necesidad de vivir con otros, y en su gran amor nos ha dado a los padres.

El Concilio Vaticano II nos lo dice así:

«Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos.

Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, quien hizo de uno todo el linaje humano para poblar toda la faz de la tierra (Hech 17, 26), y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo.» (Gs 24.)

Esto nos enseña que al querer Dios que «todos los hombres constituyan una sola familia», todos debemos mirarnos como hermanos, y «al ser creados a imagen y semejanza de Dios», todos merecen por igual nuestro respeto y amor.

¿Qué manda Dios en el Cuarto Mandamiento?

Dios manda en este Mandamiento que los hijos hon-

ren a sus padres y que los súbditos honren a sus superiores, esto es, que les tributen respeto, amor y obediencia.

Los hijos deben honrar especialmente a sus padres por ser éstos los representantes de Dios y los transmisores de su vida. Además, porque ellos son los que se han sacrificado por su bienestar temporal, por darles el sustento corporal y la debida educación cristiana.

De todo corazón honra a tu padre, y no olvides los dolores de tu madre. Acuérdate de que les debes la vida. ¿Cómo podrás pagarles lo que han hecho por ti? (Eclo 7, 24-30).

Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, o sea conforme a las enseñanzas o mandamientos de Dios, para que tengáis larga vida sobre la tierra (Efe 6, 1-3).

Siervos, obedeced a vuestros amos temporales con temor y respeto, con sencillez de corazón como a Cristo (Efe 6, 5).

El Concilio dice:

«Los hijos como miembros vivos de la familia... con su amor filial y su confianza responderán a los beneficios de sus padres y los asistirán como buenos hijos en las adversidades, no menos que en la soledad de la vejez» :GS 48).

Obligaciones para con las autoridades

Por haber querido Dios que naciésemos en el seno de una patria y nación con unas autoridades que nos gobiernen, *tenemos la obligación de respetarlas, obedecerlas y rezar por ellas*, porque el poder o autoridad que tienen les viene de Dios, a quien representan: Las autoridades eclesiásticas en las cosas espirituales, y las civiles en las temporales.

Sin el respeto y obediencia a las autoridades legítimamente constituidas no puede haber orden en la sociedad, y sin orden no hay prosperidad, ni paz, ni progreso en las naciones, ni seguridad para la hacienda y la vida de los individuos.

A las autoridades civiles tenemos todos el deber de honrarlas, pagar fielmente las contribuciones y fomentar todo lo que redunde en beneficio de la patria y del bien común (GS 75).

San Pablo nos dice que debemos respetar a las autoridades y rezar por ellas:

1.º Debemos respetar a las autoridades:

No hay autoridad que no venga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas, de suerte que quien resiste a la autoridad, resiste a la disposición de Dios, y los que resisten se atraen sobre sí la condenación... Es menester someterse a la autoridad, no sólo por temor al castigo, sino por conciencia. Pagadles, pues, los tributos o contribuciones (Rom 13, 1-2, 5-6).

2.º Debemos rezar por las autoridades o gobernantes:

Ante todo te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los gobernantes y por todos los constituidos en dignidad, a fin de que gocemos de vida tranquila y pacífica con toda piedad y honestidad. Esto es bueno y grato ante Dios nuestro Señor, el cual quiere que todos los hombres sean salvos... (1 Tim 2, 1-4).

¿Podemos desobedecer alguna vez a los superiores?

A nuestros padres y superiores podemos desobedecerles sólo en el caso que nos manden alguna cosa contraria a la ley de Dios, porque es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hech 5, 29).

Deberes de los superiores

Aunque el cuarto mandamiento se concrete en la expresión: «Honra a tu padre y a tu madre», es menester reconocer que la familia es la base angular del edificio humano, «la célula primera y vital de la sociedad», y como la sociedad se compone de familias, tenemos que lo que sean las familias será la sociedad, es decir, que la patria o el país será bueno si las familias son buenas. Por eso este mandamiento incluye los deberes de superiores y de súbditos.

Convivimos en el seno de una familia y esta convivencia familiar redundará en la convivencia social, y por lo mismo, si hay paz, respeto y orden en las familias, lo habrá también en la misma sociedad.

1) Los padres deben instruir y educar bien a sus hijos en la religión católica y darles buen ejemplo de palabra y de obra.

«Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, tienen

la grave obligación de educar a la prole y, por tanto, hay que reconocerlos como los primeros y principales educadores de sus hijos» (GE 3).

2) *Los jefes* deben tratar bien a sus subordinados, pagarles su justo salario e inducirles a que cumplan con sus deberes religiosos.

3) *Las autoridades* deben contribuir al bien de la sociedad, castigando la maldad y dando en todo buen ejemplo a sus súbditos.

Los cristianos debemos cooperar con las autoridades para que en nuestra patria y nación reinen la justicia, la paz y la libertad verdaderas.

El deber de votar a candidatos dignos para el gobierno

Sabido es que el bien del pueblo depende en gran parte de los buenos gobernantes, y como el pueblo en los Estados democráticos suele influir por las elecciones de candidatos al poder de la nación, se impone a todo el que tenga derecho a votar a no dejarlo de hacer a ciencia y conciencia en favor de los más dignos.

Todo ciudadano debe contribuir al bien común. Como dijo Pío XI: «preparar por el ejercicio consciente y responsable del derecho electoral una buena evolución de la vida estatal es mucho mejor que tener que ofrecer resistencia a una falsa evolución ya en marcha» (*Firmissimam constantiam*, AAS, 1937, 198).

Y Pío XII, dice también: «Cuando la configuración de la vida estatal más dependa de una elección, tanto más gravemente obligados están los ciudadanos a tomar parte en ella; hoy día no es lícito mirar ninguna elección en el orden civil como carente de importancia». El mismo Pontífice dijo: «El que tiene derecho a votar no sólo ha de tomar parte en la elección, sino también tomar una *decisión en conciencia* (DRM. X, 21).

Para ello debe examinar los programas y la anterior conducta de los partidos beligerantes, su deber, sus principios y la capacidad y carácter de los candidatos que se presentan, y cuando sucediera que ninguno satis-

face plenamente, es lícito (desde el punto de vista del mal menor) elegir al que tenga menos defectos mirando al provecho del bien común.

Sabiendo lo que es el marxismo (pág. 58) y hablando en nombre de la fe, diremos con el Cardenal Primado de España, doctor Marcelo González: un católico «no puede dar el voto a ningún partido que se declare marxista. Y esto por una sola razón: porque el marxismo es ateo».

Conclusión práctica

Piensa en estas palabras reveladas: «Elevad oraciones por los gobernantes...» (1 *Tm* 2, 1-4). «Quien desobedece a la autoridad, desobedece a Dios» (Rom 13, 2). «Maldito el que no honra a sus padres» (Dt 27, 17). «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22, 39). Estas expresiones nos dicen cuál es la voluntad de Dios.

V. QUINTO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

Todos tenemos derecho a la vida. La vida es un don de Dios. El, por tanto, es su autor, y por eso El ha dado este mandamiento: «No matarás». Nosotros, pues, no somos más que administradores de la vida que Dios nos ha dado.

«El Concilio inculca el respeto al hombre, de forma que cada uno, sin excepción de nadie, debe considerar a su prójimo como *otro yo*, cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente... Cuanto atenta contra la vida —homicidio de cualquier clase—..., está en contradicción con la honra al Creador» (GS 27).

¿Merecen todos los hombres nuestro respeto y amor?

Todos los hombres merecen por igual nuestro respeto y amor por haber sido creados por Dios a su imagen y semejanza (Gén 1, 26-27) y gozar así de la misma dignidad humana.

A esta dignidad humana se oponen y ofenden las condiciones infrahumanas de vida, detenciones arbitrarias, deportaciones, secuestros, esclavitud, etc. y cuanto atenta a la vida (GS 27).

Consecuencia de la rebelión del hombre contra Dios

La rebelión del hombre contra Dios, o sea, la desobediencia o primer pecado de nuestros padres en el paraíso, trajo como consecuencia la rebelión del hombre contra el hombre, y de ahí las innumerables guerras y males que padecemos todos al presente.

La narración del primer homicidio: muerte de Abel, llevada a cabo por Caín (Gén 4), nos hace comprender que el odio, la envidia y la guerra se remontan a los primeros tiempos de la humanidad. Estas, pues, son las consecuencias o frutos directos del pecado.

El homicidio es un gran crimen. Al acabar Caín de matar a su hermano Abel, Dios le dijo:

¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a Mi desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás de la tierra, que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano (Gén 4, 10-11).

¿Qué nos ordena el quinto Mandamiento?

El 5.º Mandamiento nos ordena practicar la caridad cristiana consigo mismo y con el prójimo.

1.º *La caridad consigo mismo.* Por esta caridad estamos obligados a cuidar razonablemente de nuestra salud, a velar por la conservación de la vida, por ser don recibido de Dios, y, ante todo, debemos preservar nuestra alma del pecado, que le arrebatara su vida divina y hacerla progresar en la virtud para asegurar su salvación eterna.

¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? (Mt 16, 26).

Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia y la avaricia... (Col 3, 5). Los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias (Gál 5, 24).

Cristo nos predica no la muerte, sino la mortificación, el ir muriendo a las pasiones, dominarlas, para tener vida espiritual en nosotros..., y El nos invita a seguirle por el camino de la cruz..., y la Iglesia nos inculca máxime en tiempo de Cuaresma el ayuno y la mortificación...

Debemos, pues, amar y conservar la vida corporal, pero sobre todo la espiritual, preservándonos de todo pecado.

2.º *La caridad con el prójimo.* Esta virtud nos enseña que debemos amar al prójimo como a nosotros mismos, y amarle por amor a Dios, que nos lo ordena. Amar al prójimo como a nosotros mismos es querer para él lo que queríamos para nosotros en el orden temporal y espiritual.

He aquí los principales principios de caridad:

- 1) No hagas a otros lo que no quisieras para ti.
- 2) Haz a otros lo que razonablemente quisieras que a ti te hicieran.
- 3) Esfuérzate en amar al prójimo como Jesucristo nos ha amado.

Ama a tus enemigos por amor a Dios.

Haz bien a los que te odian.

Reza por los que te persiguen y calumnian.

La caridad para con el prójimo se ejerce mediante las *obras espirituales y corporales de misericordia.*

¿Qué nos prohíbe el quinto Mandamiento?

Nos *prohíbe* todo lo que puede causar daño a nuestra vida o a la del prójimo, como el homicidio corporal y el espiritual.

1.º *El homicidio corporal*, o sea, el quitar la vida al prójimo (o quitársela a sí mismo = *suicidio*).

Este es un delito gravísimo, porque se atenta al soberano dominio de Dios, único propietario de la vida de los hombres.

Sólo en tres casos es permitido matar a otros:

a) *En caso de guerra*, siempre que ésta sea *justa*, cuando se trata de defender unos derechos legítimos.

La guerra como tal está prohibida, porque trae muertes, desolación y destrucción, y Dios quiere que todos vivan en paz.

Pablo VI en 1965 en la Sede de las Naciones Unidas abogando

por la paz, dijo: «¡No más guerra, no más guerra! Es la paz. la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la Humanidad... Nunca más unos contra otros».

«Toda acción bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la Humanidad, que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones» (GS 80).

b) *En caso de legítima defensa*, si uno no tiene otro medio, para librarse de un injusto agresor. En este caso no se hace más que velar por la conservación de la propia vida.

c) *En la aplicación de la pena de muerte* dictada contra un criminal por la justicia pública, mientras constituye una amenaza a la paz y la pública seguridad.

Este mandamiento reprueba todo lo que ponga en peligro la vida o la salud, a no ser que lo exija el cumplimiento del deber: vg. el soldado en la guerra, el párroco o médico en medio del contagio, etc.

2.º *El homicidio espiritual o escándalo*

El escándalo es toda acción o palabra menos recta u omisión, que induce al prójimo a cometer el mal o le disuade de hacer el bien.

Es, por tanto, reo de escándalo el que da mal ejemplo con *hechos*, induciendo a los demás a pecar, y el que lo da con *palabras*, sugiriendo a otros el mal o deparándoles la ocasión de cometerlo.

El escándalo es un pecado gravísimo, porque hace perder al prójimo la vida de la gracia, que es mucho más preciosa que la del cuerpo.

¡Ay de aquel que causa el escándalo! (Mt 18, 7).

La vida es un don de Dios

Dios es el único propietario de la vida de los hombres. El tiene el supremo dominio sobre todos.

El quitar la vida al prójimo (homicidio) o quitársela a sí mismo (suicidio) es siempre un atentado al soberano dominio de Dios.

Las preguntas hechas por el nazismo y que hoy se repiten, deben reprobarse. Estas son:

- ¿Por qué vivir, si no quiero (suicida);
- si no puedo (incurables);

- si no sirvo (subnormales);
- si ya di lo que podía (ancianos), o
- soy una carga para la sociedad (criminales)?

La eutanasia

La *eutanasia* (del griego *eu*=bien y *thanatos*=muerte) equivale a búsqueda del bien morir (!), y así, vg. *matar adrede* con una inyección calmante del dolor o un modo parecido, hablando claro, no es, como algunos se han atrevido a decir, una obra humanitaria, sino un verdadero crimen, es ir por caminos de ateísmo, es ir contra Dios.

Hay que tener muy presente que la misión del médico es cuidar de la vida, no destruirla; y que la revelación cristiana nos enseña que no hemos nacido en primer término para la tierra y el tiempo, sino para el cielo y la eternidad (Pío XI. Dz. 22, 45).

Dios es el autor de nuestra existencia, y si queremos morir con dignidad, hay que vivir antes con dignidad, y si se sufre, hay que saber unir nuestros dolores, como nos enseña la fe, a los de Cristo Redentor, hay que saber rezar y saber llevar la cruz con resignación cristiana y decir al Señor: «Hágase tu voluntad».

El cristiano debe recordar el dicho del Cardenal Villot: «Sin el consentimiento del enfermo, la eutanasia es homicidio. Con su consentimiento es suicidio».

El aborto

«Todo lo que se opone a la vida, como cualquier clase de homicidio, genocidio, aborto, eutanasia y el mismo suicidio voluntario; [...] todo esto y otras cosas semejantes son infamias y, al mismo tiempo que inficionan la civilización humana, denigran más a quienes las practican que a quienes padecen la injuria, y son un grave insulto a la honra del Creador» (GS 27). «El aborto y el infanticidio son crímenes abominables» (GS 51).

Dios ha dicho: «No matarás» (Ex. 20,13) ¡No matarás al hombre!. En la concepción ya está allí el hombre. Por tanto matar al no nacido es igual que matar al niño nacido. Todo, pues, el que provoque un aborto es un asesino. El Código de Derecho Canónico sostiene la excomunión para aquellos que provoquen el aborto voluntario.

La pena de muerte

¿Es lícito castigar con la muerte a un criminal, que perturba el orden público derramando sangre inocente?

Hasta ahora se ha considerado lícita para crímenes graves.

Doctrina de Santo Tomás:

Santo Tomás de Aquino, apelando a las exigencias del bien común, dice: «Así como se amputa un miembro cuando resulta dañino para todo el organismo, así se debe eliminar del cuerpo social al delincuente que resulta gravemente atentatorio contra la vida de la sociedad». Y añade: «No vale apelar en este caso a la dignidad de la persona y a la caridad debida a todos los hombres, porque el hombre delincuente se ha apartado del orden de la razón y renunciado a su dignidad humana, de hombre naturalmente libre y autónomo en su existencia, cayendo en cierto modo en la servidumbre de las bestias» (2-2. 64,2).

Si alguna vez se emplease la pena de muerte ha de ser con estas condiciones: que la autoridad pública intervenga y sea la que se imponga como una legítima defensa de la sociedad, y que se proceda justa y cautamente, no con odio, sino por juicio y haya certeza absoluta de la persona que ha cometido los crímenes. La Iglesia reconoce la legitimidad de esta pena en casos gravísimos, pero mira a su abolición, caso de que así no se dañe el orden público.

En el A.T. leemos, Dios dice: «*El que derrame la sangre humana, por mano de hombre, será derramada la suya; porque el hombre ha sido hecho a imagen de Dios*» (Gén. 9,5).

Evitar la guerra

La guerra como tal está prohibida, porque trae muertes, desolación y destrucción, y Dios quiere que todos vivan en paz. «Toda acción bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la humanidad, que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones» (GS: 80).

Pablo VI abogando por la paz, en 1965 en la Sede de las Naciones Unidas, dijo: «¡No más guerra, no más guerra! Es la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad... Nunca más unos contra otros. La violencia no es progreso, la venganza no es justicia, el odio no es civilización».

Todo ciudadano y todo gobernante están obligados a empeñarse en evitar las guerras. Sin embargo, «mientras exista el riesgo de guerra y falte una autoridad internacional competente y provista de la fuerza correspondiente, una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa» (GS 79).

La guerra, pues, puede llegar a ser justa, cuando se trata de defender unos derechos legítimos, pero hay que emplear todos los medios posibles para evitarla.

La iglesia y la razón humana declaran la validez permanente de la *ley moral durante los conflictos armados*. «Una vez estallada desgraciadamente la guerra, no todo es lícito entre los contendientes» (GS 79,4). Es preciso respetar con humanidad a los no combatientes, a los soldados heridos, a los prisioneros (2302-2317).

La carrera de armamentos es una plaga gravísima de la humanidad, y perjudica a los pobres de modo intolerable (GS 81,3).

¿Cómo podría lograrse la unidad y la paz?

La unidad y la paz sólo pueden hallarla los hombres en Cristo, con la práctica de su doctrina, pues solamente en El desaparecen las distinciones de raza, lengua, religión, clase social y sexo (*Col 3, 10-11; 1 Cor 12,13*).

Las guerras, las contiendas y desavenencias que existen, nacen las más de las veces de la envidia, de la soberbia, y de las demás pasiones que luchan en nosotros (Sant. 4, 1 ss.), y no están dominadas.

Solamente cuando los hombres vivan el bautismo, la vida de gracia y practiquen los Mandamientos de la Ley de Dios, se unirán en Cristo, rechazando toda forma de injusta discriminación.

Nuestra preocupación por el bien del prójimo

Es un deber cristiano preocuparnos del bien corporar y espiritual del prójimo con palabras y con obras. Así nos lo recomienda el apóstol:

No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad (1 Jn 3,18).

Jesucristo es el que nos ha enseñado a amar, perdonando, devolviendo bien por mal, rogando por nuestros enemigos... Obras son amores y no buenas razones)...

Conclusión práctica

Piensa en estas palabras de San Juan: El que tiene odio a su hermano es un homicida (1 Jn 3,15) y procura ser caritativo y pacífico con todos como Dios lo quiere y huye del escandaloso como de una serpiente, y no te conviertas jamás en satélite de Satanás y asesino de las almas. Debemos saber conjugar el amor y la justicia.

VI. EL SEXTO Y NOVENO MANDAMIENTO

Jesucristo y sus apóstoles al hablar de la pureza la alaban y ensalzan, mientras que reprueban toda clase de impurezas. *Bienaventurados los limpios de corazón...* (Mt. 5,8). *La fornicación y cualquier género de impurezas ni siquiera se nombre entre vosotros...* (Éfes 5, 3-7) *quieres tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios (Gál 5, 19-21).*

Los Santos Padres ponderan también la belleza de la pureza como fuente de alegría, de dicha y de paz, haciendo ver cómo ella es honra de los cuerpos y ornato de las costumbres..., e inculcan la observancia del sexo y noveno mandamientos, condenando el vicio impuro.

Hoy se habla bastante de la sexualidad al servicio del hombre, y bien está, pero sólo debe hacerse en cuanto hombre y mujer han sido creados por Dios para formar, como dice el Concilio «una comunidad de vida y de amor» en orden a la procreación de los hijos.

Lo sexual se ordena al matrimonio, pero todo acto impuro fuera del matrimonio es reprobado en la Biblia como pecado.

¿Qué son y qué nos mandan el Sexto y Noveno Mandamientos?

El sexto mandamiento de la ley de Dios es: «No cometerás actos impuros»; y el noveno: «No consentirás pensamientos ni deseos impuros»

Estos mandamientos nos mandan que seamos puros y castos en obras y palabras, y también en pensamientos y deseos.

La virtud de la *pureza* se llama *castidad* y consiste en el dominio de las fuerzas instintivas que Dios ha dado para la generación.

Nadie se debe dejar llevar de sus instintos o bajas pasiones, antes bien debe dominarlas, pues el hombre está dotado de entendimiento y voluntad para que guarde el orden establecido por Dios, que habiendo unido a nuestras almas espirituales un cuerpo de barro, quiere que el alma y el cuerpo obedezcan.

¿Estamos obligados a guardar castidad?

Sí, estamos obligados, porque todos debemos respetar nuestros cuerpos, que han sido consagrados por el Espíritu Santo, o sea, santificados por el bautismo, que nos une a Jesucristo y nos hace miembros suyos.

¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... Huid de la fornicación. Cualquier pecado que cometa un hombre, fuera de su cuerpo queda; pero el que fornicar peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a gran precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor 6,15-20).

Los cristianos manifestamos el verdadero amor a Dios y a los demás respetando nuestros cuerpos, que han sido consagrados por el Espíritu Santo.

La Biblia condena el adulterio, la fornicación, actos y deseos impuros. (1 Cor. 6,9-20; 7, 7-11; Mt. 5,27-28; Mc. 7,20-23...)

Jesucristo nos dió ejemplo de perfectísima pureza

Entre las muchas acusaciones que le hicieron sus enemigos, nunca consistió que se le imputara nada impuro.

Quiso nacer de una Madre, Virgen purísima. Tuvo por padre a un varón justo y virginal. Tuvo sus predilecciones con San Juan, el discípulo virgen, y dijo: *Bienaventurados los impíos de corazón...* (Mt. 5,8)... Muchas almas siguen su ejemplo.

¿De dónde nacen los malos pensamientos y las bajas pasiones?

Nacen de haber quedado viciada la naturaleza humana por el pecado original. Mas el sentir los malos pensamientos o las inclinaciones al mal no es pecado, loque es pecado es *consentir* entre ellas.

Dios ha puesto cierta atracción mutua entre el hombre y la mujer; pero deben probucar no pecar, y respetar sus cuerpos por ser templos de Dios, conservando así en integridad su pureza, para que un día sea más puro y duradero su amor, si Dios los llama al matrimonio.

La mejor preparación para el matrimonio y para dignificar el amor conyugal es estimar en mucho la pureza y procurar que las relaciones de los contrayentes sean castas.

El Concilio nos habla de esta manera:

«Hay que formar a los jóvenes, a tiempo y convenientemente, sobre la dignidad, función y ejercicio del amor conyugal, y esto preferentemente en el seno de la familia. Así, educados en el culto a la castidad, podrán pasar a la edad conveniente, de un honesto noviazgo al matrimonio».

Sobre la educación sexual

Conviene tener presente que la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe ha publicado (29-12-1975), una *Declaración acerca de ciertas cuestiones de ética sexual*, que el educador ha de tener en cuenta, pues como en ella se dice, «es importante que todos tengan un elevado concepto de la virtud de la castidad, de su belleza y de su fuerza de irradiación. Es una virtud que hace honor al ser humano y que le capacita para un amor verdadero, desinteresado, generoso y respetuoso de los demás...». (Número 12).

En este documento queda expuesto con claridad que la unión sexual antes del matrimonio, las relaciones homosexuales y la masturbación siguen constituyendo pecado grave.

-Notemos que el 6º mandamiento prohíbe los pensamientos, palabras y obras en materia torpe, y el 9º prohíbe hasta los pensamientos y deseos ocultos voluntarios de impureza.

¿Por qué se debe apreciar tanto la virtud de la pureza?

1) Porque la pureza hace a los hombres semejantes a los ángeles, mientras que la impureza los hace esclavos del demonio.

2) Porque la pureza comunica paz y alegría al alma, y la dispone para todo lo bueno con una mayor capacidad de amor, mientras la impureza acarrea la pérdida de la paz, de la alegría y de la felicidad y envilece el amor.

3) Porque el vencimiento de los pecados torpes proporciona salud espiritual al alma y salud corporal, mientras que la caída en ella acarrea la ruina de la salud espiritual y corporal y perturba el sistema nervioso.

4) La pérdida de la pureza trae como consecuencia el olvido de Dios, la ceguera de la mente, el endurecimiento del corazón, la pérdida de la fe y la impenitencia final.

La virginidad «no es un don de todos» y para conservarla se necesitan grandes cuidados, huida de ocasiones de pecado y una ayuda especial de Dios. La virginidad es una entrega total del corazón a Dios por la consagración del amor.

Mientras el matrimonio nace del amor humano, la virginidad nace del amor sobrenatural, del amor a Cristo, por quien se hace la mayor entrega y los mayores sacrificios.

La virginidad supone mayor desligamiento de todo lo terreno *para entregarse más de lleno a las obras de caridad.*

El Concilio Vaticano II nos dice a este fin:

«Entre los múltiples consejos que el Señor propone en el Evangelio para que los observen sus discípulos «destaca el precioso don de la divina gracia, concedido a algunos por el Padre, para que se consagren sólo a Dios con un corazón que en la virginidad o en el celibato se mantiene más fácilmente indiviso. Esta perfecta continencia por el reino de los cielos siempre ha sido tenida en la más alta estima por la Iglesia, como señal y estímulo de la caridad y como un manantial extraordinario de espiritual fecundidad en el mundo» (GS 42).

Conclusión práctica

Ama mucho la pureza, porque esta virtud te ennoble-

ce. Respeta tu propia persona y la de los demás, no permitiendo ligereza alguna o tocamiento que te manche y desdiga de tu dignidad de cristiano.

Acuérdate siempre que Dios te ve, y no hagas nunca a solas ni delante de otros lo que no te atreverías a hacer delante de personas de bien.

VII. EL SÉPTIMO Y EL DÉCIMO MANDAMIENTOS

Los Mandamientos séptimo y décimo nos dicen: «No robarás», «no codiciarás los bienes ajenos».

Los cristianos, como nos dice el Concilio, debemos respetar con amor los bienes del prójimo y afanarnos para que los bienes de la tierra se distribuyan con justicia entre todos los hombres.

«Los bienes creados, en una forma equitativa, deben alcanzar a todos bajo la guía de la justicia y al acompañamiento de la caridad... Todos los hombres tienen estricto derecho a poseer una parte suficiente de bienes para sí y para sus familiares», y por lo mismo a serles respetados (GS 69).

¿Qué nos mandan el séptimo y décimo Mandamientos?

Estos mandamientos nos mandan: 1) respetar los bienes ajenos, y 2) conformarnos con los bienes que Dios nos ha dado y con los que honradamente podamos adquirir (Cat. Nac.).

Dios dijo a nuestros primeros padres:

Someted la tierra y dominad..., sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra (Gén 1, 28).

Toda la tierra, con su fecundidad y abundancia de bienes y fuerzas, la puso Dios al servicio de todos los hombres, para que, con su trabajo, encontraran en ella los medios para el sustento necesario.

Todo hombre, pues, tiene derecho a poseer algunos bienes, de los que pueda usar y disponer para sí mismo, sin ser turbado en su disfrute por los demás. Esto es lo que llamamos *propiedad privada*; y que es una consecuencia o extensión del derecho a la vida.

¿Por qué la Iglesia alaba la propiedad privada?

La Iglesia alaba la propiedad privada porque ella es estímulo para el trabajo, y porque así toda persona, como ser racional y libre, puede con cierta libertad e independencia hacer frente a la solución de sus problemas.

El derecho de propiedad privada es de ley natural y fruto del trabajo y de legítima herencia, y porque además de mejorar la condición humana fomenta la paz.

El Vaticano II lo dice así:

«La propiedad privada o un cierto dominio sobre los bienes externos aseguran a cada cual una zona absolutamente necesaria para la autonomía personal y familiar y deben ser considerados como ampliación de la libertad humana...

Esto debe afirmarse no sólo de las propiedades materiales, sino también de los bienes inmateriales, como es la capacidad profesional» (GS 71).

¿Qué nos dice el Decálogo sobre el derecho de propiedad?

El Decálogo nos dice que debemos respetar los bienes ajenos y no apropiarnos lo que no es nuestro, y que nadie se valga de engaños para perjudicar al prójimo.

Según la doctrina del Decálogo, la propiedad privada es un derecho sancionado por Dios. Jesucristo no la condenó, sino sus abusos.

San Pablo recordó a los cristianos de Efeso:

El que robaba, ya no robe; antes bien, afánese trabajando con sus manos en algo de provecho, para poder dar al que tenga necesidad (Efes 4, 28).

El robo, dice el apóstol, es gran pecado:

Ni los ladrones..., ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios (1 Cor 6, 10).

La balanza falsa es abominable a Dios, mas la pesa fiel le agrada (Prov 11, 1).

¿Condenó Jesucristo la posesión de bienes materiales?

Jesucristo no condenó la posesión de bienes materiales, sino la avaricia y el apego del corazón a estos bie-

nes. Las riquezas son buenas mientras se ordenen al servicio de Dios y del prójimo, y son malas cuando se pone el corazón en ellas más que en los bienes del alma.

Si las riquezas vienen a vuestras manos, no apeguéis vuestro corazón a ellas (Salm 62, 11).

No alleguéis tesoros en la tierra donde la polilla y el orín los corroen y los ladrones horadan y roban. Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí está tu corazón (Mt 6, 19-21).

Pecados contra el séptimo Mandamiento

En la vida social suelen cometerse contra el séptimo mandamiento varios pecados, como son:

1) No pagar el justo salario a los empleados y obreros.

2) No dar el debido rendimiento en el trabajo.

3) Servirse de la miseria privada o de la escasez pública para enriquecerse con injusticia subida de precios.

4) No cumplir los deberes del cargo permitiendo que se perjudique al prójimo o al bien común (Cat. Nac.).

Contra estos abusos ya clamaron los Profetas en su tiempo y también los Apóstoles:

¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, sin darle el salario de su trabajo! (Jer 22, 13).

¡Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos, hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios. (Is 5, 8).

Vosotros los ricos, llorad a gritos por las desgracias que os van a sobrevenir. Vuestra riqueza está podrida... El jornal de los obreros, defraudado por vosotros, clama... (Sant 5, 1-7).

¿Cuál sería el ideal sobre el uso de las riquezas?

El ideal sobre el uso de las riquezas lo encontramos en las enseñanzas de Jesucristo, que son las que, en documentos magistrales ha expuesto repetidas veces nuestra Madre la Iglesia.

El problema social, que ofrece sus dificultades no pequeñas,

puede hallar su solución a la luz del Evangelio que nos enseña el carácter o valor relativo de los bienes terrenos, la dignidad de todos los hombres ante Dios, sean ricos o pobres, libres o esclavos, y la doctrina del amor universal.

El punto central de la cuestión social, como dijo Pío XII, es una distribución más justa de las riquezas..., y Pablo VI nos recuerda que siendo una cuestión que se debe resolver con justicia y caridad, deben los pueblos ricos o llamados «desarrollados», ayudar a los pobres, cuyos habitantes padecen hambre y miseria...; pero el mayor obstáculo, para resolver esta cuestión, es el egoísmo, el creerse uno eterno aquí en la tierra, en la que estamos solamente de paso. Jesucristo nos dice:

Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo demás se os dará por añadidura (Mt 6, 33).

La perfección cristiana

Una de las señales claras de perfección cristiana es el desprendimiento de las riquezas. Jesús así lo dice:

Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos (Mt 19, 21).

Conclusión práctica

Las riquezas pueden ser materiales y espirituales... Todos podemos dar al necesitado: dinero o instrucción religiosa. Piensa que lo que hagas a un pobre o necesitado material o espiritualmente es hecho al mismo Jesucristo (Mt 25, 40). Tú sé desprendido y, ante todo, fiel y honrado, no quites ninguna cosa, por insignificante que sea.

VIII. EL OCTAVO MANDAMIENTO

«No dirás falso testimonio contra tu prójimo ni mentirás». Este mandamiento es una exigencia de nuestra convivencia social que pide una sincera comunicación de unos con otros.

Lo más contrario al Evangelio y a la unidad de todos los cristianos en la participación de la vida de Cristo es la mentira. Por eso dice San Pablo:

«Despojándoos de la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, pues que todos somos miembros unos de otros» (Efes 4, 25).

El Concilio exhorta a todos... que juzguen las cosas con criterio propio a la luz de la verdad, que ordenen sus actividades con sentido de responsabilidad, y que se esfuercen por secundar todo lo verdadero y lo justo (DH 8).

El deber de todo cristiano es procurar ser fiel a la verdad y dar testimonio de ella, aunque a veces cueste, sin deformar la realidad de los hechos.

¿Qué nos manda el octavo Mandamiento?

El octavo mandamiento de la ley de Dios nos manda decir la verdad y respetar la fama del prójimo, y a su vez nos prohíbe la mentira, la calumnia, la maledicencia o difamación, el falso testimonio, el juicio temerario y toda ofensa contra el honor y la fama del prójimo (Cat. Nac.).

Los cristianos debemos ser leales y veraces con nuestras acciones y palabras, por ser una exigencia de la convivencia humana. Si se permitiese la mentira, la doblez y el engaño se destruiría toda confianza en nuestra vida social en la que Dios quiere que convivamos pacíficamente los unos con los otros.

Jesucristo nos enseñó a decir siempre la verdad tal cual es; cuando es sí, decir sí, y cuando no, no (Mt 5, 37).

Pecados contrarios a la verdad

Los pecados contrarios a la verdad son:

1.º *La mentira*, o sea, decir lo contrario de lo que se piensa con intención de engañar.

El Señor abomina los labios mentirosos (Prov 12, 22).

Es infamia en el hombre la mentira, que se halla siempre en los labios de los insensatos (Eccle 20, 26).

Notemos que no se debe mentir jamás, pero se puede alguna vez *ocultar la verdad* cuando se trata de un *secreto* de importancia o lo exige el deber de un cargo, vg. el párroco o profesor, el médico, el abogado, etc. Preguntados sobre el caso lo saben, pueden decir a secas: «No sé nada», entiéndase «para decirlo», y no pecarfa.

2.º *La adulación* es un pecado que consiste en engañar a alguno haciendo falsos elogios de su persona o de otros, con el único fin de sacar provecho de esto.

Más vale ser reprendido del sabio, que seducido con las lisonjas de los necios (Ecli 7, 6).

El que adula a su prójimo tiende un lazo a los pies de éste (Prov 29, 5).

La adulación era aborrecida de los mismos paganos. Preguntaron un día a uno de los siete sabios de Grecia, cuál era el animal más dañino, y contestó: «Entre las *bestias fieras*, el tirano; entre los *animales domésticos*, el adulador».

3.º *La hipocresía* es aparentar virtud o piedad con el fin de engañar.

El hipócrita aparenta lo que no es. El Señor condenó a los hipócritas por boca de los profetas, y Jesucristo los amenaza con palabras terribles.

El hipócrita es un malvado (Is 9, 17).

¡Ay de vosotros hipócritas... sepulcros blanqueados...! (Mt 23).

Pecados contrarios a la buena fama

1.º *La murmuración y la detracción* es quitar o disminuir la fama o buen nombre de una persona ausente, descubriendo *sin justo motivo* sus pecados o defectos ocultos.

La murmuración nace de la envidia, vicio bajo y abominable. También es abominable el chismoso que cuenta a otro lo que de él han dicho, con ánimo de sembrar discordia.

Maldice al murmurador y al de lengua doble, porque han sido la perdición de muchos que vivían en paz (Eclo 28, 15).

¿Has oído algo? Pues quede sepultado en ti, y no temas que no te hará reventar (Eclo 19, 10).

2.º *La calumnia* es atribuir maliciosamente al prójimo culpas o defectos que él no tiene.

Haz para tus palabras balanza y pesas, y para tu boca puerta y cerrojos (Eclo 28, 29).

No esparzas la maledicencia, y así nadie te afrentará.

El que se goza en el mal será condenado, y el que lleva y trae chismes y cuentos está falto de sentido (Eclo 19, 6 s.).

3.º *El juicio temerario es tener por cierto, sin suficientes razones, que el prójimo ha obrado mal.*

No juzguéis y no seréis juzgados... ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? (Mt 7, 1).

¿Cómo guardarnos de los pecados de la lengua?

1.º *No hablar nunca sin antes reflexionar.*

2.º *Considerar que Dios nos pedirá cuenta de las palabras ociosas (Mt 12, 36).*

3.º *Guardar el corazón libre del amor propio, de la envidia, del odio y de otras pasiones desordenadas.*

El que guarda su boca, guarda su vida, el que mucho abre sus labios, busca su ruina (Prov 13, 3).

Si alguno no peca de palabra, es varón perfecto (Sant 3, 2). Más que las riquezas vale el buen nombre» (Prov 22, 1).

Obrad con buena conciencia, para que en aquello mismo en que sois calumniados queden confundidos los que denigran vuestra buena conducta en Cristo (1 Pdr 3, 16).

Conclusión práctica

El ideal de un buen cristiano está en responder a la llamada de Dios Padre, que nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo (Rom 8, 28).

Esto supone y quiere decir que debemos imitar a Jesucristo y practicar su doctrina. A este fin, graba en tu mente cuanto se nos ordena en el octavo mandamiento: ten por norma decir la verdad en su tiempo y lugar.

No hables mal de nadie y echa a buena parte los actos del prójimo.

Tercera parte

LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA

Conforme a las enseñanzas del Concilio sabemos que «en la Iglesia católica se verifica la única verdadera religión. El Señor Jesús confió a la Iglesia la obligación de difundirla a todos los hombres, diciéndole a los apóstoles: *Id, pues, y enseñad a todas las gentes...*» (DH 1).

También dijo Jesucristo a sus apóstoles: *Como mi Padre me envió, así os envío Yo a vosotros (Jn 20, 21). El que os escucha a vosotros, a Mí me escucha, y el que os desprecia, a Mí me desprecia (Lc 10, 16).*

La Iglesia ha recibido de Jesucristo la misión de enseñarnos y nuestra obligación es seguir sus enseñanzas e instrucciones porque nos habla en su nombre.

¿Por qué hemos de guardar los Mandamientos de la Iglesia?

Hemos de guardar los mandamientos de la Iglesia, porque Ella ha recibido del mismo Jesucristo, su Fundador, el poder de gobernar y dirigir a los fieles en su nombre.

La Iglesia, pues, por haber sido encargada por Jesucristo de gobernar a los fieles en su nombre, por eso puede Ella imponer mandamientos. Por tanto, despreciar los Mandamientos de la Iglesia, sería despreciar al mismo Jesucristo que la fundó: *El que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia.*

Los Mandamientos de la Iglesia son cinco:

1.º Oír Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar.

2.º Confesar los pecados mortales al menos una vez al año, y en peligro de muerte, y si se ha de comulgar.

3.º Comulgar por Pascua de Resurrección.

4.º Ayunar y abstenerse de comer carne cuando lo manda la Santa Madre Iglesia.

5.º Ayudar a la Iglesia en sus necesidades.

Notemos que los MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS obligan *a todos los hombres*, porque están fundados en la misma naturaleza; mientras que LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA obligan solamente *a los cristianos*, porque sólo ellos son súbditos de ella.

¿Con qué fin nos da la Iglesia estos Mandamientos?

La Iglesia nos da sus mandamientos para que cumplamos mejor los de la ley de Dios, pues Ella no hace otra cosa que *aclarar y determinar el modo* cómo hemos de observarlos mejor.

Ejemplo: Dios manda en el tercero «santificar las fiestas», y la Iglesia dice «cómo se deben santificar», y concreta diciéndonos que «oyendo el santo sacrificio de la Misa», por ser éste el culto más santo y saludable, por cuanto en él se renueva sacramentalmente el sacrificio del Calvario para aplicársenos los méritos de la Redención y en El se honra a Dios de la manera más digna.

Las enseñanzas del Papa y de los Obispos

El Papa y los obispos, como sucesores de San Pedro y de los apóstoles, constituyen la Iglesia docente, y nuestro deber como cristianos es estudiar con diligencia y recibir con docilidad sus enseñanzas, porque ellos nos hablan en nombre de Jesucristo, y porque por estas enseñanzas se renueva y se esclarece constantemente nuestra fe, pudiéndolas luego aplicar fielmente a nuestra vida concreta, según las circunstancias de cada época.

Jesucristo prometió a sus Apóstoles y sucesores el Espíritu Santo a quien envió de hecho el día de Pentecostés desde el cielo para que, confortados con su virtud, fuesen sus testigos hasta los confines de la tierra ante las gentes y pueblo y reyes (*Hech* 1, 8; 2, 1 ss.; 9, 15) (*LG* 24-27).

El Espíritu Santo, que asiste de un modo especial a los pastores, es el que sostiene la fe de todo el Pueblo de Dios (*Id*).

EL CONCILIO VATICANO II, inaugurado el 11 de octubre de 1962 y clausurado el 7 de diciembre de 1965, ha transmitido por medio de sus Constituciones, Decretos y Declaraciones la doctrina que todos los creyentes o súbditos de la Iglesia han de aceptar y llevar a la práctica para una nueva renovación.

El Concilio es la voz de la Iglesia docente, de la Iglesia continuadora de la obra de Jesucristo.

¿Qué nos manda la Iglesia en sus Mandamientos?

1.º *Oír Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar.*

La Iglesia desea que santifiquemos «el día del Señor» como ya hemos explicado en el tercer mandamiento de la ley de Dios.

La Iglesia no hace más que *determinar el tiempo y el modo* de santificar las fiestas, como ya indicamos. Ella desea que la Misa del domingo sea «centro de nuestra vida», que junto al altar santo se congregue el Pueblo de Dios, que oiga con atención y respeto la «palabra de Dios» y participe del banquete eucarístico... y así oriente su vida hacia Dios.

2.º *Confesar los pecados mortales.*

La Iglesia pide que se confiesen al menos en tres ocasiones: 1) una vez al año; 2) en peligro de muerte (y si no pudiera hacerlo alguno es suficiente un acto de contrición perfecta), y 3) cuando se ha de comulgar y se tiene conciencia de pecado grave.

La Iglesia desea que frecuentemos la confesión, pero nos señala un mínimo, para recordarnos la necesidad de expiar nuestros pecados y vivir en gracia.

Es aconsejable acudir con frecuencia al Sacramento de la penitencia, aunque no se tengan pecados mortales que confesar; en este caso puede uno acusarse de los pecados veniales —que sien-

pre los habrá—, si bien estos no hay obligación de confesarlos, y también puede uno volverse a acusar de pecados mortales ya confesados anteriormente, aunque ya están perdonados.

No hay que olvidar que la Confesión es un sacramento y, como tal, es un canal por el que recibimos la gracia, especialmente la que nos ayudará a luchar mejor contra los pecados y defectos que confesamos.

Por último, también es una santa costumbre acercarse al Sacramento de la Penitencia para hacer una Confesión General, de toda la vida —aun cuando todos los pecados que hubiéramos cometido estén ya perdonados en confesiones anteriores—, en algunas de las ocasiones especiales o acontecimientos de nuestra vida: Por jemplo, el matrimonio, la recepción del Sacramento del Orden, algún año al comenzar la Cuaresma, con motivo de la muerte de una persona especialmente querida, etc.

3.º *Comulgar por Pascua de Resurrección.*

La Iglesia quiere recordarnos en este tiempo el misterio de la Resurrección de Cristo, para que sigamos resucitados con El a la vida de gracia.

Esto es lo mínimo que debe hacer un cristiano, pero debiera comulgar frecuentemente y acercarse a la Comunión con las debidas disposiciones, para tener vida en sí mismo, según el dicho de Jesucristo:

Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá para siempre... Si no coméis la carne del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros (Jn 6, 51-53).

4.º *Ayunar cuando lo manda la Iglesia.*

El cristiano debe ayunar y guardar abstinencia de carne en los días preceptuados.

La Iglesia nos habla de la necesidad de hacer penitencia y mortificarnos corporalmente. Ella quiere recordarnos el espíritu de penitencia que debe animar a todo cristiano, para precavernos del pecado. Jesucristo dice: *Si no hacéis penitencia, pereceréis (Lc 13, 5).*

Actualmente son días de ayuno y abstinencia solamente dos: *El Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo.* De abstinencia solamente los demás viernes del año.

Los viernes de Cuaresma son obligatorios en cuanto a la observancia de la abstinencia; pero los demás viernes del año se pueden permutar con facilidad por otras obras de piedad.

La abstinencia obliga desde los catorce años cumplidos; *el ayuno* desde los dieciocho años cumplidos hasta los sesenta incoados.

5.º *Ayudar a la Iglesia en sus necesidades.*

Los cristianos han contribuido al sostenimiento de la Iglesia y de sus ministros desde el principio de la misma (San Pablo lo dice).

A la Iglesia debemos prestar nuestra ayuda material porque lo necesita para bien del culto, mobiliario, limpieza, adorno de la casa del Señor, sustento de los sacerdotes, de las Misiones, los Seminarios, etc.

Los cristianos debemos preocuparnos por el servicio de Dios y el florecimiento de la vida cristiana.

Conclusión práctica

Al ser Jesucristo autor de la Iglesia, también es autor de los mandamientos que Ella da, porque de El recibió el poder de darlos; por tanto, debemos acatar con todo respeto las leyes y disposiciones de la Iglesia y no criticarlas jamás, porque están enderezadas a nuestro bien espiritual.

LOS CONSEJOS EVANGELICOS Y SU FUNDAMENTO BIBLICO

El Concilio Vaticano II nos dice:

«Los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, de pobreza y de obediencia, como fundados en las palabras y ejemplos del Señor, y recomendados por los Apóstoles y Padres, así como por los doctores y pastores de la Iglesia, son un don divino que la Iglesia recibió del Señor y que con sus gracias conserva siempre» (LG 43).

Desde los primeros siglos de la Iglesia ha habido cristianos llamados a vivir estos consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. ¿Por qué se llaman consejos? ¿Qué diferencia hay entre los mandamientos y los consejos? ¿Cuál es su fundamento bíblico? Esto es lo que vamos a considerar ahora.

¿Qué son los consejos evangélicos?

Consejos evangélicos son ciertas recomendaciones que Jesucristo hace en el Evangelio a los cristianos para que alcancen mayor perfección (Cat. Nac.).

Los consejos que Jesucristo nos da en los Evangelios son múltiples, como podemos ver al leerlos. Pero, en el sentido en que ahora nos referimos a ellos, es decir, los que siguen los religiosos y configuran su vida, estos consejos se reducen a tres: 1) castidad perpetua; 2) pobreza voluntaria; 3) obediencia perfecta a su superior.

Estos medios de perfección se llaman *consejos*, porque Jesucristo los *aconseja* y recomienda, pero no los impone ni manda; y se llaman *evangélicos*, porque se hallan expresados en los Santos Evangelios. De ellos vale la palabra del Señor:

No todos son capaces de esta resolución, sino aquellos a quienes se les ha concedido (de lo alto) (Mt 19, 11).

Con esto insinúa que la vocación para observarlos es una gracia especial.

Diferencia entre los Mandamientos y los consejos

1.º *Los mandamientos son obligatorios, son el camino del cielo, camino necesario y único, pues Jesucristo dijo que para entrar en la vida eterna era absolutamente preciso guardar los mandamientos (Mt 19, 17).*

Esta es la ley de Dios, y si la observamos es señal de que amamos a Dios. Jesucristo lo dice así:

El que recibe mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama...; el que no me ama, no guarda mis palabras (Jn 14, 21-24).

Y San Pablo nos habla de esta manera:

No os engaéis; ni los impuros, ni los idólatras, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, poseerán el reino de Dios (1 Cor 6, 10).

2.º *Los consejos evangélicos no son obligatorios para todos. Son un amor que se extiende más allá de los mandamientos, un nuevo camino para seguir más de cerca a Jesús e imitarle, reproduciendo en nosotros algunos de los finos rasgos de santidad que aparecen en El.*

La explicación clara de la distinción entre los mandamientos y los consejos la hallamos en el pasaje del joven rico, que preguntó a Jesús qué tenía que hacer para alcanzar la vida eterna, y respondiéndole: «guarda los mandamientos», como el joven los cumplía, le invitó a una mayor perfección, y así le dijo:

Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, ven y sígueme (Mt 19, 16-22).

Fundamento bíblico de los consejos evangélicos

1.º *El fundamento bíblico de la virginidad está en estas palabras de Jesús:*

No todos son capaces de comprender esta doctrina... Hay eunucos (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio) que se hicieron tales por el reino de los cielos (Mt 19, 11 s.).

La castidad o virginidad no es impuesta, esto es, no es de precepto, sino que es de consejo o de libre elección.

En la Iglesia hay, según la doctrina de Jesús, una especie de eunucos o inhábiles para el matrimonio, no en el cuerpo, pero sí en espíritu, que *voluntariamente* se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios y consagrarse al servicio de Dios con «corazón no dividido»... por amor al reino de los cielos.

Muchas almas se consagran a Dios con voto de virginidad, renuncian al matrimonio y adoptan el «estado religioso», para buscar de esta forma la santidad; otras, lo hacen, sin abandonar el mundo y sin «entrar en religión», en los Institutos Seculares.

2.º *El fundamento bíblico de la pobreza* lo tenemos en las palabras antes citadas de Jesucristo, dirigidas al joven del Evangelio (Mt 19, 21).

La práctica de la pobreza evangélica es considerada como algo esencial del reino mesiánico. El ejemplo de Jesucristo en este mundo es admirable, pues nació pobre, vivió pobre y murió pobre, y proclamó bienaventurados a los pobres.

3.º *El fundamento bíblico de la obediencia* es una consecuencia de los anteriores consejos, pues al reunirse los ascetas en cenobios o conventos para llevar una vida común, se impone una autoridad por ser elemento esencial de toda sociedad, y a tal autoridad en nombre de Dios le corresponde una obediencia de los súbditos ya que toda autoridad viene de Dios (Rom 13, 1-3).

Notemos que Jesucristo vino a hacer la voluntad del Padre (Heb 10, 1-10) y fue hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Filip 2, 5-9). La obediencia de Cristo se nos presenta como programa de abnegación. Al superior se le debe obediencia, no por su ciencia, edad o capacidad, sino únicamente porque (canónicamente elegido) *es representante de Dios*.

¿Desde cuándo se han practicado los consejos evangélicos?

Se han practicado desde los primeros tiempos de la Iglesia. Muchos de los más grandes santos reunieron en torno suyo grupos selectos de cristianos que, viviendo en común bajo una regla de vida ordenada a la santidad se comprometieron con votos religiosos y se consagraron a la oración, a la vida contemplativa, al culto, renunciando a las cosas de este mundo y observando dichos consejos evangélicos.

Pueden recordarse insignes fundadores de Ordenes religiosas; San Benito, San Bernardo, San Bruno, San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán... San Ignacio de Loyola... Santa Teresa de Jesús... San José de Calasanz, San Vicente de Paúl, San Juan Bosco...

Muchos de ellos fueron observantes ejemplares de los votos de castidad, pobreza y obediencia... y otros sin dejar la vida de oración, fundaron nuevas Congregaciones dedicadas al ministerio de las almas, la enseñanza, etc.

Estas formas de vida constituyen el que tradicionalmente se llama «estado de perfección», propio de los religiosos y tenido en grande honor y estima por la Iglesia.

Cualquier hombre debe vivir, de hecho, el espíritu de los consejos evangélicos y buscar la santidad aun en medio del mundo, sin abandonar —si no es por una llamada (= vocación) especial— las ocupaciones habituales en que sus propias circunstancias le han colocado, pues éstas pueden ser también una llamada (= otra vocación), ya que el Señor necesita obreros en todos los rincones del mundo y en todos los campos que las ocupaciones lícitas de los hombres abarcan.

De esta forma se hace realidad esa «llamada universal a la santidad», que el Señor pedía al decirnos: *sed vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48), y que San Pablo repetía en sus cartas.

Conclusión práctica

¿Quieres alcanzar la perfección? Practica los consejos evangélicos. Aficiónate a la oración, lee la palabra de Dios, especialmente los Evangelios, frecuenta los sacramentos... y vete por el camino de la cruz y de la abnegación, enseñado por Jesucristo. Procura hacer tus obras siempre en gracia de Dios.

LA VOCACION CRISTIANA AL SERVICIO DE TODOS

Existe una vocación o llamada universal de Dios a la salvación, pues «Dios quiere que todos los hombres se salven...», y por lo mismo El da a todos las gracias necesarias para lograrla, y la obtendremos por medio de Jesucristo.

Dios envió a su Hijo al mundo para que el mundo sea salvo por El (Jn 3, 16). Y el Concilio nos dice:

«Los seguidores de Cristo, llamados por Dios, no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divina, y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo... realmente santos» (LG 40).

Nuestra vocación cristiana, como veremos, empieza con el bautismo y nos encamina al servicio y edificación de los demás.

Cada uno en su trabajo puede santificarse y ser útil a sus hermanos los hombres.

¿Qué entendemos por vocación cristiana?

Vocación cristiana es un llamamiento que parte de Dios y que El nos hace a todos los hombres por medio de Jesucristo, a fin de que participemos de su vida divina mediante la gracia del bautismo.

Todos en la Iglesia somos llamados a la santidad, a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad (LG 39-40).

Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación (1 Tes 4, 3).

Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48).

Dios nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para que fuésemos santos (Efes 1, 4).

Jesucristo nos manda ahora, como en tiempo de los apóstoles, predicar el Evangelio, para que todos crean en El y se bauticen, y sean salvos (Mc 16, 16).

Vocación individual al servicio de los demás

Cada ser humano (además de la vocación universal a la santidad) tiene su *vocación individual o personal* en cuanto Dios lo llama o encamina a desempeñar una determinada actividad o profesión dentro de la comunidad de la Iglesia, con la que ha de contribuir a la santificación del mundo a modo de fermento (LG 31).

Tú piensas que un día puedes desempeñar una profesión o tener un cargo, pero como cristiano debes saberlo poner al servicio de los demás.

Dios a veces manifiesta a algunos esta vocación particular y hasta puede llamarlo de *un modo extraordinario* para una obra o misión de servicio en bien de la comunidad, como un día llamó a Saulo en el camino de Damasco (*Hech 9*).

Otras veces, y es *lo ordinario*, el hombre debe ir descubriendo su vocación ya desde pequeño, y la descubrirá de hecho 1) mediante *la afición o la inclinación natural* a un oficio, estudio o profesión concreta, y 2) mediante *las aptitudes o cualidades* que Dios haya dado para poder desempeñar tal oficio o profesión, y saberla luego ejercer en bien propio y de la sociedad.

¿Dónde empieza nuestra vocación de cristiano?

Empieza propiamente en el bautismo, pues desde que somos bautizados, los cristianos somos escogidos para seguir a Cristo en una vida nueva, la vida de la gracia. En el seguimiento de Cristo y de su imitación está la santidad.

Jesucristo vino «para que las almas tuviesen vida y vida abundante». Esta vida es la de la gracia o amistad divina. Para perseverar en ella El nos aconseja en el Evangelio que le sigamos imitándole en la abnegación o camino de la cruz: «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24).

Santificación en la profesión o vida de trabajo

Todos pueden santificarse en cualquiera profesión o condición de vida, ya en la entrega al *propio trabajo hecho con espíritu de caridad* para ayudar a sus conciudadanos y buscar la mejora de la sociedad entera, a imitación de Jesucristo, cuyas manos se sujetaron al trabajo en el taller de Nazaret, ya ofreciendo sus trabajos, enfermedades y dolores *uniéndolos a los de Cristo* por la salvación del mundo (LG 41).

1) *La ley del trabajo es universal*, pues pesa sobre todos, y nadie está dispensado de él, ni ricos ni pobres.

El trabajo nos obliga *como hombres* (Gén 2, 15; Job 5, 7 Vulg.); *como pecadores*, o sea, como castigo o pena (Gén 3, 19); y *como cristianos*, por ser seguidores de Jesucristo, a quien debemos imitar (Jn 4, 6).

2) *Todos debemos amar el trabajo*, y saberlo poner con responsabilidad al servicio de los demás. Cada uno tiene su vocación profesional: constructores, mecánicos, industriales, labradores, oficinistas, hombres de estudio... Todos somos trabajadores, obreros contratados en la viña del Señor que al atardecer de la vida Dios nos dará el jornal merecido.

El ejemplo de San Pablo es admirable (2 Tes 3, 7-10), pues trabajaba para no comer el pan de balde.

La ociosidad es madre de todos los vicios.

El trabajo ofrecido con fortaleza de ánimo y alegría, santifica.

¿Por qué debemos amar el trabajo?

Debemos amar el trabajo porque, como ya hemos dicho, en la Biblia leemos que Dios puso al hombre en un Paraíso de delicias para que trabajara (Gén 2, 15) y, además, después del pecado de nuestros primeros padres, el trabajo tiene un valor para la remisión de nuestras culpas (Gén 3, 19); y porque cada uno en su profesión está sirviendo a Dios y al prójimo en cuanto contribuye a ayudar a sus conciudadanos y colabora al desarrollo y perfeccionamiento del mundo creado por Dios.

Un buen estudiante será mañana un gran médico útil a sus hermanos los hombres o un santo misionero, salvador de muchas

almas, o un inteligente técnico que hará mucho bien a la sociedad en que vive.

Dios nos pide ahora esfuerzos y sacrificios, preparación responsable en nuestros estudios o trabajos personales para poder cumplir con espíritu evangélico nuestra misión de cristianos y se nos puedan confiar el día de mañana misiones importantes en el progreso de la civilización y de la expansión del Reinado de Cristo.

El Concilio nos dice a este fin:

«Por el trabajo el hombre se une a sus hermanos y les hace un servicio y puede practicar la verdadera caridad y cooperar al perfeccionamiento de la creación divina» (GS 67).

«Los hombres y mujeres... con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia» (GS 34).

Conclusión práctica

No pierdas de vista su vocación de cristiano. Inculca bien en tu pensamiento y en tu alma la convicción de que has de ser santo; esta santidad la tienes que ir fraguando en esta vida, en tus ocupaciones ordinarias, en tus relaciones con los demás hombres —cristianos o no— a los cuales Dios ha puesto cerca de ti para que los alumbres con la luz de Cristo.

Tu vida deberá ser como una antorcha encendida, que dé luz y calor; así contribuirás a construir el mundo como Dios quiere, y ayudarás a los demás a descubrir también el valor que tienen sus vidas.

LIBRO TERCERO

MEDIOS DE SANTIFICACION

- 1. Los sacramentos, la gracia y la oración**
- 2. Los novísimos**

Primera parte

LOS SACRAMENTOS, LA GRACIA LA ORACION

PRINCIPIOS DOCTRINALES BASICOS

Los sacramentos son la principal fuente de santificación de que dispone la Iglesia de Jesucristo. Son canales por donde nos llega la gracia.

La oración la impetra y los sacramentos la comunican.

Jesucristo es el que instituyó los sacramentos «signos eficaces de la gracia», «símbolos de una cosa sagrada y forma visible de la gracia invisible» (C. Trento 876).

La Iglesia es la que nos enseña qué son, cuántos son y para qué los ha instituido Jesucristo.

Al comenzar el estudio sobre «los Sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica» (SC 6), conviene que tengamos presente una idea general sobre los mismos, o sea, unos principios doctrinales básicos.

1.º *Los Sacramentos* son unas señales exteriores o signos sensibles, *instituidos por Jesucristo*, por los que nos comunica la gracia que nos mereció en la cruz.

2.º Número de los Sacramentos. Son siete. Así nos lo ha enseñado siempre la Iglesia católica:

El primero, Bautismo.

El segundo, Confirmación.

El tercero, Penitencia.

El cuarto, Eucaristía.

El quinto, Unción de los Enfermos.

El sexto, Orden Sacerdotal.

El séptimo, Matrimonio.

3.º Los elementos de todo sacramento son cuatro:

a) *La materia* que se emplea (o sea, una cosa o acción sensible, vg., el agua en el Bautismo).

b) *La forma* o palabras que pronuncia el ministro, vg., en el Bautismo: «Yo te bautizo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.»

c) *El ministro* que lo realiza.

d) *El sujeto* que lo recibe.

4.º Los sacramentos significan, causan y confieren la gracia¹.

Los efectos de los sacramentos son: la gracia santificante y la gracia sacramental, y además, en tres de ellos, el carácter sacramental.

La gracia sacramental. Los sacramentos, según su fin especial, producen, además de la gracia santificante común a todos, gracias particulares, llamadas «gracias sacramentales», porque son propias de cada sacramento.

Así se comprende la pluralidad de sacramentos. De no producir cada uno gracias especiales, bastaría un solo sacramento.

Los sacramentos dan la gracia a los que dignamente los reciben, y la dan en virtud del mismo signo o rito sensible y no en virtud de las disposiciones del sujeto o del que los administra. Así se le atribuye:

¹ Para todo lo referente a la gracia, ver el Libro primero, sexta parte.

— *Al Bautismo* la remisión de los pecados y la nueva regeneración (*Hech 2, 38; Jn 3, 5*).

— *A la Confirmación* se le atribuye la comunicación especial del Espíritu Santo (*Hech 8, 17*).

— *A la Eucaristía* la unión íntima con Jesucristo (*Jn 6, 51 ss.*).

— *A la Penitencia*, la remisión de los pecados (*Jn 20, 23, etc.*).

Los sacramentos son acciones de Jesucristo. Cuando el sacerdote administra los sacramentos es Cristo el que los administra... y a través de ellos nos da su gracia.

5.º *Sacramentos de vivos y de muertos.*

El Bautismo y la Penitencia, que son los más necesarios para salvarnos, se llaman «Sacramentos de muertos», porque dan la vida espiritual a los que están muertos cuanto al alma, o sea, privados de la gracia.

Los otros cinco sacramentos aumentan la gracia, y se llaman «Sacramentos de vivos», porque el que los recibe debe tener la vida de la gracia.

El que recibiere, pues, uno de estos sacramentos sabiendo que no está en gracia de Dios cometería un grave sacrilegio.

6.º *Sacramentos que imprimen carácter.*

Hay tres sacramentos que imprimen carácter, o sea, una señal o sello espiritual en el alma que no se borra jamás, y no se pueden recibir más que una sola vez. Estos son: *el Bautismo, la Confirmación y el Orden Sacerdotal.*

7.º *Institución de los sacramentos.*

Jesucristo es el autor de los sacramentos. La Biblia nos da testimonio de que El los instituyó.

De algunos aparecen claros testimonios en ella: vg. *del Bautismo* (*Mt 28, 19; Jn 3, 5*), de *la Eucaristía* (*Mt 26, 26; Lc 22, 19*), de *la Penitencia* (*Jn 20, 23*) y *del Orden* (*Lc 22, 19*).

De los demás sacramentos nos consta por la Biblia que existían en tiempo de los Apóstoles, y como éstos, así como sus sucesores, no son más que *dispensadores y administradores de los misterios de Dios*, y no autores (1 Cor 4, 1), síguese que Jesucristo instituyó todos los sacramentos, y El, Dios y Hombre, es el que ha dado a éstos la virtud de conferir la gracia, pues El fue el que nos la mereció con su Pasión, Muerte y Resurrección.

ANUNCIO Y COMUNICACION DE LA SALVACION

El Concilio Vaticano II nos dice:

«La Iglesia, acordándose del mandato del Señor: «Predicad el Evangelio a toda criatura», procura con gran solicitud fomentar las misiones para promover la gloria de Dios y la salvación de todos» (LG 16).

Notemos que la Iglesia que anuncia o predica el Evangelio y que administra los sacramentos es la *Iglesia docente*, o sea, el Papa y los obispos (como sucesores de San Pedro y de los apóstoles) y también los sacerdotes como «colaboradores de los obispos»

Todos ellos, por medio de la predicación del Evangelio y de la administración de los sacramentos, hacen que Cristo continúe presente entre los hombres.

¿Cómo continúa ahora Cristo su presencia y su acción salvadora?

Cristo, una vez fundada la Iglesia, subió al cielo y quiso que por medio de ella llegase su Palabra a todos los hombres. El, pues, continúa ahora su presencia y su misión salvadora entre los hombres por medio de la Iglesia, porque ésta es la que anuncia la salvación por la «Palabra de Dios», cumpliendo así el mandato o la misión que el mismo Cristo confió a sus Apóstoles:

Id, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y fuere bautizado se salvará... YO ESTARE CON VOSOTROS TODOS LOS DIAS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS (Mc 16, 15-16; Mt 28, 20).

Cristo, pues, está presente ahora en su Iglesia por su Palabra

y por sus ministros. A ellos dijo: *El que a vosotros oye, a Mí me oye...* (Lc 10, 16).

¿Cómo comunica la Iglesia la salvación?

La Iglesia comunica o aplica la salvación a todos los hombres mediante ritos o signos sensibles, que llamamos «Sacramentos», pues por ellos Jesucristo nos da su gracia, la cual opera interiormente en nosotros: la santificación y nuestro encuentro amoroso con Dios (SC 59).

Los Sacramentos

1) Han sido instituidos por Jesucristo y confiados a su Iglesia.

2) La Iglesia los administra por sus ministros en el nombre del mismo Jesucristo y por su autoridad, y

3) Continuará administrándolos hasta el fin de los tiempos mientras haya hombres que salvar.

Cristo, pues, prolonga ahora su presencia entre nosotros y su acción salvadora a través de la Iglesia de un modo especial en su Palabra y en sus sacramentos.

¿Qué es lo que hay en cada Sacramento?

Hay dos cosas:

1) *Una visible*, como es la materia que se usa y gestos o palabras que se acompañan (vg. el *agua* en el Bautismo, y las palabras: *Yo te bautizo...*), y

2) *Otra invisible*, que es la *gracia* o vida divina que se comunica a través de la cosa visible. El *agua* o *signo visible* nos explica la *gracia invisible*, pues como el agua lava, así el Bautismo nos purifica y limpia de los pecados.

Los Sacramentos son, por tanto, gestos y palabras con los que Jesucristo, por obra del Espíritu Santo, nos comunica la gracia o la vida de los hijos de Dios.

Los Sacramentos son signos *eficaces de la gracia*. Esto quiere decir que no sólo significan la gracia, sino que la confieren, esto es, la contienen y la dan realmente al que los recibe dignamente.

Al recibir la gracia por los Sacramentos nos ponemos en unión con Jesucristo y por El nos viene la santificación.

¿A quiénes comunica la Iglesia la salvación?

La Iglesia comunica la salvación *a todos los hombres indistintamente*, es decir, no sólo a los incorporados a ella, sino también a aquellos que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y a su Iglesia, y buscan a Dios con sinceridad (LG 16).

Explicación de los grados de incorporación a la Iglesia (LG 14 s):

1) *Los incorporados plenamente a la Iglesia* son los miembros de la Iglesia católica, *que viven en gracia* (o sea, los que se unen a ella por los vínculos de una misma profesión de fe, de unos mismos Sacramentos y de comunión eclesial).

2) *Los pecadores*, mientras no posean el Espíritu de Cristo o gracia santificante (aunque reúnan todas las demás condiciones), *no están plenamente incorporados a la Iglesia*.

3) *Los catecúmenos*, aunque no hayan entrado *realmente* en la Iglesia, por no estar bautizados, pertenecen a ella *por un deseo explícito* del Bautismo y de la caridad.

4) *Los cristianos no católicos*, que se hallan bautizados, como son los hermanos separados: ortodoxos orientales y los protestantes, no están incorporados plenamente, sino con *incorporación imperfecta*, por no profesar íntegramente la fe y no conservar la unidad bajo el Romano Pontífice.

5) *Los no cristianos*. Estos son los judíos y musulmanes, que no pertenecen a la Iglesia, ni siquiera por el deseo expreso del Bautismo; pero estos como todos los paganos *están llamados por Dios a la salvación*.

Todos estos pueden salvarse *si inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia y buscan con sincero corazón a Dios* (LG 14-16). (Véase pág. 231).

¿Quiénes no podrán salvarse?

El Concilio nos da esta respuesta:

«No podrán salvarse aquellos que *sabiendo y conociendo* que Dios fundó por medio de Jesucristo la Iglesia católica como necesaria para salvarse, no quieren entrar o perseverar en ella» (LG 14).

La Iglesia conforme al mandato de Cristo: «*Predicad el Evangelio...*», fomenta encarecidamente las misiones para promover la gloria de Dios y la salvación de las almas.

De esta manera, la Iglesia «tiende eficaz y constantemente a recapitular toda la humanidad, con todos sus bienes, bajo Cristo Cabeza, en unidad de su Espíritu» (LG 13).

Conclusión práctica

El sacerdote, por ser ministro de Cristo, obra en la persona de Cristo. Cuando él bautiza, consagra o perdona, es Cristo el que bautiza, consagra y perdona. Cristo está presente en la Iglesia en la persona de sus ministros. Hemos de pedir a Dios la gracia de ver en el sacerdote a Jesucristo y saber respetarlo como ministro suyo y dispensador de los misterios de Dios, y de colaborar con él en las obras misionales.

EL BAUTISMO, SU NECESIDAD

«Creemos en un solo bautismo, instituido por Nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. El bautismo se debe administrar también a los niños que todavía no son culpables de los pecados personales, para que naciendo privados de la gracia sobrenatural, renazcan «del agua y del Espíritu Santo» a la vida divina en Cristo Jesús» (*Credo del Pueblo de Dios*).

El bautismo es llamado sacramento de «iniciación cristiana».

Los efectos del bautismo son: perdona los pecados y da la gracia santificante, imprime carácter, nos incorpora a la Iglesia y nos hace hijos de Dios.

Palabras del Vaticano II: «Los fieles se incorporan a la Iglesia por el bautismo, y quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana, y regenerados como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia» (LG 11).

Necesidad del Bautismo para salvarse

El Bautismo es el más necesario de los Sacramentos, porque Jesucristo nos dice que sin él nadie puede entrar en el reino de los cielos.

Quien no renaciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos (Jn 3, 5).

El que creyere y fuere bautizado se salvará... (Mc 16, 16).

El mismo Jesucristo dio este mandato a sus Apóstoles:

Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19).

Todos los que se bautizan y creen el Evangelio o doctrina enseñada por Jesucristo, se hacen cristianos y pertenecen al pueblo de Dios.

El primero de todos los sacramentos

Este sacramento es el primero de todos porque antes del Bautismo no se puede recibir válidamente ningún otro sacramento.

El bautismo es la puerta de entrada en la Iglesia, y debemos tenerlo en gran estima.

¿Qué nos dice la Biblia del Bautismo?

La Biblia nos dice que el Bautismo es una «purificación», una «regeneración», una «incorporación» y una «iluminación».

1.º El Bautismo es una *purificación* de todos nuestros pecados y verdadera santificación (1 Cor 6, 11).

San Gregorio Magno dice: Todos los niños recién nacidos llevan en sí el pecado original, y los adultos, además, sus pecados personales; mas todos estos pecados desaparecen en la pila bautismal, como una chispa de fuego en la inmensidad del mar. Por eso dice San Pedro: *Bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados (Hech 3, 38).*

2.º El Bautismo es una *regeneración*, una nueva vida, nuevo nacimiento a la vida sobrenatural o de la gracia.

Este nuevo nacimiento, por el que el alma queda limpia de pecado y embellecida, se verifica por el agua y el Espíritu (Jn 3, 5).

San Pablo lo llama *lavatorio o baño de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo (Tit 3, 5).*

3.º El Bautismo es una «incorporación» al Cuerpo de Cristo, a su vida divina, pues por él nos incorporamos a la Iglesia (Hech 2, 38-41).

4.º *El Bautismo es una «iluminación», o sea, paso de las tinieblas del pecado a la luz de Cristo resucitado. Por el Bautismo el cristiano es hijo de la luz.*

De esta idea se vale San Pablo para instruir a los cristianos y decirles:

Erais en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes 5, 8-14; Heb 6, 4).

Materia, forma, ministro y sujeto del bautismo

— *Materia*, es el agua verdadera y natural aplicada al bautizando.

— *Forma*, son estas palabras: «Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

— *Ministro*, el ordinario es el sacerdote (y el diácono), y en peligro de muerte cualquier fiel cristiano, o incluso un no cristiano si, al bautizar, hace lo que quiere hacer la Iglesia.

— *Sujeto*, es toda persona viva que no esté ya bautizada válidamente.

El bautizado renace o recibe una nueva vida

Conviene tener presente que todos los hombres han quedado manchados por el pecado original, y están como muertos a la vida divina que tenían nuestros primeros padres antes de pecar, y como en vez de esa vida de la gracia heredamos el pecado, de aquí que sea muy necesario el bautismo para quitar el pecado y renacer a la vida de la gracia, la vida de los hijos de Dios. Insistiremos en esta idea.

El hombre al bautizarse recibe una nueva vida, porque por el Bautismo *se borran los pecados* que uno tiene, o sea, *el pecado original* con que todos nacemos, heredado de nuestros primeros padres, y los demás pecados personales que uno tuviera al bautizarse, y se le infunde la gracia santificante o vida sobrenatural. Se nos incorpora a la Iglesia y participamos del sacerdocio de Cristo.

A los niños (que deben ser bautizados lo más pronto posible, según la mente de la Iglesia) se les borra por el bautismo el pecado original.

A los adultos se les quita el original y los que ellos hubieran cometido, esto es, todos los pecados (original y actuales) en cuanto a la culpa y al reato de pena (Conc. Trento, 792).

Al nacer a la vida física, nacemos privados de la vida divina o sobrenatural, y por tanto estamos muertos a ella, y por el bautismo es como si resucitamos a esta nueva vida divina de la gracia por la que somos hijos de Dios y dejamos de ser esclavos de Satanás.

Cuando por la fe de la Iglesia un hombre es bautizado, Cristo opera en su interior el nuevo nacimiento —de que hemos hablado— en el agua y el Espíritu.

El Espíritu infunde en los bautizados el espíritu de adopción por el que son hechos verdaderamente hijos de Dios (*Rom 8, 14-17*).

Cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo (Gál 3, 26).

¿Qué necesita un adulto para bautizarse?

Necesita tener fe en Jesucristo y en su doctrina, y por eso antes de bautizarse deberá prepararse bien para conocer quién es Jesucristo y qué es lo que El exige a sus seguidores, los buenos cristianos.

El Bautismo se llama «Sacramento de la fe», porque en él se nos da el hábito de la fe, y porque en el adulto supone la fe o adhesión perfecta a la persona de Cristo y a su doctrina, fe en Jesucristo muerto y resucitado.

El artículo esencial de la fe, que resume y contiene los otros, es precisamente la resurrección de Cristo (*Rom 10, 9; Efes 2, 17 ss.*).

La fe es necesaria y es inseparable del Bautismo, según estas palabras del mismo Jesucristo:

Predicad el Evangelio a toda criatura, y el que creyere (el Evangelio o doctrina de Jesucristo) y fuere bautizado, se salvará (Mc 16, 16).

Los padres y padrinos en el Bautismo

Como la Iglesia exige a todos la fe, y los niños no pueden hacer por sí mismos el acto de fe, los padrinos que representan al niño deberán hacer en su nombre la profesión de fe.

En el nuevo Ritual a los padres y padrinos se les hace esta pregunta:

«¿Queréis, por tanto, que vuestro hijo N. Sea bautizado en la fe de la Iglesia, que todos juntos acabamos de profesar?», y ellos responden: «Sí, queremos»...

Ellos se obligan a educarles en la fe.

En el Bautismo se recita el «Credo» como profesión de fe, y se reza también el «Padrenuestro»... y se les pide hagan el propósito de renunciar a Satanás, a sus obras y seducciones..., para que el cristiano libre de todo pecado, se comprometa a seguir a Cristo toda su vida por el camino de la fe.

Conclusión práctica

Estimar en mucho la dignidad y grandeza del cristiano que nos viene a todos por el Bautismo, por el que somos hijos de Dios, título que vale más que todos los títulos humanos. Hemos de procurar ser fieles cumplidores de las promesas bautismales, viviendo como verdaderos cristianos.

LA VIDA DEL BAUTIZADO

Un cristiano empieza a morir al pecado y a apartarse de él cuando recibe el Bautismo, pues entonces recibe una nueva vida, la vida de la gracia.

El Bautismo, nos dice el Concilio Vaticano II, hace morir al pecado y consagra a Dios, engendra una vida nueva, de la filiación divina, nos une a Cristo e incorpora a la Iglesia (LG 11, 28, 44, 51).

San Pablo escribe a los Romanos:

Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo vivir todavía en él? Con Cristo hemos sido sepultados por el Bautismo, para participar en su muerte, porque como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva (6, 2-5).

Hemos de procurar entender bien el valor del sacramento del bautismo; si así fuera, entonces, según el deseo de Cristo, viviríamos todos la verdadera vida cristiana, que es la vida de la gracia.

¿Qué significan las expresiones “sepultados con Cristo” y “morir al pecado”...?

Con estas expresiones San Pablo quiere enseñarnos que un cristiano empieza a morir al pecado o a separarse de él cuando recibe el Bautismo, pues entonces recibe la nueva vida de la gracia.

Lo entenderemos fácilmente:

«Bautizar» significa «sumergir», de aquí que el bautizado solía sumergirse en el agua, y cubierta la cabeza con ella, se le sacaba inmediatamente, y por eso dice el Apóstol: «fuimos sepultados con Cristo».

Con esto entenderemos el significado simbólico de sus palabras: El que se bautiza entra en el agua como en un sepulcro, y en ella se sepulta «el hombre viejo», o sea, el hombre con todos sus pecados, saliendo luego el «hombre nuevo», provisto de una nueva vida, imitando en esto la resurrección de Jesús, que sale de la tumba «para nunca más morir».

El cristiano, al igual que Cristo, debe resucitar a la vida de la gracia y de la fe, pues «si hemos sido injertados en El por la semejanza de la muerte, también lo seremos por la de su resurrección, viviendo incorporados a El y con El».

Advertencias:

1.ª El Bautismo puede hacerse de tres maneras:

1) *Por inmersión*, cuando se sumerge en el agua el cuerpo del bautizado.

2) *Por aspersión*, cuando se asperje a éste.

3) *Por infusión*, cuando se le echa el agua por la cabeza.

Cualquier forma de éstas es válida. En la Iglesia también se usó en otros tiempos la *inmersión*; mas hoy se hace por *infusión* y también por *inmersión*. Los católicos deben seguir la que en cada tiempo apruebe la Iglesia.

2.ª El Bautismo produce en nosotros estos efectos:

Borra todo pecado..., infunde la gracia santificante e imprime carácter o una señal especial e imborrable en el alma del bautizado y nos incorpora a Cristo y a su Iglesia.

3.ª *Por el Bautismo todos los fieles participan del sacerdocio de Cristo.*

Por el bautismo entramos a formar parte de la familia o pueblo de Dios, y por él, una vez incorporados a Cristo, por razón de su carácter sacramental, quedan los fieles consagrados o des-

tinados al culto de la religión cristiana, «participando así, según su condición, del sacerdocio mismo de Cristo».

(Este *sacerdocio común de los fieles* se distingue, esencialmente, como veremos al hablar del sacramento del Orden, del *sacerdocio ministerial o jerárquico*).

Debemos estimar mucho el sacramento del bautismo, porque de él parte nuestra dignidad de cristianos y también la exigencia de nuestro apostolado.

La verdadera vida del bautizado

La vida del bautizado debe ser una *vida de fe, de esperanza y de caridad*. Después que Cristo nos lava en el Bautismo del pecado original y de todos los pecados personales, se nos infunden como *en germen* en el alma las tres virtudes teologales juntamente con la gracia santificante; mas siendo adultos debemos procurar desarrollarlas en nosotros.

Por el Bautismo nos hacemos *hijos de Dios*, esto es, Dios es el que nos adopta como hijos suyos por la gracia de Jesucristo. Nuestro deber es vivir *como verdaderos hijos de Dios*, poniendo en práctica dichas virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad.

1.º La fe y la vida de la fe

La fe es una virtud sobrenatural, por la que creemos y aceptamos la persona de Cristo y cuanto El nos ha revelado, o sea, las verdades que Dios ha dado a conocer a los hombres y a las que debemos prestar nuestro asentimiento con espíritu de obediencia y creerlas como verdaderas porque El es la misma Verdad y la Iglesia nos las enseña.

Por la fe sabemos que somos verdaderamente hijos de Dios, y que estamos llamados a la santidad. Así nos dice el Concilio:

«Los seguidores de Cristo... en la fe del bautismo han sido hechos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo santos; conviene, por consiguiente, que esa santidad que recibieron sepan conservarla y perfeccionarla en su vida con la ayuda de Dios» (LG 40).

Nuestro deber es *crecer* en el conocimiento de Jesucristo, y a

este fin debemos *instruirnos en la fe*, leyendo atentamente la Biblia, especialmente los Evangelios, escuchando la Palabra de Dios en la Santa Misa, y frecuentando los sacramentos.

No basta *tener fe*, sino que necesitamos *vivir la vida de la fe*, pues una vez bautizados debemos practicar el bien y odiar el mal, viendo a Dios en nuestros prójimos.

Vivir la vida de la fe es hacer buenas obras (*Sant 2, 26*) y confesar *pública y abiertamente* la creencia en las verdades reveladas por Dios (*Mt 10, 32-33*).

2.º La Esperanza

La esperanza es una virtud sobrenatural, por la que confiamos en Dios y esperamos de El la vida eterna y las gracias necesarias para merecerla con nuestras buenas obras.

Dios es el que infunde en el bautismo la virtud de la esperanza o el deseo de conseguir un día el cielo o vida eterna.

Al ser injertados en Cristo por el bautismo y formar una sola cosa con El, El es el motivo de nuestra esperanza.

Dios omnipotente, misericordioso y bueno, cumple lo que promete. El nos ha otorgado a sus hijos *las preciosas y más grandes promesas* (*2 Pdr 1, 4*), y según estas promesas esperamos:

1) *En esta vida*: el perdón de los pecados (si nos arrepentimos) y su divina gracia,

2) *y después en la otra*: los bienes celestiales y eternos.

Esta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna (*1 Jn, 2, 25*).

3.º La Caridad

La caridad es una virtud sobrenatural por la que amamos a Dios por ser quien es, sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

En el Bautismo, el sacerdote pregunta al bautizando: «¿Qué te da la fe?», y los padrinos responden: «La vida eterna». Después añade el sacerdote: *Si quieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos: Amarás al Señor tu Dios, con toda tu mente, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas; y al prójimo como a ti mismo.*

El amor de Dios para con nosotros es manifiesto, pues por

amor nos ha creado, nos ha redimido, nos conserva la vida y nos destina a la vida eterna... Nosotros en justa correspondencia debemos amarle sobre todas las cosas, guardando sus mandamientos.

Y se conocerá que amamos a Dios si amamos a nuestro prójimo (1 Jn 3, 20).

No debemos excluir a nadie de nuestro amor. Lo que hagamos a cualquiera de los hombres, Jesucristo lo considera como hecho a El mismo (Mt 25, 40-45).

Vida de oración

Para mantenernos en unión con Dios, para no perder la vida de la gracia y crecer en las virtudes teologales, necesitamos llevar «vida de oración» y frecuencia de sacramentos.

Jesucristo nos dice: *Sin Mí nada podéis hacer... Yo soy la vid, vosotros los sarmientos...* Un sarmiento separado de la vid se seca... Es menester que tengamos unión continua con Jesucristo y lo lograremos por los medios dichos.

LA ORACIÓN

¿*Qué es oración?* No es otra cosa que «una conversación con Dios» o un coloquio o trato íntimo con El, y completando más esta definición diremos que oración es la «elevación de la mente a Dios» para adorarle, darle gracias y pedirle cosas convenientes para la salvación eterna.

Para hablar y tratar con Dios es menester elevar nuestro espíritu a Dios, dejando a un lado las preocupaciones terrenas, desasirnos de las criaturas, y esto exige que se tengan en cuenta las condiciones de la oración: *atención* (ahuyentar distracciones); *humildad* (para salir justificado como el publicano); *confianza y perseverancia*.

¿*Es fácil la oración?* Es facilísima porque está al alcance de todos.

¿*Quién no puede hacer un ruego, una súplica o una petición?* Así como el niño ruega a la madre y el pobre al rico o al que puede socorrerle..., así nosotros como pobres y necesitados, podemos y debemos acercarnos a

Dios, exponerle nuestras necesidades y pedirle las remedie, porque El es el omnipotente.

— La oración del ciego de nacimiento fue ésta: *Señor, que vea.*

— La del leproso: *Señor, si tú quieres, puedes curarme.*

— La del publicano: *Apídate de mí, que soy hombre pecador.*

— La de la mujer cananea: *Ten piedad de mí.*

El Señor atendió todas estas peticiones.

¿Quién no puede orar mediante una frase o jaculatoria corta?

Ante una tentación: *Señor, ayúdame.*

Ante mis pecados: *Jesús mío, misericordia.*

Al empezar tu trabajo o estudio dile: *Todo por ti, Dios mío.*

La oración vocal es la que expresa con palabras los sentimientos del alma, y la oración mental es la que se hace en el espíritu y en el corazón, sin recurrir a las palabras. Es poner nuestro espíritu y nuestro corazón en Dios y en las verdades divinas.

En la oración, adoramos a Dios, le damos gracias por tantos beneficios, le suplicamos y le pedimos gracias y perdón por nuestros pecados.

¿Es necesaria la oración? Jesucristo nos lo dice: «*Conviene siempre orar y no desfallecer*» (Lc. 18,1). Y en el primer Mandamiento se nos dice: «*Adorarás al Señor tu Dios, etc...*» Pedir y recibiréis, nos dice también Jesucristo... y ¿cómo se puede orar siempre? Elevando con frecuencia nuestra mente y nuestro corazón a Dios, y haciendo todas las cosas con intención de agradarle... La oración, dijo Pío XII, es la respiración del alma.

Algunos dicen: Si Dios ya sabe mis necesidades, ¿por qué rezar? Es cierto que lo sabe todo, y que El podría comunicarnos directamente las gracias, pero de ordinario quiere que empleemos los medios establecidos

para obtener su gracia y de hecho quiere salvarnos con nuestra cooperación... La oración es la que hace santos. Sin oración falla la unión con Dios, la gracia santificante, y, sin ésta, no hay salvación... Sin oración, tampoco hay verdadero apostolado... y hemos de orar para no caer en la tentación.

Tengamos siempre presente que oración no es sólo pedir a Dios el remedio de nuestras necesidades, sino alabarle y darle gracias por los beneficios recibidos.

San Agustín dice: Dios ya sabe cuantas son nuestras necesidades, pero somos nosotros quienes tenemos que recordarlas al rezar y tomar conciencia de cuanto necesitamos... y orar siempre con humildad, confianza y perseverancia.

De la importancia, el poder y eficacia de la oración nos habla frecuentemente la Sagrada Escritura. Jesucristo se levantaba muy de temprano e iba a orar a un lugar desierto... y recomendaba a sus discípulos la oración... San Alfonso María, decía: «El que ora se salva, y el que no ora se condena»... «Nada más poderoso que el hombre que ora» (S. J. CRISÓSTOMO). En el A. T. tenemos varios ejemplos de lo que vale la oración del justo: vg. *el de Abraham*: Si hubiese solamente encontrado diez justos que hubiesen orado, Sodoma no hubiera perecido (*Gén 18*). *Moisés*, por la oración, también aplacó al Señor, y no castigó como se proponía a su pueblo, reo del enorme crimen de idolatría (*Ex 32*).

Presenciamos grandes males en el mundo, y la causa de todos ellos es el abandono de la oración. «Si el mundo va de mal en peor —dijo Donoso Cortés—, es porque hay más batallas que oraciones».

Principales fórmulas de oración: Las mejores oraciones vocales son: el *Padrenuestro* y el *Ave María*, los *Actos de fe*, de esperanza, caridad y contrición, y las oraciones *litúrgicas* de la Iglesia.

La oración *individual* está bien, pero no basta, es necesaria la oración en *familia*, la oración *pública* y *nacional*... Esta es más poderosa, porque entre la muchedumbre siempre hay justos mezclados con los pecadores, y Dios oye también las oraciones de los pecadores cuando van unidas a las de los justos... La más perfecta de las oraciones públicas es el santo sacrificio de la Misa... La oración hecha en la Iglesia es siempre preferible: por ser oración pública a Dios, por ser la Casa de Dios, y está el ejemplo de todos y es un lugar que invita más al recogimiento y a la oración.

Conclusión práctica

Estimar en mucho la vida de la gracia recibida en el Bautismo, porque vale más que todas las riquezas del mundo. Con la gracia nos salvamos y heredamos el cielo; pero para conservarla no hay que omitir la oración porque Dios nos llama a la santificación y sin oración no hay gracia santificante. Los verdaderos hijos de Dios viven en espíritu de oración.

LA CONFIRMACION

La Confirmación es un sacramento que nos fortalece en la fe y nos hace apóstoles y testigos de Cristo.

El Concilio Vaticano II nos lo dice así:

«Los fieles incorporados a la Iglesia por el bautismo..., se unen luego más estrechamente a ella por el sacramento de la confirmación, se enriquecen con una fortaleza especial del Espíritu Santo, y de esta manera se obligan con mayor compromiso a difundir y a defender la fe con su palabra y sus obras como verdaderos testigos de Cristo» (LG 11).

Efectos que produce la confirmación en el cristiano

Los efectos principales que produce son estos:

1.º *Aumento de la gracia santificante recibida en el Bautismo.*

Este aumento de gracia es para *fortalecer en el cristiano la vida bautismal*, o sea, para recibir una nueva fuerza que le impulse a seguir a Cristo y a vivir como buen cristiano, venciendo las pasiones o dificultades que halle en la profesión o ejercicio de la fe.

El niño, después de nacer, ha de crecer y robustecerse hasta la virilidad; igualmente el cristiano, después de renacer en el bautismo, ha de progresar en gracia y virtud hasta ser en ella un varón perfecto y santo.

¿Cómo se le da al cristiano el aumento de la gracia? Se le da por la imposición de las manos y la unción sagrada del sacramento de la confirmación.

En los «Hechos de los Apóstoles» leemos que a los que ha-

bían recibido la Palabra de Dios y se habían bautizado, luego les imponían los apóstoles las manos para que recibieran el Espíritu Santo:

Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo (Hech 8, 18).

Ahora cuando el obispo, como sucesor de los apóstoles, nos impone las manos en la confirmación, recibimos también el Espíritu Santo y con El una nueva fuerza para vivir como buenos cristianos.

2.º El carácter sacramental.

El confirmado queda marcado para siempre con un carácter o sello interior en el alma que le configura más estrechamente con Cristo en su misterio de muerte y resurrección, y por la fuerza nueva que recibe del Espíritu Santo *se convierte en soldado y testigo de Cristo.*

Las palabras que pronuncia el obispo al imponer su mano marcando al confirmando con una cruz y al hacerle la unción, son éstas:

«Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo.»

Por la confirmación se convierte el cristiano en testigo de Cristo, y ¿qué significación tiene ser testigo de Cristo?

Testigo de Cristo es aquel que habla o hace algo a favor de Cristo y de su Evangelio, el que comunica a otros el mensaje del Evangelio y sabe educar e instruir para que todos tengan un mayor conocimiento de Cristo y de su doctrina, no avergonzándose jamás de manifestarse como cristiano, pues recuerda el dicho de Jesucristo:

Quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, de El se avergonzará el Hijo del Hombre, cuando venga en su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles (Lc 9, 26).

Testigo de Cristo es el que da «testimonio de vida» a favor de Cristo, el que da su misma vida, si es preciso. Esto lo han hecho los mártires. El «mártir» es el testigo de la fe por excelencia. (*Mártir* significa *testigo*).

Testigo de Cristo, podemos añadir, es el que confiesa a Cristo con palabras y con obras, el que le imita en su pobreza, en el sufrimiento, en el amor al prójimo..., el que defiende públicamente su fe.

A Cristo debemos imitar en todo, y obrar como El, movidos por la fuerza del Espíritu Santo que recibimos:

El Espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres... (Lc 4, 18-20).

3.º Un nuevo descenso del Espíritu Santo.

Por la confirmación se renueva en cada bautizado el milagro de Pentecostés, pues por este sacramento el Espíritu Santo descende con mayores gracias y dones sobre los que se confirman.

El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles el día de Pentecostés, y sigue descendiendo sobre los bautizados en la Iglesia de Dios con una plenitud de dones el día de la confirmación, si se hallan verdaderamente dispuestos para recibirlos.

La Iglesia pide para ellos: «El Espíritu de sabiduría y de inteligencia, de consejo y de fortaleza, de ciencia, de piedad y de temor de Dios».

Con estos dones el Espíritu Santo los capacita para el servicio de la comunidad cristiana, o sea, para el apostolado a que «todos están llamados por el mismo Señor en razón del bautismo y de la confirmación» (LG 33).

4.º Una nueva iluminación para un mayor conocimiento.

La confirmación hace que los cristianos sean iluminados por el Espíritu Santo y adquieran un mayor conocimiento del Evangelio, cuyo mensaje están llamados a difundir por todo el mundo.

Así nos lo dice el Concilio Vaticano II:

«Todos los fieles cristianos, donde quiera vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la Palabra, el hombre nuevo de que se revistieron por el Bautismo y la virtud del Espíritu Santo, por quien fueron fortalecidos con la Confirmación, de tal suerte que todos los demás al contemplar sus buenas obras glorifiquen al Padre (Mt 5, 16) y perciban más plenamente el sentido auténtico de la vida humana y el vínculo universal de la unión de los hombres» (AA 11).

El buen cristiano debe dar ejemplo de vida y dar testimonio de la Palabra, o sea, del Evangelio de Cristo, y para esto deberá instruirse en la fe, es decir, saber la doctrina de Cristo y practicarla, o con otras palabras: saber la religión y además vivirla.

La evangelización es obra de todos, no sólo de los sacerdotes. Hay un documento del Concilio el «Decreto sobre el Apostolado de los seglares», en que se insiste sobre la misión de éstos en la evangelización del mundo.

Materia, forma, ministro y sujeto de la Confirmación

— *La materia de la Confirmación es la imposición de las manos del Obispo y la unción en la frente con el sagrado crisma.*

— *La forma es: «X, recibe por esta señal el don del Espíritu Santo».*

El ministro ordinario es el Obispo (los sacerdotes presbíteros tienen facultades en determinados casos).

Sujeto es todo cristiano que no haya recibido este sacramento (pues no se puede repetir).

Bautismo, Confirmación y Eucaristía

He aquí tres sacramentos que guardan cierta relación entre sí. El Concilio nos lo dice de esta manera:

1) El primer sacramento es *el Bautismo*, porque nos introduce en la Iglesia, pues en ella «los hombres entran por el Bautismo como por una puerta» (LG 14) y por él a ella se incorporan (LG 11).

2) Al Bautismo sigue *la Confirmación*, para fortalecer la vida recibida en él, y para que los fieles se vinculen más estrechamente a la Iglesia (LG 11).

3) Luego estos dos sacramentos impulsan a los creyentes al amor de Cristo, a tomar parte en *la Eucaristía* y renovar la alianza con el Señor...

«Los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el Bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor» (SC 10).

Los tres sacramentos: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía se llaman «sacramentos de iniciación cristiana» porque nos introducen en la Iglesia y en la nueva vida de la gracia.

Como en el rito de la Confirmación el Obispo reza: «envía sobre tu siervo desde el cielo al Espíritu Santo paráclito con sus siete dones». (Véanse éstos en páginas 192 ss.).

Requisitos necesarios para recibir la Confirmación

Son necesarios seis requisitos: tres para la validez y otros tres para la licitud:

Para la validez:

- 1.º Estar bautizado.
- 2.º No estar confirmado.
- 3.º Tener intención, si es adulto.

Para la licitud:

- 1.º Estar en gracia de Dios.
- 2.º Saber la doctrina según la edad.
- 3.º Tener padrino

Conclusión práctica

Todo confirmado debe tomar conciencia de que por este sacramento ha de ser Apóstol de Jesucristo y dar testimonio de su fe, procurando confesarla públicamente, según dijo Jesucristo (Lc 9, 26).

Hay hombres que se glorían en ser comunistas o ateos; y un cristiano, ¿es posible que se avergüence de su gran dignidad de hijo de Dios? Procura que tu vida sea dirigida siempre por la acción del Espíritu Santo y pídele el don de fortaleza para estar siempre dispuesto a confesar públicamente la fe de Cristo.

LA EUCARISTIA. SU INSTITUCION. LA SANTA MISA

La Eucaristía es el Sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y vino.

Jesucristo, que la había prometido a sus discípulos, la instituyó 1) para *ofrecerse* en el santo sacrificio de la Misa, 2) para *dárseos en alimento* en la Comunión, y 3) para estar siempre *presente* con nosotros.

La Eucaristía es «centro y cumbre de toda la vida cristiana». Los cristianos la celebran no aisladamente, sino formando una «Asamblea» o comunidad de fieles, y así «confortados con el Cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto la unidad del Pueblo de Dios» (LG 11).

¿Cuándo instituyó Jesucristo la Eucaristía?

«Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre» bajo los signos de pan y de vino (SC 47).

San Pablo nos refiere así este hecho de la institución de la Eucaristía:

El Señor Jesús en la noche en que fue entregado, tomó el pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros. Y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: ESTE ES EL CALIZ DE LA NUEVA ALIANZA EN MI SANGRE. Haced esto en memoria mía (1 Cor 11, 23-26).

En la Eucaristía se renueva y perpetúa ahora el sacrificio de la cruz en el que Cristo se ofreció y se inmoló como víctima de expiación por los pecados.

La Eucaristía fue desde el principio el centro del culto cristiano y es *un verdadero sacrificio* y también *comunión* del Cuerpo y Sangre de Cristo, el cual quiere unirse a nosotros al decir: *Tomad y comed: esto es mi cuerpo. Tomad y bebed: esta es mi sangre.*

Ahora en la Santa Misa el ofrecimiento del Cuerpo y Sangre de Cristo se realiza *bajo las especies* de pan y vino, o sea, de un modo *sacramental*.

Materia, forma, ministro y sujeto de la Eucaristía

Materia de la Eucaristía es el pan de trigo y el vino de la uva. *Forma* son las palabras de la consagración: «Esto es mi cuerpo»; «éste es el cáliz de mi sangre».

El ministro, todo sacerdote válidamente ordenado por tener el poder de consagrar; y *el sujeto* es cualquiera persona bautizada.

El sacrificio de la Misa

«Creemos que la Misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el sacramento del Orden, y ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es el sacrificio del Calvario, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares.

Creemos que del mismo modo que el pan y el vino consagrados por el Señor en la Santa Cena se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, que iban a ser ofrecidos por nosotros en la Cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo glorioso, sentado en el cielo, y creemos que la misteriosa presencia del Señor, bajo lo que sigue apareciendo a nuestros sentidos igual que antes, es una presencia verdadera, real y sustancial» (*Credo del Pueblo de Dios*).

El sacrificio de la Misa es en sustancia el mismo que ofreció Jesucristo en el Calvario, porque en uno y otro el mismo Jesucristo *es Sacerdote y Víctima*, con la diferencia que allí se ofreció por sí mismo de modo cruen-

to o con derramamiento de sangre, y aquí se ofrece por medio del sacerdote de modo incruento bajo las especies de pan y vino.

El sacrificio de la Misa es esencialmente la representación y renovación del sacrificio de la cruz.

El Concilio de Trento nos dice:

«El único sacrificio que Cristo ofreció de manera cruenta en la cruz, se renueva y prolonga de manera incruenta en el altar y nos aplica los frutos de la redención».

El sacrificio de la Misa, aunque incruento, es verdadero sacrificio, y *se perpetúa no para adquirir nuevos méritos o añadir eficacia alguna al del Calvario, sino para aplicarnos los méritos de la redención o frutos de aquel*. No se trata, pues, de nueva propiciación, sino de *aplicación y distribución* de los frutos o gracias merecidas por Cristo en la cruz.

En conclusión: El sacrificio de la cruz fue para hacer la redención, y el sacrificio de la Misa es *para aplicarla*.

¿Desde cuándo celebra la Iglesia el sacrificio de la Misa?

La Iglesia celebra el sacrificio de la Misa desde que Cristo lo instituyó, y ahora en la celebración de la Misa se perpetúa el memorial de la muerte y resurrección de Cristo hasta que El venga (*1 Cor 11, 25-26*).

Fue voluntad de Jesucristo que *se perpetuase* su sacrificio hasta el fin de los tiempos, y por eso dijo El a sus apóstoles (y en ellos a sus sucesores los obispos y también a los sacerdotes): **HACED ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA. Y cuantas veces celebran la Eucaristía anuncian la muerte del Señor hasta que El venga** (*1 Cor 11, 26*).

Ahora al terminar la consagración del pan y del vino en la Misa, los sacerdotes dicen:

«Este es el sacramento de nuestra fe»,

y los fieles contestan: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven, Señor Jesús».

Así como en la Eucaristía celebramos juntamente con la muerte de Jesucristo su resurrección, así debemos renovar con Cristo nuestra muerte al pecado y nuestra resurrección a la vida de la gracia.

Partes fundamentales de la Misa

Las partes fundamentales de la Misa son dos: *la liturgia de la Palabra y la de la Eucaristía*, y están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto (SC 56).

1.º *Liturgia de la Palabra*. En esta primera parte Dios habla a su pueblo, pues las lecturas bíblicas que se hacen del Antiguo y del Nuevo Testamento son «palabra de Dios escrita».

En la «homilía» que sigue a continuación también Dios nos habla por medio de su Iglesia, o sea, de sus ministros, los cuales explican el contenido de la palabra de Dios, ayudándonos así a comprenderla mejor y a aplicarla a nuestras vidas.

2.º *Liturgia de la Eucaristía*. Esta comienza cuando el sacerdote presenta a Dios el pan y el vino, mas el momento principal es cuando Cristo *se hace presente* sobre el altar, al pronunciar el sacerdote las mismas palabras de Jesús en la última Cena:

ESTO ES MI CUERPO...

ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE...

Con estas palabras dichas por el sacerdote en la consagración, se renueva el sacrificio de la cruz, y damos gracias a Dios por el don de la redención y del mismo sacrificio.

Después de ofrecer los fieles el sacrificio juntamente con Jesucristo y con el sacerdote, reciben el cuerpo y la sangre del Señor como alimento de la nueva vida (*Lit 55*).

Nosotros podemos presentar al Señor en el Ofertorio de la Misa juntamente con el sacerdote celebrante nuestra vida con nuestras obras y sufrimientos: estudio, alegrías, tristezas, cansancio y trabajo...

Palabras de la Consagración

Muchos son los Padres de la Iglesia que nos hablan de las palabras de la consagración, o sea, del poder omnipotente de las palabras de Cristo. He aquí como se expresan algunos:

1) SAN IRENEO, *lib. 4 adv. haer.*:

«El pan sobre el que se pronuncia la invocación de Dios no es ya un pan ordinario, sino que es la Eucaristía».

2) SAN AMBROSIO, *De sacr.* 4, 4, 14:

«¿Cómo puede el pan ser cuerpo de Cristo? Por la consagración. Pero, ¿con qué palabras se hace la consagración? Con las palabras del Señor Jesús. Porque todo lo demás que se dice anteriormente, las alabanzas de Dios, la oración por el pueblo, por los reyes y los demás, lo dice el sacerdote; mas en cuanto llega a la consagración, ya no usa el sacerdote palabras propias, sino palabras de Cristo. Así que es la palabra de Cristo la que obra el sacramento».

3) SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catec.* 4, 1:

«Habiendo pronunciado el mismo Jesucristo y dicho del pan: «Esto es mi cuerpo», ¿quién se atreverá a ponerlo en duda? Habiendo El mismo asegurado y dicho: «Esta es mi sangre», ¿quién se atreverá a titubear y decir que no es su sangre?».

La transustanciación

La víspera de su muerte, Jesús tomó el pan y pronunció sobre él estas palabras: «*Esto es mi cuerpo*». Si «esto» antes era pan y ahora es el cuerpo de Cristo, síguese que ha habido el cambio de una cosa en otra, conversión de la realidad misma del pan en su cuerpo y la conversión de la realidad misma del vino en su sangre, quedando solamente inmutadas las propiedades (o accidentes) del pan y del vino, percibidas por nuestros sentidos.

Este cambio misterioso es llamado por la Iglesia de una manera muy apropiada «transustanciación» (*Credo del Pueblo de Dios*).

¿Por qué la Iglesia reserva en el Sagrario las hostias consagradas?

La Iglesia las reserva porque «en las hostias consagradas que quedan después de la celebración del sacrificio de la Misa, nuestro Señor está allí presente» (*Encíclica *Mysterium fidei**). Y se reservan en el Sagrario para la comunión de los enfermos y para la adoración de los fieles.

Cristo resucitado prolonga así su sacrificio y su presencia en medio de su pueblo, como un nuevo tabernáculo.

Nosotros ¿cómo sabemos que Jesucristo está presente en el altar?

1.º Por las palabras con que lo prometió (Jn 6, 52-56) (Véase Biblia E. E., pág. 333).

2.º Por las palabras con que lo instituyó (Mt 26, 26-28; Lc 22, 19).

3.º Por la doctrina de los apóstoles (1 Cor 11, 27; 10, 16).

4.º Porque así nos lo enseña la Iglesia y por los testimonios de todos los siglos.

Estando Jesucristo en el sacramento del altar, ¿cudl ha de ser nuestro deber?

«Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento..., que es prueba de gratitud» (*Mysterium fidei*).

Conclusión práctica

Estimar en mucho la Santa Misa, porque en ella se hace presente Cristo real y verdaderamente y se ofrece de nuevo en sacrificio por nosotros y se nos da en alimento.

Ya que la Iglesia nos manda santificar las fiestas oyendo la Santa Misa, procuremos asistir a ella con devoción, haciendo en señal de adoración nuestra genuflexión hacia el Sagrario y visitar con frecuencia a Jesús Sacramentado.

LA EUCARISTÍA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

En el banquete eucarístico todos los fieles se reúnen en torno al altar, para participar de un mismo Pan, o sea, del cuerpo y de la sangre de Cristo. Y, como nos dice San Pablo, *siendo uno solo el pan, todos formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de un mismo pan* (1 Cor 10, 17).

El Vaticano II nos recuerda que la Eucaristía es «sacramento de piedad, señal de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da en prenda de la gloria venidera» (SC 47).

La comunión eucarística fomenta la vida de comunidad o unidad de la Iglesia.

¿Qué hacían los cristianos de los primeros siglos?

Los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia *perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión de la fracción del pan* (o sea, en la recepción de la Eucaristía) *y en la oración (Hech 2, 44)* y la muchedumbre de los creyentes tenían un solo corazón y un alma sola..., todo lo tenían en común (*Hech 2, 32*).

Conviene notar que lo que nosotros llamamos ahora «Misa», ellos lo llamaban entonces «fracción del pan», pues en atención al mandato del Señor, después de consagrar el pan, lo partían y lo distribuían a los demás.

¿Cómo realizan mejor los fieles la vida de comunidad?

Los fieles realizan mejor la vida de comunidad cuando se unen para comer el pan eucarístico y beber el cáliz del Señor, porque entonces logran la unidad en el cuerpo de Cristo y se estrecha el vínculo de la caridad en la familia cristiana, pues todo el que comulga se une íntimamente a Cristo.

San Pablo dice que los judíos participaban del altar comiendo de las víctimas sagradas (*1 Cor 10, 18*). Ahora los cristianos, como los apóstoles y sus sucesores, al comulgar participan también en el sacrificio de Jesús, porque comen la misma carne y la misma sangre que Jesús ofreciera en el Calvario.

«Comunión» es lo mismo que «unión común», y porque «uno es el pan, un cuerpo somos la muchedumbre, pues todos participamos de un solo pan».

Por tanto, si los que comen las víctimas sagradas están en comunión con el altar, según nos dice San Pablo, al ser la carne y la sangre eucarísticas, las de Cristo, Víctima en nuestro altar, nos hacemos uno con Cristo, entramos en comunión con El.

El Mandamiento de amar a los hombres

Este mandamiento nos lo dio Jesucristo en la última Cena, al decir:

Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, como Yo os he amado (Jn 15, 12).

Notemos que Jesucristo llama a este mandamiento «suyo»,

con lo que nos da a entender su gran importancia, y lo llama también «nuevo» por la manera de amarnos:

Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado... En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros (Jn 13, 34-35). (El amor es el distintivo de los cristianos).

De aquí también que el mismo Apóstol San Juan nos diga en su primera carta:

Si alguno dijere: amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios a quien no ve (4, 20).

Nosotros no podremos amar a Dios, si no amamos antes al prójimo.

Disposiciones para participar del banquete eucarístico

Jesús nos pide que amemos a nuestros hermanos, porque la comunión no significa otra cosa que «unión común», y esta unión con Jesús y entre nosotros exige verdadera unión y amistad con nuestros prójimos.

Notemos lo que Jesús nos pide en su Evangelio:

1) Al enseñarnos a orar nos dice que recemos así:

«Padre nuestro, que estás en los cielos...», y si Dios es Padre de todos, todos debemos mirarnos y *amarnos como hermanos*.

2) Para acercarnos al altar nos inculca también el amor fraterno, condición necesaria para participar en el banquete eucarístico:

Si vas, pues, a presentar una ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda (Mt 5, 23-24).

3) La Eucaristía se llama «sacramento o vínculo de caridad», porque ella nos une a todos entre sí en una misma familia, que es la Iglesia, pues todos participamos de ese pan único, el cuerpo de Cristo (1 Cor 10, 16-17).

¿En qué conocemos que amamos a nuestros hermanos?

San Juan nos lo dice así:

Conocemos que amamos a los hijos de Dios (nuestros hermanos) en que amamos a Dios y cumplimos sus man-

damientos. Pues ésta es la caridad de Dios, que guardemos sus preceptos (1 Jn 5, 2-3). El amor al prójimo no se puede separar del amor a Dios.

El amor a Dios nos lleva a amar al prójimo, y si a Dios debemos amarle «con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas...», nuestro deber es amar a los hijos de Dios, o sea, a nuestros prójimos o hermanos con un amor entrañable «queriendo para ellos todo lo que quisiéramos para nosotros».

«Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad...» (LG 40).

Conclusión práctica

Medita en el mandato del amor de Jesús: «Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.» El nos amó dando su vida para que los hombres viviéramos como hermanos y desterrásemos toda riña y toda disensión. Ante este hecho real, hazte estas preguntas: ¿Cómo me porto yo con mis compañeros? ¿Sé perdonarles y devolver bien por mal? Fomentemos todos la unión acercándonos al mismo pan eucarístico. La Eucaristía es símbolo de unidad, vínculo de caridad.

PELIGROS QUE AMENAZAN A LA VIDA DE LA GRACIA: LA TENTACION Y EL PECADO

Un buen cristiano que se da cuenta del valor del sacramento del *Bautismo* y qué significa el vivir en gracia, y también sabe valorar los sacramentos de la *Confirmación* por el que ha fortalecido su fe y el de la *Eucaristía* por el que se alimenta del pan de vida; no puede menos de esforzarse por mantenerse firme en la vida de la gracia y de la fe.

Pero sucede que el cristiano, mientras vive, está sometido a tentaciones y a veces es infiel a sus compromisos bautismales y se ve expuesto al pecado; de aquí que tenga que estar prevenido contra *la tentación y el pecado*, porque son los obstáculos que amenazan a la vida de la gracia y ponen en peligro nuestra salvación; pero si cayese en pecado le es necesaria la conversión y el hacer penitencia.

Nuestra vida sobre la tierra es un tiempo de prueba. Dios así lo quiere para que, saliendo victoriosos, merezcamos el cielo.

¿Estamos todos llamados a la santidad?

Todos estamos llamados a la santidad, pero no en virtud de nuestros méritos, sino por designio y gracia de Dios, pues la santidad es ante todo un *don de Dios*, comunicado radicalmente en el bautismo, por el que quedamos justificados mediante la misma gracia de Dios; mas conviene que la santidad recibida la sepamos conservar y perfeccionar (LG 40).

¿Cómo se perfecciona en nosotros la vida de la gracia?

La vida de la gracia (esa vida nueva que se recibe en el bautismo) se conserva y desarrolla o perfecciona en cada uno de los justificados *con el auxilio de la misma gracia de Dios y la cooperación o esfuerzo personal* (Efes 5, 3; Col 3, 12).

Cuando el hombre es renovado por el bautismo, es responsable ante Dios de su propia vida, de su vida como hijo de Dios, y como discípulo del Señor.

El cristiano por la vida de la gracia (por la que su alma queda hermosada a los ojos de Dios), *causa envidia al demonio, que se le presenta como tentador y con él otros tentadores: el mundo y la carne*, y por eso debe vivir alerta.

Estad despiertos; vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar. Resistidle, firmes en la fe... (1 Pdr 5, 8-9).

Así, pues, el que cree estar en pie, mire no caiga; no nos ha sobrevenido tentación que no fuera humana, y fiel es Dios que no permitirá que sedís tentados sobre vuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el auxilio, para que podáis resistirla (1 Cor 10, 12-13).

Las tentaciones, ¿de dónde provienen? ¿Son pecado?

1.º *Las tentaciones, que nos incitan al pecado, provienen de nuestras malas inclinaciones, del mundo y sus malos ejemplos y de las sugerencias del demonio* (1 Pdr 5, 8).

Las tentaciones pueden ser *internas*, como los malos pensamientos o algo que nace de nuestras malas inclinaciones y nos induce al mal, o bien *externas*: una lectura mala, un mal compañero, un cine inmoral, etc.

Dios permite las tentaciones: para probar nuestra fidelidad a El, para conservarnos en la humildad y acrecentar nuestros méritos (2 Cor 12, 7; Sant 1, 12).

Dios nos concede su gracia para vencer la tentación, y no permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas (1 Cor 10, 13).

2.º *Las tentaciones no son pecado; mas pueden serlo*

solamente cuando uno consiente en ellas y se complace en el mal con advertencia y voluntad.

Jesucristo quiso ser tentado por el demonio, para consolarnos e instruirnos con su ejemplo. El venció las tentaciones y con su ejemplo nos mueve a ser victoriosos, y lo seremos ayudados de su gracia, y por eso hemos de rezar:

«Señor, no nos dejes caer en la tentación...».

La conciencia, que es una voz interior de Dios, nos advierte cuando la tentación conduce al pecado, porque nos dice lo que es bueno y lo que es malo.

¿Cómo hemos de vencer las tentaciones? Hemos de vencerlas: evitando las ocasiones de pecado, orando y resistiendo a ellas desde el principio (no entablar diálogo con el demonio como hizo Eva). *Velad y orad para no caer en la tentación* (Mt 26, 41). *Resistid al diablo, y huiré de vosotros* (Sant 4, 2).

Debemos apoyarnos, no en nuestras fuerzas, sino en la gracia como San Pablo, que decía:

No yo, sino la gracia de Dios conmigo (1 Cor 15, 10).

El Vaticano II lo dice así: «Sólo puede vencerse con denodado esfuerzo ayudado por la gracia» (GS 25).

El pecado, ¿qué es? ¿Cuáles son sus efectos?

San Juan nos da esta definición del pecado:

1.º *«El pecado es la transgresión de la ley de Dios»* (1 Jn 3, 4).

El que comete el pecado traspasa la ley (Id.).

Traspasar o quebrantar la ley de Dios es no cumplir sus mandamientos.

Si Dios te dice: «Ama a tu prójimo, no robes, santifica las fiestas...», y tú le respondieras: «No quiero», entonces cometes un pecado.

Por tanto, pecado es oponerse a la voluntad de Dios, la cual se nos manifiesta especialmente en sus mandamientos.

¿Cómo puede ser el pecado?

El pecado puede ser grave o leve. El grave se llama *mortal* porque causa muerte al alma al arrebatarle la gracia santificante, que es su vida sobrenatural.

El pecado leve se llama *venial*, porque es más fácil

obtener *venia* o perdón de él, aun fuera del sacramento de la penitencia. Este no quita la gracia, pero disminuye el fervor de la caridad y dispone para el pecado mortal.

¿Cómo se puede cometer el pecado?

- 1) Por malos pensamientos y deseos.
- 2) Por palabras y malas obras.
- 3) Por omisión del bien que estamos obligados a practicar.

¿Cuáles son las condiciones del pecado grave?

Son tres:

1.^a Materia grave. 2.^a Plena advertencia a la gravedad del acto. 3.^a Pleno consentimiento de parte de la voluntad.

Si falta uno de estos requisitos ya no hay pecado mortal.

2.^o *Los efectos del pecado mortal* o grave son éstos: *pérdida de la gracia santificante* y de todos los méritos para el cielo..., y si uno muere en pecado, va al infierno.

Los efectos del pecado venial son: una debilitación de la vida de la gracia santificante (aunque no la quita) y una disposición para cometer pecados mortales.

Todo pecado es una ofensa y una ingratitud. Dios nos ha dado nuestras facultades: inteligencia, voluntad y libertad para el bien, y por tanto debemos emplearlas no para ofenderle, sino para amarle y servirle. Dios nos ha dado la libertad para el bien, el pecar es abuso de la libertad.

¿Somos todos reos de pecado ante Dios?

Algunos sostienen que todos somos reos de pecado, aduciendo estos textos de San Pablo (*Rom 3, 10-18*): *«No hay justo, ni siquiera uno..., todos están corrompidos;... etc.»*.

A esto hemos de decir que este tejido de textos bíblicos que cita San Pablo libremente y por «acomodación», miran a las prevaricaciones de Israel, y con ellos

quiere demostrar la universalidad del pecado a la venida de Jesucristo, ya por parte de los gentiles (*Rom 1, 24-32*), ya por parte de los judíos que no eran mejores que los gentiles, porque conociendo por la Ley la voluntad de Dios, estaban lejos de guardarla; y tanto unos como otros, por haber traspasado la Ley de Dios gravemente: los judíos la ley mosaica, y los gentiles la ley natural esculpida en sus corazones, eran reos de pecado ante Dios, por hallarse todos bajo la esclavitud del pecado, como dice la Escritura.

Por tanto, dichos textos no se pueden aplicar en su sentido bíblico al cristiano que vive (procura vivir) la gracia de Dios, pues *no hay condenación alguna para los que son de Cristo Jesús (Rom 8, 1)*, o sea, para los bautizados que viven en gracia y están libres de las ataduras del pecado.

No obstante, sí podemos decir, que el que procura vivir en gracia de Dios, puede sentirse gran pecador (como se sentían los santos), ya por sus pecados pasados perdonados, ya por sentir en el fondo de su ser la miseria o inclinación mala de la naturaleza.

Nota:

San Pablo trata luego de demostrar que nadie será justificado por las obras de la ley, sino únicamente por la fe en Cristo, que ordinariamente se recibe por el Evangelio. Ahora todos hemos de ser justificados por la *gracia (= gratuitamente)*, mediante la redención de Jesucristo. (Ver pág. 185).

San Pablo no trata de la vida cristiana *después* de la justificación, sino de la «justificación inicial» o comienzo de la misma; mas una vez que el hombre está justificado o ha pasado al estado de gracia por el bautismo, necesita de las obras para que su fe no sea una fe muerta, y con ellas pueda conservarla.

La conversión del pecador

Todo el que por el pecado se ha alejado de Dios y de la familia de los cristianos, necesita convertirse de nuevo, o sea, arrepentirse y hacer penitencia para obtener

de la misericordia de Dios el perdón de los pecados y la reconciliación de la Iglesia.

La conversión es una vuelta a Dios del que estaba alejado de El, y el pecador la obtiene por el arrepentimiento de sus pecados o detestación de no querer volverlos a cometer más. El Señor nos dice por sus profetas:

Convertíos a Mí y seréis salvos (Is 45, 22).

Si el impío se aparta de su iniquidad y guarda todos mis mandamientos..., todos los pecados que cometió no le serán recordados (Ez 18, 21-22).

La virtud de la penitencia, o sea, la detestación del pecado con deseos de no volverlo a cometer más, es necesaria a todos los que han pecado. Así lo dijo Jesucristo:

Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis igualmente (Lc 13, 3.)

Dios se nos manifiesta como Dios de la misericordia

Dios es misericordioso con el pecador y así se nos revela:

1.º *En el Antiguo Testamento, al decirnos:*

No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez 18, 23).

En el Señor se halla la misericordia y una copiosa redención (Salm 130, 7).

Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia (Salm 118, 1).

2.º *En el Nuevo Testamento tenemos las bellas parábolas llamadas de «la misericordia», las que nos revelan cómo Jesucristo ejerce esta misericordia, perdonando a los pecadores:*

Léanse estas parábolas, especialmente la del «hijo pródigo» (Lc 15) y nótese su arrepentimiento, su vuelta y el perdón del padre, que representa a Dios.

Si uno se confiesa bien y se arrepiente, Dios olvida sus pecados.

Hemos de procurar no ofender a Dios, pero si llegásemos a pecar, debemos arrepentinos, confiar mucho en la misericordia de Dios y acudir con humildad y sencillez al Sacramento de la Confesión cuanto antes.

Consecuencia práctica

Sacar el propósito de detestar todo pecado por ser una ofensa a Dios y de no volverlo a cometer, y vivir alerta contra la tentación para no sucumbir a ella.

Dios nos ofrece el perdón por ser infinitamente misericordioso. Nuestra conversión debe ser sincera. El profeta Jeremías nos dice: «Cada uno vuelva al camino recto, abandone el vicio y haga buenas obras» (35, 15). Todo pecado daña de algún modo al Pueblo de Dios, pues según San Pablo todos somos miembros del Cuerpo místico, o sea, de la Iglesia de Cristo, y si un miembro sufre, todo el cuerpo sufre (1 Cor 12, 26).

LA PENITENCIA COMO SACRAMENTO

La penitencia *como sacramento* es un rito instituido por Jesucristo en el que se perdonan los pecados cometidos después del bautismo por medio de la absolución sacerdotal. Se llama también a este sacramento «confesión» por ser necesario confesar los pecados para recibir el perdón.

«Los presbíteros, dice el Concilio, instruyen a los fieles en el ejemplo de Cristo Pastor, para que sometan sus pecados a las llaves de la Iglesia en el sacramento de la penitencia» (OT 5).

Los efectos de la penitencia son: reconciliación con Dios y aumento de gracia santificante y nuevas ayudas para no pecar por la gracia sacramental.

Institución del Sacramento de la Penitencia

Jesucristo instituyó el sacramento de la penitencia después de su resurrección y antes de ir al Padre, y transmitió a los apóstoles y en ellos a la Iglesia (o sea, a los obispos y sacerdotes) el poder de perdonar y retener los pecados, y de ejercer la misericordia de Dios con estas palabras:

Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos (Jn 20, 23).

¿Cuándo un sacerdote pronuncia eficazmente la absolución?

Un sacerdote o ministro de la Iglesia pronuncia efi-

cazmente su palabra de absolución cuando el pecador que se dispone a recibir el sacramento de la penitencia hace estas cinco cosas:

1.^a *Examen de conciencia* (mediante el cual el pecador, al examinarse, reconoce sus culpas).

2.^a *Contrición de corazón* (ésta se da cuando, conocido el pecado, se aborrece y se detesta).

3.^a *Propósito de la enmienda* (o sea, tomar la resolución de no volver a pecar y cambiar de vida).

4.^a *Confesión de boca* (esto es, declarar con sinceridad y humildad los pecados al confesor).

5.^a *Satisfacción de obra* (satisfacer a Dios por el mal que se hizo, o sea, cumplir la penitencia impuesta por el confesor).

Un bello ejemplo de arrepentimiento lo tenemos en el «hijo pródigo». Esta parábola tan conocida (Lc 15) se leerá y se desarrollará para que se vean los pasos que él dio para volverse a Dios, y así se dispondrá el que se acerque a recibir el sacramento de la penitencia.

1) *Hace el examen*: pasa hambre, piensa en su mala vida y vuelto en sí dice: «Cuántos jornaleros tienen abundancia de pan en casa de mi padre, y yo me muero de hambre».

2) *Contrición, o sea, arrepentimiento y a su vez propósito*. «Me levantaré e iré a mi padre... y se levantó y vino a su padre».

3) *La confesión y el perdón*: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti... y el padre se arrojó a su cuello y le besó...». Le perdonó y mandó hacer un banquete para festejar la venida de su hijo a la casa paterna.

Cuando el sacerdote dice: «Yo te absuelvo», es como el abrazo de Dios, la manifestación de su amor. Entonces todo pecador se debe sentir de nuevo «hijo de Dios», y ya limpio de pecado y como renacido a una nueva vida, al igual que el día del bautismo, puede acercarse a comulgar.

¿Qué decir de la confesión de boca?

La confesión de boca trae origen de Jesucristo, pues El fue el que dio a los apóstoles el poder de *perdonar y retener* los pecados.

De este poder de *perdonar y retener* los pecados, dado por

Jesucristo a sus apóstoles, se sigue que, al igual que un juez no puede formar juicio cabal sin conocer la causa para absolver o condenar, así el sacerdote confesor no podrá pronunciar sentencia alguna sobre los pecados, si no ha precedido una acusación.

Cuando el sacerdote perdona los pecados es porque tiene este poder recibido de Jesucristo, y por tanto, cuando él dice: «Yo te absuelvo», es Jesucristo mismo el que perdona.

Materia, forma, ministro y sujeto de la Confesión

Materia del sacramento de la penitencia, se considera como tal los actos del penitente: contrición, confesión y satisfacción (Dz 896), y la *forma* son las palabras de la absolución: «Yo te absuelvo...», *el ministro* es el sacerdote que absuelve y para ello tiene potestad de jurisdicción; *el sujeto* es cualquier bautizado que haya cometido algún pecado mortal o venial.

¿Cómo confesarse?

Hay tres maneras de celebrar la confesión:

1) Confesarse con confesión y absolución individual, como ha solido hacerse siempre.

2) Confesión individual después de una liturgia o celebración penitencial comunitaria, en la que, preparado, se acerca cada uno al confesor, dice sus pecados y recibe la absolución individual.

3) Confesión con la absolución colectiva, esto es, cuando sin confesión específica de los pecados por la urgencia del peligro o por la imposibilidad de confesión individual se da la absolución colectiva, o sea, a todos de una vez, pero queda la obligación de confesarse individualmente cuando puedan.

Esta tercera forma no es válida si no hay necesidad urgente, y no se puede admitir ésta fuera de las condiciones previstas por cada Obispo, y siempre hay que tener en cuenta que luego persiste la obligación de confesarse individualmente.

¿Qué nos dice el Concilio al hablar de la penitencia?

Nos dice que los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios, por la misericordia de Este, y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que pecando ofendieron, la cual con caridad, con ejemplos y oraciones les ayuda en su conversión (LG 11).

Sobre este Sacramento conviene tener presente:

1.º *Que la potestad de perdonar los pecados* la heredaron los obispos y sacerdotes de los apóstoles, porque Jesucristo instituyó los sacramentos para mientras dure la Iglesia, o sea, para *todos* los hombres y para *todos* los tiempos.

2.º *Que para que sea buena una confesión*, el que se confiesa debe decir *todos* los pecados que recuerde al confesor, tal como son a los ojos de Dios y con toda claridad para que el mismo confesor pueda juzgar bien el pecado y su gravedad.

3.º *Que el sacerdote representa en el confesonario a Jesucristo*, que vino a salvar a los pecadores, y por eso nadie se debe acercar a él con temor o vergüenza, sino con gran confianza en la misericordia de Dios que nos ofrece el perdón, y por tanto deberá confesarse bien, pues el que oculta o no confiesa por vergüenza algún pecado grave al confesor comete un *sacrilegio*, y es preferible no confesarse antes que confesarse mal.

Todos deben tener presente que Jesús en este sacramento nos perdona con gran misericordia y nos da su gracia o amistad divina.

La Iglesia en tiempo de Cuaresma nos invita especialmente a la penitencia y a las prácticas del ayuno y abstinencia, y a la frecuencia de los sacramentos de la confesión y la comunión.

Palabras de la absolución

He aquí las que pronuncia el confesor sobre el penitente al acabarse de confesar:

«Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda por el ministerio de la Iglesia el perdón y la paz.

Y YO TE ABSUELVO DE TUS PECADOS, EN EL

NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO. AMEN.»

Dad gracias al Señor, porque es bueno.

Resp.: Porque es eterna su misericordia.

Perdonados son tus pecados.

Vete en paz.

Advertencia

Conviene saber que uno de los pecados reservados es *el aborto*, y los que lo hayan promovido o cooperado a él quedan sujetos a excomunión, y mientras que de ésta no estén absueltos, no se le pueden perdonar los demás pecados, ni pueden, por tanto, acercarse a la comunión.

De la excomunión pueden absolver sólo los que tengan facultad para ello, especialmente el canónigo penitenciario, que suele estar en su confesionario de las Catedrales en algún tiempo determinado, especialmente durante la Misa Conventual.

La contrición en general

Por ser la «contrición» el elemento primero y más necesario del sacramento de la penitencia y condición indispensable para conseguir el perdón de los pecados (Dz 987), nos interesa tener una idea clara de ella.

El Concilio de Trento la definió así: «Un dolor del alma y aborrecimiento del pecado cometido, juntamente con el propósito de no volver a pecar.»

Las propiedades de la contrición saludable son:

— *Interna* (porque el pecado debe aborrecerse *no sólo con los labios*, sino de todo corazón, y manifestarse de algún modo al acusar los propios pecados).

— *Sobrenatural* (porque ha de hacerse con el auxilio de la gracia detestando el pecado por motivos sobrenaturales, vg., por ser ofensa de Dios y ser merecedor del infierno).

— *Universal* (porque debe extenderse a todos los pecados graves cometidos).

— *Máxima en el aprecio* (y se da cuando se detesta el pecado más que todo otro mal, es decir, como el mayor de los males).

La contrición perfecta e imperfecta

La contrición *es perfecta* cuando nos arrepentimos de nuestros pecados por *amor* de Dios, es decir, por haberle ofendido a El, infinitamente bueno y digno de ser amado.

Y es *imperfecta* (llamada también «atrición») cuando procede de motivos inferiores a los de la contrición perfecta, esto es, por *temor* más bien al infierno y la fealdad del pecado en sí...

La *contrición perfecta*, por nacer de la caridad (con propósito de confesarse cuando sea posible), perdona en el acto los pecados.

La *imperfecta o atrición* basta para confesarse bien, sin embargo conviene excitarse al dolor perfecto, por ser más meritorio y agradable a Dios.

Conclusión práctica

Teniendo la Iglesia el poder de perdonar los pecados por grandes que sean, debes confesarte confiando en la misericordia de Dios, que ofrece el perdón. No te avergüences de confesar tus pecados. Si tienes reparo con algún confesor vete a otro que te inspire mayor confianza. Arrepiéntete, o sea, detesta tus pecados para que Dios te otorgue el perdón de ellos.

Piensa que cuando el alma queda limpia de pecado siente una gran paz y alegría interior que no puede compararse con la alegría del mundo. Esa paz es obra de la gracia o amistad divina.

EL DOLOR CRISTIANO Y LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Los males y sufrimientos del mundo no proceden del Creador, que «todo lo hizo bien», sino que entraron en el mundo con el primer pecado de Adán. Así nos lo dice la revelación divina: Por Adán entró el pecado en el mundo, y con el pecado vino el dolor y la muerte (*Gén 2, 17 ss.; Rom 5, 12*).

El sufrimiento es inevitable en este mundo y llega a todos los hombres sin excepción: sufren los ricos y sufren los pobres y sufrimos todos.

Iluminados por la fe tenemos que decir que el misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino. En la luz de la fe vemos que Jesucristo santo e inocente vino a salvarnos mediante la cruz y el sufrimiento. Nuestro camino ha de ser el de Cristo, pues padeciendo con El, seremos también con El glorificados (*Rom 8, 17; 2 Cor 4, 17*). Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo (*Hech 14, 21*).

Cuando un cristiano se halla gravemente enfermo y sufre con paciencia tomando sobre sí el dolor y la muerte, Jesucristo le conforta y le auxilia en la Iglesia con la Unción de los enfermos.

¿Qué hacían Jesucristo y sus Apóstoles ante los enfermos?

1) *Jesucristo*, cuando iba predicando el Evangelio, curaba a los enfermos que le presentaban, y otros le llamaban para que les impusiera sus manos y los curase. Las curaciones que hacía a veces eran con una sola palabra o bien con la imposición de las manos:

Viene a El un leproso, que suplicando y de rodillas le dice:

Si quieres, puedes limpiarme. Enternecido Jesús, extendió la mano, le tocó y dijo: Quiero, sé limpio, y al instante desapareció la lepra y quedó limpio (Mc 40-42).

Puesto el sol, todos cuantos tenían enfermos de cualquier enfermedad los llevaban a El, y El, imponiendo a cada uno las manos, los curaba (Lc 4, 40).

2) *Los apóstoles.* Jesús, al enviar a sus apóstoles a predicar por todo el mundo, les dio la misión de curar enfermos con la simple imposición de manos, y otras veces los ungían con óleo y luego sanaban.

Llamando a sí a los doce, comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus impuros... y echaban muchos demonios, y ungiendo con óleo a muchos enfermos, los curaban (Mc 6, 7-13).

Jesús les dio poder... para curar toda enfermedad y toda dolencia (Mt 10, 1-2).

Pondrán la mano sobre los enfermos y éstos se encontrarán bien (Mc 16, 18).

Jesús curaba otras veces a los enfermos primero *espiritualmente* y luego corporalmente (Lc 5, 20).

Cuando un enfermo esté en pecado, se le debe recomendar que se arrepienta primeramente de sus pecados y se confiese para ponerse en amistad con Dios, y luego puede pedir con mayor confianza la salud corporal.

Muchos preguntan: *¿Cuál es la causa de nuestras enfermedades y sufrimientos?* Diremos brevemente a la luz de la fe que las causas se reducen a ser:

1) Castigo de nuestros pecados.

2) Medios de penitencia o de enmienda y de purificación de los pecados y también de salvación, porque nos acercan más a Dios.

3) Prueba a la que somete Dios a las almas justas.

4) Dar ocasión a Dios de manifestar su poder al librarnos del sufrimiento, como en la curación vg. del ciego de nacimiento (Jn 9).

¿Qué hace ahora la Iglesia ante un cristiano enfermo?

La Iglesia hace ahora lo que hizo Jesucristo y lo que hacían sus apóstoles, y así vemos que cuando un cris-

tiano enferma, la Iglesia le administra la sagrada Unción, con la que le unge en nombre del Señor, para darle la salud espiritual (y a veces la salud del cuerpo, si es importante para la salud del alma).

La Iglesia le encomienda también al Señor paciente y glorificado y el sacerdote que le da la Unción ora para que se alivie y se salve (LG 11).

He aquí las palabras del apóstol Santiago, alusivas al sacramento de la Unción de los enfermos (C. Trento Ses. 14, 1):

¿Enferma alguno entre vosotros? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y los pecados que hubiese cometido le serán perdonados (Sant 5, 14-15).

Materia, forma, ministro y sujeto

En el texto anterior aparecen todos los requisitos de verdadero sacramento: *Ministro*, el sacerdote ministerial; *materia* es la unción del crisma sobre la frente que se hace con la imposición de la mano; *la forma*, la oración que pronuncia el sacerdote; *el sujeto* es todo cristiano que, habiendo llegado al uso de la razón, se halla próximo a la muerte por enfermedad o vejez.

El efecto de esta oración y unción más que la curación corporal inmediata y el aliviarle de la enfermedad es conseguir para él «la salvación eterna». Este, pues, es el sentido obvio y principal que comprende la promesa del apóstol: «Salvar el alma» y luego, como consecuencia «resucitar el cuerpo». (El verbo original «resucitará» se refiere al que está a punto de morir).

Cristo vino a salvarnos y por este sacramento de la Unción sagrada se nos proporciona dicha salvación y se purifica el alma del enfermo y lo dispone para la visión de Dios.

La Unción de los enfermos a la luz del Vaticano II

1.º El Concilio nos habla del tiempo oportuno de administrarla:

«La Unción de los enfermos no es sólo el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo

comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez» (SC 73).

Cuando un enfermo se halle en estado de gravedad, se le debe aconsejar reciba la unción con plena lucidez y conciencia; mas si perdiese el conocimiento, si sus disposiciones anteriores eran buenas, puede obtener, al recibir este sacramento, el perdón de los pecados.

La Unción de los enfermos debe recibirse en gracia, y por eso el sacerdote al administrársela le invita a que se arrepienta de sus pecados.

2.º El Concilio dice cómo la Iglesia encomienda y exhorta a los enfermos:

«Con la Unción de los enfermos y la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda a los enfermos al Señor, paciente y glorificado, para que los alivie y los salve, e incluso les exhorta a que, asociándose voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo contribuyan así al bien del Pueblo de Dios» (LG 11).

Por la unción, pues, de los enfermos, el cristiano se une a Cristo en sus padecimientos y en su muerte, para resucitar también con El, reproduciendo en sí mismo la Pascua del Señor.

Efectos de la unción de los enfermos

Según la doctrina de la Biblia (Sant 5, 14-15), del Vaticano II (LG 11) y del Concilio de Trento (Ses 14), los efectos que «se derivan de la gracia del Espíritu Santo» son éstos:

1) *Borra los pecados* (entiéndase los veniales y también los mortales cuando el enfermo ya no los puede confesar, si de ellos tiene dolor).

2) *Alivia y conforta el alma del enfermo*, suscitando en él una gran confianza en la misericordia divina y disponiéndole para la visión de Dios.

3) *Ayuda al enfermo a soportar* más fácilmente las penas y molestias de la enfermedad y a resistir con mayor facilidad las tentaciones del demonio.

4) *Da a veces la salud del cuerpo*, si es importante para la salud del alma.

Palabras del sacerdote al administrar la Santa Unción

El sacerdote, al hacer la Unción en la frente y manos del enfermo, dirá:

«Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amén.

Para que libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén».

Después de la Unción, si las circunstancias lo permiten, el sacerdote le da la comunión del Cuerpo de Cristo como VIÁTICO, para que le sirva de fortaleza y como compañero en el tránsito de esta a la otra vida dichosa y eterna.

Al entrar el enfermo en la agonía

El sacerdote le dice entonces:

«Sal de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios Todopoderoso que te creó; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció; etc...»

Así se dispone mejor el alma para celebrar su Pascua o *paso* de la muerte a la Vida eterna, o sea, para su encuentro definitivo con Cristo en la otra vida, donde ya no hay dolor, ni lágrimas, sino dicha eterna.

Conclusión práctica

Soportar el dolor con resignación cristiana y a poder ser con alegría, uniéndolo al de Cristo para satisfacer por nuestros pecados y luego ser glorificado con El.

Al sufrir recordemos las palabras del buen ladrón, que estando en la cruz, al convertirse al Señor, dijo a su compañero: «Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados; pero Este ningún mal ha hecho»...

Nuestro deber de cristianos es avisar al párroco o a un sacerdote vecino cuando sepamos que un familiar u otro cualquiera se halle gravemente enfermo.

EL ORDEN SACERDOTAL

El Orden sacerdotal es el sacramento por el cual algunos cristianos son elevados a la dignidad de ministros de Dios.

Es un derecho fundamental de la persona humana decidirse por el matrimonio o por el celibato o estado de virginidad y cada uno debe tomar esta resolución tras concienzudo examen.

Todos los cristianos estamos en el mundo con una misión: la de servir a Dios y al prójimo; pero hay algunos cristianos entresacados de los demás a los que Dios llama a ser «sus ministros y dispensadores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1), y estos son los dedicados enteramente y consagrados al servicio de Dios y de los demás hombres.

El Concilio Vaticano II nos dice que el pueblo cristiano o Pueblo de Dios es un pueblo sacerdotal, y ahora veremos en qué sentido.

¿Por qué el pueblo de Dios es llamado “pueblo sacerdotal”?

El Pueblo de Dios es llamado «pueblo sacerdotal» porque los fieles que lo forman *participan del sacerdocio de Cristo por el carácter que les imprime el bautismo*, pues por este sacramento todo bautizado es sacerdote real y por él queda capacitado y destinado para ofrecer dones y sacrificios a Dios por Jesucristo (tal es el fin del sacerdocio): ante todo *para ofrecer al mismo Cristo el sacrificio eucarístico* en la asamblea litúrgica; para recibirle en la comunión y para ofrecerse a

sí mismo en la totalidad de su vida «como hostia viva, santa y grata a Dios» (*Rom 12, 1*).

Los miembros de la Iglesia formamos una comunidad sacerdotal o pueblo de Dios segregado de todos los demás pueblos y consagrado a Dios, como su pueblo particular. Este es un pueblo de alabanza y de culto (*LG 10*).

Clases de sacerdocio. ¿En qué se distinguen?

1) Hay dos clases de sacerdocio: el *común* o de los fieles y el *ministerial* o *jerárquico*.

2) Se diferencian en que el sacerdocio *común* es el que reciben *todos* los fieles *por medio de sacramento* del Bautismo, que los incorpora a Cristo, mientras que el *ministerial* o *jerárquico* lo reciben solamente «*algunos* de entre los mismos fieles» *por medio del sacramento del Orden*. Los que reciben este sacramento poseen una *potestad sagrada* de la que carece el simple cristiano.

Por eso, entre el sacerdocio *común de los fieles* y el sacerdocio *ministerial* hay una diferencia *no sólo de grado, sino esencial*.

Notemos que esta potestad no la reciben del Pueblo de Dios sino del mismo Cristo, que es el que se la da por la ordenación sacerdotal y por la que quedan constituidos en *ministros* o *vicarios suyos*, y con ella están al servicio del sacerdocio de los fieles rigiéndolos, enseñándolos y santificándolos.

Los presbíteros quedan además *sellados con un carácter particular* por toda la eternidad, y así se configuran con Cristo Sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico (*PO 2*).

¿Cuándo instituyó Jesucristo este sacerdocio y qué poderes le dio?

Jesucristo instituyó el sacerdocio, para bien de la Iglesia, al decir a sus Apóstoles y sucesores estas palabras: HACED ESTO EN MEMORIA MÍA (*Lc 22, 19; 1 Cor 11, 25: C. Trento*).

Los poderes que les dio, y que ahora se les confieren a los que reciben el sacramento del Orden son:

1) El poder de *efectuar* (cosa que no puede hacer el simple fiel) y *ofrecer* el sacrificio.

2) El poder de *perdonar los pecados* (Jn 20, 23), y

3) El poder de predicar oficialmente el Evangelio a todas las gentes (Mt 28, 19; Mc 16, 15).

Los ministros sagrados son, como dice el Concilio:

1) Ministros de la Palabra.

2) Ministros de los sacramentos.

3) Rectores del Pueblo de Dios (PO 4-6).

Dios concede estos poderes sacerdotales *para el servicio del pueblo cristiano*, y así lo dice el Concilio:

«Los seglares, como todos los fieles cristianos, tienen derecho de recibir con abundancia de los sagrados pastores, de entre los bienes espirituales de la Iglesia, ante todo los *auxilios de la Palabra de Dios y de los Sacramentos...* y no dejen de encomendar en sus oraciones a sus superiores, para que, ya que viven en continua vigilancia, obligados a dar cuenta de nuestras almas, cumplan esto con gozo y no con angustia» (LG 37).

¿Cuáles son los ministros de Dios y cómo son consagrados?

1) *Los ministros de Dios* son: el Papa, los obispos, los presbíteros y los diáconos, que dedican su vida a dar gloria a Dios y a atender las necesidades espirituales del pueblo.

2) *Son consagrados* por la imposición de las manos y la oración o invocación del Espíritu Santo:

Les constituyeron presbíteros en cada iglesia, por la imposición de las manos, orando y ayunando, y los encomendaron al Señor, en quien habían creído (Hech 14, 23).

San Pablo escribe a su discípulo Timoteo a quien había ordenado sacerdote y también a Tito, estas palabras:

No descuides la gracia que posees, que te fue conferida en medio de buenos augurios, con la imposición de manos de los presbíteros (1 Tim 4, 14).

Te dejé en Creta para que acabases de ordenar lo que faltaba

y constituyese por las ciudades presbíteros en la forma que te ordené (Tit 4, 14).

Según estos textos y la doctrina del Concilio tenemos:

1) Que Cristo hizo sacerdotes a sus Apóstoles.
2) Los Apóstoles consagraron a otros por la imposición de manos; es decir, a través de los apóstoles, sus sucesores los obispos, recibieron la misma consagración y misión que ellos habían recibido de Cristo.

3) Y a través de los Obispos la reciben los presbíteros.

Desde los apóstoles hasta nuestros días se viene transmitiendo la potestad sacerdotal «por la imposición de las manos y la invocación del Espíritu Santo» (PO 1).

Materia, forma, ministro y sujeto del sacramento del Orden

Materia del sacramento del Orden: La imposición de manos; *la forma* son la oración o palabras que la acompañan; *ministro* es el Obispo válidamente consagrado, *y el sujeto* es el varón bautizado.

¿Se pueden ordenar las mujeres?

«La Iglesia católica, lo dijo Pablo VI y repetido Juan Pablo II sostiene que no es admisible ordenar mujeres para el sacerdocio por razones verdaderamente fundamentales. Estas razones comprenden: el ejemplo, registrado en las Sagradas Escrituras, de Cristo que escogió solamente entre los hombres a sus Apóstoles; la práctica constante de la Iglesia, que ha imitado a Cristo al escoger solamente hombres; y su viviente magisterio que ha establecido coherentemente que la exclusión de las mujeres del sacerdocio está en armonía con el plan de Dios respecto a su Iglesia» (30 noviembre 1975, al Arzobispo de Canterbury).

La vocación sacerdotal

Dios llama a algunos fieles para que sean sus sacerdotes o ministros del altar, y van al Seminario, unos de pequeños, otros de mayores; y, de éstos, mu-

chos son de condición humilde, hijos de obreros y otros, después de tener estudios de Bachillerato o universitarios.

Ser sacerdote es ser «otro Cristo», es continuar su misión en la tierra para salvar almas, es predicar, perdonar, consagrar en su nombre. Esta es una gracia grande y es una dignidad sublime que no todos comprenden.

Dichosos los que «estén preparados a responder, generosamente con el profeta al Señor si los llama: «Heme aquí, envíame» (PO 11).

San Lucas nos refiere así la elección de los Apóstoles:

Jesús pasó la noche orando, y cuando llegó el día llamó a Sí a sus discípulos y escogió a doce («a los que quiso», a los que vio más aptos para su ministerio) de ellos a quienes dio el nombre de apóstoles (Lc 6, 12-13).

Los sacerdotes o presbíteros *son tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los hombres en lo que a Dios se refiere para que ofrezcan dones y sacrificios por los pecados...* (Heb 5, 1; PO 3).

Pidamos todos por las vocaciones sacerdotales:

Envía, Señor, operarios a tu mies, porque la mies es mucha y los obreros pocos.

Conclusión práctica

Piensa que Jesús sigue escogiendo en todas las épocas algunos niños y jóvenes para que sean sacerdotes. En los Seminarios no entran los ya santos, sino para serlo.

¿Has pensado tú en tan grande dignidad o en ser alma consagrada al servicio de Dios y de los hombres?

El niño que sienta la vocación al sacerdocio debe imitar a los Apóstoles, seguir a Cristo con prontitud y generosidad y con una vida de gran piedad.

EL MATRIMONIO CRISTIANO

El matrimonio fue instituido por Dios nuestro Señor en el paraíso terrenal cuando unió como esposos a Adán y Eva para que vivieran *siempre* juntos en mutuo y fiel amor (Gén 2, 18-24). Y entonces dijo: *Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y vendrán a ser los dos una sola carne* (Gén 2, 24). Dios, pues, es el que quiere la unidad de la familia humana. Jesucristo elevó el matrimonio a la dignidad de sacramento.

«Los esposos cristianos, dice el Concilio, en virtud del sacramento del matrimonio..., se ayudan mutuamente a santificarse en la vida matrimonial y en la procreación y educación de los hijos» (LG 11).

El matrimonio cristiano según el Vaticano II

El matrimonio es una «comunidad de vida y de amor, que se establece sobre la alianza (pacto o contrato) de los esposos, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable» (GS 48).

El matrimonio, añade el Concilio, es el «acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente», y de este acto «nace, aun ante la sociedad, una institución confirmada por la ley divina».

Los que se van a casar son libres para hacer entre ellos un pacto mutuo, esto es, para declarar ante el sacerdote que quieren ser esposos, o lo que es lo mismo, darse el sí matrimonial, pero una vez dado, se establece un vínculo que depende únicamente de Dios, que quiere poner a salvo los bienes que El ha encerrado en la familia como son: el amor, la educación y protección de los hijos, la dignidad humana y el bienestar de la familia.

El matrimonio es fundamentalmente *uno e indisoluble*. Por eso, «lo que Dios unió que no lo separe el hombre» (Gén 2, 24).

— Las propiedades del matrimonio son, pues, la *unidad e indisolubilidad del vínculo matrimonial*.

— Los fines del matrimonio son: la *procreación y educación de los hijos y la ayuda mutua*.

Enseñanzas de la Iglesia

— La Iglesia enseña que el hombre y la mujer están destinados a una íntima comunidad de vida, y que «la institución del matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de los hijos» (GS 50), y por tanto «los actos con que los esposos se unen en casta intimidad, y a través de los cuales se transmite la vida humana, son, como ha recordado el mismo Concilio, «honestos y dignos»... (Enc. «*Humanae vitae*»).

— Los Papas y el mismo Concilio, apelando a este fin natural de la sexualidad, condenan como intrínsecamente mala toda intervención directa para impedir la concepción.

Todo acto impuro fuera del matrimonio es pecado, y «como el acto del matrimonio está por su misma naturaleza destinado a la generación de la prole, quienes en su ejercicio lo destituyen adrede de esta su naturaleza y virtud, obran contra la naturaleza y cometen una acción intrínsecamente torpe y deshonest» (Pío XI: *Casti Connubii*). Pío XII y Juan XXIII hablan en el mismo sentido.

Pablo VI declara que, ni siquiera para el fin de la regulación justificada de la natalidad, son lícitos: 1) la interrupción directa de la generación ya iniciada (píldora abortiva), pero principalmente el aborto directo, 2) la esterilización (permanente o temporal) del hombre o de la mujer, 3) toda acción antes, durante o después del acto matrimonial con el fin de impedir la generación (*Humanae vitae*).

— Si para espaciar los nacimientos existen serios motivos, derivados de las condiciones físicas o psicológicas de los cónyuges, o de circunstancias exteriores, la Iglesia enseña que entonces es lícito tener en cuenta los ritmos naturales, inmanentes o las funciones generadoras, para usar del matrimonio sólo en los períodos infecundos y así regular la natalidad sin ofender los principios morales. (Pablo VI, *Enc. Humanae Vitae*, 16).

— Es ilícita «toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias

naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación» (*Humanae Vitae*, 14); «la Iglesia, en cambio, no considera de ningún modo ilícito el uso de los medios terapéuticos, verdaderamente necesarios para curar enfermedades del organismo, a pesar de que se siguiese un impedimento, aún previsto, para la procreación (*Humanae Vitae*, 15). Los médicos y el personal sanitario pueden tener en esto un papel decisivo orientador y deben «promover constantemente las soluciones inspiradas en la fe y en la recta razón, poniendo esfuerzo en alentar la convicción y el respeto de las mismas en su entorno» (*Humanae Vitae*, 27); a los médicos cristianos y de conciencia recta y bien formada deben acudir los cónyuges, cuando necesiten consultar su manera de actuar.

— Los esposos saben que «son cooperadores del amor de Dios Creador y como sus intérpretes», por eso, al decidir sobre el número de hijos, sabrán conjugar armónicamente la paternidad responsable con la generosidad: «entre los cónyuges que de esta manera cumplen el deber que Dios les ha confiado, merecen un recuerdo especial los que, prudentemente y de común acuerdo, reciben con magnanimidad una prole numerosa y la educan dignamente» (GS 50).

— Todo esto lo vivirán los cónyuges si no pierden de vista la dimensión sobrenatural del estado de matrimonio. Deben saber que el acto procreador es no sólo bueno, sino santo, siempre que se lleve a cabo según su sentido natural, pues estará entonces sobrenaturalizado por el Sacramento del Matrimonio. «Eso es imposible si no se cultiva con sinceridad la virtud de la castidad conyugal» (GS 51).

La Iglesia bendice el matrimonio

Cuando un joven y una joven desean contraer matrimonio se presentan en la Iglesia, ante el altar, con el fin de hacer una alianza o compromiso solemne y sagrado, bendecido por la Iglesia, y para que así Jesucristo santifique su unión por medio del sacramento del matrimonio.

El amor mutuo de los esposos

El amor mutuo de los esposos ha de ser imagen

viva del amor que une a Cristo con la Iglesia, por la que Cristo se ha sacrificado hasta dar su vida. Así lo dice el Apóstol:

Vosotros los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla (Efes 5, 25).

A través del sacramento del matrimonio *Jesucristo permanece con los esposos* para este fin, o sea, para que con su entrega y amor mutuos sean esa viva imagen y testimonio de la entrega y el amor de Cristo con su Iglesia.

Los que se casan tienen que amarse mucho teniendo por modelo el amor y la unión de Cristo con la Iglesia. Este amor de Cristo a su Iglesia es amor puro y casto, y así debe ser el de los esposos..., y el de los que entablan relaciones.

Los chicos y las chicas deben tratarse con respeto y evitar toda clase de groserías.

Las ceremonias de la boda

Al casarse, los esposos imponen los *anillos*, se *juntan las manos*, se hacen entrega de *arras* o de trece monedas..., todo indica o tiene un significado: que deben estar toda su vida unidos con fidelidad en una comunidad de amor y de bienes...

Materia, forma, ministro y sujeto

Materia en el matrimonio es el derecho mutuo sobre los cuerpos, manifestado por el consentimiento; *la forma* es el consentimiento matrimonial.

Ministro son los propios contrayentes, pues el sacerdote asistente no es más que un testigo autorizado por la Iglesia. *El sujeto* son los mismos contrayentes.

La familia

«La familia es una especie de escuela... fundamento de la sociedad» (LG 52). En el hogar familiar es donde Cristo ha querido que los hijos del Pueblo de Dios reciban su primera formación, y por eso Dios reúne a los hombres en familia, para que en ella los padres y los hijos se ayuden a ser buenos.

La familia es la primera comunidad donde crece y se edifica el Reino de Dios, manifestando así la auténtica naturaleza de la Iglesia, ya por el amor de los esposos, ya por la cooperación amorosa de todos sus miembros (LG 48).

El Concilio Vaticano II habla a los novios y a los casados:

«La palabra divina invita muchas veces a los novios y a los casados a que alimenten y fomenten el noviazgo con un casto afecto, y el matrimonio con un amor único» (LG 49).

El amor único exige una fidelidad indisoluble, al que deben preceder unas relaciones castas. Los que se respetan en las relaciones se quieren luego más en el matrimonio y les son más llevaderas las cruces que surjan en el mismo.

Advertencia sobre el divorcio y la poligamia

La doctrina sobre *el divorcio* (separación total de los cónyuges o nulidad del matrimonio) y sobre *la poligamia* (casamiento de un hombre con varias mujeres), está expuesta con claridad por la Iglesia, y tanto el divorcio como la poligamia están reprobados y tienen su fundamento en la Biblia (Mt 19, 3-10; *Biblia E. E.*, página 358).

El matrimonio es fundamentalmente *uno* (de un hombre con una sola mujer) e *indisoluble*: unidos para siempre.

Jesucristo condena el divorcio y nos habla claramente de la indisolubilidad del matrimonio en Marcos (10, 5-12) y en Lucas (16,18). También San Pablo hace una declaración terminante en este sentido (1 Cor 7, 10-11); por tanto, en la excepción referida por San Mateo: «*excepto en el caso de fornicación*» (Mt 5,32), o «*por causa de adulterio*» (Mt 19,4 ss.), deben tomarse estas palabras de fornicación (*porneia* en griego) y la de *adulterio* (por referirse al matrimonio llamado *zanut* por los rabinos, que era ilegal) en el sentido de *concubinato* o *unión ilegítima*, y en este caso el que rompe esa unión ilegal (por no existir verdadero matrimonio) y se casa con otro no comete adulterio; mas el que está unido legítimamente a su mujer, no debe separarse, porque cometería adulterio: «*Lo que Dios unió que no lo separe el hombre*» (Gn 2,24).

EL DIVORCIO es un gran mal en el que salen perjudicados los hijos, la mujer y el marido. Los hijos los más perjudicados porque necesitan un hogar que los ame. En todos los matrimonios hay algo que tolerar, pues no hay personas sin defectos... Hay momentos de crisis y hay que saberlos superar con aguante y con virtud. Hay que hacer lo posible para la reconciliación.

Si los divorciados se vuelven a casar civilmente, mientras viven sus cónyuges legítimos, se ponen en una situación que contradice la ley de Dios, y mientras persista esta situación no pueden acceder a la comunión eucarística y a la reconciliación mediante el sacramento de la penitencia, no puede ser concedida más que a aquellos que se arrepienten de haber violado el signo de la alianza y de la fidelidad a Cristo, y que *se comprometen a vivir en total continencia* (Cat. I.C.1650).

PERSONAS CONSAGRADAS A DIOS: LA VIRGINIDAD

¿Has pensado tú si Dios te llama a ser sacerdote o alma consagrada a El? Dios llama constantemente a muchas almas a la vida religiosa, y porque sienten esta vocación, quieren luego dedicarse al servicio de Dios y de las almas: unas en hospitales, otras en asilos de ancianos y otras en Conventos; y por eso renuncian al matrimonio, se consagran a Dios y guardan por su amor LA VIRGINIDAD, LA POBREZA Y LA OBEDIENCIA.

De este modo dedican su vida a la propia santificación, a la edificación del cuerpo de Cristo y al servicio de todos los hombres.

Virginidad o castidad consagrada

Sobre la virginidad hemos de decir que es muy recomendada en la Biblia y a su vez ensalzada como más excelente que el matrimonio, por contener en sí mayor perfección y santidad, en cuanto que deja el ánimo más libre para entregarse al servicio de Dios y bien de las almas.

La Iglesia dice (Concilio de Trento) que no se ha de anteponer el matrimonio a la virginidad; pero, al decir esto, no afirmamos que la persona virgen sea mejor que la casada, pues puede suceder en algunos casos lo contrario, sino que nos referimos al estado en sí considerado.

¿Qué dice Jesucristo hablando de la virginidad?

Jesucristo dice:

No todos entienden este don, sino aquéllos a quienes ha sido dado, pues hay eunucos (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio), que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los cielos (Mt 19, 12).

Según esta doctrina vemos que en la Iglesia hay una clase especial de eunucos o inhábiles para el matrimonio, no en el cuerpo, pero sí en el espíritu, que *voluntariamente* se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios, pues por la castidad se consagran «sólo a Dios con corazón indiviso».

Esta es una castidad *voluntaria*, no impuesta.

El matrimonio nace del amor *humano*, y la virginidad nace del amor *sobrenatural*, del amor al Autor de la virginidad.

La renuncia al matrimonio no debe ser por fines egoístas, sino por un amor sobrenatural y de entrega al servicio de Dios y del prójimo. Así lo hacen muchas almas religiosas y sacerdotes.

¡Cuánta labor apostólica no están haciendo las religiosas consagradas a los hospitales o asilos de ancianos, a la enseñanza en colegios... o en los claustros con su oración y sacrificios en favor del mundo pecador!...

La doctrina de Jesucristo sobre la virginidad está clara, y San Pablo dice: *El matrimonio es bueno, pero la virginidad es mejor* (Léase I Cor 7, 25-40).

¡El que se sienta capaz de este don, adelante!

Conclusión práctica

Piensa en qué estado de vida darías más gloria a Dios. En caso de duda, consulta a un sacerdote sabio y experimentado. Respeta siempre y ten en grande honor a las almas vírgenes.

Segunda parte

LOS NOVÍSIMOS

La vida presente es un destierro, *ahora vivimos lejos del Señor* (2 Cor 5, 6), lejos de nuestra verdadera patria, pues *no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna* (Heb 13, 14).

Nuestra vida es corta y está amenazada a cada paso por la muerte. Jesucristo nos dice: *Estad preparados porque a la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre* (Lc 12, 40), y el Concilio nos recuerda este pensamiento:

«Como no sabemos el día ni la hora, es necesario, según la amonestación del Señor, que velemos constantemente, para que, terminado el único plazo de nuestra vida terrena, merezcamos entrar con El a las bodas (esto es, estar con Cristo) y ser contados entre sus elegidos» (LG 48).

LA MUERTE O FINAL DEL CAMINO DE LA VIDA

¿Cómo hemos de vivir los cristianos en la tierra?

Los cristianos hemos de vivir reconociendo que la vida presente es un plazo que Dios nos concede en la tierra para que lo empleemos en su servicio, y para que sepamos desarrollar, en progreso constante, nuestras cualidades y nuestra personalidad, transformar el mundo según Dios, servir a nuestro prójimo y vivir la vida de

los hijos de Dios, asociados a Jesucristo resucitado y sostenidos por el Espíritu Santo.

Con la muerte se nos termina el tiempo de merecer, y por eso hemos de obrar siempre el bien y con la esperanza de una vida eterna y bienaventurada. *Nuestras obras serán las que acompañen nuestra alma después de la muerte* (Apoc 14, 13).

Bienaventurados los que mueren en el Señor

Lo que importa es morir «en el Señor», unidos a El por la fe y la gracia.

El camino de esta vida termina en la muerte; pero la vida continúa después. Nuestra alma es inmortal y al final de los tiempos nuestros cuerpos resucitarán. Cristo resucitó, él es el vencedor de la muerte..., y nosotros también resucitaremos (1 Cor 15, 20).

¿Qué podemos decir de la muerte?

1) *La muerte es separación del alma del cuerpo.* El cuerpo sin el alma es un cadáver. Al morir «el cuerpo vuelve a la tierra y el alma a Dios, que le dio el ser» (Ecle 12, 7).

2) *Todos moriremos.*

Está establecido que los hombres mueran una vez, y después tenga lugar el juicio (Heb 9, 27).

¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Salm 89, 49).

Al fin del mundo, en la última venida de Jesucristo, habrá una excepción para los justos que entonces vivan, pues estos no morirán. Es el misterio que anuncia San Pablo (1 Cor 15, 51; 1 Tes 4, 15 s.).

3) *La muerte es una consecuencia del pecado.*

Por un hombre (Adán) entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres... (Rom 5, 12).

La muerte, por ser castigo del pecado y tener un sentido de destrucción y dolor, se teme; pero a los ojos de la fe, los que vivan bien, o sea, en gracia y amistad con Dios no deberían asustarse, sino verla como un tránsito a nuestra patria celestial, y ver que con ella comienza nuestra dichosa vida por toda la eternidad.

LA LITURGIA DE LA MISA de difuntos nos dice en el Prefacio:

«La vida se cambia, no se aniquila, y disuelta nuestra morada terrestre, conseguimos la mansión eterna en los cielos.»

San Pablo nos da un ejemplo maravilloso al decir:

Deseo morir para estar con Cristo (Filip 1, 23).

Pensemos ante todo que Cristo es el que da sentido a nuestra vida, pues El murió para expiar nuestros pecados y aceptó la muerte, para darnos a nosotros la vida.

EL JUICIO DIVINO

¿Qué sucederá después de la muerte?

Después de la muerte tendrá lugar el juicio (*Heb 9, 27*) en el que Dios premiará o castigará a cada uno según sus obras.

Antes de reinar con Cristo glorioso, todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo para dar cuenta cada uno de las obras buenas o malas que haya hecho en su vida mortal (2 Cor 5, 10) (LG 48).

Al fin del mundo habrá otro *juicio universal*. Cristo vendrá entonces «para juzgar a vivos y muertos y su Reino no tendrá fin» (Credo).

¿Sobre qué será principalmente el juicio del Señor? Será sobre las obras de amor que hayamos realizado y vivido aquí en la tierra en convivencia con los hermanos, o sea, con nuestros prójimos:

Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino..., porque tuve hambre y me disteis de comer... (Mt 25, 34 ss.).

EL CIELO O LA VIDA ETERNA

¿Qué nos espera después del juicio?

Según la fe, después del juicio particular, el alma va al cielo o al Purgatorio o al Infierno.

¿Qué es el cielo?

El cielo (que recibe varios nombres: *Gloria, Vida*

eterna, Reino del Cielo, Jerusalén Celeste, etc.) es el lugar de la verdadera y suprema felicidad.

1) Los que mueren en gracia y están purificados de sus pecados van al cielo, donde han de gozar de la bienaventuranza eterna.

2) Como en el cielo no entra nada manchado (*Apoc 21, 27*), si uno muere en gracia, pero todavía no está libre de sus faltas veniales o de las penas que merecieron sus culpas, ha de ser purificado en «el Purgatorio».

¿En qué consiste la felicidad del cielo?

1.º *En la posesión perfecta de todo bien.* La felicidad esencial de los bienaventurados en el cielo consiste en la *visión beatífica* de Dios, origen y fuente de todos los bienes. Por esta visión, como dice el apóstol, *ven claramente a Dios «cara a cara» (1 Cor 13, 12), «así como es» (1 Jn 3, 2), le poseen, le aman y gozan de El.* Esta posesión de Dios lleva consigo el gozo de una vida sobrenatural, posesión de una felicidad plena y perfecta sin límites.

2.º *En la carencia absoluta de todo mal.* En el cielo ya no tendrán hambre, ni sed... Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas; ni habrá ya muerte, ni llanto, ni dolor (*Apoc 7, 16; 21, 4*).

En el cielo tampoco podrán pecar los bienaventurados, porque su voluntad se halla de tal modo confirmada en el bien por una íntima unión de caridad con Dios, que les es moralmente imposible apartarse de El por el pecado.

3.º *Su eterna duración.* Jesucristo nos ha dicho: *Los justos irán a la vida eterna (Mt 25, 46).*

La felicidad del cielo es inenarrable; el hombre con sus fuerzas naturales no puede comprenderla. Ni el ojo vio y ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman (1 Cor 2, 9).

Sobre la "visión de Dios"

Hemos de notar que «naturalmente» hablando nadie puede ver a Dios (*Jn* 1, 18; *1 Tim* 6, 16); pero no «sobrenaturalmente», porque así es posible la visión de Dios. La Iglesia ha definido la «existencia de la visión beatífica» y de ella nos habla claramente la Biblia, como lo testifican los textos citados.

Ahora en esta vida nuestro conocimiento es imperfecto, mas en la otra vida será claro y veremos a Dios tal cual es. Dios capacitará nuestro entendimiento para el acto de su visión con una luz especial que llaman los teólogos *lumen gloriae*. (Véase *Dz* 530, 693, 696.)

¿Cómo hemos de vivir ahora?

Con la esperanza de la vida eterna. He aquí las palabras del Vaticano II: «Vivimos con la esperanza de que un día como hijos de Dios apareceremos con Cristo en aquella gloria (*Col* 3, 4) en la que seremos semejantes a Dios, porque le veremos tal cual es (*1 Jn* 3, 2). La visión de Dios es posesión y gozosa intimidad con El, que es fuente y centro de todos los bienes indescriptibles» (*LG* 48). Hemos de vivir con la esperanza de esta gran promesa, sabiendo sufrir con alegría las cruces de esta vida, teniendo por cierto que:

Los padecimientos de la vida presente no son nada en comparación de la gloria futura que se ha de revelar en nosotros (Rom 8, 18).

LA CONDENACIÓN DE LOS HOMBRES: EL INFIERNO

¿Son muchos los que se condenan? A esta pregunta podemos responder con estas palabras de Jesucristo:

Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran... (Mt 7, 13).

Muchos no quieren oír hablar del infierno; pero realmente existe. La Escritura santa nos habla muchas veces

de él, y debemos pensar que podemos pecar... y caer en él.

Suelen decir que Dios es misericordioso y no puede castigar con un infierno eterno. Ciertamente, Dios es misericordioso y es Padre de todos, pero también es justo y da a cada uno según sus obras. Si uno rechaza la bondad de Dios y no cumple sus mandamientos, ¿quién tiene culpa de su condenación? El Concilio nos dice:

«Veamos constantemente, para que..., no se nos mande, como a siervos malos y perezosos, ir al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes» (LG 48).

Antes de hablar del infierno nos haremos esta pregunta: ¿qué es la vida del cristiano?, y qué quiere Dios de nosotros.

¿Qué es la vida del cristiano?

La vida del cristiano es una vida de esperanza en la misericordia de Dios Padre, que quiere la salvación de todos los hombres, y para ello ha enviado a su Hijo Jesucristo, quien «vino a salvar a los pecadores» (1 Tim 1, 15).

Ahora movidos y guiados por el Espíritu Santo, seguimos a Jesucristo y su doctrina desarrollando nuestras cualidades y nuestra personalidad, ejercitando la caridad con nuestros hermanos y practicando las virtudes, y así hacemos crecer en nosotros la vida de los hijos de Dios y merecemos la vida eterna.

¿Podemos correr el riesgo de morir en nuestro pecado?

Podemos correr el riesgo de morir en nuestro pecado si rechazamos a Dios no cumpliendo sus mandamientos, y a su vez a nuestros prójimos, no ejercitando la caridad con ellos.

Los que rechazan hasta el último momento el amor y la misericordia de Dios y mueren en pecado mortal, ellos mismos se separan de Dios y rompen con su amistad para siempre. Ellos son los culpables, pues han abusado de la libertad que Dios les dio para el bien. Dios misericordioso permite esa separación; es

el infierno eterno. El que se condena es por su culpa, porque se aparta de los Mandamientos de Dios.

¿Qué es el infierno?

El infierno es un lugar de tormentos eternos donde van las almas de los que mueren en pecado mortal.

La existencia del infierno es un dogma de fe, claramente revelado muchas veces en la Biblia.

El infierno nos dice, es *un lugar de tormentos (Lc 16, 28). Es el eterno suplicio (Mt 25, 46), el fuego inextinguible (Mc 9, 44), las tinieblas exteriores, donde será el llanto y el crujir de dientes (Mt 8, 12), un lago que arde con fuego y azufre (Apoc 21, 8)...*

¿Hay penas eternas en el infierno?

En el infierno hay penas eternas, pues así nos lo dicen estas expresiones de Jesucristo: «irán al fuego eterno»; «al eterno suplicio»; «fuego inextinguible»...

Estas penas son de dos clases:

1.^a *Pena de daño*, que consiste en quedar privado de poder ver a Dios, y es un apartamiento de Dios para siempre.

2.^a *La pena de sentido*, consiste en suplicios sensibles.

(La Escritura nos habla del *fuego*, el cual, según los Santos Padres, atormenta a los condenados de *un modo admirable, pero verdadero*). La misma Escritura nos habla de estas penas y Jesucristo lo dice así:

Apartaos de Mí, malditos al FUEGO ETERNO, preparado para el diablo y para sus ángeles... (Mt 25, 41-42).

Los que desconocen a Dios y no obedecen al Evangelio de Nuestro Señor Jesús, serán castigados a ETERNA RUINA, LEJOS DE LA FAZ DEL SEÑOR y de la gloria de su poder, cuando venga para ser glorificado en sus santos (2 Tes 1, 9).

Los condenados serán también atormentados por su propia conciencia y se maldecirán a sí mismos eternamente (Lc 16, 19 s.).

Los que quisieron en vida ser enemigos de Dios serán eternamente humillados; en la tierra creyeron que podían prescindir de Dios, y ahora experimentan, ya sin remedio, que sólo junto a Dios es posible la felicidad.

Advertencia:

Los Testigos de Jehová y otras sectas de nuestros días niegan que exista el infierno y que éste sea eterno.

A este fin interpretan el texto 2 Tes 1, 9 (anteriormente citado) en mal sentido, y así dicen que «eterna ruina» es lo mismo que «aniquilación completa»; pero esto es contrario a lo expresado por el Apóstol, pues la palabra «ruina» equivale a «perdición» y por lo mismo el infierno es «eterno». Cristo nos lo dice claramente: «Irán estos al fuego eterno», y el diablo será atormentado eternamente (Apoc. 20, 10), su ruina o perdición será eterna. Véase en la Biblia de Nacar «por los siglos de los siglos», palabras expresivas que, con los lugares paralelos, denotan una duración eterna.

El infierno es *ausencia de amor* (pues si hubiera amor no habría infierno), y es *ausencia de tiempo*, no son años los que va a estar en él el condenado, es ¡para siempre!

Conclusión práctica

Acuérdate del infierno cada vez que la tentación o los malos compañeros te quieran inducir al pecado grave. «Breve gozar, eterno penar.» Pídele a Dios la gracia de conocer la malicia del pecado, para detestarlo, pues quien muere en él sufrirá las penas eternas del infierno.

EL PURGATORIO Y EL LIMBO DE LOS NIÑOS

1) El Purgatorio

¿Qué es? Un estado o proceso de purificación para las almas de los justos muertos en pecado venial o con pena temporal que pagar.

En el Purgatorio se sufren temporamente castigos expiatorios.

¿Qué nos dice la fe respecto al Purgatorio?

- 1.º Que el Purgatorio existe.
- 2.º Que las almas padecen en él.
- 3.º Que el Santo Sacrificio de la Misa, las oraciones,

indulgencias y demás obras buenas de los vivos pueden aliviar sus penas.

¿Cómo sabemos que hay Purgatorio?

1.º Porque así nos lo da a entender la Sagrada Escritura.

La Biblia nos habla de sacrificios ofrecidos por los pecados de los muertos, y dice que «es santo y saludable el rogar por los difuntos para que sean absueltos (de las penas) de sus pecados».

Ahora bien, sería cosa superflua e inútil el rogar por ellos si sólo hubiera cielo o infierno... (2 Mac 12, 42).

Además Jesucristo nos habla de pecados que no se perdonan ni en esta vida ni en la otra (Mt 12, 32), y esto parece indicar que hay pecados que se pueden perdonar en la otra vida; mas esto no podría ser si no hubiera Purgatorio.

2.º Por la tradición y la constante doctrina de la Iglesia.

La tradición de la Iglesia, según los testimonios de los Padres (San Cipriano, San Juan Crisóstomo, San Agustín...) y la Liturgia, es unánime la creencia en el Purgatorio, y desde los primeros siglos no ha cesado de rogar por los difuntos y ofrecer el sacrificio de la Misa. Añadamos a esto la doctrina de los Concilios de Lyon y de Florencia y la definición dogmática del de Trento (Dz 983).

3.º Por la misma razón.

La razón nos dice que debe existir el Purgatorio porque *al cielo* van sólo las almas limpias de toda culpa y pena, y *al infierno* las que salen de este mundo en pecado mortal. Como muchos mueren solamente en pecado venial o culpas leves o no han satisfecho por sus culpas perdonadas, necesariamente debemos admitir un lugar intermedio de expiación, y éste es el Purgatorio.

2) El limbo de los niños

Los teólogos hablaron mucho de este tema, y dijeron: Los niños por no tener culpa personal, no tendrán dolor ni tristeza por verse privados de la visión de Dios, sino que gozarán de una felicidad natural.

El Catecismo de la Iglesia Católica, por ser cosa discutible, se limita a decir: «En cuanto a los niños, muertos sin el bautismo, la Liturgia de la Iglesia nos invita a tener confianza en la misericordia divina y orar por su salvación» (1283).

SEGUNDA VENIDA DE JESUCRISTO: RENOVACIÓN DEL MUNDO

Los católicos al rezar el Credo afirmamos diariamente este dogma: Jesucristo subió a los cielos y «desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos»...

La segunda venida de Jesucristo en gloria y majestad quedó hondamente grabada en las generaciones cristianas, y de ella nos hablan casi todos los apóstoles, especialmente San Pablo, Santiago, San Pedro y también San Juan en el Apocalipsis.

El Concilio nos dice:

Hasta que el Señor venga revestido de majestad y acompañado de todos los ángeles (Mt 25, 31), de sus discípulos: unos peregrinan en la tierra y otros, ya difuntos, se purifican, mientras otros son glorificados (LG 49).

¿Qué sabemos de la segunda venida de Jesucristo?

1.º *Sabemos que Jesucristo vendrá*, y en el Credo de la Misa lo decimos con frecuencia: «y de nuevo vendrá con gloria... y su reino no tendrá fin».

2.º *La Escritura nos dice claramente que volverá.* He aquí el testimonio de los que le vieron subir al cielo:

Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, vendrá así como le habéis visto subir al cielo (Hech 1, 11).

3.º *Cristo volverá en gloria y majestad de un modo inesperado:*

Como el relámpago que sale de oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre... y vendrá con gran poder y majestad (Mt 24, 27-30).

Velad, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor. Estad preparados porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre (Mt 24, 42-44).

4.º *En la última venida de Jesucristo habrá un juicio final en el que juzgará a todos los hombres (Mt 25, 31-46) y todo lo que cada uno haya hecho será revelado ante el Señor glorificado (1 Cor 4, 5). De este modo se manifestará la soberanía de Jesucristo y su victoria sobre Satanás.*

¿Continuará el mundo en su forma actual?

Al fin de los tiempos el mundo no continuará en su forma actual, ni será aniquilado, sino solamente renovado y cambiado en mejor, pues, como dice San Jerónimo: «No veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y los antiguos mudados en otros mejores».

Y San Cirilo de Jerusalén dice: «Pasará este mundo para que exista otro más hermoso» (Pg. 33, 37i).

Vendrán los tiempos de *la restauración de todas las cosas* (Hech. 3,21) y el universo entero será renovado en Cristo con el género humano (Efes 1, 10; Col. 1,20; 2 Pdr. 3,10,13).

Una vez renovado el género humano, el universo, según los apóstoles ha de servir de escenario a la vida humana, porque la creación inanimada tomará parte en

la felicidad del hombre (*Rom 8, 19 ss.*) y porque vendrán *nuevos cielos y nueva tierra en los cuales habitará la justicia* (*2 Pdr 3, 13*).

El reinado universal de Jesucristo ha de venir, pues «conviene que El reine» y que «se forme un solo rebaño bajo un solo Pastor», que aún no ha llegado, y caerán entonces sus enemigos a sus pies, y le quedarán sometidas todas las potestades diabólicas, y se cumplirán las profecías (*Salm 72, 11 y 17; Zac 14, 9; Dan 2, 44*), y cuando Cristo entregue el reino al Padre (*1 Cor 15, 23-25*) empezará a ser plena la perfección de la Iglesia en la gloria celestial.

¿Qué hace la Iglesia hasta la venida de Jesucristo?

La Iglesia, hasta que Jesucristo vuelva glorioso, escucha y medita su Palabra, celebra la Eucaristía, da gracias y alaba al Padre movida por la fuerza del Espíritu Santo, con gozosa esperanza (*SC 47; Igl 8*).

Esta fe y esta esperanza que anima la vida cristiana conducen a los discípulos de Cristo a apreciar con rectitud las cosas y los acontecimientos de esta vida terrena de forma que «siguiendo a Jesús pobre, no se abaten por la escasez ni se ensoberbecen con la riqueza; imitando a Cristo humilde, no ambicionan la gloria vana (*Gál 5, 26*), sino que procuran agradar a Dios antes que a los hombres» (*AA. 4*).

La Iglesia en su peregrinar terreno va siguiendo el camino de Cristo e imitándole hasta que llegue el día de su máximo esplendor como está profetizado.

«En el círculo del año, la Iglesia desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Natividad hasta la Pascua, Ascensión y Pentecostés, en la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor» (*SC 102*).

Conclusión práctica

Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque eso es el hombre todo (Ecle 12, 13), para esto ha sido puesto por Dios en la tierra.

Esto debe movernos a vivir santamente como nos

aconseja el apóstol San Pedro, por cuanto «el día del Señor vendrá como ladrón» sin avisar.

OTRAS SEÑALES ESCATOLÓGICAS

Escatológico (del griego *esjatós* = último) significa las últimas cosas que han de suceder.

A cada hombre sucederán los novísimos. *Novísimo* (del latín *novissimus*, superlativo de *nuevo*) significa también lo último, lo postrero que ha de suceder a cada uno. Por eso dice la Escritura: *Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás* (Eccl 7, 40).

Las últimas cosas que han de suceder, además del retorno de Jesucristo a la tierra del que anteriormente hablamos y de la renovación del mundo, serán la resurrección final de los muertos y estas otras señales precursoras de la segunda venida de Jesucristo: la apostasía, la aparición del Anticristo, la predicación del Evangelio, la venida de Elías, la conversión de los judíos y otros grandes acontecimientos.

La resurrección de los muertos

Resurrección es lo mismo que *vuelta a la vida* o a la unión del cuerpo y el alma.

En nuestro Credo decimos: «Creo en la resurrección de la carne», y en el Símbolo «Quicumque» se nos habla de la resurrección universal de este modo:

«Cuando venga el Señor, todos los hombres resucitarán con sus cuerpos» (Dz 40), y esto parece indicar que hasta entonces permanecerán nuestros cuerpos en la sepultura.

¿Resucitarán todos los hombres?

Todos los hombres, buenos y malos, resucitarán... (1 Cor 15, 51-52). *Los que hicieron buenas obras resucitarán para la vida eterna; pero los que las hicieron malas, resucitarán para la condenación* (Jn 5, 29).

Esta resurrección la llamamos «resurrección de la

carne o de los muertos», para indicar que es el cuerpo el que resucita, no el alma.

Nuestra resurrección es una consecuencia de la resurrección de Cristo (1 Cor 15, 12, 20-30).

Cristo enseñó no sólo la resurrección de los justos, sino también la de los impíos (Lc 14, 14; Mt 5, 29-3; 10, 28; 18, 8 s.).

¿Con qué cuerpo resucitarán los muertos?

Resucitarán «con el propio cuerpo que ahora llevan» (Concilio IV Letrán), pues sólo habrá verdadera resurrección cuando el mismo cuerpo que muere y se descompone sea el que reviva de nuevo, y así lo afirma el apóstol al particularizar de este modo: *Este ser mortal se revestirá de inmortalidad, y este ser corruptible se revestirá de incorruptibilidad* (1 Cor 15, 53-54).

Los cuerpos de los justos resucitarán mejor dotados que los cuerpos de los réprobos. Jesucristo *transformará nuestro cuerpo y lo hará conforme al suyo glorioso* (Filip 13, 21).

De ahí el honor y la veneración que la Iglesia y los fieles tributan a los restos mortales de los difuntos.

Condiciones o dotes del cuerpo resucitado

Las dotes del cuerpo glorioso están comprendidos en la palabra *casi*: *claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad*.

San Pablo nos habla de ellas: «Resucitará *incorruptible*» (impasibilidad); «resucitará *glorioso* (claridad); «resucitará *lleno de poder*» (agilidad); «resucitará un cuerpo *espiritual*» (sutileza).

Cuerpo espiritual no quiere decir cuerpo *inmaterial*, sino dotado de la facultad de penetrar por otro cuerpo (1 Cor 15, 42-44).

1) La predicación del Evangelio por todo el mundo

Jesús nos dice: *Será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo, testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin (Mt 24, 14)*. Los apóstoles cumplieron con el mandato de Cristo.

Esta frase no significa que haya de venir en seguida el fin, una vez predicado el Evangelio. De hecho, San Pablo afirma su propagación en el mundo entero (*Col 1, 6, 23; Rom 10, 18*), y él registra su predicación universal «en todo el mundo» (*Rom 1, 8*) como un hecho consumado. La fe de los romanos era celebrada en todo el mundo, del cual Roma venía a ser la capital. No creo que esto sea una hipérbole. Una cosa es que haya sido predicado y otra muy distinta es que haya sido aceptado.

2) La apostasía

San Pablo nos asegura que antes de la nueva venida del Señor tendrá lugar la apostasía (*2 Tes 2, 3*), esto es, la defección religiosa, apartamiento de la fe o seducción llevada a cabo por los falsos mesías o profetas, que lograrán extraviar a muchos (*Mt 24, 4 s.*).

«El misterio de iniquidad ya está obrando» desde el principio, en forma oculta de cizaña, y lo peor es que los apóstatas en gran parte quedan dentro de la Iglesia e infectan a otros (*2 Tim 3, 1-5; Gál 5, 9*).

Actualmente se nota la infiltración de la apostasía por todas partes, y a ello contribuye la actitud de muchos cristianos que van cediendo terreno en la defensa de las verdades dogmáticas y se van acomodando a la manera de pensar del mundo racionalista, siguiendo teorías que matan la fe.

3) La aparición del Anticristo

La apostasía de la fe está en relación de dependencia causal con la aparición del Anticristo:

Antes ha de venir la apostasía, y ha de manifestarse el hombre de iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse Dios a sí mismo (2 Tes 2, 3).

El Anticristo se presentará con el poder de Satanás, obrará milagros aparentes para arrastrar a los hombres a la apostasía de la verdad y precipitarlos en la injusticia y la iniquidad (2 Tes 2, 9-11).

El Anticristo ya está en el mundo como *idea*, y no es improbable que aparezca como *persona* en los últimos tiempos y que encarne todas las fuerzas del mal, y como tal persona determinada y que será instrumento de Satanás aparece en San Juan y San Pedro.

La Didakné nos habla de la aparición del «seductor del mundo» (16, 4).

¿Cómo será el triunfo del Anticristo? Dios le permitirá hacer guerra a los santos, o sea, a los cristianos, y hasta logrará cierto triunfo aparente sobre ellos, pero cuando parezca que todo está perdido, aparecerá Cristo en su venida y lo matará con el «aliento de su boca» (lo que indica la facilidad con que lo vencerá) y quedarán humilladas todas las fuerzas del mal (Apoc 13, 7; 2 Tes 2, 8).

4) La conversión de los judíos

Esta aún no ha llegado, pero llegará conforme a las Escrituras. Dios agrupará a este pueblo, que ha vivido errante entre los demás pueblos de la tierra, y lo juntará en su patria de origen (cosa que vemos se va verificando en la actualidad) y luego lo convertirá (Dt 30, 3-5; 2 Mac 2, 7).

San Pablo anuncia la conversión en masa del pueblo judío en la Carta a los Romanos (11, 25-27); nos revela un «misterio»: cuando la plenitud de los gentiles haya entrado, entonces *todo Israel* será salvo.

¿Qué quiere decir la frase «hasta que la plenitud de

los gentiles haya entrado»? Quiere decir que cuando haya entrado en la Iglesia el número señalado por Dios, entonces todo Israel se convertirá. ¿Y qué número de gentiles es éste? Los que El ha determinado llamar o escoger *para formar entre ellos un pueblo fiel y consagrado a su nombre* (Hech 15, 14).

No puede entenderse «la plenitud de los gentiles existentes o de los siglos venideros», como algunos han pretendido, porque así no llegaría la conversión de Israel, ya que está profetizado que siempre habrá buenos y malos hasta el fin de los tiempos, y apenas habrá fe, y vendrá la apostasía y el misterio de iniquidad.

En consecuencia: «Plenitud de los gentiles» equivale a decir: «Cuando la fe llegue a su plenitud», porque no entren más gentiles en la Iglesia.

5) La nueva venida del profeta Elías

De este profeta sabemos que fue arrebatado al cielo (2 Rey 2, 11), y lo misterioso de su desaparición tiene su relación o semejanza con Enoc (Gén 5, 24; Eclo 44, 16; 49, 16; Heb 11, 5).

De Enoc y Elías se dice que no han muerto y que vendrán al fin de los tiempos y se opondrán al Anticristo. Algunos los identifican con los testigos del *Apolipsis* (Cap. 11).

Jesucristo, dijo: *Elías, en efecto, vendrá primero y restablecerá todas las cosas* (Mc 9, 12), esto es, Cristo es el que hará por su medio la restauración al llegar los tiempos señalados (Hech 3, 21; Efes 1, 10).

¿No vino ya Elías? No ha venido, y contra los que se apoyan en Mt 17, 22, para decir que Elías ya vino en la persona del Bautista, tenemos estos asertos de Malaquías y del Eclesiástico:

Yo mandaré a Elías el profeta —dice el Señor— antes que venga el día del Señor grande y terrible (Mal 4, 5-6).

Elías vendrá para aplacar la cólera antes del día del Señor... y restablecer las tribus de Jacob (Eclo 48, 9-10).

Estas expresiones «antes del día del Señor» y del «día grande y terrible» nos manifiestan que Elías no ha venido, sino que vendrá, pues se refieren en las Escrituras a la segunda venida de Cristo, y por tanto, Elías aparecerá entonces. Además, ¿cuándo han sido restablecidas las tribus de Jacob? Aún no ha llegado su hora.

Por otra parte, cuando Jesús dijo: *Elías ha venido ya y el ángel anunció que el Bautista precedería al Mesías con el espíritu y el poder de Elías* (Lc 1, 17) claramente nos dieron la clave para decir con San Gregorio Magno: «Juan Bautista era Elías en espíritu, mas no en persona».

El precursor de la primera venida de Jesucristo fue el Bautista, y el precursor de la segunda venida será Elías. Esto lo confirma la frase de Cristo: «El que tenga oídos para entender, que entienda». Después de decir que Juan era Elías que había de venir, nos hace ver en ella un sentido oculto y más elevado, y a admitir que Elías en persona aparecerá entonces.

6) Además de las señales expuestas, *otras grandes calamidades precederán la venida del Señor* (Mt 24, 29...).

¿Cuál es el momento de esta venida del Señor?

Los hombres lo desconocen. Jesucristo lo dejó incierto al decir: *Cuanto a ese día o a esa hora, nadie la conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo del hombre* (porque como Maestro no había recibido la misión de revelarlo), *sino sólo el Padre* (Mc 13, 32).

Esta venida queda en lo oculto en cuanto al tiempo; y lo cierto es que vendrá de improviso y como ladrón en la noche (1 Tes 5, 1-2; 2 Pdr 3, 8-10; ...) aunque no falten señales que indiquen su aproximación.

Dios quiere que estemos en todo momento preparados, porque ha de venir por sorpresa.

INDICE

PRESENTACION	5
Siglas con las que se citan los documentos del Concilio Vaticano II	7
Principales obras consultadas	8
 LIBRO PRIMERO.- EL DOGMA CATOLICO	9
 Primera Parte. LA REVELACIÓN DIVINA	11
<i>Introducción aclaratoria</i>	11
1º La revelación divina: Dios nos habla	15
2º La Biblia o Sagrada Escritura	19
3º La fe cristiana	25
4º La religión verdadera	34
<i>Religiones existentes en el mundo</i>	37
<i>Materialismo y positivismo</i>	52
 Segunda Parte. DIOS UNO Y TRINO	57
<i>Existencia de Dios</i>	57
<i>Existe un sólo Dios</i>	62
<i>Atributos divinos</i>	66
<i>La Santísima Trinidad</i>	85
 Tercera Parte. DIOS CREADOR	97
<i>Historia de la Creación</i>	97
<i>Motivo y fin de la Creación</i>	99
<i>La Providencia divina</i>	104
<i>Los ángeles</i>	109
<i>La creación del hombre</i>	113
<i>Estado primitivo del hombre</i>	119

Cuarta Parte. DIOS REDENTOR121

<i>Caída y reconciliación del hombre</i>	121
<i>¿Cómo realizó Jesucristo nuestra redención?</i>	122

1º Promesa del Redentor	123
2º Preparación para la venida del Salvador	125
3º ¿Cuándo y dónde vivió el Salvador?	128
4º Jesús de Nazaret es el Salvador o el Cristo	130
5º Resumen de la vida de Nuestro Señor Jesucristo	131

La persona de Jesucristo134

1º La Encarnación del Hijo de Dios	134
2º Verdades que se infieren en este misterio	137
3º Jesucristo es el Hijo de Dios	142
4º Jesucristo es Dios	143

<i>La obra del Redentor</i>	150
<i>Resurrección de Jesucristo</i>	155

Quinta Parte. DIOS SANTIFICADOR159

<i>La obra de nuestra santificación</i>	159
<i>¿Quién es el Espíritu Santo?</i>	159
<i>Doctrina de la gracia</i>	160
<i>El Espíritu Santo dispensador de las Gracias</i>	163
<i>La Gracia actual</i>	165
<i>Necesidad de la Gracia actual</i>	170
<i>Voluntad salvífica de Dios</i>	171
<i>La Gracia habitual o santificante</i>	175
<i>Efectos de la Gracia santificante</i>	178
<i>El séquito de la Gracia santificante</i>	185
<i>El Espíritu Santo y la Iglesia</i>	196

Sexta parte. La Iglesia201

<i>La Iglesia de Jesucristo</i>	201
<i>La Iglesia, Cuerpo místico de Cristo</i>	205
<i>La Iglesia es una sociedad perfecta</i>	207
<i>Primado de San Pedro</i>	211
<i>Constitución jerárquica de la Iglesia</i>	214
<i>El Magisterio de la Iglesia</i>	218
<i>Notas o señales de la verdadera Iglesia</i>	220
<i>Necesidad de la Iglesia para salvarse</i>	225
<i>La Iglesia, Pueblo de Dios</i>	227
<i>La Iglesia y las Misiones</i>	230
<i>La Iglesia y los laicos</i>	232
<i>La Iglesia y los religiosos</i>	235
<i>La Iglesia y la santidad</i>	238
<i>La Comunión de los santos</i>	241
<i>Tiempo histórico de la Iglesia</i>	245
<i>La Iglesia ante los problemas de hoy</i>	253

SÉPTIMA PARTE. La Virgen María259

<i>La Bienaventurada Virgen María</i>	259
<i>La Virgen María es Madre de Dios Redentor</i>	261
<i>La Virgen María es Inmaculada</i>	264
<i>María, Madre de la Iglesia</i>	267
<i>Virginidad perpetua de María</i>	272

LIBRO SEGUNDO.- LA MORAL CATOLICA281

NOCIONES PRELIMINARES283

Primera Parte. ¿CÓMO HEMOS DE OBRAR?285

<i>I. La libertad</i>	285
<i>II. La Ley divina y la libertad humana</i>	289
<i>III. La Ley de Cristo</i>	292
<i>IV. La conciencia</i>	296

Segunda parte. LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS	301
--	-----

I. Primer Mandamiento de la Ley de Dios . . .	302
II. Segundo Mandamiento de la Ley de Dios . .	310
III. El Tercer Mandamiento de la Ley de Dios .	314
IV. Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios . .	317
V. Quinto Mandamiento de la Ley de Dios . . .	322
VI. El Sexto y Noveno Mandamientos	330
VIII. El Séptimo y el Décimo Mandamientos . . .	334
VIII. El Octavo Mandamiento	337

Tercera parte.- LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA	341
---	-----

<i>Los consejos evangélicos y su fundamento bíblico</i>	347
<i>La vocación cristiana al servicio de todos</i>	351

LIBRO TERCERO.- MEDIOS DE SANTIFICACION	355
--	-----

Primera parte. LOS SACRAMENTOS. LA GRACIA. LA ORACIÓN	357
--	-----

<i>Principios doctrinales básicos</i>	357
<i>Anuncio y comunicación de la salvación</i>	361
<i>El Bautismo, su necesidad</i>	365
<i>La vida del bautizado</i>	369
<i>La oración</i>	373
<i>La Confirmación</i>	377
<i>La Eucaristía. Su institución. La Santa Misa . .</i>	383
<i>La Eucaristía de los primeros cristianos</i>	388
<i>Peligros que amenazan a la vida de la gracia:</i>	
<i>la tentación y el pecado</i>	393
<i>La Penitencia como Sacramento</i>	401
<i>El dolor cristiano y la unción de los enfermos .</i>	407

<i>El Orden Sacerdotal</i>	412
<i>El Matrimonio cristiano</i>	417
<i>El Divorcio</i>	422
<i>Personas consagradas a Dios: La virginidad</i> . . .	423
 Segunda parte. LOS NOVÍSIMOS	 425
<i>La muerte o final del camino de la vida</i>	425
<i>El juicio divino</i>	427
<i>El cielo o la vida eterna</i>	427
<i>La condenación de los hombres: El infierno</i> . . .	429
<i>El Purgatorio y el limbo de los niños</i>	432
<i>Segunda venida de Jesucristo: Renovación del mundo</i>	434
<i>Otras señales escatológicas</i>	437
<i>Señales precursoras de la Segunda venida de Cristo</i>	439
 INDICE	 443